



EL COLEGIO DE MEXICO, A.C.

**CONCEPTOS, IMÁGENES Y REPRESENTACIONES
DE LA NIÑEZ EN MÉXICO. 1880-1914**

TESIS PRESENTADA POR

ALBERTO DEL CASTILLO TRONCOSO

EN CONFORMIDAD CON LOS REQUISITOS ESTABLECIDOS
PARA OPTAR AL GRADO DE
DOCTOR EN HISTORIA

DIRECTOR DE LA TESIS:
DRA. SOLANGE ALBERRO

EL COLEGIO DE MÉXICO
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS



APROBADA POR EL JURADO EXAMINADOR

**DRA. SOLANGE ALBERRO
PRESIDENTE**

**DR. AURELIO DE LOS REYES
PRIMER VOCAL**

**DRA. CLAUDIA AGOSTONI
VOCAL SECRETARIO**

**Con todo mi amor para Lourdes y el capitán.
Ellos saben muy bien las razones.**

**Para Laura de Melo,
mi eterno ángel de la guarda.**

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| AGRADECIMIENTOS | 7 |
| INTRODUCCIÓN | |
| LA INVENCIÓN DE UN CONCEPTO MODERNO DE NIÑEZ | |
| LA INVENCIÓN DE UN CONCEPTO MODERNO DE NIÑEZ | 13 |
| <i>El planteamiento del problema</i> | 20 |
| <i>La estructura de la investigación</i> | 26 |
| PRIMERA PARTE | |
| LA IRRUPCIÓN DE UNA NUEVA FORMA DE VER | |
| CAPÍTULO 1 | |
| LAS TRANSFORMACIONES DE LA FOTOGRAFÍA: | |
| DE LAS TARJETAS DE VISITA A LOS INICIOS DE LA PRENSA GRÁFICA | 33 |
| <i>Fotografía y revolución visual</i> | 34 |
| <i>El lápiz de la naturaleza</i> | 36 |
| <i>Las tarjetas de visita o la estética de la simulación</i> | 39 |
| <i>Los Tipos Populares</i> | 43 |
| <i>Hacia una diversificación de los usos de la fotografía</i> | 47 |
| <i>Los inicios de un nuevo lenguaje gráfico en la prensa y las revistas ilustradas</i> | 57 |
| SEGUNDA PARTE | |
| LA MIRADA DE LOS ESPECIALISTAS: | |
| LA CONSTRUCCIÓN DE LOS CUERPOS Y LAS MENTES INFANTILES | |
| CAPÍTULO 2 | |
| LOS MÉDICOS | 77 |
| <i>El surgimiento de la mirada clínica</i> | 77 |
| <i>Porfiriato y contexto institucional</i> | 82 |
| <i>Algunas de las vías privilegiadas de la reflexión sobre la infancia: mortalidad e higiene</i> | |
| <i>Fotografía y mirada clínica</i> | |

| | |
|---|-----|
| CAPÍTULO 3 | |
| LOS PEDAGOGOS | 107 |
| <i>La construcción de la «psique» infantil: de Pestalozzi a Darwin</i> | 107 |
| <i>El laboratorio pedagógico porfiriano: la higiene escolar y los gabinetes antropométricos</i> | 110 |
| <i>Fotografía, familia y «degeneración»</i> | 123 |
| TERCERA PARTE | |
| LA MIRADA DIVULGADORA: | |
| LA NIÑEZ EN LA PRENSA Y LAS REVISTAS ILUSTRADAS | |
| CAPÍTULO 4 | |
| LAS DIVERSAS REPRESENTACIONES DE LA INFANCIA | 141 |
| <i>La construcción de la inocencia</i> | 142 |
| <i>Los inicios de la publicidad</i> | 151 |
| <i>El niño como buen ciudadano</i> | 168 |
| <i>Infancia y «degeneración»</i> | 182 |
| <i>La «nota roja»: el niño y la moral</i> | 201 |
| <i>La negación de la inocencia</i> | 210 |
| <i>Los niños trabajadores</i> | 219 |
| <i>El niño y la revolución</i> | 232 |
| CONCLUSIONES | 247 |
| SIGLAS Y REFERENCIAS | |
| <i>Siglas</i> | 273 |
| <i>Referencias</i> | 273 |
| <i>Hemerografía</i> | 297 |
| <i>Archivos, Fototecas, Bibliotecas y Centros de Investigación consultados</i> | 298 |

Agradecimientos

La investigación que se encuentra en manos del lector es responsabilidad absoluta del autor. Sin embargo, debo mencionar aquí una extensa lista de complicidades sin las cuales este trabajo hubiese quedado en calidad de proyecto.

La Escuela Nacional de Antropología e Historia apoyó en forma decisiva esta investigación. Primero el Mtro. Alejandro Pinet, y después la Dra. Florencia Peña, en su calidad de Directores de la Escuela, me brindaron todos los apoyos y facilidades institucionales para avanzar en el desarrollo de la escritura de la tesis. El ingreso al Programa Académico «Supera» de la ANUIES me permitió obtener una beca para la realización de la tesis. Agradezco al Dr. Oscar Comas, director del programa, por todas las facilidades que me otorgó. Asimismo, agradezco a las autoridades del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, que me apoyaron con la beca correspondiente al doctorado. El Sistema Nacional de Investigadores me aceptó hace un par de años en calidad de candidato. Su apoyo ha sido también relevante para la realización de este trabajo. El Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México me respaldó con una beca para la escritura de la tesis. Agradezco al director del Centro, el Dr. Javier Garciadiego y a la Dra. Pilar Gonzalbo, Coordinadora Académica, por todas las facilidades recibidas. Un convenio existente entre El Colegio de México y la New School for Research en Nueva York me permitió realizar una estancia académica en el Departamento de Antropología del Posgrado de esta universidad. Agradezco a la rectora, la Dra. Judith Friedlander y a la Dra. Deborah Poole, directora del Departamento de Antropología, por todas sus amabilidades y gentilezas.

Agradezco a la Mtra. Teresa Matabuena, directora del Acervo fotográfico de la Biblioteca “Francisco Xavier Clavijero”, de la Universidad Iberoamericana, su gran amabilidad al mostrarme una serie de importantes imágenes de niños y familias de la Colección Díaz, algunas de las cuales cito en este trabajo.

Los lectores y críticos han sido fundamentales para la realización de esta investigación.

Agradezco enormemente a Ma. Esther Pérez Salas, Guillermo Zermeño, Eugenia Meyer, Luis Gerardo Morales, Soledad Loaeza, Pablo Piccato, Anne Staples, Ixchel Delgado, Jorge Castillo, Antonio Santoyo, Erika Pani y Deborah Poole. Todos ellos contribuyeron de una manera importante con sus críticas y observaciones en la primera parte del desarrollo de esta tesis.

Elisa Speckman, Claudia Agostoni, Pedro Pablo Martínez, Carlos del Castillo, Aurelio de los Reyes y Pilar Gonzalbo son casi co-autores de este trabajo. Lo han leído de cabo a rabo en sus distintas fases y generosamente me han acompañado con sus comentarios y planteamientos siempre sensatos e inteligentes.

Un lugar muy especial lo ocupa mi directora de tesis, la Dra. Solange Alberro, que ha apoyado esta investigación desde sus inicios como proyecto y después a lo largo de estos tres años de trabajo en diversas sesiones y asesorías. Ha sido un privilegio muy especial para mí el trabajar con la Dra. Alberro, dialogar con ella durante este tiempo y ser beneficiario de su enorme lucidez y pensamiento crítico. Imposible dejar de recordar la primera clase que tuve con ella en el doctorado, cuando en su calidad de Profesora del Centro de Estudios Históricos insistía a sus perplejos alumnos, aterrorizados todavía por la solemnidad del Colegio de México, que leyeran tal novela o que no se perdieran tal película, que viajaran y que amaran intensamente, en fin, que se comprometieran con la vida, pues solo así podrían escribir historias convincentes. No sé si he logrado esto último, pero he tratado de seguir todos sus sabios consejos, los académicos y, sobre todo, los no académicos.

Agradezco también a mis amables colegas Ángel Molina y Pedro Pablo Martínez que trabajaron en la corrección de estilo. Los fotógrafos Rafael Albarrán y Néstor Hernández son los responsables de la mayoría de las imágenes que aparecen en esta investigación, las cuales proceden del Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública, la Biblioteca de la Escuela Nacional de Medicina y la Biblioteca Lerdo. Les agradezco su profesionalismo y buena disposición, así como la paciencia con la que atendieron todos mis requerimientos. También debo agradecer a la Lic. Lorena Gutiérrez, Jefa del Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional; la Lic. Guadalupe Curiel, Coordinadora de la misma hemeroteca; la Mtra. Lourdes Chehaibar, Secretaria Académica del CESU de la UNAM, así como a los fotógrafos Fernando Hernández y Félix Velasco de dicho centro por todo su apoyo para obtener algunas fotografías de la Hemeroteca Nacional.

Un comentario aparte merece Juan Antonio Perujo, que realizó la corrección de estilo de este trabajo, así como todo el diseño editorial de la investigación. Agradezco su profesionalismo y buena disposición para resolver todos los detalles concernientes a esta parte de la investigación.

Deseo mencionar a mis queridos estudiantes del taller de «Fotografía y Sociedad» de la Escuela Nacional de Antropología e Historia: Mónica Morales,

Jacqueline Araujo, Irma Noriega, Liliana Nava y Enrique Valdéz, así como a los de mi seminario de investigación de la Maestría en Historia de la Universidad Iberoamericana: Mónica Verdugo, Laura Elena del Río, Michelle Remond, Ricardo Nava y Danae González. Todos ellos revisaron la tesis enterita y la discutieron conmigo durante todo un semestre. Muchas de sus inteligentes observaciones están contempladas en este trabajo.

Hace un par de años, en el transcurso de una mañana rutinaria de trabajo, sumergido en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de la Ciudad de México, me encontré casi por casualidad en un viejo archivo con material correspondiente al siglo XIX, con la ficha de referencia de la tesis de mi bisabuelo, dedicada a ciertos asuntos de la infancia. Vaya pues dedicado este trabajo, realizado a más de cien años de distancia, a honrar la memoria de Don José Guadalupe Troncoso.

INTRODUCCIÓN
LA *INVENCIÓN* DE UN
CONCEPTO MODERNO DE NIÑEZ

LA INVENCION DE UN CONCEPTO MODERNO DE NIÑEZ

En junio de 1992 una niña de 11 años llamada Zlata escribió lo siguiente en su libreta de notas en Sarajevo:

Boredom! Shooting! Shelling! People being killed! Despair! Hunger! Misery! Fear! That's my life! The life of an innocent eleven-year-old schoolgirl! A schoolgirl without a school, without the fun and excitement of school. A child without games, without friends, without the sun, without birds, without nature, without fruit, without chocolate or sweets, with just a little powdered milk. In short, a child without a childhood.¹

Como en muy pocos documentos, tenemos aquí el dramático testimonio de una pequeña que le tocó vivir y padecer una situación «límite» y que, desde ese contexto de adversidad, expresó nítidamente la idea de que una niñez sin una serie de atributos y características determinados (escuela, ausencia de violencia, juegos, amigos y dulces, entre otras cuestiones elementales) no podía recibir tal nombre, pues el concepto mismo de infancia se encontraría a finales del siglo XX estrechamente vinculado a una serie de implícitos culturales, sin los cuales carecería del menor significado.

El estudio del surgimiento de un concepto moderno² de niñez que aquí emprenderé requiere de una distinción inicial, que es necesario puntualizar.

¹ «¡Aburrimiento! ¡Disparos! ¡Casquillos de bala desperdigados! ¡Gente asesinada! ¡Desesperación! ¡Hambre! ¡Miseria! ¡Miedo! ¡Esta es mi vida! La vida de una niña inocente de escuela de once años de edad! Una niña de escuela sin una escuela, sin la diversión y la alegría de la escuela. Una niña sin juegos, sin amigos, sin sol, sin pájaros, sin naturaleza, sin fruta, sin chocolate ni dulces, con sólo un poco de leche. **En resumen, una niña sin niñez**», Zlata Filipovic, citada en Cunningham, 1996, p.1. Las negritas son mías. Salvo indicación contraria, todas las traducciones que aparecen en la investigación son obra del autor y de Isabel Pérez Monfort.

² Entre las diferentes definiciones y aproximaciones al término modernidad hemos optado por una que utiliza el historiador Francois Xavier Guerra, 1988, p. 37, por considerarla afin a los objetivos de este trabajo: «Con la palabra modernidad -a pesar de que el término sea posterior- designamos el conjunto de mutaciones que se produjeron en el área de la

A lo largo de este trabajo voy a considerar a esta etapa de la vida del ser humano no como una entidad estática o como una esencia «natural», ni como un período resultado de un proceso biológico determinado, sino, ante todo, como una construcción de carácter simbólico, estrechamente vinculada a un contexto y a un período histórico específicos. En este sentido, compartimos las premisas conceptuales de Giovanni Levi y Jean Claude Schmitt, que señalan en su reciente trabajo titulado *Historia de los jóvenes* que «en ningún lugar ni período histórico cabría definir a la juventud mediante criterios biológicos o con arreglo a criterios jurídicos. En todas partes y en todo tiempo sólo existe revestida de valores y símbolos».³

Los niños como tales forman parte de la historia de la humanidad. Sin embargo, lo que aquí se va a resaltar es el hecho de que nuestra visión y nuestro acercamiento a ellos difiere notablemente según sea la época, el tipo de sociedad y la cultura de que se trate.

En esta investigación partiré de una noción de niñez como parte de una construcción histórica vinculada a una serie de significados y a una estructura social, económica, política y cultural:⁴

[...] no se trata de estudiar al niño como tal, sino de historizar las distintas representaciones que la sociedad ha generado en torno al mismo. La única forma de hacerlo es a través de los discursos, de las imágenes y de las estrategias que los adultos han empleado para introducirlo en su mundo y que ante-

civilización europea a partir de una fecha sobre la que es posible discutir, pero cuyo efecto se hace sentir espectacularmente en la segunda mitad del siglo XVIII. Mutaciones que no son cambios aislados, sino elementos de un nuevo sistema global de referencias que comprende no sólo ideas nuevas, sino también nuevas relaciones sociales y nuevas instituciones.»

³ Levi y Schmitt, 1997, p. 14. Al respecto, vale la pena también citar la reflexión de Wartofsky, 1983, pp. 197-8: «El niño es una construcción de los mundos del niño, una «invención» cultural que se extiende para incluir no sólo al individuo subjetivo, sino al mundo objetivo de las instituciones, artefactos y prácticas en los que el niño llega a ser ese niño [...] los niños son lo que la arquitectura escolar, los parques de juegos, las leyes de trabajo infantil y las especies vivas dentro de la ecología y la economía actual de las familias constituyen como vida y mundo de la niñez».

⁴ Este es el contexto en el que utilizaremos el concepto de «invención». Al respecto, véase Lynn Hunt, 1996, pp. 7-9. Por lo que respecta al concepto de «representación» seguimos la línea de investigación trazada por Chartier, 1996, p.17: «La noción de representación colectiva, en la definición del término de Mauss, nos permite articular imágenes mentales claras (lo que Lucien Febvre llamó ideas materiales) con los esquemas y las categorías internalizados que las engendraron y les dieron estructura [...] Esto implica que esta noción sostiene a una historia cultural de la esfera social que tiene como meta la comprensión de configuraciones y motivos - de representaciones de la esfera social- que le dan expresión inconsciente a las posiciones e intereses de los agentes sociales conforme interactúan y que sirven para describir a la sociedad como los agentes sociales creían que debía ser o querían que fuera».

ceden a toda práctica social relacionada con la infancia: los cuales, por supuesto, están determinados en todo momento por el contexto material en que se formulan.⁵

La referencia pionera de este tipo de trabajos está representada por la investigación ya clásica del historiador Phillipe Ariés, titulada *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, publicada en Francia en el año de 1960. La tesis central del historiador francés es muy conocida y ha dado lugar a una amplia controversia. De acuerdo con Ariés, durante la Edad Media no existió un concepto definido de niñez, en la medida en que no existía un espacio simbólico reservado a los niños, cuestión que podía apreciarse en la ausencia de una literatura o juegos diseñados especialmente para los infantes:

En la sociedad medieval no existía la idea de la niñez; esto no quiere decir que se descuidaba, abandonaba o despreciaba a los niños. La idea de la niñez no se debe confundir con el afecto a los niños: corresponde a una conciencia de la naturaleza particular de la niñez, aquella naturaleza particular que distingue al niño del adulto, aún del joven adulto. En la sociedad medieval no existía esta conciencia.⁶

Una de las fuentes privilegiadas por el historiador para documentar sus argumentos fue la pintura de la época, que representaba a los niños como a «pequeños adultos», sin una identidad propia. Con el espacio de cuatro décadas que nos separa del texto de Ariés, resulta importante destacar que otros investigadores se han encargado de cuestionar y matizar algunos de sus planteamientos centrales. En particular, se ha señalado su sobrevalorización de algunas fuentes, principalmente las provenientes del campo de la pintura, así como la ausencia de un contraste comparativo con otras evidencias documentales. Algunos más han mostrado que sí existió un concepto de infancia en otras culturas distintas a la occidental.⁷

En la línea de la historia de la familia, Stone⁸ ha documentado estas carencias, apoyado en una perspectiva demográfica y social, mientras que desde la psicohistoria, De Mause⁹ ha sostenido que la historia de los cuidados y atenciones a la niñez comenzó en el siglo XX, desdeñando todas las épocas anteriores. Su contraparte básica esta representada por el trabajo de Pollock,¹⁰ quien sostiene que los padres vienen cuidando y amando a sus hijos a lo

⁵ Alcubierre, 2000, p. 19.

⁶ Ariés, 1987, p.45.

⁷ Gil'Adi, 1992; Archard, 1993.

⁸ Stone, 1978.

⁹ De Mause, 1982.

¹⁰ Pollock, 1983.

largo de toda la historia; por lo menos, de manera documentada, a partir del año 1500.

Desde el campo de la historia cultural, la tendencia ha sido, a partir de fines de la década de los ochenta, recuperar algunos de los planteamientos de Ariés, lo que ha abierto la posibilidad de nuevos debates y discusiones. Tal es el caso de Nikolas Rose,¹¹ que ha analizado los orígenes de la psicología infantil y sus repercusiones en la formación de los sujetos en la Inglaterra de finales del siglo XIX; de Vivian Zelizer,¹² que ha enfatizado el proceso de recuperación y revaloración que se produjo en Europa y Norteamérica en torno a la infancia durante la segunda mitad del XIX, muchas veces en contraposición con la situación de carencias y adversidades que experimentaba la mayor parte de la población infantil; y de Peter Wright,¹³ que ha investigado la manera en que la higiene *inventó* un concepto de infancia en la Inglaterra de finales del XIX. Para cerrar esta breve lista puede citarse el trabajo de Anne Higonnet,¹⁴ que ha analizado la construcción de una visión de «inocencia» infantil en Occidente a partir de las representaciones de la niñez en la pintura romántica europea durante la segunda mitad del XVIII.

Cabe señalar que los argumentos del multicitado autor fueron elaborados a principios de la década de los sesenta del siglo XX, por lo que presuponian una confianza optimista en torno a la noción de progreso, muy distinta de la que predomina en la actualidad en los ambientes intelectuales y académicos, en los que la pregunta por las diferencias culturales, el rescate de las especificidades y la originalidad de cada proceso, así como una lectura más escéptica en torno a los procesos históricos y las limitaciones de la noción del progreso constituyen el horizonte político-cultural de la reflexión.¹⁵

Consideramos que actualmente existe un consenso en señalar que cada sociedad ha construido su propia noción de niñez, lo que contradice algunos de los planteamientos centrales de Ariés. Sin embargo, algunas de sus tesis merecen ser re-pensadas desde la perspectiva actual. Tal es el caso de destacar la originalidad del proceso de la modernidad occidental, que propició la construcción cultural de una noción de infancia cualitativamente distinta a la de las etapas anteriores.

En síntesis, se puede plantear que cada sociedad ha construido su propia visión de niñez. La nuestra es distinta a la del pasado y se remonta a la experiencia mencionada de la modernidad, que tuvo lugar entre los siglos XVI y XIX. En ella desempeñó un papel fundamental la imprenta, por una serie de

¹¹ Rose, 1985.

¹² Zelizer, 1985.

¹³ Wright, 1988.

¹⁴ Higonnet, 1998.

¹⁵ Berman, 1998, pp.1-27.

razones que argumentaré y que tienen relación con la dimensión de la introspección.

Como ha mostrado el historiador Neil Postman,¹⁶ durante la Edad Media predominó en Europa una cultura oral, en la que la escritura estaba confinada a una minoría. La inmensa mayoría, por el contrario, no sabía leer ni escribir y ambas actividades no eran contempladas dentro de sus horizontes de vida. En este universo cerrado, la infancia «concluía» a los 7 años de edad, en el momento en que los pequeños finalizaban su proceso de aprendizaje elemental del lenguaje.¹⁷ En un mundo letrado, en cambio, el adulto construye un espacio codificado de «secretos», que forman parte de un código cultural que sólo es compartido por sus pares y al que los niños sólo tendrán acceso cuando se conviertan -precisamente- en adultos.¹⁸

La invención de la imprenta no sólo difundió ideas: transformó la misma estructura de pensamiento de los hombres, de tal manera que no sólo aportó elementos para pensar el mundo de una manera nueva, sino que estos comenzaron a pensar influidos por la misma estructura de los textos, que reclamaban precisión, que requerían de una identidad individual y de la introspección. En este sentido, creó las bases para la construcción de un nuevo horizonte para los adultos.¹⁹

El nuevo concepto de niñez se encuentra estrechamente vinculado a los inicios del sistema educativo moderno. Aquellos lugares en los que la difusión de la educación primaria fue mayor desarrollaron más profundamente el concepto. La práctica de una lectura y una escritura masivas incorporó a los sujetos a un nivel de abstracción que modificó también la percepción del mundo adulto. Como parte de este proceso, a los infantes se les separó de los adultos y en este camino de diferenciación se les construyó una identidad de la que antes, históricamente, carecían.²⁰

¹⁶ Postman, 1994.

¹⁷ Este es el criterio que puede encontrarse, por ejemplo, en el *Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española*, que todavía a principios del siglo XVIII definía esta etapa de la niñez a partir de elementos estrictamente lingüísticos.

¹⁸ Las implicaciones de este proceso civilizatorio han sido analizadas de una manera brillante por Elías, 1980. Utilizando categorías conceptuales de carácter psicoanalítico, el autor considera que el incremento del proceso de represión de los instintos constituyó una de las conquistas básicas del surgimiento de la modernidad occidental.

¹⁹ La idea moderna de niñez está asociada a una cierta condición psicológica, a una estructura de pensamiento. Postman, *op. cit.*, pp. 36-45.

²⁰ Roger Chartier, *op. cit.*, ha estudiado el proceso a través del cual la imprenta fue creando un mundo simbólico que fue enriqueciendo y modificando el mundo de los adultos al cambiar hábitos de lectura y crear las condiciones para el surgimiento del lector moderno, que necesitaba una atmósfera de silencio y de intimidad. Todo lo anterior permitió el surgimiento de la introspección, que Montaigne desarrolló como género literario y que Rousseau retomó. Al modificarse la percepción del mundo adulto, el universo de los infantes también se modificó sustancialmente.

Si antes –como ya se señaló– la niñez, terminaba a la edad de siete años, atendiendo al criterio de la adquisición del lenguaje, que permitía su incorporación a las actividades del mundo adulto, con la reforma educativa de los siglos XVI y XVII, la infancia comenzó a ser visualizada a partir de un criterio cultural que prolongó su desarrollo como parte de un proceso de aprendizaje mucho más amplio. Los siguientes factores resultaron determinantes para acelerar estas transformaciones; la difusión de la escolarización y la creación de un espacio de separación del mundo infantil respecto del de los adultos; la investigación psicológica y pedagógica que diseñó y confirmó atributos y características a la niñez inéditas hasta ese momento; y, finalmente, el saber y la práctica de la medicina pediátrica que desembocó en el siglo XIX en la proyección de una mirada clínica especializada, que fue construyendo una serie de conceptos y representaciones en torno al cuerpo infantil.

Siguiendo los argumentos del historiador de la ciencia Thomas Kuhn, puede señalarse que en ese período histórico se construyeron las bases epistemológicas para un nuevo paradigma en torno a la niñez, en estrecha conexión con otros saberes y disciplinas surgidos en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII: la pediatría, la pedagogía, la psicología social y la antropología.²¹

La cúspide de este proceso está representada por Juan Jacobo Rousseau, cuya obra sintetiza la conceptualización de este nuevo orden de ideas en torno a la infancia, como lo han destacado algunos de los historiadores más importantes sobre este tema.²² La revolución *copernicana* que instaló en los estudios en torno a la niñez consistió en dotar a ésta, por primera vez, de independencia y autonomía respecto del universo de los adultos. No resulta casual que el filósofo francés haya vivido en Inglaterra a mediados del siglo XVIII. Su trabajo tuvo una influencia fundamental en la primera generación de pintores románticos ingleses, con artistas como Reynolds, Lawrence y Gainsborough, que construyeron una representación de la inocencia infantil y crearon el estereotipo que tuvo una gran influencia en los dos siglos siguientes.²³ Rousseau comprendió que antes que edificarse un sistema de educación era preciso preguntarse en qué consistía la naturaleza del infante, de lo que se deriva la idea de darle una importancia en sí misma a la niñez. Esta legitimación de la etapa, que implicaba un reconocimiento de sus derechos, tuvo que nadar a contracorriente con peligrosos enemigos a lo largo del siglo XIX, como la industrialización y la sobreexplotación infantil, pero terminó

²¹ Kuhn, 1996, pp. 17-23.

²² Cunningham, *op. cit.*, y Hendrick, 1997. La síntesis de la propuesta rousseauiana puede consultarse en su famoso *Emilio*, publicado en 1762.

²³ Como se verá un poco más adelante, la fotografía retomaría esta tradición. Véase Higgonet, *op. cit.*, pp. 23-30.

imponiéndose en Occidente con el proceso masivo de escolarización que se registró en Europa y Norteamérica en el mismo período.²⁴

Los sistemas educativos europeos más importantes de los siglos XVIII y XIX, como los representados por figuras como Pestalozzi y Froebel, retomaron la propuesta rousseauiana, adaptándola a sus fines y objetivos. No cuento con las estadísticas pertinentes ni con otros instrumentos cuantitativos para medir el impacto y la eficacia de dicha propuesta. Sin embargo, sí se puede presentar en el orden de lo cualitativo uno de los ejemplos más interesantes y significativos que dan cuenta del grado de asimilación de estas ideas en la Europa del XIX. Curiosamente, dicho ejemplo no proviene de la filosofía, la ciencia o la pedagogía, sino de la criminología. En efecto, en una tan valiosa como rutinaria declaración, el juez Mathew Davenport, del Distrito de Birmingham, en Inglaterra, se refería a mediados del siglo XIX al caso de un niño delincuente de la siguiente manera:

*[...] is a little stunted man already -he knows much and a great deal too much of what is called life- he can take care of his own immediate interests. He is self reliant, he has so long directed or misdirected his own actions and has so little trust about him that he submits to no control and asks for no protection. He has consequently much to unlearn: he has to be turned again into a child.*²⁵

La preocupación del magistrado expresaba la convicción de que un niño de la calle, alejado de la protección y el resguardo del mundo de la familia, perdía los atributos, las prerrogativas y los privilegios propios de su etapa y se convertía en un adulto pequeño. A manera de antecedente del testimonio de Zlata, la pequeña de Sarajevo, tenemos aquí la visión reconocida de un funcionario del gobierno que se manifestaba plenamente conciente de que las características predominantes de la infancia hacia mediados de aquel siglo no constituían propiedades inherentes de la etapa infantil, sino que, por el contrario, eran el resultado de conquistas políticas y culturales suscepti-

²⁴ La socióloga norteamericana Vivian Zelizer, *op. cit.*, pp. 32-46, ha analizado con rigor este proceso, refiriéndose a la llamada «sacralización» (acto de investir objetos con elementos sentimentales y religiosos) experimentada por la niñez a finales del siglo XIX, para explicar el surgimiento de una visión moderna en torno a la niñez caracterizada por su falta de rendimiento económico y su valoración afectiva.

²⁵ Davenport, citado en Tagg, 1988, pp. 73-75. «[...] ya es un pequeño hombre maleado -sabe mucho y demasiado de lo que se llama vida- puede cuidar sus intereses propios inmediatos. Depende de sí mismo, durante tanto tiempo ha orientado o desorientado sus propias acciones y es tan desconfiado que no se somete a ningún control ni pide protección. Por lo tanto, tiene mucho que desaprender: **se le tiene que volver a convertir en un niño**». Las negritas son mías.

bles de perderse, alterarse y modificarse. Así mismo, muestra la manera en que se había construido un esquema normativo atento a la clasificación de las desviaciones e irregularidades que se pudieran presentar respecto del modelo.²⁶

El planteamiento del problema

En las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, esta visión de la niñez llegó a su máximo desarrollo en Occidente. Para ello contó con el apoyo del Estado moderno y la creación de las condiciones políticas y culturales idóneas, gracias a la consolidación de una serie de dispositivos institucionales que cubrieron diversas áreas y disciplinas, entre las que cabe destacar la pediatría, la sociología, la psicología infantil y la higiene escolar.²⁷ Entre 1880 y 1914 los discursos y saberes que tenían a la infancia como su objeto de estudio se consolidaron y diversificaron en varios campos: la pediatría, que adquirió su plena legalidad a través de su incorporación en los distintos planes de estudio y programas de la carrera de medicina en distintas universidades europeas, norteamericanas e hispanoamericanas, contribuyendo a que problemas conocidos y persistentes como la mortalidad infantil, aparecieran por primera vez como un asunto de seguridad nacional dentro del horizonte político del Estado,²⁸ y la pedagogía, que incorporó la perspectiva evolucionista de los trabajos darwinianos y concibió a la escuela como el laboratorio por excelencia para realizar importantes investigaciones de higiene escolar, así como la inauguración de gabinetes antropométricos en los que se estudiaron

²⁶ Por lo que respecta al contexto de la ciudad de México, cabe rescatar el testimonio de un cronista anónimo del periódico *La Clase Media*, que en un artículo titulado significativamente: «Cómo viven las familias pobres en la capital» en enero de 1909, p.1 señalaba esa carencia de los atributos de la niñez moderna en el caso de los niños de la calle: «[...] todos hemos visto en la corriente humana que circula por las calles y llena los paseos, a una multitud de niños de cara fresca, pero donde se ve retratada una angustia; no son niños, tienen en el rostro la prematura seriedad del hombre, tienen ya el rictus de un sufrimiento, de una pena o de un trabajo [...] **por eso decimos que la niñez, cierta niñez se entiende, no lo es sino de nombre**». Las negritas son mías.

²⁷ Utilizo el término «dispositivo» en el sentido sociológico que le confieren los investigadores Sáenz, Saldarriaga y Ospina, 1999, p. 403: «se puede identificar la instrucción y la educación pública nacional como un dispositivo que anudo a los fines últimos de progreso técnico, la moralización, la defensa de la raza y la democratización de la cultura, la formación de sujetos sociales, la educación de la familia y el gobierno de los pobres[...] el término «dispositivo» permite describir procesos sociales y políticos concretos, y más aún, permite analizar el problema no como el paso entre dos estados ideales, antagónicos, sino como una más real dinámica de relevo de piezas, una armazón cotidiana de elementos arcaicos y modernos».

²⁸ Wright, *op. cit.*, pp. 127-31.

con detenimiento la mente y los cuerpos infantiles. Para ello contó con el surgimiento de una vigorosa psicología infantil que se encargó de aplicar las primeras pruebas psicométricas en torno a la inteligencia.²⁹

Tanto la pediatría como la pedagogía de finales del siglo XIX formaron parte de una *episteme*, esto es, de una sistematización de conocimiento, que en este caso estaba organizado alrededor de la necesidad de mirar «hacia adentro», de hacer «visible lo invisible», de administrar y generar los aparatos administrativos y discursivos que crearon las condiciones para la percepción de la diferencia, el individuo y la normatividad.³⁰

La mirada científica de la medicina y la pedagogía permitió visualizar aspectos inéditos que alteraron la concepción de la etapa de la infancia y la forma de pensar y de reflexionar en sus características y problemas. Al mismo tiempo, en ese período se crearon las condiciones culturales para una percepción distinta de la realidad. Los instrumentos que facilitaron dicha transformación fueron la litografía, el grabado y la fotografía. Esta última, en particular, contribuyó de una manera decisiva a fortalecer la confianza y el optimismo en la técnica y en el progreso que caracterizaron las expectativas de los grupos dominantes y de un sector significativo de la sociedad occidental en la segunda mitad del siglo XIX. De acuerdo con los cánones positivistas predominantes en la época, la fotografía resultaba científica en la medida en que proporcionaba evidencias visibles:

La fotografía nació en un tiempo que pretendió considerarse como la edad del saber absoluto [...] Al provocar un cambio radical en todas las técnicas de descripción, registro y representación, la fotografía «realizó», por así decirlo, o al menos hizo posible, algo que podría llamarse un saber absoluto del mundo visible. La esperanza profunda -terca, incluso encarnizada- de los científicos de esta época consiste en hacer posible fotográficamente todo cuanto se les escapa, todo lo que excede la visión natural, lo que está demasiado cerca o demasiado lejos, lo que se esconde en los repliegues del cuerpo, lo que transparente, lo que desaparece, incluso el alma.³¹

Las premisas subyacentes en la construcción misma del conocimiento científico durante los últimos dos siglos parten del reconocimiento de la importancia que ha desempeñado en este proceso el papel de la visión:

¿Cuándo decimos que es científico nuestro conocimiento? En definitiva, cuando con los ojos de la cara o con los ojos de la razón vemos lo que ella es en

²⁹ Rose, *op. cit.*, pp. 52-66.

³⁰ Foucault, 1981, pp. 36-41.

³¹ Didi-Huberman, 1988, pp. 71.

su realidad propia. Esto van a proponerse en su faena diagnóstica los médicos del siglo XIX [...] «Ver» lesiones, «ver» procesos energético-materiales, «ver» microorganismos patógenos y sustancias químicas, o combinar eclécticamente, con destreza mayor o menor estos tres modos y términos de la visión del cuerpo enfermo. En el filo de los siglos XIX y XX, este abanico de posibilidades constituía de ordinario el *desideratum* del diagnóstico.³²

La pretensión cognoscitiva de la época de hacer «visible lo invisible», que encontramos en los textos pediátricos y pedagógicos del período, también puede observarse en la naturaleza misma del acto fotográfico, o más bien, en la versión que se tenía de este acto a finales del siglo XIX, según la cual, la fotografía era considerada la imitación más perfecta que podía haber de la realidad. Se pensaba que su capacidad mimética provenía de sus procedimientos técnicos, que le permitían la formación de una imagen en forma automática. En este sentido, la placa fotográfica no interpretaba, sino que resultaba objetiva y exacta.³³

La fotografía fue utilizada en los libros de corte científico desde mediados del siglo XIX con esta poderosa carga simbólica, y en las siguientes décadas se incorporó a las páginas de la prensa y las revistas y *magazines* ilustrados; dicho proceso tuvo lugar en la década de los ochenta de la misma centuria, con lo cual la cantidad de lectores y destinatarios finales de estas imágenes se multiplicó de una manera sustancial.

En México, la correlación del surgimiento de un concepto moderno de infancia y la difusión masiva de una serie de imágenes y representaciones fotográficas con el mismo tema se produjo durante el período del Porfiriato, entre los años 1876 y 1911, cuando el país entró en un proceso de estabilidad política y de paz social que le permitieron generar grandes transformaciones en el ámbito material, así como una continuidad en los procesos políticos y culturales, que contrastan con los disturbios y la inestabilidad de los golpes de estado que caracterizaron a la primera mitad del México Independiente.³⁴

La inestabilidad política prevaeciente en la primera mitad del siglo XIX frenó la consolidación de un Estado moderno en el país. Sin embargo, en el último cuarto de la misma centuria se produjo una nueva ofensiva, a través de la estructuración de un Estado liberal de carácter nacional que alcanzó una estabilidad de cerca de 40 años, con un nivel de gobernabilidad acepta-

³² Laín Entralgo, 1982, p. 47.

³³ Dubois, 1986, pp. 29-34.

³⁴ En esta investigación prolongaré el período de estudio hasta el año de 1914. Existen elementos para justificar dicha ampliación: por un lado la permanencia de las élites porfirianas durante la dictadura huertista, y por otro, el sostenimiento de algunas de las revistas y diarios capitalinos más relevantes de estos grupos, como el caso de *El Mundo Ilustrado*, *El Imparcial* y *El País*.

ble, que intentó unificar los mercados regionales y abrió las puertas del país a la inversión extranjera. Dicha estabilidad no implicó una bonanza económica para la mayoría de los habitantes del país. Por el contrario, el proyecto «modernizador» porfiriano introdujo grandes tensiones y desajustes sociales. Dos manifestaciones particularmente relevantes de dichas tensiones fueron el bandolerismo y las rebeliones indígenas, que tuvieron una presencia constante a lo largo de todo el período.³⁵

Esta reorganización económica y política fue acompañada por un proceso de centralización que reforzó a la ciudad de México en su papel rector de la vida política y cultural del país. Por esta razón, el último cuarto del siglo XIX puede interpretarse como la consolidación de la hegemonía por parte de la capital, que vivió entonces momentos de gran auge a costa de los demás estados y territorios, transformando lo que había sido su imagen tradicional:

Un objetivo central de la política de urbanización del régimen porfiriano fue la alteración de la fisonomía de la ciudad de México, mediante modificaciones profundas de su vieja traza y la ampliación del recinto ciudadano. Se edificó tratando de que hubiera una correspondencia entre el paisaje urbano y la imagen de «orden y progreso» que la elite porfirista se había forjado de sí misma y de la que hiciera ostentación pública.³⁶

En el período comprendido entre 1867 y 1911, la población de la capital experimentó un incremento de 230 mil habitantes a 470 mil. Un gran porcentaje de estos sujetos provenía de la zona central del país, algunos por haber sido despojados de sus tierras y otros atraídos por las nuevas fuentes de trabajo materializadas en las oficinas burocráticas, el comercio, la industria y los servicios, y el sistema educativo y cultural.³⁷

En este contexto, el régimen porfiriano construyó un significativo e importante dispositivo institucional que abarcó entre otras áreas a la educación, en sus diversas ramas referentes a la infancia.³⁸ Entre otras de las manifestaciones de este importante proceso tenemos: la inauguración de una Escuela Normal en la capital, que constituyó un espacio privilegiado para la discusión de las nuevas ideas pedagógicas; la celebración de cuatro importantes Congresos de Instrucción, en los que se articularon las estrategias higiénicas y pedagógicas del régimen; la formulación de una nueva Ley de Educación Primaria, que marcó una diferencia cualitativa respecto de las eta-

³⁵ Pérez Monfort, 1997, pp. 7-13.

³⁶ De Gortari y Hernández, 1988, p. 69.

³⁷ *Ibidem*, pp. 34-37.

³⁸ Como nos muestra la incipiente estadística de la época en los censos de 1895, 1900 y 1910, en el porfiriato el 41% de la población estaba constituida por menores de 15 años. Al respecto, véase González Navarro, 1970, p.10.

pas anteriores en lo concerniente a la conceptualización del infante como un ente fisiológico, psíquico y moral; la apertura de las nuevas escuelas de párvulos o *kindergartens*, que llevaron el análisis de la naturaleza infantil a una instancia previa al ingreso formal a las escuelas primarias; la creación de departamentos de Higiene Escolar, con la aplicación masiva de miles de exámenes individuales entre los estudiantes, en los que se llevaba un registro de sus datos físicos y psíquicos; la incorporación de numerosos textos de medicina infantil, provenientes en su mayoría de la escuela clínica francesa, de cuya discusión y asimilación local dan cuenta los textos y artículos de los médicos mexicanos, así como las distintas tesis de los estudiantes de la Escuela Nacional de Medicina que reflexionaron sobre estos temas, y la incorporación de materias y asignaturas ligadas al estudio de esta etapa en los planes de estudio correspondientes a la Escuela Normal y a la Escuela Nacional de Medicina.

Por lo que respecta a la fotografía y su impacto en la sociedad capitalina de la época, este fenómeno ha comenzado a ser estudiado en las últimas décadas.³⁹ Su incorporación a los *magazines* ilustrados y a la prensa moderna sensacionalista en los últimos años del siglo XIX produjo una renovación notable del lenguaje gráfico y un impacto considerable en la población, incidiendo en los hábitos mentales de ésta, lo mismo que en sus actitudes y creencias.⁴⁰ Tanto la nueva prensa como los *magazines* dedicaron amplios reportajes fotográficos a diversos temas relacionados con la infancia, difundiendo de esta manera algunas de las nuevas ideas que circulaban en torno a ésta y que provenían de universos tan distintos como la criminología, la medicina y la pedagogía cívica.⁴¹

³⁹ Al respecto, cabe destacar los trabajos de Meyer, 1978; Casanova y Debroise, 1989; Matabuena, 1991; De los Reyes, 1994; Aguilar, 1996 y Massé, 1998.

⁴⁰ Giselle Freund, 1981, p. 96 ha analizado los trastornos y modificaciones que experimentó la población europea en su contacto con la difusión masiva de la fotografía a través de las páginas de la prensa a finales del siglo XIX. La fina visión de la autora se detiene en aspectos ligados a las actitudes y hábitos mentales de las personas: «Cambia la visión de las masas; hasta entonces el hombre común sólo podía visualizar los acontecimientos que ocurrían a su vera, en su calle, en su pueblo. Con la fotografía, se abre una ventana al mundo. Los rostros de los personajes públicos, los acontecimientos que tienen lugar en el mismo país y allende las fronteras se vuelven familiares. Al abarcar más la mirada, el mundo se encoge. La palabra escrita es abstracta, pero la imagen es el reflejo concreto del mundo donde cada uno vive. La fotografía inaugura los *mass-media* visuales cuando el retrato individual se ve sustituido por el retrato colectivo».

⁴¹ Entre otras cosas, el cambio cualitativo en los tirajes permite a la prensa moderna, cuyo prototipo era el ya mencionado periódico *El Imparcial*, irradiar una influencia sobre un nuevo perfil de lectores y usuarios, mucho más diverso y heterogéneo que el que había alcanzado la prensa política decimonónica durante la segunda mitad del siglo XIX. Del Castillo, 1997, pp. 26-36.

En esta investigación describiré y explicaré la simultaneidad de estos procesos atendiendo, por un lado, a la lógica de argumentación de las diversas disciplinas científicas, a la elaboración de sus referencias y aportaciones conceptuales en torno al período de la infancia, construídas alrededor de una serie de dispositivos institucionales, que contribuyeron a delimitar las características y atributos de la niñez y sus diferencias respecto a otras etapas de la vida del ser humano; y por otro, a la puesta en escena de las imágenes fotográficas y su contribución a las nuevas ideas y representaciones de dicho período, tanto en el imaginario colectivo⁴² de los grupos científicos o especializados, como en el de sectores más amplios y heterogéneos, como el de los que formaban parte los destinatarios de la nueva prensa mercantil y sus grandes tirajes.⁴³

La construcción de este doble escenario científico y periodístico contó con numerosas representaciones de carácter fotográfico y tuvo un peso específico importante por lo que se refiere a la ciudad de México. Su relevancia fue tanto mayor en la medida en que en la misma época existieron una serie de vacíos en lo que se refiere a una legislación tendente al reconocimiento y protección de los derechos de los infantes. En este sentido, considero que los argumentos científicos, los textos reporteriles y la diversidad de imágenes y representaciones contribuyeron a la difusión de un imaginario colectivo que permitió sensibilizar a una incipiente opinión pública capitalina acerca de algunos de los graves problemas que aquejaban a la población infantil y a replantear algunos conceptos en torno a esta etapa.

La convergencia de estas dos miradas, la «especializada», proveniente de los grupos de médicos, pedagogos e higienistas, y la «divulgadora», procedente de la prensa, las revistas y los *magazines* ilustrados, se encargó de construir una importante serie de conceptos, imágenes y representaciones en torno a la niñez que terminaron por diseñar nuevos encuadres y parámetros para reflexionar en torno a esta etapa, así como acerca de las formas de representarla. No se trata en absoluto de plantear que en períodos históricos anteriores no se registrara una reflexión sobre los problemas de la niñez, sino de mostrar de qué manera el surgimiento y la consolidación de nuevos saberes, como la pediatría, la antropología, la pedagogía y la psicología infantil, aunados al surgimiento y difusión masiva de la fotografía vinculada con los me-

⁴² «El campo de lo imaginario está constituido por el conjunto de representaciones que desbordan el límite trazado por los testimonios de la experiencia y los encadenamientos deductivos que éstos autorizan. Lo que significa que cada cultura y por tanto cada sociedad e incluso cada nivel de una sociedad compleja tiene su imaginario», Patlagean, 1984, p. 302.

⁴³ La fotografía fue utilizada en los textos médicos y pedagógicos en el último cuarto del siglo XIX, primero en ediciones importadas y posteriormente en nacionales. Por lo que respecta a la prensa, aparece en los *magazines* ilustrados a mediados de la década de los ochenta y en los periódicos a fines de los noventa.

dios impresos, proporcionaron un imaginario inédito en torno a la definición y representación de estos problemas.

Dicho imaginario abarcó, entre otros tópicos fundamentales: la recreación de una serie de estereotipos infantiles asociados a la inocencia y la pureza y vinculados a los grupos de las élites; el reconocimiento de una mirada profesional en torno a la salud y la patología de los cuerpos y las mentes infantiles; la consolidación de una instrucción cívica interesada en moldear la figura del niño como un ciudadano en ciernes al servicio del Estado; el incremento y diversificación de un control social focalizado en los niños de la calle, el registro de un aumento de la militarización de las diferentes instituciones dedicadas al cuidado; y la atención infantil y la crónica de un fenómeno inédito a nivel visual en la prensa y las *magazines* de la ciudad de México, esto es, la participación de los niños en los conflictos laborales. Todos ellos contribuyeron a la edificación de un inventario moderno de la niñez capitalina a principios del siglo XX.

La estructura de la investigación

La estructura de esta investigación responde a los planteamientos anteriormente esbozados.

La primera parte, titulada: «La irrupción de una nueva forma de ver: la fotografía en el siglo XIX» introduce y plantea algunos de los problemas derivados de la incorporación de la imagen fotográfica al imaginario de la sociedad occidental de la segunda mitad del siglo XIX. En particular, señala las implicaciones que tuvo en algunos sectores sociales el aprendizaje visual en torno a la imagen fotográfica y la carga simbólica subyacente en los diversos formatos que fue adquiriendo la fotografía durante el período estudiado.

La segunda parte, titulada: «La mirada de los especialistas», se refiere a la construcción de una visión en torno a la etapa de la infancia por parte de algunos de los grupos científicos de la época, que desarrollaron una mirada profesional acerca de las características de dicha etapa. En este apartado abordaré el surgimiento conceptual de una «mirada» clínica en el terreno de la medicina europea a finales del siglo XVIII, que comenzó a preguntarse por el lugar corporal de las lesiones anatómicas como punto de partida para la descripción de los padecimientos y la interpretación de las enfermedades y su consolidación a lo largo del siglo XIX.

En este contexto, analizaré las repercusiones de estos cambios en el mundo de la medicina infantil: la forma de encarar los problemas de la niñez por parte de los profesionistas de la salud y la educación en el México porfiriano y la construcción de categorías, conceptos y otras referencias teóricas y em-

píricas por parte de estos grupos para referirse a la niñez, dotándola de contenidos específicos inéditos y sustantivos.

La exploración clínica de los cuerpos y las mentes infantiles en hospitales, consultorios y escuelas fue construyendo un perfil definido y preciso para la etapa de la infancia. Esta voluntad de saber de médicos, pedagogos y demás miembros de la comunidad científica porfiriana, influídos por las ideas positivistas y evolucionistas predominantes en el período, utilizó la fotografía como el instrumento idóneo para reforzar y ampliar sus argumentos.

Por lo que respecta a la tercera y última parte, titulada: «La mirada divulgadora» y que se refiere al uso de la imagen fotográfica infantil por parte de la prensa y los *magazines* ilustrados de la época, ésta explica y describe los cambios que experimentaron estos medios de comunicación en el contexto del cambio de siglo en la capital mexicana y su construcción de un nuevo perfil de lectores, mucho más heterogéneo y diverso que el de las etapas anteriores.

La fotografía alcanzó una difusión importante en México durante la década de los sesenta del siglo XIX, primero entre las élites y posteriormente entre sectores sociales más amplios. Sin embargo, sus logros más importantes los obtuvo hasta el Porfiriato, período en el que la tecnología permitió la obtención de una mejor calidad en las imágenes y, sobre todo, su reproducción masiva a través de las páginas de los periódicos. La prensa representaba a finales del siglo XIX y principios del XX el espacio de comunicación más importante para las distintas corrientes políticas y culturales, ya se tratase de católicos, liberales, conservadores, socialistas, anarquistas, etc. En este sentido, constituye una opción documental privilegiada para analizar la divulgación de algunas de las ideas más significativas en torno a la infancia.

En este espacio me referiré a esta difusión de una mirada no especializada sobre la etapa de la infancia, que denominaré «divulgadora», vinculada a los intereses socioeconómicos y políticos de las publicaciones mencionadas. Entre las principales temáticas que contiene esta mirada se encuentran:

- *La publicidad de productos médicos para infantes.* Se trata de uno de los tipos de propaganda más difundidos en la época. Permite describir y analizar una trayectoria en la que la imagen se va imponiendo gradualmente al «prestigio» de la palabra escrita y va ocupando un lugar preponderante en los anuncios. Asimismo, difunde una serie de fotografías infantiles alejadas del modelo clínico, lo que proporciona un lugar diferente de reflexión acerca de la etapa de la niñez. Las curaciones «milagrosas» de los productos publicitados o de las clínicas y los institutos médicos anunciados en los periódicos proyectan una imagen de la niñez asociada con un concepto de modernidad en el que los elementos mágicos e irracionales desempeñaron un papel fundamental.

- *La infancia y su relación con la delincuencia.* La criminalidad constituyó una de las preocupaciones fundamentales de las élites porfirianas y sus

propósitos de construir un proyecto sólido de control social. Una manifestación de lo anterior está representada por los grandes reportajes policíacos de la época, que ocuparon las primeras planas de la nueva prensa industrial, con sus crónicas y fotografías. En buena medida, en estos reportajes desfilaron una serie de personajes infantiles, a veces como protagonistas centrales de las historias y en ocasiones como parte de alguna tragedia conyugal o familiar. En ambos casos, los diarios proporcionan una reflexión significativa en torno a su forma de aproximación y representación de la niñez. En el primero, se muestran algunas de las ideas de políticos y criminólogos respecto al papel central de la infancia en el comportamiento y destino de los seres humanos, así como la manera en la que los primeros reportajes fotográficos pretendían reflejar y recrear de la manera más precisa y objetiva posible tanto la fisonomía de los niños delincuentes como su entorno social. En lo que toca al segundo, los homicidios de mujeres adúlteras a manos de los cónyuges burlados brinda un espacio por demás sugerente para reflexionar sobre la manipulación de la figura infantil para la defensa de los valores dominantes.

- *La niñez y la marginación.* La enorme desigualdad social imperante en la ciudad de México a principios del siglo XX comenzó a reflejarse en las páginas de la prensa, dando lugar a una serie de representaciones de la pobreza que contribuyeron a construir un imaginario infantil que contrastaba radicalmente con el estereotipo idealizado y aséptico de las élites. En estos apartados reflexiono sobre los inicios de este tipo de crítica social y sus alcances en una incipiente opinión pública capitalina.

- *La instrucción cívica infantil.* La literatura cívica retomada por el bando triunfador de los liberales alcanzó una gran importancia durante el Porfiriato. En este período se consolidó una interpretación historiográfica que integró e incorporó el pasado prehispánico y la etapa novohispana a la historia patria, y proyectó a una dimensión nacional a figuras como Hidalgo y Morelos, al mismo tiempo que construyó y difundió otras, como las de los célebres «niños héroes», incorporados al panteón de la historia oficial, como parte de un esfuerzo de legitimación política del régimen. Este esfuerzo historiográfico se volcó al aparato escolar, en un intento por transformar a los pequeños educandos en ciudadanos, con lo que convirtió a la etapa de la niñez en uno de los tópicos más importantes de la modernización política del país. «Pensar» en los ciudadanos a finales del siglo XIX pasó entonces por un proceso de re-pensar la infancia a partir de nuevos ángulos y enfoques. La prensa y las publicaciones escolares desempeñaron un papel fundamental en la difusión de los valores patrios, utilizando las imágenes infantiles como parte esta incipiente pedagogía cívica.

- *Los niños trabajadores y revolucionarios.* En los últimos años del período estudiado (1910-1914), se produjo una ruptura política con el régimen

porfiriano que incorporó a nuevos actores sociales que no habían tenido una presencia importante en el imaginario a través de las páginas de la prensa. Este es el contexto en el que se comienzan a difundir una serie de impactantes y significativas imágenes de niños trabajadores e incluso revolucionarios, bastante alejadas tanto de los estereotipos de infantes «inocentes» pertenecientes a las élites, como de los casos «clínicos» y escolares recreados por la mirada especializada de médicos y pedagogos durante el Porfiriato. Al mismo tiempo, este ángulo nos permite trazar una perspectiva de análisis y elaborar una reflexión en las que puede observarse de qué manera la figura de la niñez comenzó a ser utilizada y manipulada con fines políticos y propagandísticos, un fenómeno que ocuparía un lugar central en la historia de la niñez durante el siglo XX.

La convergencia entre la mirada «especializada» y la «divulgadora» contribuyó a la difusión de una serie de imágenes y representaciones de la infancia que transformaron el horizonte teórico y conceptual desde el cual se reflexionaba acerca de esta etapa a mediados del siglo XIX y convirtieron a ésta en un objeto de estudio para las disciplinas científicas de la época al mismo tiempo que en asunto prioritario para el Estado.

PRIMERA PARTE
LA IRRUPCIÓN DE UNA NUEVA FORMA DE VER

CAPÍTULO 1
LAS TRANSFORMACIONES DE LA FOTOGRAFÍA:
DE LAS TARJETAS DE VISITA A LOS INICIOS DE LA PRENSA GRÁFICA

Al enseñarnos un nuevo código visual, las fotografías alteran y amplían nuestras nociones de qué vale la pena mirar y qué tenemos derecho a observar. Son una gramática y, aún más importante, una ética de la visión.

Susan Sontag.

En este capítulo no realizaré un recuento cronológico de los avances de la fotografía en el siglo XIX. Tampoco esbozaré una revisión global de esta temática. Para ello remito al lector a las investigaciones pertinentes.¹ Por el contrario, el objetivo aquí se reduce a plantear algunos problemas derivados de la incorporación de la imagen fotográfica al imaginario colectivo en la sociedad occidental de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX.

En particular, haré énfasis en las implicaciones que tuvo en algunos sectores sociales el aprendizaje visual acerca de la imagen fotográfica, así como la carga simbólica subyacente en los diversos formatos que fue adquiriendo la foto durante el período estudiado, desde las denominadas *tarjetas de visita* hasta la incorporación de la fotografía en la prensa.

La delimitación de estos problemas forma el contexto básico en el que se suscribe la lectura e interpretación de las imágenes en general y de las fotografías infantiles en particular que habré de revisar a lo largo de la presente investigación.

¹ Al respecto, pueden consultarse, entre otras destacadas investigaciones: Frizot, 1998; Sougez, 1998 y Clarke, 1997, para el caso de Europa, y los trabajos ya citados de Aurelio de los Reyes, Eugenia Meyer, Rosa Casanova y Oliver Debroise, Arturo Aguilar, Teresa Matabuena, y Patricia Massé, para el caso de México.

Fotografía y revolución visual

Como señala John Berger, la vista constituye el sentido que establece nuestro lugar en la sociedad. A través de ella los seres humanos comenzamos a construir nuestra visión del mundo y, al mismo tiempo, nos damos cuenta de que somos percibidos, observados y representados por otros. En este sentido, el «acto de ver» implica la conciencia de ser visto.²

El surgimiento de la fotografía en el siglo XIX no solamente representó una innovación en el ámbito técnico de la capacidad reproductiva de la imagen, sino que trajo repercusiones profundas en los hábitos visuales de las personas, entre las que cabe destacar una re-educación de la mirada: esto es, una revolución visual que modificó actitudes, comportamientos y creencias.³

Esta «re-educación», que tanto en Europa como en América fue asimilada e incorporada por sectores cada vez más amplios de la población, comprendió dos aspectos muy diferentes y de alguna manera complementarios:

Por un lado, permitió por primera vez a una buena parte de la población el acceso a su propia imagen, modificó sustancialmente el mundo interior y le confirió una realidad distinta a la capacidad de introspección y a la subjetividad de las personas.

Va a ser la fotografía la que consiga la democratización del retrato. Por primera vez, la fijación, la posesión y la comunicación en serie de la propia imagen se vuelven posibles para el hombre del pueblo. El acceso a la repre-

² Berger, 1975, pp. 57-9. Como ha señalado Warkentin, 1992, pp. 58-80, la imagen equivale a la materialización de un aspecto, de un momento del mundo óptico que nos rodea y la mente, a través de las percepciones sensoriales, desestructura al mundo que percibe y lo vuelve a reestructurar en una creación independiente, pero referente al original. En este sentido, las imágenes constituyen entidades originadas por la percepción óptica de un conjunto de impresiones sensoriales a las que es sensible la retina, y esto sería algo muy parecido a lo que sucede con el caso de la fotografía: la película es sensible a los rayos de luz reflejados en los objetos exteriores a la cámara y que penetran a la misma a través de las lentes. Evidentemente, esta creación de imágenes, es decir, la desestructuración y reestructuración del mundo externo que tiene lugar en la mente, nunca se produce de una manera «natural», sino que se lleva a cabo en todo momento de acuerdo con esquemas personales y sociales que forman parte de un código cultural determinado.

³ Utilizo el término «revolución visual» en el contexto de la obra del conocido historiador de la imagen, W. H. Ivins, 1991, p. 54, el cual señala que: «Se depositó en la fotografía una fe que nunca antes se había puesto -y hubiera sido imposible poner- en las anteriores imágenes hechas a mano. Ha habido muchas revoluciones en el pensamiento y en la filosofía, en la ciencia y en la religión, pero creo que en toda la historia de la humanidad nunca se ha producido una revolución más completa que la que ha tenido lugar desde mediados del siglo XIX en la visión y el registro visual».

sentación y posesión de la propia imagen aviva el sentimiento de la importancia de uno mismo, democratiza el deseo de reconocimiento social.⁴

En un principio –como ha señalado W.H. Ivins– los lectores y el público criticaban la fotografía y se burlaban de la distorsión de la imagen causada por ésta. Sin embargo, gradualmente fueron acostumbrándose a su presencia y terminaron por depender de ella, al grado de que aprendieron a «pensar» en términos fotográficos. De esta manera, el proceso se invirtió: la fotografía se convirtió en la norma y la retina humana tuvo que tomarla como punto de referencia para la percepción de las cosas.⁵

Por otra parte, la fotografía otorgó un sentido específico y un referente concreto a la capacidad de representación de la memoria humana, ligada antes solamente al campo de los recuerdos. Contribuyó a difundir y popularizar algunos de los conceptos e ideas de la época sobre la psique humana y la noción misma de individuo, mostrando y recreando en forma gráfica varias de sus posibilidades:

Dos estremecimientos han ocurrido en la concepción de la memoria con el advenimiento de la fotografía: por una parte, la cuestión de la representabilidad de lo propiamente humano se aparta de la exégesis y la revelación; por la otra, con la fotografía se destierra en apariencia de la vida social la amenaza del desdibujamiento de la memoria, se desmiente la ilusión de que la experiencia es un régimen autónomo, propio, confinado a los límites de cada sujeto.⁶

La fotografía incorporada a las páginas de la prensa «acortó» la distancia virtual entre el ser humano y la percepción de la realidad exterior a finales del siglo XIX; amplió el horizonte de vida de las personas y los pueblos, al proporcionarles en forma simultánea imágenes de culturas lejanas y desconocidas y representaciones de hechos que quedaban registrados por primera vez en el imaginario visual de la época:

La introducción de la fotografía en la prensa es un fenómeno de capital importancia. Cambia la visión de las masas. Hasta entonces, el hombre común sólo podía visualizar los acontecimientos que ocurrían a su vera, en su calle, en su pueblo. Con la fotografía se abre una ventana al mundo [...] **Al abarcar más la mirada, el mundo se encoge.** La fotografía inaugura los *mass-*

⁴ Corbin, 1991, p. 127.

⁵ Sontag, 1981, p. 98 plantea el mismo problema en los siguientes términos:» Las fotografías no solo evidencian lo que hay allí, sino lo que el individuo ve: no son solo un registro, sino una evaluación del mundo».

⁶ Mier, 1995, p. 84.

media visuales cuando el retrato individual se ve sustituido por el retrato colectivo.⁷

Por todo lo anterior, cabe señalar que la fotografía replanteó un concepto fundamental en la historia del pensamiento occidental, esto es, la noción de individuo, y de esta manera se consolidó como una legítima heredera de los dos procesos históricos gestores de la modernidad: la revolución industrial y la francesa.⁸

El lápiz de la naturaleza

A lo largo de esta investigación, consideraré a la fotografía no solamente como una representación visual, sino como una tecnología con sus propias características semióticas y materiales. Lo anterior implica tomar en cuenta no sólo el contexto político-social en el que se desarrolló la fotografía, sino el grado de avance tecnológico que determinó su grado de eficiencia para percibir y representar la realidad.⁹

En sus inicios, la fotografía fue considerada como la imitación más perfecta que podía haber de la realidad. Su capacidad mimética provenía de sus procedimientos técnicos, que permitían la formación de una imagen en forma automática, sin la intervención del artista.¹⁰ Esta lectura está presente en la legión de entusiastas defensores de la foto en esta primera etapa, pero también, y quizá de una manera mucho más lúcida, en sus detractores.

La fotografía tuvo un aliado inmediato en el público que acudía masivamente a sus primeras demostraciones. Sin embargo, también enfrentó severas críticas y refutaciones, provenientes de muy distintos y casi opuestos sectores de la sociedad. Al respecto, cabe destacar la severa filípica que le endilgó a finales de los cincuenta del siglo XIX el escritor Charles Baudelaire, que veía en la fotografía un peligroso enemigo del verdadero arte:

⁷ Freund, *op. cit.*, p. 96. Las negritas son mías.

⁸ Corbin, *op. cit.*, pp. 73-6.

⁹ Poole, 1997, pp. 34-7. Este planteamiento resulta crucial para los fines de esta investigación. El grado de avance tecnológico influyó en todos los detalles de la creación y producción de la fotografía y determinó la forma en que el fotógrafo encaraba y reproducía a su manera ciertos aspectos de la realidad. Por ello, llamaré la atención del lector cada vez que se requiera para ubicar las distintas etapas por las que atravesó la fotografía a lo largo del siglo XIX y los primeros años del XX, insistiendo en los detalles técnicos, que van desde el tipo de placas y de revelado, -que determinaban, entre otras cosas, el tiempo de pose de los retratados-, hasta los soportes materiales en los que iban impresos las imágenes, que condicionaban su difusión y presuponían un cierto perfil de destinatarios.

¹⁰ Dubois, *op. cit.*, pp. 23-5.

En estos lamentables días ha surgido una nueva industria que contribuye no poco a confirmar a la estupidez en su fe y a arruinar lo que, de otra forma, habría podido quedar intacto del genio francés. Esta muchedumbre idólatra, postula un ideal digno de sí mismo y adecuado a su naturaleza que es perfectamente comprensible [...] La estupidez moderna puede gemir y eructar toda la basura y vomitar todas las sutilezas indigestas con las que una filosofía reciente la ha atiborrado de pies a cabeza. Todo esto se va a venir abajo, porque la industria, al penetrar violentamente en el terreno del arte, se ha convertido en su peor enemigo [...] Si se permite que la fotografía ocupe el lugar del arte para algunas de sus funciones, no tardará en suplantarlo o corromperlo por completo gracias al apoyo natural que encontrará en la estupidez de la multitud.¹¹

La crítica del célebre escritor se refería a uno de los usos de la fotografía, que en la década de los cincuenta se perfilaba como hegemónico o dominante: la fotografía comercial, representada por las tarjetas de Disdéri, que se encargó de vulgarizar y masificar la producción fotográfica, atentando contra la perspectiva única, singular e irrepetible del arte.

Desde el otro lado del espectro político y cultural, procedente más bien de los grupos conservadores más reacios al cambio, un sector de la iglesia católica dejó también un revelador testimonio en la prensa germana sobre la forma en que percibía el fenómeno fotográfico en su primera etapa:

Querer fijar reflejos fugaces no sólo es una imposibilidad, tal como han demostrado experiencias muy serias realizadas en Alemania, sino que ese querer linda con el sacrilegio. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza y ninguna máquina humana puede fijar la imagen de Dios.¹²

Esta perspectiva conservadora y pre-moderna, que se refería a la fotografía con categorías religiosas como «blasfemia» y «sacrilegio», ponía de relieve una percepción bastante generalizada respecto a la imagen fotográfica a mediados del siglo XIX por parte de algunos sectores, que consistía en atribuirle poderes mágicos o divinos, pues resultaba capaz de crear una realidad idéntica al original sin la intervención del artista. En este sentido, no es casual que el primer álbum fotográfico de la historia, resultado del trabajo del inglés William Fox Talbot en la década de los cuarenta, haya sido titulado por su propio autor como: *El lápiz de la naturaleza*.

Pese a la oposición y las críticas de tirios y troyanos, la fotografía avanzó y ocupó rápidamente un lugar significativo en el imaginario colectivo de la

¹¹ Citado en Frizot, *op. cit.*, pp. 153-4.

¹² *Leipziger Anzeiger*, 1839, citado en Freund, *op. cit.*, p. 67.

época porque respondía a intereses y necesidades políticas, económicas y culturales muy concretas de la sociedad europea de mediados del siglo XIX.

Los inicios de la fotografía están vinculados con la tradición pictórica realista del retrato, que a finales del siglo XVIII había adquirido la modalidad del llamado «retrato en miniatura», muy difundida entre la aristocracia europea de la época y mediante la cual se portaba la imagen de la persona querida ausente, bajo la forma de dijes, polveras y medallones. Como ha estudiado Freund, «mandar hacerse un retrato» en la primera mitad del siglo XIX constituía un acto simbólico mediante el cual los grupos y sectores vinculados al poder político y económico expresaban su ascenso social o su estatus privilegiado.¹³

Paralelamente a la tradición pictórica del retrato, cabe destacar la presencia en la Europa de la primera mitad del siglo XIX de las corrientes científicas fisiognómicas y frenológicas, representadas por autores como Johan Kaspar Lavater y Franz Josef Gall, que postulaban la vinculación entre los rasgos físicos de una persona y sus actitudes y comportamientos. Este tipo de ideas y planteamientos tuvieron un peso muy importante en la época, influyendo en las distintas áreas en las que se expresó el quehacer fotográfico durante la segunda mitad del siglo XIX: retratos individuales y familiares, fotografía documental, carcelaria, manicomial y periodística.¹⁴

La invención del daguerrotipo en Francia en 1839 entronca de una manera vigorosa con estas ideas y tradiciones, provenientes del mundo científico y artístico.¹⁵ Con todo y sus evidentes limitaciones, entre las que destaca el hecho de la imposibilidad de reproducción de la imagen, el daguerrotipo tuvo un éxito inmediato y se extendió a América dominando la escena durante las siguientes dos décadas. Su recepción en Europa,¹⁶ Los Estados Unidos¹⁷ y México¹⁸ ha comenzado a ser valorada desde una perspectiva histórica. Para los objetivos de esta investigación, baste destacar su confluencia con las tradi-

¹³ Freund, *op. cit.*, pp. 13-22.

¹⁴ Sekula, 1986, pp. 27-52.

¹⁵ El daguerrotipo consistía en una placa de cobre que se colocaba en una caja sobre cristales de yodo, los cuales producían, a través de vapores, un precipitado de yoduro de plata sensible a la luz. Una vez sensibilizada la placa, se le exponía a la luz solar y se le revelaba con vapores de mercurio. Finalmente, se montaba la placa en cajas forradas de piel. El procedimiento original era muy costoso, y los tiempos de exposición y revelado duraban varios minutos, lo mismo que el lapso de tiempo en que las personas debían posar para el fotógrafo. Todo esto se fue acortando rápidamente gracias a las innovaciones técnicas de Daguerre y sus seguidores en las siguientes décadas, hasta cambiar los minutos de pose y revelado por unos cuantos segundos. Para una lectura atenta y pormenorizada de la evolución de los aspectos tecnológicos de la fotografía en el siglo XIX, véase Monroy, 1997.

¹⁶ Frizot, *op. cit.*

¹⁷ Darrah, 1981.

¹⁸ Casanova y Debroise, *op. cit.*

ciones artísticas y científicas de la época y su importancia como una referencia que permitió otro tipo de reflexión acerca de la imagen en las décadas posteriores.

Las tarjetas de visita o la estética de la simulación

En la década de los cincuenta se produce uno de los grandes cambios en la historia de la fotografía con el surgimiento de Adolphe Eugene Disdéri y la incorporación de las *tarjetas de visita* a la fotografía comercial de la época, lo que significó, entre otras cosas, la ampliación de la esfera de influencia de la imagen fotográfica a sectores sociales más amplios y heterogéneos con la consiguiente «democratización» del género del retrato.¹⁹

Disdéri redujo los formatos, reemplazó la placa metálica por el negativo de vidrio, patentando un método para producir ocho imágenes en un sólo negativo, las cuales se montaban en pequeñas tarjetas que medían 9 por 6 cm. De esta manera, economizó y disminuyó los costos, entregando sus productos en 24 horas, a diferencia de los grandes retratistas de grandes y medianos formatos que cobraban una cantidad mucho mayor y tardaban días y semanas en entregar al cliente las imágenes.²⁰

Las tarjetas implicaron la pérdida del reconocimiento de signos y diferencias particulares de las personas en favor de la construcción de modelos y estereotipos, los cuales se encargarían de influir y orientar a una mentalidad colectiva con elementos más homogéneos y uniformes en los que la búsqueda de la proyección de honorabilidad y de un cierto concepto de belleza se entremezclaban y configuraban una unidad.

Con la implantación de este género fotográfico se contribuyó a la creación y difusión del arquetipo de una capa social que matizaba y diluía las propiedades y los atributos del ser individual. Los accesorios del estudio fotográfico, tales como una columna, un velador o una cortina, desplazaban la atención y distraían al espectador respecto de la intimidad de la persona retratada. El individuo se veía constreñido a una pose: el brazo izquierdo

¹⁹ En 1851 el inglés Frederick Scott Archer inventó un nuevo proceso fotográfico conocido como colodión húmedo que modificó sustancialmente el quehacer en este campo, aceleró la decadencia del daguerrotipo y marcó una nueva etapa en la historia de la fotografía. El nuevo procedimiento utilizaba una mezcla de algodón con pólvora disuelta en éter y alcohol. Sobre esta solución se añadían sales sensibles a la luz y se utilizaba como soporte placas de vidrio. La gran aportación de este método residía en que permitía obtener copias positivas sobre papel albuminado, lo que incrementó notablemente la reproducción de copias y la difusión masiva de la fotografía. Las *tarjetas de visita* fueron el resultado inmediato de esta renovación. Monroy, *op. cit.*, pp. 43-7.

²⁰ Sougez, 1998, pp. 148-50.



Imagen no. 1

Tarjeta de visita. Disdéri. 1860.

A. A. M. Billault.

apoyado en la mesa, los ojos sumidos en la meditación, una pluma de oca en la mano derecha, etc.²¹ En este contexto, las manos desempeñaban una función muy importante, pues representaban determinados valores y actitudes. Así, un efecto teatral invadió la fotografía y terminó por construir imágenes que resultaban parodias de los rostros humanos.²² En esta misma lógica, los detalles «molestos» se podían disimular a través de los llamados «retoques» que el fotógrafo realizaba en los propios negativos. En todo esto, Disdéri no inventó nada, sólo se limitó a aplicar las ideas vigentes entre los pintores retratistas de la época. En 1862 publicó su *Estética de la Fotografía*, que definía todo un programa que estipulaba las cualidades que debía presentar la imagen fotográfica para ser aceptada socialmente: fisonomía «agradable», nitidez, belleza y proporciones naturales. El hecho que desencadenó la difusión masiva de las tarjetas fue la presentación del propio Napoleón III en el estudio de Disdéri en París para tomarse un retrato, mientras afuera lo esperaba una parte de su ejército. Después de este insólito anuncio publicitario, la sociedad acudió en forma masiva a los estudios fotográficos durante las siguientes semanas.²³

²¹ Darrah, *op. cit.*, pp. 34-9

²² Gombrich, 1983, pp. 183-5, ha estudiado con agudeza este fenómeno en el campo de la historia del arte y lo ha denominado el efecto «enmascarador».

²³ Freund, *op. cit.*, pp. 60-1.

En México, el fenómeno de las tarjetas tuvo un éxito rotundo. Primero a fines de los cincuenta, y después en las siguientes tres décadas, este tipo de formatos inundó el mercado y se difundió no sólo entre las clases altas, sino en el resto de la sociedad. Una de las primeras casas comerciales que utilizó estos formatos fue la de Cruces y Campa, que llegó a difundirlos en gran escala y a formar colecciones para su venta entre el público a partir de la década de los setenta. Las tarjetas se ciñeron al código de Disdéri y se adaptaron al contexto mexicano.²⁴

Las tarjetas de Cruces y Campa constituyen una importante y significativa documentación visual que muestra la manera en la que se vio a sí misma una clase social vinculada al poder político y económico y, sobre todo, ilustra acerca de la proyección de una cierta imagen que esta clase deseaba difundir entre las demás.

La colección abarcó también la representación de niños, los cuales carecían por lo general de una personalidad propia y se adaptaban a las reglas convencionales que orientaban gestos y posturas de los adultos.

En términos generales se trataba de niños y niñas pertenecientes a los grupos dominantes, retratados en las mismas posturas que sus padres. Más que infantes, lucían como «adultos pequeños», posando frente a los mismos objetos y utilería que buscaba proyectar un cierto estatus. Por todo ello, estas imágenes no contribuyeron a definir una visión focalizada en los atributos y



Imagen no. 2

Pareja no identificada.

Col. Cruces y Campa. 1864.

SINAFO-FINAH.

²⁴ Una investigación amplia y bien documentada sobre este tema puede consultarse en el trabajo ya mencionado de Patricia Massé.

características particulares de la niñez. Al contrario, prevalece claramente la mirada del fotógrafo que define las poses, elige los objetos y cuida todos los detalles:

Una fotografía de niños agradable sólo es posible mediante la afortunada conjunción de todas aquellas circunstancias que atañen a la forma. Por tanto, se trataría de configurar adecuadamente estos momentos antes de la toma para poder controlarlos con precisión en el momento justo.²⁵



Imagen no. 3
Niño de clase alta.
Col. Cruces y Campa. 1860.
SINAFO-FINAH.

²⁵ Testimonio del fotógrafo Max Petsch titulado «Acercas de la fotografía de niños», publicado en el diario berlinés *Noticias Fotográficas* en 1871. Citado en Maas, 1982, p. 116.

Los Tipos Populares

La comercialización de las *tarjetas de visita* se extendió a otros grupos sociales y abarcó los llamados «tipos populares», esto es, la representación de una serie de imágenes fotográficas de diferentes personajes de los sectores marginados percibidos desde una óptica costumbrista y agrupados en distintos trabajos y oficios de la época, tales como el del carbonero, el aguador y la buñolera, entre muchos otros. Esta práctica fotográfica, que tuvo un gran éxito a partir de la década de los ochenta, encontraba antecedentes importantes en el terreno de la pintura, el grabado, la litografía y la literatura, tanto en México como en el extranjero.²⁶

La coyuntura histórica en la que se desarrollan este tipo de trabajos nos remite, a mediados del siglo XIX, al ascenso del pensamiento liberal en el México Independiente y la gestación de una re-interpretación del fenómeno de lo popular a partir del romanticismo literario y el patriotismo político.²⁷

En la década de los ochenta, la fotografía prosiguió y apuntaló este tipo de proyectos y buscó construir a través de las imágenes una identidad de lo mexicano y consolidar una cohesión social basada en el mestizaje.²⁸

Se trata, en esencia, del requerido símbolo de la identidad nacional y del patriotismo que procuró promover intensamente al mediar el siglo XIX. Las fotografías de Cruces y Campa representan una idealización romántica del estrato inferior del pueblo capitalino caracterizada en una serie de oficios muy bien conocidos, desempeñados por sujetos con nombres, hábitos y vestuarios que habían sobrevivido por mucho tiempo.²⁹

²⁶ Por lo que respecta a otros países, puede mencionarse las famosas imágenes de Nègre, Le Gray, Napper y las del propio Disdéri. En lo que toca a México, se podrían rastrear antecedentes en las pinturas de castas del siglo XVII. En lo que se refiere al siglo XIX, habría que rescatar la labor de los viajeros extranjeros, que recrearon imágenes memorables de «tipos populares» de lo mexicano, representadas la mayor parte de las veces bajo el tamiz de lo pintoresco y lo exótico. Entre ellos, cabe destacar a Linati, Waldeck, Rugendas, Hegi y Pingret. Cfr: Frizot, *op. cit.*, pp. 149-67 y Mase, *op. cit.*, pp. 48-62.

²⁷ En lo literario cabe destacar la serie de novelas tituladas *La Linterna Mágica* de José Tomás de Cuéllar, las crónicas de Hilarión Frías y Soto, Vicente Rivapalacio y Juan A. Mateos, publicadas en *La Orquesta y México y sus costumbres* y las crónicas ilustradas con litografías editadas por Manuel Murguía en *Los mexicanos pintados por sí mismos*.

²⁸ Por estos mismos años Justo Sierra, el ideólogo más destacado de una historia patria durante el Porfiriato, comenzó a construir una visión de la historia del país basada en la idea de que el «alma» de la nación residía en los mestizos, que representaban la inmensa mayoría de la población. Una diferencia notable respecto de la obra del Dr. José Ma. Luis Mora y de Lucas Alamán -dos referencias básicas para la primera mitad del siglo XIX- que cifraban este núcleo integrador en la figura del criollo.

²⁹ Massé, *op. cit.*, p. 106.

En la colección de *Tipos Populares* puede apreciarse la experiencia profesional acumulada por los fotógrafos de las tarjetas. La mayoría de las personas fueron retratadas en los gabinetes de los estudios fotográficos, dotados de la escenografía pertinente para realzar el oficio del retratado. Al respecto, conviene señalar que en este terreno nos encontramos todavía bastante alejados de la fotografía documental y noticiosa que se desarrollaría unas décadas más tarde:

El entorno visual es iconográficamente indispensable en la caracterización de cada ocupación [...]. Los escenarios componen también un lugar para la representación de la fotografía. Para cada personaje se reconstruye el lugar donde se le reconocía ordinariamente. Mediante este procedimiento, la figura queda aislada y perfectamente estabilizada en una composición escénica *ad hoc* [...]. Se procura, en todo caso, ese efecto de *trompe l'oeil* donde lo artificial del escenario se convierte en una ilusión de la realidad.³⁰

A diferencia de las tarjetas de las élites, con las que se buscaba un reconocimiento social, en el caso de esta nueva colección los retratados se someten a las exigencias del fotógrafo y no participan como sujetos en la realización misma de las imágenes.³¹

Los personajes infantiles no constituyen el tema central de la colección y, cuando aparecen, lo hacen como una extensión de los adultos. Sin embargo, vale la pena destacar dos casos en los que el niño proyecta una personalidad propia. Se trata de los «niños con torito» y los «niños vendedores».

En ambos casos la representación de la infancia se aleja de las poses y la supuesta inocencia característica de las primeras *tarjetas de visita* que representaban a los grupos privilegiados descritos anteriormente. En este nuevo acercamiento encontramos a niños de los grupos populares ligados a un contexto urbano como el escenario en el que se enmarcan sus oficios y actividades.

Por lo que respecta a la posible lectura e interpretación de estas imágenes, estamos todavía bastante alejados de una fotografía realista de carácter documental, que aspirara a una descripción objetiva y puntual del entorno social. De esta manera, la mirada del fotógrafo que buscaba remarcar el estatus de los pequeños de las primeras tarjetas ha sido sustituida por una mirada benevolente, que se acerca a los cánones de un retrato costumbrista. Por ello, la marginación y la pobreza que rodea a los personajes se encuentra matiza-

³⁰ *Ibidem*, p. 115.

³¹ « [...] el acto fotográfico es prácticamente un acto de subyugación para los más de ochenta individuos que posan para la colección [...] No importa si se trata verdaderamente del vendedor o del personaje que pretende caracterizarse, el sujeto interviene como objeto completamente sometido a los requerimientos de Cruces y Campa, así como a los propósitos y a la finalidad misma de la imagen», *ibidem*, p. 112.

da bajo una óptica de lo pintoresco. En estos escenarios, la pose de los personajes constituye todavía el elemento central de la composición, construida y dirigida verticalmente por la mirada del fotógrafo.

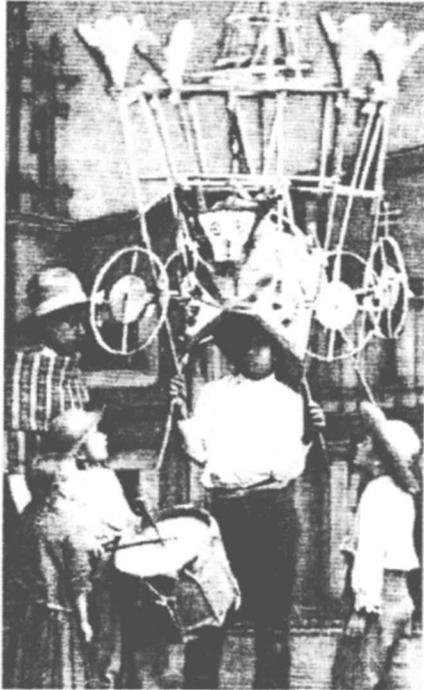


Imagen no. 4
Niños con torito.
Col. «Tipos Populares»,
Col. Cruces y Campa. 1880.
SINAFO-FINAH.



Imagen no. 5
Niños vendedores.
Col. «Tipos Populares»,
Col. Cruces y Campa.
1880.
SINAFO-FINAH

Podemos considerar a estas imágenes como una referencia visual que será retomada un par de décadas después por los reportajes fotográficos sobre niños de la calle y voceadores que aparecerán publicados en las revistas y *magazines* de principios del siglo XX. La idealización romántica y costumbrista de los trabajos de Cruces y Campa será sustituida entonces por el naturalismo determinista de los reporteros porfirianos, como veremos más adelante.

Para concluir esta pequeña muestra de *tarjetas de visita* con imágenes infantiles, vale la pena destacar una fotografía de la misma época, ambientada en el marco histórico y cultural de la búsqueda de los «tipos populares» que definían la identidad mexicana. La imagen, obtenida por Francois Aubert, uno de los fotógrafos más destacados del Imperio de Maximiliano, retrata en estudio a una pequeña de unos 10 años cargando a su hermano. Resulta importante señalar que esta fotografía formó parte de una colección de Aubert sobre el tema de los «tipos populares» para su venta en Europa, pues de lo que se trataba era de construir una especie de inventario de la población local que habitaba los territorios ocupados militarmente por el ejército francés.³²



Imagen no. 6
Niña cargando a su hermano.
Foto F. Aubert. 1865.
MRA.

³² Gutiérrez, 1985, p. 46. También hay que señalar que no se realizó en el formato típico de las tarjetas, sino en una placa de vidrio, con el procedimiento ya descrito del colodión húmedo.

Aubert compartió la técnica y los formatos de los fotógrafos mexicanos de la década de los sesenta del siglo XIX. Sin embargo, no existe en esta imagen la menor huella de pintoresquismo. Lo que puede verse con extrema crudeza es la descarnada faz de la miseria: un antecedente del retrato etnográfico de las siguientes décadas, en el que la construcción del «otro» está influida por una cierta búsqueda de lo exótico y lo diferente.

Hacia una diversificación de los usos de la fotografía

A finales del siglo XIX resulta evidente que sectores sociales cada vez más amplios y heterogéneos habían asimilado la experiencia fotográfica y la utilizaban para sus propios fines e intereses.³³

Como puede verse en una investigación reciente sobre el uso de la fotografía en este período, ésta poseía una serie de significados muy específicos en aquella época, lo que hacía posible una relación bastante singular con los lectores, muy distinta de la que pudiera establecerse en la actualidad.³⁴ En el Porfiriato, la fotografía certificaba la existencia misma de la realidad, constituyendo así una prueba documental de primer grado, que no podía mentir. Para los usuarios y lectores era un documento privilegiado que reflejaba la realidad de una manera directa y sin cortapisas. De esta manera, avalaba la propuesta de difusión de hechos objetivos de los nuevos diarios noticiosos de principios de este siglo, al mismo tiempo que se convertía en una pieza fundamental del nuevo engranaje político y cultural.

Una de las premisas fundamentales para comprender el sentido de las imágenes fotográficas de este período se refiere al surgimiento, a mediados del siglo XIX, de dos disciplinas con pretensiones científicas: la fisiognomía y la frenología. Ambos saberes, de una larga tradición en Occidente que se remonta a Aristóteles, pasa por la Edad Media y llega hasta el barroco con Le Brun, establecían la existencia de una correlación entre la descripción de los rasgos físicos –particularmente el rostro y la forma del cráneo– y algunos aspectos de la personalidad de los seres humanos.³⁵

³³ En las últimas tres décadas del siglo XIX tuvieron lugar dos innovaciones técnicas que modificaron notablemente la labor de los fotógrafos y acercaron esta técnica a sectores cada vez menos especializados. En 1871 Richard Lead Maddox sustituye el colodión húmedo por una gelatina e inventa el procedimiento conocido como placa seca, que podía ser preparada horas o días antes de la toma de fotografías e incluso podía ser adquirida en casas comerciales. En 1888 George Eastman Kodak diseña una nueva cámara ligera y pequeña, cargada con un rollo de película desplegable y suficiente longitud como para tomar cien exposiciones. En unos pocos años la fabricación de la película se convirtió en una operación industrial. Había surgido la instantánea y un nuevo mercado para los fotógrafos aficionados. Newhall, 1980, pp. 144-9.

³⁴ Matabuena, *op. cit.*

³⁵ Kemp y Wallace, 2000, pp. 106-12.

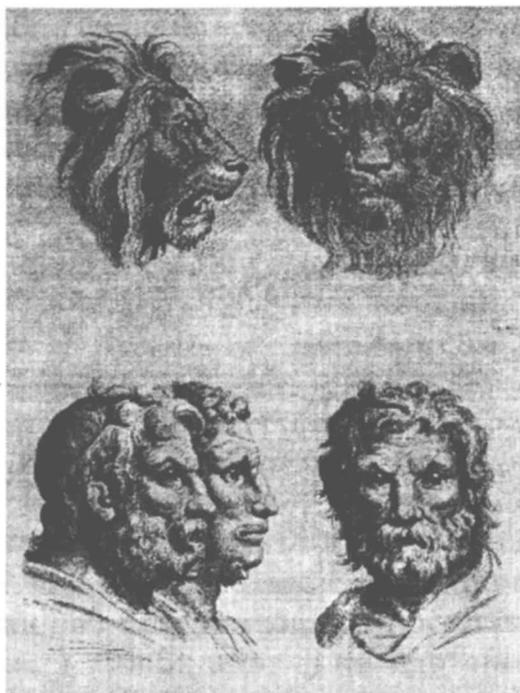


Imagen no. 7
Charles Le Brun.
Dos cabezas humanas semejando leones,
c. 1660-70.
Musée du Louvre.

A finales del siglo XVIII el pastor protestante Franz Lavater desarrolló todo un sistema fisiognómico para descifrar los signos del cuerpo humano con argumentos de carácter matemático, observaciones empíricas y estudios estadísticos. Su texto más influyente, *Ensayos de Physiognomia*, publicado en 1789, iba acompañado de una serie de láminas con dibujos y grabados que tuvieron importantes repercusiones en Europa y América durante las siguientes décadas.³⁶ Franz Joseph Gall y su discípulo Johan Spurzheim complementaron y ampliaron estas ideas en el campo de la frenología. Entre 1810 y 1819 publicaron su trabajo más importante, un «Atlas» ilustrado compuesto por cuatro volúmenes, en el que enfatizaban la importancia de un análisis más profundo del cerebro humano.³⁷

Otro texto que debemos mencionar es el que presentó Hugh W. Diamond en la *Royal Photographic Society* en 1856, titulado «On the Application of Photography to the Physiognomic and Mental Phenomena of Insanity», el cual incorporaba fotografías de enfermos mentales. Dichas imágenes fueron leídas e interpretadas por el autor siguiendo los nuevos parámetros establecidos por Gall y Lavater.³⁸

³⁶ Un interesante análisis de las imágenes de este texto puede verse en Gilman, 1996, pp. 32-5.

³⁷ El título de la obra es bastante significativo: «Anatomía y Fisiología del Sistema Nervioso General y del cerebro en particular, con observaciones acerca de la posibilidad de reconocer algunas disposiciones morales e intelectuales en los hombres y los animales a partir de la configuración de sus cabezas».

³⁸ Gilman, 1982, pp.122-7

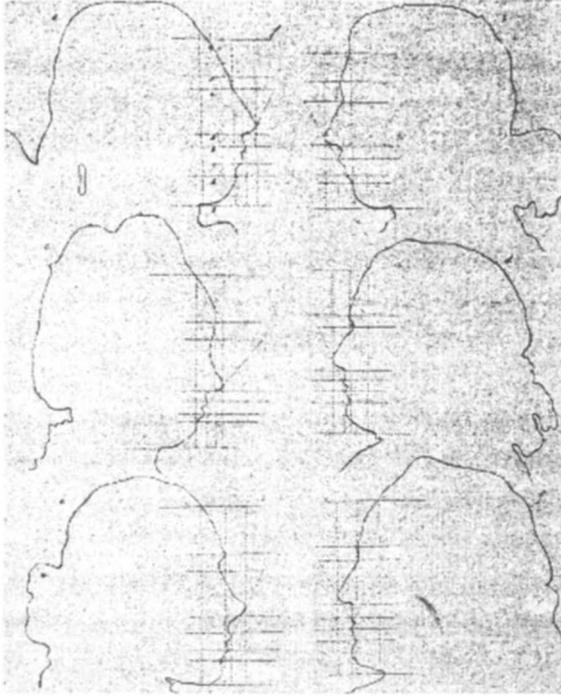


Imagen no. 8
Análisis lineal de siluetas.
John Caspar Lavater.
Ensayos de Physiognomía, 1789.
Londres. Colección Privada.

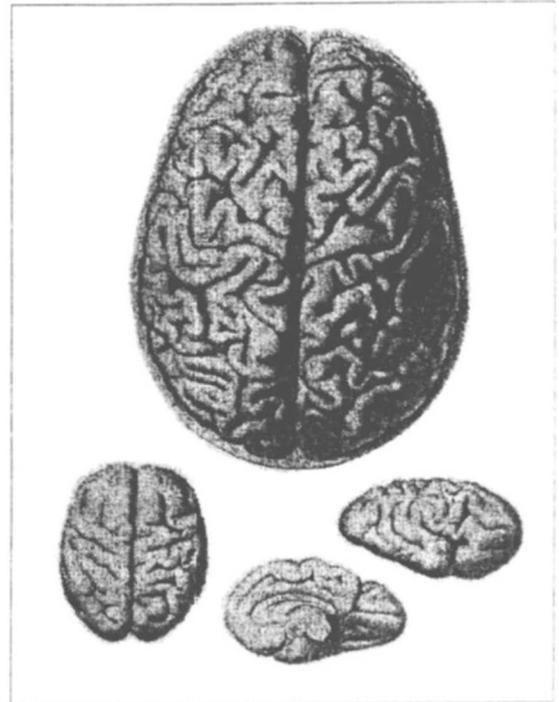


Imagen no. 9
Cerebro
Franz Joseph Gall y Johan
Spurzheim
Anatomía y fisiología del sistema
nervioso en general y del cerebro
en particular, 1810-19.
Wellcome Library, London.



Imagen no. 10
Hugh Diamond.
On the Application of Photography to the
Physiognomic and Mental Phenomena of
Insanity, 1856.
Royal Society of Medicine, London.

Este tipo de ideas que relacionaban la conducta y el comportamiento de los seres humanos con sus rasgos físicos y corporales no inventaba nada nuevo. La aportación de Lavater y Gall consistió en actualizar estos planteamientos y postularlos desde una base rigurosa y empírica, de acuerdo con los cánones científicos de la época:

What the systems of Lavater and Gall and Spurzheim aspired to accomplish was to place the ancient and instinctual business of reading the «signs» onto a basis that was «scientific» by late eighteenth-century standards.³⁹

El otro factor que contribuyó a generalizar la aceptación de estas ideas y su penetración en vastos sectores sociales fue su difusión a través de grabados e ilustraciones en los libros de carácter científico y, sobre todo, en la prensa de mediados del siglo XIX, que utilizó los planteamientos de Gall y Lavater y los incorporó a diversos tipos de notas y reportajes.⁴⁰ Planteamientos como los anteriores existieron en el *imaginario* de la mayoría de los fotógrafos de la época y orientaron su trabajo al acercarse al género más significativo de la época, que era el retrato. También condicionó el acercamiento a las imágenes por parte de los lectores y usuarios:

Approaches to camera likenesses, whether made for amateur or commercial purposes, ranged from documentary to artistic, from «materialistic» to atmospheric», but whatever their underlying aesthetic mode, photographic portraits reflected from their origin the conviction that an individual's personality, intellect, and character can be revealed through the depiction of facial configuration and expression.⁴¹

³⁹ « Lo que los sistemas de Lavater y Gall y Spurzheim aspiraban a complementar fue a colocar el antiguo e instintivo negocio de leer los «signos» en una base que fuera «científica» de acuerdo con los niveles de finales del siglo XVIII», Kemp y Wallace, *op. cit.*, p.111.

⁴⁰ Uno de los primeros reportajes periodísticos que reforzaron este tipo de planteamientos fue el que se refirió al caso de William Freeman, un homicida afroamericano que asesinó a una familia en el estado de Nueva York. La prensa norteamericana difundió una serie de grabados e ilustraciones en los que mostraba los rasgos físicos del rostro del homicida y la forma de su cráneo para señalar, retomando a Gall y Lavater, que la capacidad craneal de la población negra era inferior a la sajona y que esto la convertía en más propensa al universo del crimen. Véase Gilman, 1982, pp. 112-5.

⁴¹ *Ibidem*, p. 39. «Los intentos de hacer retratos con cámara, hechos ya sea con propósitos de aficionados o comerciales variaban de lo documental a lo artístico, de lo «materialista» a lo «atmosférico», pero cualquiera que fuera el modo estético que les sirviera de fundamento, los retratos fotográficos reflejaban desde su origen la convicción de que la personalidad de un individuo, su intelecto y su carácter pueden ser revelados por la imagen de su configuración facial y su expresión». Algunos especialistas en el tema, como Sekula, *op. cit.*, pp. 11-5 y Lalvani, 1996, pp. 48-52, consideran tan importante esta premisa fisiognómica-frenológica,

Las teorías y planteamientos de Lavater y Gall adquirieron una gran popularidad en el horizonte cultural de la Europa del siglo XIX y fueron difundidos por los escritores y novelistas de mayor relevancia, de Balzac y Dickens a Flaubert, Galdós y Zola, pasando rápidamente a otros lugares y áreas de influencia, como Hispanoamérica, donde encontraron resonancias locales, con casos como los de Julio Guerrero, Federico Gamboa y Ángel de Campo.

El historiador Louis Chevalier, en un texto ya clásico sobre el tema de la «peligrosidad» de las clases populares en el siglo XIX, se refería irónicamente a este proceso de la siguiente manera:

Equipped with the hypotheses of Gall and Lavater, doctors in hospitals and convict prisons found no difficulty in discovering wolf-men and lion-men among their clientele. The journalists followed suit.⁴²

Esta confluencia constituye una de las claves más importantes para la lectura y la interpretación de la siguiente serie de imágenes, procedentes del Fondo fotográfico de la Colección Porfirio Díaz.⁴³ En dicho fondo puede consultarse una importante correspondencia compuesta de una serie de cartas dirigidas al Presidente Díaz, escritas por ciudadanos que enfrentaban diversos problemas y situaciones adversas en las que hacían a la máxima autoridad del país las más diversas solicitudes, desde la impartición de justicia hasta la obtención de canonjías, favores y privilegios. Lo realmente notable consiste en que dichas cartas iban acompañadas por fotografías de los interesados, que veían en estas imágenes un poderoso auxiliar para lograr sus propósitos.⁴⁴

Tal es el caso de don Hermelindo Márquez, un preso de 53 años, casado, originario de Celaya y empleado de la Hacienda de Solís, sentenciado a 12 años y 6 meses de prisión por el delito de homicidio en riña en contra del señor Lope Palomino, ciudadano español, empleado de la misma hacienda, que solicitó en una carta a Díaz el indulto en el año de 1910.⁴⁵ En dicho

que le dan una categoría de «paradigma hermeneútico» para comprender el uso de la fotografía en la época.

⁴² Chevalier, 1973, p. 411. «Equipados con las hipótesis de Gall y Lavater, los médicos de los hospitales y de las prisiones de convictos no tuvieron dificultad para descubrir hombres-lobo y hombres-león entre su clientela. Los periodistas les siguieron ».

⁴³ Actualmente bajo la custodia de la Biblioteca «Francisco Xavier Clavijero» de la Universidad Iberoamericana.

⁴⁴ Las imágenes 11 a 14 corresponden a este Fondo y son citadas y descritas en la obra ya mencionada de Matabuena.

⁴⁵ En la documentación que se conserva en el archivo mencionado puede consultarse el expediente completo de Márquez, que incluye algunas cartas de buena conducta expedidas por diversos personajes, que van desde el conserje de la penitenciaría de Matehuala hasta el dueño de la panadería «La Potosina», en la que este sujeto había prestado sus servicios. Todas

documento, el reo le explicaba al General algunas de las irregularidades ocurridas cometidas en su contra durante la celebración de su proceso judicial, y le anexaba una fotografía personal tomada en la misma prisión, la cual mostraba a un individuo de rasgos tranquilos y apacibles, aparentemente incapaz de haber cometido los terribles delitos que se le imputaban. Se trata de un hombre de mediana edad, bien vestido, con un aire fino e intelectual, que aparece reforzado por sus gafas de cristal, un libro que sostiene en la mano derecha y una flor que sujeta con la mano izquierda. Al respecto, Matabuena apunta lo siguiente:

Lo que sí podemos afirmar es que el retrato no es casual. Los elementos que lo integran fueron cuidadosamente estudiados y seleccionados con el fin de reflejar un hombre virtuoso. La sobriedad del fondo que parece un telón decorado, puede inducirnos a pensar que el fotógrafo fue expresamente al presidio a tomarlo. En cualquiera de los casos, la creación y selección de esta imagen nos revela ya un pensamiento definido y claro de la sociedad de la época: el poder de persuasión que la fotografía tenía al ser considerada un reflejo de la «verdad».⁴⁶



Imagen no. 11
Hermelindo Márquez.
Catálogo Fotográfico de la
Col. Porfirio Díaz, UIA.
No. 79 L.

coinciden en que se trata de una persona honorable y de buenas costumbres. La fotografía en cuestión intenta ratificar el contenido de estos documentos. Véase Archivo Histórico de Porfirio Díaz, L 35; C 27; No. 013150.

⁴⁶ Matabuena, *op. cit.*, p. 97.

Aunque en una situación bastante distinta, doña Margarita Herrera de Vargas tuvo el mismo razonamiento que Márquez y de esta manera solicitó al General un puesto en la sección de Aduanas para su esposo. Lo que nos interesa destacar aquí es que dicha señora acompañó su carta con una fotografía de su esposo, añadiendo un significativo comentario, que muestra hasta que punto esta asociación entre gestualidad y comportamiento estaba internalizada en los diversos sectores sociales de la época. Se trataba de que el Presidente revisara la imagen para que «estudiara su fisonomía y comprenda su modo de ser».⁴⁷

Un tercer ejemplo corresponde a una carta enviada a Díaz por los señores Valentín Sandoval y Hermenegildo Cárdenas, los cuales habían dejado su rancho en el estado de Zacatecas y se hospedaban en el modesto Hotel «Seminario» de la capital.⁴⁸

En dicho documento ambos campesinos le pedían ayuda al Presidente contra el despojo de sus tierras. A los títulos y planos de su propiedad anexaban un documento «irrefutable»: una fotografía realizada en un estudio modesto, que mostraba a dos ancianos desvalidos y pobremente vestidos, mirando de frente y con dignidad al fotógrafo en cuestión.



Imagen no. 12
Valentín Sandoval y Hermenegildo
Cárdenas. Hotel Seminario.
Catálogo fotográfico de la Col.
Porfirio Díaz, UIA. No. 122 L.

⁴⁷ Catálogo Porfirio Díaz, L.34 C.3 doctos 1031-1033, citado en Matabuena, *op. cit.*, p. 77.

⁴⁸ *Ibidem.*, p. 104.

Tenemos aquí tres notables referencias que nos muestran hasta qué grado distintos sectores sociales compartían y hacían suya esta visión dominante de la fotografía, según la cual las imágenes de este tipo reflejaban de una manera exacta la realidad y proyectaban los rasgos morales y la personalidad de los sujetos. Como en muy pocos casos, se evidencia la confluencia entre algunas ideas científicas y criminológicas en torno a los alcances de la imagen fotográfica y la lectura y recepción de algunos grupos populares y de clase media. Evidentemente, también hay que considerar que la utilización de las imágenes por parte de estos grupos obedecía a la necesidad de justificar y legitimar sus propios intereses.

Al igual que en las colecciones fotográficas de las tarjetas de visita y los *Tipos Populares*, en el caso de esta serie de cartas acompañadas de imágenes, correspondientes al Fondo Díaz, los personajes infantiles distan de representar el tema central del acervo. Sin embargo, se puede revisar algunas de las fotografías en las que aparecen niños y realizar algunas observaciones para ilustrar la evolución que fue experimentando este tipo de representación en la fotografía capitalina durante la segunda mitad del siglo XIX.

El contexto más frecuente en el que aparecen los niños en este tipo de correspondencia es el de los grupos familiares. Resulta lógico que así sea, pues la previsible petición que da lugar a la carta procede del padre o madre de familia en cuestión, que presenta en la fotografía a los pequeños para documentar y certificar la situación adversa por la que se atraviesa. A continuación cotejaré dos imágenes de grupos familiares de niveles socioeconómicos muy distintos, pero que presentan como denominador común el afán testimonial antes mencionado.

La primera fotografía muestra el retrato de la señora Antonia Vargas y sus cinco hijos. En la carta correspondiente, la mujer le solicita al presidente Díaz un permiso especial para que su marido pudiera retirarse del ejército y reintegrarse a la familia para participar en su sostén económico. La segunda fotografía consiste en el retrato del señor Norberto Domínguez, su esposa y sus 7 hijos. En la carta que acompaña a la imagen, el señor Domínguez, director de correos de la Ciudad de México le solicita al General Díaz un puesto en la Junta de Catastro.

En ambas imágenes la presencia de los niños es utilizada para confirmar la veracidad de los planteamientos expuestos por el progenitor correspondiente, el cual le asigna una carga simbólica relevante y no duda en aprovecharla para sus propios fines, que en ambos casos tienen que ver con el mantenimiento de las necesidades de la familia.

Las diferencias entre ambas fotografías son notables. En el caso de doña Antonia y su familia cabe resaltar la ausencia de mobiliario y de cualquier recurso escenográfico en el estudio. Los sucios vestidos y las prendas gastadas y raídas son igualmente precarios y evidencian la extrema pobreza del

grupo. Todos se encuentran descalzos. Destaca en el centro la figura alicaída de la madre, que yace sentada con la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, rodeada de sus cinco hijos, y sosteniendo del brazo derecho al más pequeño, mientras éste responde acariciando levemente el cuerpo de la madre con su brazo izquierdo. Los rostros de los personajes desempeñan un papel importante, en particular las miradas cargadas de tristeza y preocupación, que se dirigen directamente a la cámara fotográfica y captan la atención del potencial lector. En general, se trata de una exhibición planeada de la pobreza, construída por el fotógrafo con el móvil explícito de despertar sentimientos de compasión y consternación en los destinatarios de la imagen.



Imagen no. 13

Retrato de Antonia Vargas y familia.

Catálogo fotográfico de la Col. Porfirio Díaz, UIA.

No. 751.

La fotografía del señor Domínguez y su familia está tomada en uno de los corredores de su casa, justo a la entrada de uno de los cuartos del hogar, proyectando una atmósfera de confianza e intimidad. Todos los miembros de la familia lucen vestidos nuevos y elegantes, adquiridos especialmente para la ocasión. La pose de cada uno desempeña un papel fundamental en la imagen, la actitud corporal, la sonrisa cordial y, en particular, el manejo de las manos, que descansan sobre las piernas en el caso de los más pequeños y que se entrelazan de manera discreta, en el caso de los mayores. Don Norberto y su esposa encabezan la imagen, en la parte superior izquierda, lucen tranquilos y apacibles, como orgullosos de su su extensa progenie. No se destaca ningún detalle en particular, lo que importa es la proyección general de respetabili-

dad familiar que se desprende de la imagen, de acuerdo con los convencionalismos sociales de la época. En el reverso de la fotografía se indican los nombres, la edad y el lugar de nacimiento de cada uno de los integrantes de la familia, lo cual agrega una importante diferencia respecto de la imagen anterior, en la medida que resalta la importancia de los pequeños y les asigna un papel relevante como individuos, dotados de una identidad propia.⁴⁹



Imagen no. 14
Retrato de Norberto Domínguez y familia.
Catálogo fotográfico de la Col. Porfirio Díaz, UIA. No. 116.

Se puede concluir que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se registró un doble escenario en lo que se refiere a la producción y a la recepción de la imagen fotográfica. Por un lado, la sociedad capitalina recibió el impacto del descubrimiento de la fotografía, lo asimiló y lo incorporó a sus intereses particulares. Por otra parte, el Estado adquirió en el mismo período una conciencia de la importancia de este instrumento en términos de propaganda y control social y comenzó a utilizarlo en dichas tareas.

La difusión más importante de la fotografía se produjo sin embargo en el momento en que los cambios tecnológicos permitieron su incorporación a las páginas de la prensa en la década de los ochenta, como veremos a continuación.

⁴⁹ La lista completa de los integrantes de la familia Domínguez es la siguiente: Mario, de 15 años, originario de Durango; Lola, de 13, de Monterrey; Marina, de 12, Mercedes, de 10, y Augusto, de 8, de Culiacán; Virgilio, de 6 y Horacio, de 5, de México. Expediente de Norberto Domínguez, L35, C28, docto 13537, Archivo Histórico Porfirio Díaz.

Los inicios de un nuevo lenguaje gráfico en la prensa y las revistas ilustradas

Si la fotografía fue utilizada inicialmente por la prensa como recurso ilustrativo, pronto se convirtió en el truco favorito para mostrar cualquier información como veraz. Pasó imperceptiblemente de una función ilustrativa a una función comprobatoria. La credibilidad en la imagen, su enorme poder de persuasión, estimuló su uso en la creación de una imagen del poder.

Flora Lara y Marco Antonio Hernández.

En las últimas décadas del siglo XIX se produjo el inicio de una nueva etapa en la historia de Occidente. La industrialización avanzó a pasos agigantados y se ampliaron los mercados. La gran expansión se dio en el terreno de las comunicaciones. La invención del teléfono en 1876 y la construcción de cientos de miles de kilómetros de vías férreas en Europa y los Estados Unidos representaron sólo una pequeña muestra de los grandes cambios que se estaban gestando.

En este contexto, en el año de 1880 se publicó por primera vez en la prensa norteamericana una fotografía reproducida por medios puramente mecánicos. Hasta entonces habían predominado los grabados en madera y las fotos se reproducían de esa manera con la clásica mención en el periódico que señalaba: «sacado de una fotografía».⁵⁰

A finales de la década de los setenta predominaba la reproducción de dibujos y grabados copiados de las imágenes fotográficas. Sin embargo, en 1882 se produjo un acontecimiento fundamental, con la invención de la placa de la autotipia o cliché, que permitió la impresión simultánea de la imagen y su respectivo texto sobre el papel.⁵¹

En la década de los noventa se introdujeron los procesos fotomecánicos que permitieron la inserción de las fotografías en la prensa, con la técnica del fotograbado de «medio tono», que superó al conocido como «de línea», que únicamente reproducía las líneas que formaban el dibujo, y permitió por primera vez reproducir las sombras, tonos y fondos de las imágenes.⁵²

⁵⁰ Carlebach, 1992, p. 38.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 43-52.

⁵² En la década de los noventa los grabados sobre madera van cediendo el paso a las impresiones en medio tono sacadas de las fotografías. Las impresiones eran todavía pobres en calidad. Se trata de un período de transición, en que los grabados se acercaron a un género realista más convincente, aunque con imágenes muy retocadas por los grabadores. El término

En el último cuarto del siglo XIX se consolidó una prensa de carácter mercantil y sensacionalista en los Estados Unidos, con la enorme rivalidad y competencia existente entre dos personajes: Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst. El primero impulsó en la década de los ochenta lo que después sería conocido como «periodismo nuevo», esto es, un periodismo serio de investigación, que incorporaba sin embargo algunos recursos amarillistas, lo que permitió que los tirajes de su periódico, el *New York World*, se incrementaran geométricamente hasta alcanzar la cifra de 250 mil ejemplares.⁵³ Por su parte, Hearst se encargó de llevar el sensacionalismo hasta sus últimas consecuencias. Rico heredero de una fortuna cercana a los 10 millones de dólares, compró el *New York Journal* para competir con Pulitzer, contratando a los colaboradores del periódico de éste con mejores sueldos. En el caso de Hearst podríamos decir que construyó un periodismo nuevo, pero sin contenido, limitándose a explotar el morbo de la gente y a tergiversar y deformar las noticias con el único interés de incrementar las ventas.⁵⁴ Ambas figuras consolidaron un estilo noticioso que se impondría a nivel mundial. En el ejemplo norteamericano, este impulso pudo llevarse a cabo gracias a una convergencia de factores, que iba desde una serie de adelantos e innovaciones tecnológicas edificadas a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, como la incorporación de redes telegráficas, cables submarinos y la utilización de modernas rotativas, hasta el cumplimiento de importantes procesos políticos y sociales, como la propia culminación de la guerra civil y con ello la superación de conflictos internos que permitió el incremento de la expansión norteamericana en los últimos años de la centuria.

Por lo que respecta a México, el salto cualitativo en lo que se refiere a la popularidad de la fotografía y sus condiciones reales de difusión a sectores más amplios lo constituyó su incorporación a las páginas de la prensa. Ésta fue, sin duda, el medio de comunicación masiva más importante en el transcurso del siglo antepasado, ya que representaba la opción expresiva más significativa para todas las corrientes políticas y culturales.

«fotograbado» que utilizaré en este texto proviene de W. H. Ivins, *op. cit.*, pp. 176-7: «Hacia 1860 el inglés Bolton puso una fotografía de una obra de arte sobre la superficie de un bloque de madera y la grabó. El grabado en madera sobre o a través de una fotografía impresa en la superficie del bloque siguió siendo hasta finales de siglo, en Inglaterra y América, el método típico para producir dibujos, pinturas y fotografías destinados a ilustraciones de libros y revistas. Pero hasta el comienzo del presente siglo la confección e impresión de fotograbados no se perfeccionó lo suficiente para producir impresiones claras sin el retoque suplementario con el buril del grabador»; y Aurelio de los Reyes, *op. cit.*, p. 1804: « [...] el retoque era sumamente apreciado y valorado, pues entrañaba uno de los medios para obtener la idealización de la obra de arte, de ahí, tal vez, el término de fotograbado para las imágenes que ilustraban los magazines ».

⁵³ Carlebach, 1997, pp. 11-25.

⁵⁴ Weill, 1976, pp. 54-70.

A lo largo de dicha centuria se desarrolló en el país una prensa predominantemente política, que otorgaba mucho más importancia a la interpretación de la noticia que a la noticia misma. Los grandes periódicos del momento, como *El Monitor Republicano* y *El Siglo Diez y Nueve*, se caracterizaron por sus limitados tirajes, que apenas superaban los mil ejemplares. Formaban parte de una prensa especializada, dirigida a lectores cultos que compartían de antemano las ideas y los planteamientos del diario. La primera plana, por lo general, era ocupada por un extenso editorial político, mientras que las páginas interiores contenían informaciones diversas tratadas en forma breve y escueta.

En términos generales, los diarios constaban de cuatro páginas. En la primera se publicaban las noticias de actualidad. En la segunda podía verse una serie de pequeñas notas sobre temas varios, con el título de «Gacetilla» o «Miscelánea». A veces se extendía hasta la tercera página, en la que aparecían las notas llamadas cablegráficas, con noticias procedentes de la provincia y el extranjero. En ocasiones se incluía también un capítulo de alguna novela, que se iba publicando por «entregas». La cuarta página se dedicaba por lo general a los anuncios publicitarios.⁵⁵

La situación comenzó a cambiar durante el último cuarto de siglo, cuando el país se incorporó al mercado capitalista internacional, e internamente se produjo un proceso de centralización en el que la ciudad de México consolidó su hegemonía política sobre el resto del territorio. Como resultado de este proceso, el control del Estado sobre la prensa aumentó notablemente, en ocasiones mostrando el lado áspero y duro de la represión por medio de la desaparición, el asesinato o el encarcelamiento de periodistas opositores o disidentes, aunque casi siempre hubo métodos persuasivos más efectivos, como la corrupción de periodistas o la subvención de papel por parte del Estado.⁵⁶

En una investigación reciente sobre la transición del periodismo doctrinal al noticioso se muestra como a lo largo de las décadas de los setenta y los ochenta se fue consolidando la figura del reportero, que incorporó el análisis y la descripción de la vida social a las páginas de la prensa. Los inicios de este proceso pueden ubicarse a partir de la publicación de una serie de reportajes sobre el secuestro de un personaje llamado Juan Cervantes en el periódico *El Federalista*, los cuales concentraron la atención de los lectores durante varias semanas. Dicho proceso continuó con la narración periodística de Manuel Caballero de un duelo protagonizado por los generales Rocha y

⁵⁵ Toussaint, 1984, pp. 26-30.

⁵⁶ A partir de 1883 comenzó una etapa de represión severa sobre la prensa. Durante ese año se llevó a cabo una reforma a la Ley de Imprenta para permitir el encarcelamiento legal de periodistas por decisión de un juez. Los editores de *El Tiempo* y *El Hijo del Ahuizote* compartieron el «honor» de estrenarla. Al respecto véase *Ibidem.*, pp. 13-8.

Gayón, publicada por el diario *El Nacional* y considerada como el primer reportaje moderno.⁵⁷

Heriberto Frías, el célebre cronista de la masacre de Tomochic, describía la labor de estos incómodos personajes y los nuevos aires que vivía la prensa de la siguiente manera:

Va a los talleres, entra a las fábricas, charla en los cuarteles, visita las cárceles, recorre los hospitales, ríe en los teatros, pasa por burdeles, frecuenta las iglesias y cantinas, escucha en las antesalas ministeriales, come en los banquetes solemnes y goza en los almuerzos en los barrios pobres, atraviesa por los incendios, presencia los matrimonios, asiste a las apoteosis, contempla los fusilamientos de los asesinos, y en los cementerios conoce a los vivos. Y de todo saca apunte, y ¡hay de él si olvida un detalle exterior, aunque se comulgue la verdad íntima y calle lo que no debe decirse! ⁵⁸

Un testimonio menos optimista, aunque igualmente agudo y perspicaz, es el del célebre escritor Manuel Gutiérrez Nájera, que lamentaba la nueva hegemonía del *reporter* y la decadencia del cronista, conflicto que el periodista percibía en términos de una singular contradicción: melodrama, pragmatismo y vulgaridad *versus* tragedia, belleza, y originalidad. El *Duque Job* concluía sugiriendo al lector que todos estos cambios tenían que ver con la nueva dependencia del país respecto de los vecinos del norte:

La crónica, señores y señoritas, es, en los días que corren un anacronismo.

La crónica ha muerto en manos del *reporter*. ¿De dónde había de venir para nosotros el *reporter* sino del país del revólver?. Allá en la tierra de los zapatos de siete leguas [...] florece el periodista de repetición, la cocina al minuto y la electricidad. De ella nos vino el *reporter* ágil, diestro, ubicuo, invisible, instantáneo, que guisa la liebre antes de que la atrapen.⁵⁹

La figura del *reporter*, como sugería Frías, se adaptó rápidamente a la realidad mexicana y comenzó a describir un imaginario colectivo que abarcaba desde tragedias conyugales locales hasta conflictos bélicos internacionales para un universo cada vez mayor de lectores. Sin embargo, el origen de la nueva mirada habría que buscarlo, como indicaba Gutiérrez Nájera, en los cambios y transiciones de la prensa norteamericana, que durante la guerra civil en la década de los sesenta había logrado involucrar por primera vez a un sector considerable de lectores de aquél país en los reportajes de los co-

⁵⁷ Lombardo, 1992, pp. 68-77.

⁵⁸ Heriberto Frías, «Notas de combate. ¡Un anciano reportero! Las protestas de la torre de marfil » en: *Azul*, México, 12 de mayo de 1907, p. 2.

⁵⁹ Manuel Gutiérrez Nájera, *El Universal*, 3 de diciembre 1893, p.1.

responsales especializados, los cuales narraban en forma pormenorizada las vicisitudes cotidianas del conflicto bélico.

La decisión estatal de subvencionar un nuevo tipo de prensa industrial con un enfoque novedoso, en el que las noticias y los reportajes ocupaban la primera plana, desplazando a los editoriales, supuso un cambio drástico en la década de los noventa. Podía observarse un amplio contraste entre aquellas páginas con pequeños titulares para las diversas secciones con títulos tradicionales como: «Notas varias» o «Gacetilla», que caracterizaban todavía a la mayor parte de la prensa de los ochenta, y esta nueva prensa con grandes titulares, que atraían poderosamente la atención del lector, anticipando su contenido y despertando una gran curiosidad. Varias crónicas de la época relatan cómo en aquel entonces bastaba salir a las calles para saber cuáles eran las noticias más importantes del día. Éstas se discutían acaloradamente, lo mismo en los modernos y aristocráticos cafés que en las populares y tradicionales pulquerías.⁶⁰

Estamos frente a un proceso muy significativo en el cual se ha transitado del predominio del artículo «de fondo» y el editorial de corte político de la prensa partidista, al nuevo imperio del reportaje característico de los diarios noticiosos mercantiles. Se trató de un viraje hacia los intereses de empresa en el que los reporteros se profesionalizaron, los artículos literarios y las noticias se convirtieron en mercancías y el objetivo principal se convirtió en atraer lectores y anunciantes, ofreciéndoles todo por un precio bajo.

Uno de los representantes más importantes de estos cambios en México fue el periódico *El Imparcial*, fundado en el año de 1896 por Rafael Reyes Spíndola. El nuevo diario llevaba en su propio título una declaración de principios, una pretensión de neutralidad política muy en boga con los nuevos tiempos que vivía la nación, bajo los acordes triunfalistas de la dictadura y las consignas de «orden y progreso» formuladas por los grupos de empresarios y políticos, entre los que destacaba por su importancia el de los llamados «científicos», que contaba entre sus miembros a personajes tan relevantes en el gabinete de Díaz como Miguel Macedo, Justo Sierra y José Yves Limantour.⁶¹

A través del surgimiento de *El Imparcial*, la euforia porfiriana parecía informar al país que la etapa de las pugnas radicales había concluido. Tocaba el turno a la ciencia, que formularía con objetividad y exactitud las leyes necesarias para la salvaguarda de la estabilidad política y social. Se trataba de un proceso en el cual la prensa transitó de la hegemonía del editorial político de los periódicos «de partido» al nuevo género del reportaje, impulsado por los

⁶⁰ Al respecto, véase las *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto y la novela *La Rumba* de Angel de Campo. Ésta última es una novela por entregas publicada en 1891 en el diario *El Nacional* y describe las condiciones de recepción de la prensa en los barrios populares y los segmentos medios de la ciudad de México a fines de la década de los ochenta.

⁶¹ González, 1987, pp. 152-64.

nuevos órganos de información con pretensiones de neutralidad. Entre los factores que hicieron posible estas transformaciones se pueden mencionar la construcción y diversificación de vías férreas en el territorio nacional, la ampliación de la red telegráfica, los adelantos técnicos en las máquinas de escribir y la invención de las rotativas modernas. Toda una infraestructura moderna puesta al servicio de una prensa industrial capaz de producir tirajes de varias decenas de miles de ejemplares. El nuevo diario introdujo los primeros linotipos Mergenthale y las primeras rotativas modernas, copiando los formatos norteamericanos, renovando las estrategias publicitarias, reduciendo el tratamiento de los temas políticos y consolidando la técnica de la entrevista y el reportaje para la cobertura de los asuntos sociales. Para todo ello, disponía de una variedad de servicios nacionales y extranjeros, así como propaganda mercantil. En sus inicios contaba con sólo cuatro páginas, una sección literaria los lunes y un suplemento ilustrado con dibujos y grabados los domingos. Sin embargo, pronto fue ampliando su extensión, incorporando a sus líneas a algunos de los escritores más reconocidos de la época, como Justo Sierra, Angel de Campo «Micrós», Juan de Dios Peza y Francisco Bulnes, entre otros.⁶²

El Imparcial irrumpió en la escena pública el 2 de septiembre de 1896, publicando como nota principal un editorial titulado: «Qué es un periódico de a centavo», en el que justificaba su aparición y delineaba su postura frente a la nueva situación:

Hace veinticinco años la suscripción del *Siglo XIX* valía dos pesos mensuales, y la circulación máxima en días de grandes trastornos revolucionarios no pasaba de 4,000 ejemplares [...] Hoy todo ha cambiado: la divisa es vender mucho y barato y la competencia ha reducido considerablemente el precio de una buena suma de productos necesarios a la vida. ¿Por qué había de sustraerse el periódico a este movimiento general que tiende a abaratar la existencia? [...] existen dos comerciantes que siguen los dos programas enunciados: vender poco y caro, vender mucho y barato. Que el público decida.⁶³

La dirección del primer diario moderno en la historia del periodismo nacional corrió a cargo, como ya hemos señalado, de Rafael Reyes Spíndola. Tanto sus apologistas como sus detractores coinciden en que este personaje no fue un simple vocero de la dictadura, sino que representó la figura de un verdadero innovador en el periodismo de la época, concentrado en la creación de un estilo noticioso dirigido a un perfil de lectores bastante diferente de los politizados usuarios de los grandes diarios del momento. La ampliación y el incremento de los tirajes así lo constata: el nuevo diario pasó de los

⁶² Monsivais, 1984, pp. 11-3.

⁶³ *El Imparcial*, 2 de septiembre de 1896, p.1.

5 ó 6 mil ejemplares a los 100 mil en un lapso poco mayor de 10 años, una cifra muy significativa, que aun hoy en día competiría con cualquier rival a casi un siglo de distancia.⁶⁴

Este cambio en el perfil de los lectores destinatarios de la prensa constituye una de las diferencias más importantes a destacar entre *El Imparcial* y los representantes de los períodos anteriores. En efecto, aquellos liberales y conservadores activos y politizados de las crónicas de los años sesenta habían quedado atrás. En los noventa, la nueva prensa se dirigía a un lector no especializado, pasivo en términos políticos y mucho más interesado en la tragedia conyugal o el reportaje policíaco del momento que en doctas y sabias reflexiones doctrinarias y políticas.

Como indicaba el primer editorial del nuevo diario, las reglas del juego habían cambiado drásticamente en un lapso de treinta años. A finales de siglo, Reyes Spíndola surgía como el portavoz de un nuevo orden y, sin embargo, no había inventado nada nuevo: capitalizó la experiencia reporteril de las últimas tres décadas y se apoyó en un cambio cualitativo de la maquinaria periodística, así como en la nueva situación económica y política, convirtiéndose en el vehículo masivo de las ideas en torno al orden y al progreso.

La labor del nuevo periodismo que combinaba el sensacionalismo con la investigación frente a las posturas doctrinarias decimonónicas era defendida por el propio director del diario positivista de la siguiente manera:

La prensa no tiene ya esa misión casi divina, doctrinaria y sagrada, que la obligaba a tomar la entonación magistral y la frase altisonante y pomposa para el asunto más baladí [...] Aquellos artículos sin fin y sin color como el caos atiborrado de sentencias, trufados de citas, salpicados de anotaciones, embardunados de latines, están tan pasados de moda como los zapatos de hebilla [...] Para nosotros el periodismo es una especialidad como cualquiera. Si es verdad que debe tener fines instructivos, lo esencial es saciar esta enorme curiosidad que tenemos de saberlo todo, hasta lo que nada nos importa. Pretender llenar el primer requisito, esto es, hacer un periódico doctrinario, sin dar preferencia a la información sensacional, es estrellarse en la indiferencia del público. El reportero es el cazador que recoge y lanza la noticia aún fresca, cuando todavía el suceso es palpitante. Ya no se le pide un estilo de maestro, sino buenos pies, un ojo avisado e investigador.⁶⁵

A pesar del elevado porcentaje de analfabetismo, que afectaba a la mayoría de la población, el nuevo tipo de prensa impulsada por Reyes Spíndola avanzó y superó grandes obstáculos apoyada en diversos factores, entre los

⁶⁴ Toussaint, *op. cit.*, p. 67.

⁶⁵ *El Imparcial*, 6 de marzo de 1897, p.1.

que sobresalían su bajo costo, el hecho de que la cultura oral, de fuerte arraigo entre la población, se encargara de multiplicar la posible influencia de las páginas escritas, la utilización de las entrevistas y reportajes para cubrir hechos noticiosos, que abarcaban dramas pasionales, hechos delictivos y episodios bélicos; y la incorporación de un discurso gráfico renovado en el que las imágenes de grabados, litografías y fotograbados comenzaron a adquirir una preponderancia respecto de los mismos textos escritos.

La nueva actividad de los reporteros no hubiese tenido la enorme repercusión social que alcanzó de no haberse acompañado del elemento renovador y sustancial que representó el discurso gráfico. El diseño de la prensa nacional experimentó un cambio radical cuando los grabados y las fotografías comenzaron a poblar sus páginas en forma más sistemática a mediados de la década de los noventa.

El manejo de las imágenes no representaba un aspecto complementario o meramente ilustrativo, sino que formaba parte sustancial de la nueva estrategia del diario. Desde la perspectiva de la época, la fotografía en particular implicaba un reforzamiento de los conceptos de verdad y objetividad, ya que las personas se acercaban a ella con la convicción de estar comprobando y verificando una realidad:

Se tenía fe en la «validez científica» de la información gráfica, pues se creía que no había ningún elemento que desvirtuara la realidad. Se aceptaba ciegamente la «objetividad científica» y se ignoraba por completo el subjetivismo inherente a todo fotógrafo y aun la orientación política de los *magazines* que servían de tribuna.⁶⁶

El «reflejo» de la realidad no podía producirse de una manera más precisa y exacta. A partir de esta primera prueba didáctica de realismo, las imágenes fotográficas comenzaron a aparecer en forma cada vez más recurrente, estructurando el aprendizaje visual del lector:

La fotografía permitió renovar el binomio imagen-información, al crear una nueva cultura gráfica realista, para la cual la imagen debía ser descriptiva, sugestiva, lógica y clara [...] Despertar la curiosidad del público y comunicar hechos de trascendencia social mediante las imágenes creadas por la cámara oscura, aún necesitaba de toda una educación de la mirada, o mejor dicho, una nueva manera de percibir el entorno social y cultural, así como adaptarlas a las nuevas necesidades de información visual que iban surgiendo y crear una nueva manera de visualizar la vida diaria que se convertía en historia.⁶⁷

⁶⁶ De los Reyes, *op. cit.*, p. 1798.

⁶⁷ Rojas, *op. cit.*, p. 105.

Esta «educación de la mirada», implícita en la difusión de las nuevas imágenes, tiene una vinculación muy estrecha por un lado con los avances y cambios de la tecnología y, por otro, con las normas y parámetros vigentes de la tradición artística predominantes a finales del siglo XIX.

A diferencia de los primeros *magazines* capitalinos que incorporaron la fotografía con muy buenos resultados, ya que el papel de tipo «couché» que utilizaban era de muy buena calidad y su frecuencia semanal o quincenal les permitía la preparación adecuada de las imágenes, el caso de la prensa diaria arrojó resultados muy distintos, ya que utilizaba papel de baja calidad, lo cual se reflejó en la poca nitidez de las primeras fotografías, todavía oscuras y borrosas.⁶⁸

A principios de la década de los noventa, algunos diarios capitalinos empezaron a incorporar en forma esporádica la fotografía. Tal es el caso de *El Universal*, que el 3 de octubre de 1893 publicó una primera imagen anunciando una «magnífica» residencia en la colonia Santa María la Rivera en su sección correspondiente a los anuncios publicitarios; o el de *El Diario del Hogar*, que el 21 de mayo del siguiente año publicaba una serie de fotografías con retratos de la familia de un acaudalado personaje asesinado en San Luis Potosí.⁶⁹

Este tipo de publicaciones tuvo un carácter irregular y esporádico. A veces pasaban meses sin que apareciera otra fotografía, o en ocasiones la impresión de la imagen resultaba bastante desafortunada, como en el caso del periódico *El Nacional*, que el 10 de marzo de 1894 intentó ilustrar en sus páginas una expedición a la sierra de Huauchinango en bicicleta, y sólo consiguió publicar una imagen ilegible y oscura, de ínfima calidad.⁷⁰

A finales de siglo, el avance tecnológico permitió la incorporación de la fotografía instantánea, que ya no requería de la pose y revolucionó las formas de representación de la imagen. *El Mundo*, uno de los portavoces de este vertiginoso cambio, planteaba la situación en su peculiar estilo:

La instantánea es una monomanía universal, como lo ha sido el uso de la bicicleta [...] Pierden el dinero los fabricantes de libros de bolsillo y los fotógrafos titulados porque no hay quien quiera retratarse de busto, o apoyado en el tronco de un árbol navegando en un barquichuelo de fantasía, en postura (tratándose de las damas) de ver huir a un pichón mecánico de una jaula o de

⁶⁸ Las primeras revistas o *magazines* ilustrados surgen en la capital a mediados de la década de los ochenta. Su precio era notablemente superior al de la prensa cotidiana (Entre 20 y 50 centavos). Privilegiaron el retrato fotográfico, principalmente de las élites y proyectaron la imagen de una sociedad de bienestar y progreso, acorde con los proyectos políticos y culturales del régimen. La mayoría de sus retratistas provenían del ámbito de las *tarjetas de visita*, por lo que sus imágenes difundieron los mismos valores. En este trabajo destacó la labor de la revista ilustrada más influyente, *El Mundo Ilustrado*, cuya trayectoria resulta muy similar a la de *El Imparcial* y cubre la última etapa del Porfiriato y los primeros años de la revolución.

⁶⁹ Ambos casos, con sus respectivas fotografías pueden verse en Rojas, *op. cit.*, pp. 87-90.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 90.

llorar al pie de una cruz de cartón piedra los desengañados de este mundo y la subjetividad de otro. Se prefiere la efigie tomada en la calle, en el patio de la casa, al aire libre.⁷¹

El testimonio anterior refleja una lectura irónica de cierta prensa ilustrada acerca del mundo de las apariencias, arcaico hacia finales del siglo XIX. La nueva propuesta de representación encarnada en la instantánea entroncaba directamente con el recientemente adquirido concepto de noticia y permitió a la figura del *reporter* desarrollar un nivel de narración que aspiraba a recrear de una manera exacta la realidad.

Una muestra sugerente de esta educación de una cierta mirada y de su correspondiente ilusión de objetividad puede verse en una de las primeras fotografías que aparecieron en *El Imparcial* a principios del siglo XX, la cual se refiere a la demolición del Teatro Nacional, ocurrida el 21 de mayo de 1901.

El texto que acompaña las imágenes narra la forma en que los albañiles ataron las columnas del viejo teatro y la forma en que se vinieron abajo. Se muestra claramente la aureola de prestigio que envolvía a la fotografía y la forma en que ésta era percibida; esto es, como una prueba «irrefutable» del acontecimiento convertido en noticia que se estaba transmitiendo al lector. Este era el sentido del «Antes» y «Después» de estas fotografías. La primera, que llevaba por título «A las 10 de la mañana», mostraba las columnas que quedaban en pie del antiguo edificio, mientras que en la segunda imagen podían observarse los escombros en que se había convertido la construcción «A las 10 y 10 minutos».



Imagen no. 15
A las 10 de la mañana.
El Imparcial, 22 de mayo
de 1901. Biblioteca Lerdo.



Imagen no. 16
A las 10 y 10 minutos.
El Imparcial, 22 de mayo de
1901. Biblioteca Lerdo.

⁷¹ *El Mundo*, 4 de junio de 1899, p. 1.

La nueva prensa noticiosa impulsó esta renovación gráfica en algunas otras áreas y campos temáticos. Durante los primeros meses de 1898 publicó una buena cantidad de grabados, algunos de ellos tomados de fotografías, para cubrir el episodio de la llamada «Guerra de Cuba», que enfrentó a los Estados Unidos y a España por el dominio político y económico de la isla, y en los años posteriores incorporó reportajes y gráficas de diferentes conflictos bélicos internacionales.⁷²

En los nuevos espacios se publicaron regularmente numerosas «vistas» de países «lejanos» y «exóticos», retratos de personajes famosos en el mundo de la política y el espectáculo, máquinas novedosas, innovaciones tecnológicas, adelantos en las vías férreas, e incluso una buena cantidad de imágenes de anuncios publicitarios de la más diversa índole.

Para concluir, resulta importante señalar que no es casual que las primeras imágenes fotográficas que se difundieron en la prensa capitalina correspondieran al género del retrato. Éste predominó en las artes plásticas a lo largo de todo el siglo XIX y consolidó toda una tradición visual en términos de validación de una manera de representar el cuerpo y el rostro humano.

En términos generales, se trataba de una visión del retrato emparentada con la pintura y desarrollada por la fotografía desde sus antecedentes con los daguerrotipos, hasta sus primeros logros en el terreno de la difusión masiva con las llamadas *tarjetas de visita*, que preservaron y enriquecieron una forma de representar el retrato ligada a la pose, al decoro y a la búsqueda del reconocimiento social.

Como ya ha sido señalado, la enorme popularidad de estos retratos se vinculaba con la difusión de las ideas vigentes en la época sobre la fisiognomía y la frenología, y la posibilidad de delinear las características del carácter moral de las personas a través de sus rasgos físicos.

Uno de los campos temáticos en el que este binomio imagen-información pudo expresarse de una manera más contundente fue el correspondiente al género de los reportajes policíacos. El auge de este tipo de reportajes obedeció a diversos factores, entre los que habría que destacar una gran preocupación de las élites por el incremento de la criminalidad, aunado a un interés mercantil por asegurar la venta del periódico entre sectores más amplios y heterogéneos. Tenemos aquí la combinación de las teorías y planteamientos fisionómicos y frenológicos con las premisas noticiosas y mercantiles de una prensa ávida de lectores.

La atracción que ejercían la figura de algunos criminales y delincuentes entre una porción significativa de lectores era un fenómeno conocido que despertó la curiosidad y la preocupación de algunos estudiosos del fenómeno. Tal es el ejemplo de Carlos Roumagnac, el famoso inspector-policía porfiriano, autor de varios libros sobre el tema de la criminalidad en México,

⁷² Lizardi, 1998, pp. 321-40.

el cual se quejaba a principios del siglo pasado de que un reo llamado Rosalío Millán, cuya vida había sido relatada con lujo de detalles por *El Imparcial*, hubiera alcanzado, después de la publicación de un buen número de reportajes, un grado de popularidad tan alto que regalaba autógrafos en la cárcel poco antes de ser fusilado en uno de los muros de la cárcel de Belén.⁷³



Imagen no. 17
El fusilamiento de
Rosalío Millán.
El Imparcial, 28 de Fe-
brero de 1906.
Biblioteca Lerdo.

El primer fotograbado de un delincuente publicado en la prensa positivista corresponde a un personaje llamado Nicolás Treffel, al que se acusaba de alquimista por el delito de pretender fabricar oro. Si el texto lo denostaba, la imagen, por el contrario, mostraba a un individuo de rasgos apacibles, bien vestido, con aspecto de «honrado industrial», con sombrero de paja con cintas de colores, traje café y zapatos bayos.

A pesar de sus rasgos «honorables» el periódico «no se dejaba engañar» y sus conclusiones reflejaban la convicción de sus pragmáticos principios. Así, proclamaba que la sociedad porfiriana no estaba dispuesta a dejarse embaucar por individuos «románticos y soñadores, que antes que el robo imaginaban algo mucho más dañino y perjudicial para la sociedad: una poesía alrededor del robo».⁷⁴

⁷³ El relato completo del caso puede verse en Del Castillo, 1993, pp. 78-81.

⁷⁴ *El Imparcial*, 17 de abril de 1901, p.1.

En el imaginario construido por la nueva prensa, el tiempo de estos sujetos había terminado para siempre. El país había entrado en otra etapa, con otros ritmos y necesidades. En la nueva sociedad pragmática que imaginaban los redactores del diario ya no había lugar para alquimistas soñadores. Por todo esto, resulta muy significativo que sea precisamente Treffel el que abra la lista de imágenes de delincuentes en el fotoperiodismo del siglo XX.



Imagen no. 18

El «alquimista» Nicolás Treffel.
El Imparcial, 17 de abril de
1901. Biblioteca Lerdo.

También en el caso de los reportajes policíacos podemos señalar que aunque los personajes infantiles no constituyeron el eje prioritario ni la preocupación fundamental de este tipo de publicaciones, tampoco estuvieron totalmente ausentes. A continuación doy cuenta de tres ejemplos que constituyen referencias significativas.

En muy escasas ocasiones se encuentra al niño delincuente como protagonista central de los hechos, por eso vale la pena destacar el reportaje titulado: *El machaquito en México*, que narra las aventuras infantiles de un ratero de 16 años que comenzó a robar a los ocho años de edad. En el texto, se destaca su habilidad para robar en las tiendas de ropa, en las kermesses, en los trenes y en las iglesias, a veces vestido inocentemente de marinerito, en ocasiones disfrazado de bebé con cuello doblado, medias y pantalón corto.⁷⁵

La fotografía del pequeño delincuente resulta bastante significativa. Bajo el título de *José Sid Bandera (a) Machaquito*, puede observarse la imagen de un muchacho con una gorra y un traje elegante con chaleco, tez morena, grandes ojos y mirada inquieta.

No se trata de la típica fotografía carcelaria realizada en el gabinete antropométrico, sino de una imagen que responde a una lógica muy diferente. Estamos en realidad frente al caso de una fotografía que no responde en

⁷⁵ *Ibidem*, 18 de octubre de 1908, p. 8.

absoluto a esas reglas y que nos muestra al muchacho disfrazado, probablemente captado en el momento de su detención, tal como le gustaba vestirse para realizar alguna de sus ingeniosas fechorías.

Imagen no. 19
José Sid Bandera (a)
Machaquito.
El Imparcial, 18 de octubre de 1908.
Biblioteca Lerdo.



En esta importante imagen, quizá procedente de un archivo policíaco, la prensa trastocaba el sentido «original» de la fotografía, dotándola de nuevos significados al privilegiar la figura personal y fantasiosa que el delincuente recreaba de sí mismo por encima de la lógica del poder de la mirada carcelaria, uniformizante y estigmatizadora de los grupos populares, catalogados como potencialmente criminales. La misma imagen que en el contexto policíaco se usaba para localizar e identificar al delincuente, en el marco noticioso de la prensa podía traducirse fácilmente en un signo positivo que estimulaba el ingenio y otros atributos del transgresor entre la comunidad de lectores. Por otro lado, resulta muy importante la reiterada insistencia del diario en la biografía del pequeño delincuente, en la que se subrayan las fechorías cometidas por éste durante los años anteriores.

Otro caso que vale la pena destacar aquí es el titulado: *El contingente del crimen*, que narra la historia de unas «raterillas» de 9 años de edad. Se trata de dos hermanas y una amiga que habían robado un abrigo olvidado por una persona en una butaca durante una función cinematográfica y que fueron detenidas al empeñar la prenda en una calle de Santo Domingo. La composición de la imagen desempeña en este caso un papel fundamental para la interpretación, ya que añade elementos no presentes en el texto de la nota. De esta manera, aparecen dos fotografías enmarcadas, vinculadas entre sí a través de la fotografía de un hombre. En la imagen de la izquierda puede verse a las tres niñas: Josefina y Elena Solórzano y María García, que posan muy serias, con sus vestidos y abrigos, probablemente en las puertas de la comisaría. Al centro figura un criminal llamado J. Paz Alatraste, del cual no

se menciona nada en el texto del reportaje, y en la parte derecha se muestra a Hilaria Mondragón y Julia Vargas (a) «La vaquera», identificadas como «cruzadoras», esto es, cierto tipo de ladronas que robaban mercancías en las tiendas de ropa y que, frecuentemente, estaban ligadas al mundo de la prostitución.⁷⁶ Rodeando a la primera imagen aparecen dibujadas algunas prendas y joyas, anillos y relojes asociados al robo y a la delincuencia, así como un cadáver y un cuchillo sangrantes. El vínculo propuesto por la composición es muy sugerente: estas pequeñas ladronas se convertirán fatalmente en prostitutas «cruzadoras» al seguir por el camino de la delincuencia. La figura del criminal homicida estaría presente de una manera simbólica en este tipo de tránsitos.



Imagen no. 20
El contingente del crimen.
El Imparcial, 10 de abril de 1908.
Biblioteca Lerdo.

Un tercer caso de esta especie nos narra la captura de dos niños delincuentes que atracaban a transéuntes y comercios en las calles de la ciudad de México durante los primeros años del siglo XX, y se titula «Cómo descubrió la policía el robo a la Admón. de El Imparcial».⁷⁷

⁷⁶ «Las delincuentes que más preocupaban a la policía eran las «cruzadoras», que penetraban a los comercios o a sus cajones y aprovechaban cualquier descuido de los dependientes o «con miradas prometedoras y coqueterías los mareaban» para apoderarse de la mercancía. Entre ellas encontramos mujeres de todos tipos y edades, pero todas provenían de las clases populares», Speckman, 1999, p. 162. (La autora cita expresiones correspondientes a la «Gaceta de Policía» del 24 de diciembre de 1905, p. 11).

⁷⁷ *El Imparcial*, 14 de julio de 1907, p. 14.

Los fotograbados nos muestran los retratos de un par de niños con los rostros serios y la mirada dura, muy alejada de los patrones de inocencia infantil tan característicos de las revistas y los *magazines* ilustrados de la época. El apodo de uno de ellos, «El Apache», aparece identificando la imagen, lo cual refuerza la idea evolucionista de la época de una visión estigmatizante de la condición indígena asociada con conductas criminales.



Imagen no. 21

Cómo descubrió la policía el robo a la Admón. de «El Imparcial».

El Imparcial, 14 de julio de 1907. Biblioteca Lerdo.

La representación fotográfica de los personajes infantiles en los reportajes policíacos de la prensa capitalina de principios del siglo XX culminó un ciclo de imágenes que se inició con los daguerrotipos y las *tarjetas de visita* a mediados de la centuria anterior. En un lapso de poco más de cincuenta años estas representaciones adquirieron un peso y una influencia cada vez mayor en la construcción de un imaginario en torno a la infancia, con una serie de referencias visuales al alcance de sectores sociales cada vez más amplios y heterogéneos.

Reflexiones finales

Mientras que la tarjeta de visita y la vista recrean el motivo con una cierta aura de atemporalidad, como si quisiera rescatar al sujeto (un personaje, un ambiente, un lugar) de la acción del tiempo, y de esa manera preservarlo para la posteridad y la memoria, las necesidades mismas que la prensa imponen a la fotografía como testigo del acontecer inmediato, imprimen a ésta un ritmo de actualidad sin respiro.

Flora Lara y Marco Antonio Hernández.

En el año de 1865, un fotógrafo aficionado trataba de definir el campo de la fotografía tomando como punto de referencia el horizonte de la pintura:

El fotógrafo no puede –como Turner– crear un villorio inexistente y situarlo sobre una colina, ni añadir una torre o dos a un edificio palaciego o rasurar la punta de una montaña. Debe tomar lo que ve, en la misma forma en que lo ha visto. Su única libertad es la selección de un punto de vista.⁷⁸

La cita anterior nos muestra los límites en los que se ubicó el debate en torno a la fotografía en una primera etapa «realista», que abarcó de 1839 a 1920. De acuerdo con los cánones científicos y culturales predominantes en dicho período, la fotografía resultaba de la aprehensión directa e inmediata de la realidad, por lo que dependía de ésta y la recreaba con mayor precisión que ningún otro instrumento creado por el hombre.⁷⁹

Esta lectura e interpretación de la fotografía, asociada con el desarrollo tecnológico europeo de la segunda mitad del siglo XIX y el auge de conceptos tan importantes como el de progreso, se convirtió en una convicción cercana al dogma, que influyó en mayor o menor medida en los diferentes sectores sociales y en particular a los distintos quehaceres intelectuales de la época.⁸⁰

⁷⁸ Rev. J.Morton. *The Philadelphia Photographer*, citado en Darrah, *op. cit.*, pp. 45-6.

⁷⁹ Esta referencia a la realidad como matriz inevitable de la que surge la fotografía está presente incluso en el debate epistemológico actual sobre estos temas. Como ha mostrado el teórico Phillippe Dubois, *op. cit.*, pp. 37-51, la fotografía está emparentada con cierto tipo de signos, como la cicatriz, las huellas, las ruinas y los síntomas. En este sentido, puede decirse con Barthes, 1986, p. 57, que en la fotografía hay un «objeto real que retorna constantemente».

⁸⁰ Bury, 1971.

En este capítulo hemos esbozado este recorrido inicial de la fotografía, desde sus inicios con el daguerrotipo y las *tarjetas de vista* hasta su auge y expansión con el surgimiento del foteriodismo. Hemos enfatizado en que forma la irrupción de la fotografía en la segunda mitad del siglo XIX implicó un aprendizaje visual y una cierta educación de la mirada, que permitió a diversos sectores sociales el acceso a la propia imagen y provocó modificaciones importantes en el universo mental de la construcción de la memoria y de la condición misma de la subjetividad, todo ello ligado al replanteamiento de la noción de individuo que tenía lugar en Occidente en este mismo período. Las distintas representaciones de la niñez se vinculan a los procesos anteriores y comparten las limitaciones, los atributos y características de cada género fotográfico en cada una de las etapas y períodos históricos analizados.

La mirada cultural de la fotografía se fue ampliando y diversificando, desde las tarjetas restringidas a los grupos privilegiados hasta los inicios del foteriodismo, en los que la niñez comenzó a ocupar un lugar cada vez más importante en el espacio público y las prioridades políticas de la nación.

En términos generales, este es el contexto en el que habré de realizar la lectura e interpretación de las imágenes fotográficas que revisaré a lo largo de esta investigación, las cuales se encuentran estrechamente vinculadas con las modificaciones y cambios experimentados por la fotografía durante estas décadas.

SEGUNDA PARTE
LA MIRADA DE LOS ESPECIALISTAS:
LA CONSTRUCCIÓN DE LOS CUERPOS Y LAS MENTES INFANTILES

CAPÍTULO 2 LOS MÉDICOS

El surgimiento de la mirada clínica

A finales del siglo XVIII, la medicina consolidó la sistematización de observaciones empíricas que había venido practicando en los siglos anteriores y desarrolló una nueva forma de analizar e interpretar los procesos patológicos, que desplazó gradualmente a la célebre teoría de los humores.¹

Esta nueva forma de interrogar la realidad de los pacientes y su entorno se desarrolló en forma particularmente importante en Francia durante la primera mitad del siglo XIX, con lo que llevó a la llamada escuela «clínica» a un nivel privilegiado en el entorno internacional, que influyó decisivamente en la orientación y el quehacer científico de los países hispanoamericanos.

El viraje propuesto por esta escuela ha sido descrito por Michel Foucault de la siguiente manera:

Esta nueva estructura está señalada por el cambio ínfimo y decisivo que ha sustituido la pregunta: «¿Qué tiene usted?», con la cual se iniciaba en el siglo XVIII el diálogo del médico y el enfermo con su gramática y su estilo propios, por esta otra, en la cual reconocemos el juego de la clínica y el principio de todo su discurso: «¿Dónde le duele a usted?». A partir de ahí, toda la relación del significante con el significado se distribuye de nuevo, y ahora en todos los niveles de la experiencia médica.²

La nueva mirada se cifraba en las lesiones anatómicas como punto de partida para describir los padecimientos e interpretar las enfermedades. El lugar privilegiado para llevar a cabo estas actividades fue el hospital, que se convirtió en el centro de operaciones de las nuevas propuestas y razonamientos, en un espacio de investigación y docencia como nunca antes se había practicado en la historia de la medicina.

¹ Pérez Tamayo, 1988, pp. 27-34.

² Foucault, 1981, p.15.

La observación rigurosa de los fenómenos patológicos incorporó métodos de registro y de exploración de los cuerpos cada vez más detallados y precisos, como la auscultación, que introdujo el estetoscopio y las percusiones torácicas, los aparatos de medición craneana y los aparatos de la ortopedia moderna; toda una serie de instrumentos y herramientas cuya función era reforzar el carácter mensurable de las observaciones médicas, de acuerdo con los parámetros científicos de la época, en los que la exactitud y la objetividad constituían valores intercambiables.

La mirada clínica implicó una forma diferente de enfrentar las enfermedades infantiles y de concebir la etapa de la niñez. En la tradición hipocrático-galena regía el principio de que en la naturaleza infantil predominaban el calor y la humedad, lo que le daba a la etapa una peculiar predisposición a la enfermedad. Sin embargo, con la edad moderna y su insistencia en la atención a la infancia en sí misma, se recuperó la noción del tratamiento y se llegó por primera vez a un equilibrio.³ Esta predisposición de la infancia a la enfermedad era tan marcada en siglos anteriores que la propia etapa era percibida en términos devaluatorios. Todavía Brouzet, en pleno siglo XVIII, se refería a ella de la siguiente manera: «*Cet age qui doit etre regarde lui-meme comme une maladie, qui a son commencement, sa marche, ses acces et sa fin*».⁴

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX se consolidó una literatura de carácter pediátrico en la que la atención se centraba en los casos clínicos de la infancia. Las normas de salud y enfermedad se basaban en la contemplación de los órganos alterados y las desviaciones patológicas se estudiaban en función de los casos llamados «normales», tomándose en cuenta el desarrollo de cada individuo.

Estos cambios son importantes en la medida en que suponen un giro en la percepción de la niñez. Ya no se atribuían al infante rasgos de debilidad, sino que ahora se le estudiaba en función de los estados de salud y patología, con una especificidad en la organización y una dinámica propia.

La nueva lectura clínica y sus métodos exploratorios redundó en la elaboración de una visión específica respecto al estudio objetivo de los padecimientos. Algunos de los autores fundamentales de este nuevo orden de cosas fueron: Billiard, Bouchot, Comby, Marfan, Grancher, Apert, Cruchet, Rocaz, Genevriér, Broca, Méry, Castaigne y Simon.⁵

³ Pérez Tamayo, *op. cit.*, pp. 64-7.

⁴ «Esta edad que debe ser vista en sí misma como una enfermedad, que tiene su principio, su marcha, sus claves y su fin», citado en Lain Entralgo, *op. cit.*, p. 204.

⁵ La escuela clínica francesa fue la de mayor influencia en la medicina mexicana durante el porfiriato y en los inicios de la pediatría nacional. La mayor parte de los textos de los médicos franceses era consultada a finales del siglo XIX por sus colegas mexicanos. Todavía hoy en día estos textos pueden revisarse en la Biblioteca de la Escuela Nacional de Medicina, en la capital mexicana. Algunos de los más relevantes para esta investigación son los siguien-

Bouchot escribió uno de los textos de mayor influencia en el ámbito mexicano: *Manuel Pratique des nouveaux-més et des enfants a la mamelle*, que sintetiza de una manera bastante nítida la idea de la mirada clínica del médico, atenta a los detalles más insignificantes en un esfuerzo que terminó por reinventar el cuerpo infantil y convertir al médico en el «intérprete» de los signos «naturales» que emitían los pequeños.⁶ En su investigación, producto de una observación clínica rigurosa y sistemática, realizada durante varias décadas, el autor proponía desarrollar una lectura específica de la infancia que permitiera diferenciar las enfermedades de la etapa adulta de las que aquejaban en forma exclusiva o predominante a la infancia. Dicha lectura contemplaba cuatro niveles:

- El análisis de la constitución del niño y su predisposición a enfermedades especiales.
- El estudio de los medios más convenientes para reconocer dichas enfermedades a través de diferentes medios de expresión, tales como la fisonomía, la mímica, el desarrollo y la robustez, el grito y los signos exteriores visibles por medio de los exámenes de la boca, ojos, vientre, pecho, circulación, temperatura y calorificación.
- El estudio de los datos relativos al peso de los recién nacidos y,
- El análisis de las leyes de la mortalidad en los niños. En palabras del propio autor:

Es necesario estudiar en el niño para ser el sabio intérprete de su lenguaje natural, su fisonomía, su mímica y su actitud, su desarrollo, su robustez, su grito; si se añaden a este estudio la observación de algunos caracteres deducidos del estado de agitación o tranquilidad en los niños pequeños y los resultados de la inspección de algunos signos exteriores importantes, como el examen de los ojos, de la boca, del vientre, del pecho y de la respiración, de la circulación y de la calorificación, de los productos de secreción, de los vómitos, de las deposiciones, etc., se tendrán todas las nociones suficientes para juzgar bien de la mayor parte de las enfermedades de la infancia.⁷

tes: Apert, 1914; Broca y Le Gendre, 1894; Comby, 1899; Fonssagrives, 1885; Marfan, 1899 y Nobecourt, 1907. La lectura de estas investigaciones me ha permitido comprender el modelo de exploración clínica predominante en la segunda mitad del siglo XIX, el cual fue retomado a principios del XX por algunos médicos mexicanos que iniciarían las cátedras sobre cirugía y enfermedades infantiles, como Roque Macouzet y Carlos Tejada.

⁶ «Manual Práctico de enfermedades de los recién nacidos y de los lactantes». La primera edición está en francés y fue publicada en París en 1845. En la segunda mitad del siglo XIX se publicaron varias ediciones corregidas y aumentadas y en el año de 1889 apareció la primera traducción al español.

⁷ Bouchot, 1889, p. 10.

El recorrido era exhaustivo y pasaba, entre otros rubros, por la coloración de la piel de los recién nacidos, que podía incluir, entre otras, la rubicundez de la tosferina, la cianosis cardíaca, la palidez diftérica, la palidez lechosa albuminúrica, la coloración palustre, la palidez intestinal y la coloración amarilla icterica, entre otras tonalidades.⁸

En la misma tónica, los rasgos y la fisonomía del rostro infantil ameritaron un tratamiento descriptivo parecido, destacándose, entre otros, los tipos de cara meníngea, la hidrocefálica, la raquílica, la pneumónica, la crupal, la cardíaca, la abdominal, la colérica, la verminosa, la anémica, la clorótica, la del sarampión, la escarlatinosa, la escrofulosa, la herpética y la escorbútica. El inventario es muy amplio e incluye la descripción de diferentes órganos y áreas del cuerpo infantil, todas ellas recreadas en forma pormenorizada por el autor para reiterar el mensaje: la percepción y el registro visual, guiados por la mirada clínica, constituían la base para el reconocimiento de las enfermedades que aquejaban a la infancia.⁹

Esta vocación de la pediatría por los fenómenos patológicos está presente en la mayor parte de los textos que se remiten a extensas descripciones de las enfermedades infantiles, en concordancia lógica con los planteamientos centrales de la mirada clínica, que destacaban la importancia de las lesiones y las irregularidades como el camino más adecuado para comprender las viscosidades de la etapa.

Una muestra de lo anterior la podemos encontrar en el *Manual de las enfermedades de los niños*, de E. Apert,¹⁰ uno de los textos más influyentes de la época, el cual dedicaba únicamente 55 páginas a las consideraciones en torno al niño «sano», mientras que en otras 520 se daba a la tarea de describir con lujo de detalles las diferentes enfermedades que aquejaban a los infantes de la época. Estaba, pues, bastante claro el lugar de la preocupación de esta mirada médica y la manera en que se argumentaba sobre la etapa de la niñez.

Otro de los autores clásicos de la pediatría francesa del siglo XIX fue el Dr. Marfan, médico del Hospital de enfermedades infantiles de París y uno de los profesores más destacados de la Facultad de Medicina de la misma ciudad, quien proponía el cambio como el elemento más significativo para comprender la identidad infantil:

La infancia es el período de la vida que alcanza desde el nacimiento hasta la pubertad, la cual se establece entre los 12 y los 16 años, algo más pronto en las niñas que en los niños. Caracterízase ante todo por ser el período de mayor crecimiento, por el cual el organismo infantil experimenta rápidas y profundas

⁸ *Ibidem*, pp. 27-39.

⁹ *Ibidem*, pp. 45-7.

¹⁰ Apert, *op. cit.*

modificaciones. Si se consideran las diferencias que separan al recién nacido del adolescente púber, se notará que en ninguna otra época de la vida extrauterina se observa una transformación tan considerable en tan corto tiempo.¹¹

En esta lógica, la infancia se caracterizaba por ser el período de mayor crecimiento del ser humano. Sin embargo, no toda la etapa manifestaba un comportamiento uniforme. Por el contrario, la pediatría de finales de siglo rescataba a los primeros años como los más relevantes para distinguir al niño y sus particularidades. Al respecto, el médico francés destacaba tres etapas de desarrollo:

- La primera infancia, que incluía los dos primeros años de vida, era sin duda la más importante y se encontraba atravesada por diversos trastornos digestivos, broconeumonías, atrofia y atrepsias, eczemas, piodermatitis, eritemas, parálisis espinal, eclampsias y el frecuente raquitismo.¹²
- La segunda infancia, que contemplaba del segundo al séptimo año, y estaba marcada por el inicio del desarrollo del sistema nervioso y las actividades motrices y psíquicas, presentaba entre sus enfermedades más frecuentes a las fiebres eruptivas, la tosferina, la difteria y las meningitis tuberculosa y ósea.¹³
- La tercera infancia, la menos relevante en términos pediátricos en tanto que no aportaba diferencias sustanciales respecto de la etapa adulta, simplemente se extendía de los 7 años a la pubertad.¹⁴

La enorme importancia asignada a la naciente pediatría en relación con las otras ramas de la medicina era planteada por Marfan a través de la siguiente comparación:

Si puede permitirse a un práctico que no ha cultivado especialmente ciertas ramas de la cirugía no hacer la operación de la catarata o la nedroctomía, por ejemplo, no podría excusársele que no sepa dar consejos sobre la alimentación de los niños de pecho, reconocer y tratar un cólera infantil, descubrir la causa y establecer el pronóstico de una atrofia infantil, tratar una bronconeumonía en un lactante o sospechar las formas larvadas de la sífilis congénita.¹⁵

La mejor manera de destacar la relevancia que presentaba para la pediatría la primera infancia consistía, según nuestro autor, en la exposición de las reglas que debían seguirse para la realización de la exploración clínica de los

¹¹ Marfan, *op. cit.*, p.1.

¹² *Ibidem*, pp. 32-7.

¹³ *Ibidem*, pp. 37-44.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 44-9.

¹⁵ *Ibidem*, p. 3.

niños, que se remitía a la investigación de los antecedentes hereditarios y personales con un examen que incluía, entre otros procedimientos, la inspección, la palpación, la percusión, la auscultación y la radioscopia; así como exámenes de carácter químico, como el análisis de orina, del jugo gástrico, de la sangre y de los esputos.

A lo largo del texto, el médico acentuaba la diferencia de la primera infancia respecto de las demás etapas por medio de la explicación del *modus operandi* de la exploración clínica. Se resaltaba de esta manera la existencia de un conjunto de signos y síntomas visibles únicamente para la lupa de la mirada médica que diferenciaban al niño del adulto:

Cuando es posible hacer una seria información, debe ser dirigida de una manera especial, diferente de la habitualmente utilizada en el adulto [...] existe todo un grupo de síntomas que no pueden ser utilizados en la primera infancia: son los trastornos subjetivos, pues los pequeñuelos son incapaces de ilustrarnos sobre sus dolencias [...] en las primeras edades es necesario buscar fenómenos que se desdeñan en el adulto, como las deformidades del esqueleto que descubren el raquitismo, el estado del cráneo y de la fontanela mayor y debe tenerse en cuenta la presencia en el tórax de un órgano que está atrofiado en el adulto: el timo [...] en fin, existen accidentes, como las convulsiones y signos, como el aumento de volumen del hígado y del bazo, que no tienen, en el recién nacido y en el lactante, la misma significación que en otras edades.¹⁶

Éstos han sido algunos de los planteamientos centrales de la visión médica desarrollados por la escuela clínica. Pasaré ahora a revisar las condiciones institucionales desde las que fue retomada esta propuesta por parte de los médicos porfirianos, y la manera en que éstos elaboraron y construyeron su propia mirada acerca de la etapa infantil.

Porfiriato y contexto institucional

El cuidado y la atención médica de la infancia en México presentan un antecedente importante en el período novohispano, particularmente en la segunda mitad del siglo XVIII, caracterizada por una voluntad asistencial privada y estatal que creó hospicios, casas de cuna, casas de recogidas, el Monte de Piedad y hospitales, como el de San Andrés, entre otras importantes instituciones.¹⁷

Por lo que toca al período del México Independiente, habrá que esperar seis largas décadas para encontrar una etapa de cierta estabilidad política y

¹⁶ *Ibidem*, pp. 4-5.

¹⁷ Blum, 2000, pp. 7-15.

económica que permitiera una continuidad en el avance de las ideas médicas relativas a la infancia y la creación de una infraestructura ligada al Estado. Al menos, éste es el diagnóstico al que han llegado los historiadores de la medicina en nuestro país, como podrá verse a continuación:

Habría que comenzar por decir que en los primeros cincuenta años, esto es, de 1810 a 1860, poco o nada significativo aconteció [...] en cuanto a acciones específicas dirigidas al cuidado y la atención médica de los niños. En efecto, envuelto el país en una ola de turbulencias, desasosiego y ajustes políticos, socioculturales y económicos [...] resulta explicable que no surgieran ni ideas ni acciones específicas relacionadas con el cuidado y salud de los niños.¹⁸

La formación de una visión médica capaz de reflexionar sobre los problemas de la infancia está ligada al triunfo de las fuerzas liberales y la creación de un Estado-Nación en el último cuarto del siglo XIX, lo que se tradujo en la consolidación de una red de instituciones de asistencia a la niñez y en la renovación y profesionalización de cuadros a partir de la incorporación de cursos y cátedras de pediatría dentro de la Escuela Nacional de Medicina (ENM).

En el año de 1861, el Estado llevó a cabo la secularización de hospitales y establecimientos de beneficencia, creando la Dirección General de Beneficencia Pública, que quedó posteriormente bajo la jurisdicción de la Secretaría de Gobernación, con tres clases de establecimientos: hospitales, hospicios y casas de educación y corrección. Entre estas instituciones vale la pena destacar el Hospital de Maternidad y el Hospital de la Infancia, el Hospicio de Pobres, la Escuela Industrial de Huérfanos y la Casa Amiga de la Obrera, creada por la esposa de Porfirio Díaz para cuidar a los hijos de las trabajadoras, con un servicio que incluía guardería y educación primaria. A este primer grupo habría que agregar el Hospital General de la ciudad de México, inaugurado por el propio Díaz en 1905, y el Hospicio de Niños, que empezó a funcionar ese mismo año.

Como parte de esta red institucional, hay que destacar también la labor del Consejo Superior de Salubridad del Ayuntamiento de la Ciudad de México, (CSS), instancia a partir de la cual se realizaron los primeros esfuerzos gubernamentales encaminados a la protección higiénica de la infancia, que incluyeron campañas de vacunación y diversas medidas para mejorar las condiciones sanitarias de hospitales, escuelas y asilos.

Uno de los factores que explica el surgimiento de nuevas ideas acerca de la infancia fue la transformación de los hospitales, que dejaron de ser depósitos de pobres y marginados para convertirse en centros de investigación y docencia. Este cambio, como resulta fácil de imaginar, no se produjo de una

¹⁸ Ávila y Frenk, 1997, p. 333.

manera inmediata, sino que fue el resultado de largas décadas en las que la situación «antigua» y la «moderna» coexistieron en los mismos espacios.¹⁹ Así, resulta importante mencionar el testimonio de uno de los médicos más destacados de la época, el Dr. Eduardo Liceaga, que en el año de 1882, en su calidad de director de la ENM solicitó a las autoridades gubernamentales que hicieran efectiva la separación del Hospital de la Infancia del de Maternidad, ya que, a pesar de haber sido ordenada por el gobierno en 1861, ésta nunca se había materializado en los hechos y existía sólo en el decreto correspondiente. En este importante documento se evidenciaba el desfase existente entre los proyectos de reforma gubernamentales y la realidad que privaba y que era la que tenían que sufrir cotidianamente los pacientes.²⁰ También nos muestra la existencia de un proyecto «civilizador»²¹ representado por la noción de hospital impulsada por el gobierno, que incluía por parte de médicos como Liceaga la consulta gratuita todos los días a partir de las 7 de la mañana, así como otras actividades relacionadas con la higiene y la urbanidad «El hospital también se encargó de impartir educación elemental a los internos. Se les enseñaba a comer en la mesa con manteles y cubiertos, a bañarse y a cambiarse de ropa cuando fuera necesario».²²

El factor más importante que incidió en el cambio conceptual respecto a la infancia fue la renovación que experimentó la ENM durante el Porfiriato, con la incorporación de las primeras cátedras y cursos relacionados con las enfermedades infantiles, fruto de la influencia de la escuela clínica francesa en la formación de profesores y en la difusión de las nuevas ideas a través de la publicación de numerosos textos que explicaban didácticamente los resultados de las investigaciones empíricas.

En la segunda mitad del siglo XIX, la medicina en la capital comenzó a incorporar los grandes cambios provenientes de las escuelas europeas, particularmente los referentes a los criterios fisiológicos, la mirada clínica y la teoría de los gérmenes patógenos, cuestiones que implicaban una nueva etiología respecto de la enfermedad.

¹⁹ No obstante lo anterior, la historia académica de la pediatría marca el año de 1861 como el de la ruptura en cuanto al surgimiento de una conceptualización moderna respecto de los hospitales infantiles: «No fue sino hasta octubre de 1861 cuando el Presidente Juárez emite un decreto que ordena el establecimiento de un Hospital de Maternidad e Infancia que resulta ser en verdad el primer y original intento en el México Independiente para tratar de encarar algunos de los problemas relacionados con la salud de las madres y los niños y la primera ocasión en la que de manera precisa y explícita se usa el término de «Hospital» en lo concerniente a la niñez». Ávila y Frenck, *op. cit.*, p. 333.

²⁰ «Pide Informes el Ministerio de Justicia sobre las dificultades que han surgido entre los empleados de Maternidad e Infancia y el Jefe de la Clínica de Obstetricia y practicantes de esta Escuela», 1882. Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Medicina, Legajo 118, pp. 12-5.

²¹ Elías, 1980, pp. 57-65.

²² «Pide Informes el Ministerio [...] », *op. cit.*, pp.16.

Los médicos mexicanos viajaron a Francia y se compenetraron con este tipo de planteamientos. Algunos de ellos regresaron a México y enriquecieron notablemente el desarrollo histórico de la medicina en este país. Este es el caso de Miguel Jiménez, considerado como el primer clínico nacional; el de José Terrés, quizás el clínico más importante de la segunda mitad del siglo XIX, y el de Juan María Rodríguez, autor del primer libro de texto en el país sobre temas de obstetricia: *Guía Clínica del Arte de los Partos*, publicado en el año de 1879.²³

La presencia de cursos de pediatría dentro del plan de estudios de la ENM data de la década de los noventa. En el año de 1893 encontramos el primer registro de una clase de «Clínica Infantil» a cargo del Dr. Carlos Tejeda.²⁴ A partir de ese año, el propio Tejeda se encargó de llevar adelante la cátedra en el Hospital de Maternidad e Infancia. En términos generales, ésta se realizaba tres veces a la semana: los martes y los jueves el profesor impartía lecciones a la cabecera de alguno de los pequeños enfermos, y los alumnos interpretaban signos y síntomas hasta llegar a la elaboración de un diagnóstico, mientras que los sábados el mismo Tejeda impartía una conferencia sobre el caso clínico más destacado de la semana. Si las condiciones lo permitían, se llevaba a cabo alguna autopsia.²⁵

El 19 de diciembre de 1898 apareció una convocatoria para la plaza de Catedrático Adjunto de Clínica de Enfermedades Infantiles, a la que se presentó como candidato único el Dr. Roque Macouzet, quien fue aprobado por un jurado académico integrado por los doctores Lavista, Parra, Erdozain, Toussaint y el propio Tejeda, el 7 de febrero del año siguiente.²⁶ A partir de ese momento y hasta el año de 1905 Tejeda impartió el curso de «Clínica Quirúrgica para Niños», mientras que Macouzet hacía lo propio con el de «Clínica Médica para Niños». Desde el año de 1906 se integraron también los doctores Joaquín Cosío, como profesor de la Clínica Médica de Pediatría; Ricardo Manuell, en calidad de Jefe de Clínica Médica de Pediatría, y Luis Troconis, como Jefe de Clínica Quirúrgica de Pediatría.²⁷

Esta información evidencia la consolidación de la pediatría como una de las corrientes de especialización de la medicina mexicana desde finales del siglo XIX, de tal manera que, a principios de la siguiente centuria, se definieron sus objetivos y las características como una ciencia moderna incorporada al plan de estudios de la ENM dentro del rubro de «Sistemas de perfeccionamiento».²⁸

²³ Ávila y Frenck, *op. cit.*, pp. 334-7.

²⁴ Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Medicina. Legajo 260-Exp. 18.

²⁵ *Ibidem*, Legajo 192-Exp. 1.

²⁶ El exámen consistió básicamente en la presentación de una disertación escrita (probablemente la tesis), un exámen oral y un ejercicio práctico. *Ibidem*, Legajo 209-Exp. 1.

²⁷ *Ibidem*, Legajo 188-Exp. 2.

²⁸ Al respecto, véanse las *Memorias* de la ENM correspondientes al año de 1909, en las que aparece la pediatría como una de las especialidades de la carrera de Medicina, con plena

resulta importante destacar el valor simbólico de esta incorporación, en la medida en que muestra el nivel de la Escuela Nacional de Medicina respecto a otros países europeos, como es el caso de Alemania, donde, para el año de 1901, ocho de las veinte universidades del país poseían algo semejante a una cátedra pediátrica.²⁹

Otra cuestión significativa es la que se refiere al inventario de instrumentos y objetos de los servicios de las diferentes clínicas médicas y quirúrgicas de pediatría de la Escuela Nacional de Medicina a principios del siglo XX, en el que se destacan, entre otros, un oftalmoscopio, un laringoscopio, un rinoscopio, un estetoscopio, un microscopio, un otoscopio con espejos, así como diversos abrebocas, bisturíes, pinzas especiales, cucharillas y camas con accesorios, entre otros. Todos ellos demuestran la consolidación de una mirada clínica entre los médicos y los estudiantes durante esos años.³⁰

El rastreo de esta mirada encuentra una de sus líneas más significativas en las tesis de los estudiantes de medicina de la época, que en términos generales confirman los planteamientos de la escuela clínica, pero a partir de observaciones empíricas realizadas en hospitales mexicanos, como el caso de la Casa de Maternidad o el Hospital de la Infancia. Al igual que sus colegas franceses, los estudiantes mexicanos insisten en un ojo diferenciador de la niñez como una «otredad» alejada del modelo adulto dominante: «Para cualquier lado que se dirija la vista, se encuentran diferencias radicales entre el adulto y el niño: ya sea en el dominio de la clínica como en el de la patología propiamente; ya en el de la fisiología como en el de la anatomía; ya en el terapéutico como en el higiénico».³¹

La reflexión sobre el grave problema de la mortalidad infantil tuvo un peso importante en Europa y los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX. En el caso mexicano, la situación revestía una particular gravedad, toda vez que dicha mortalidad alcanzaba índices muy altos, conocidos por sectores cada vez más amplios a través de la estadística de la época. Así, los estudiantes de la Escuela Nacional de Medicina fueron construyendo una mirada particular en torno a la etapa de la infancia que pasaba por los fenómenos patológicos como el campo privilegiado para el estudio de dicho período:

El número de niños enfermos que necesita el recurso del arte es verdaderamente inmenso. Ninguna edad, ninguna época de la vida presta a la patología un contingente tan asombroso como aquel con que la

legitimidad curricular, basada en las ya mencionadas asignaturas de Clínica Médica y Clínica Quirúrgica.

²⁹ Seidler, 1982, p. 208.

³⁰ Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Medicina. Legajo 241-Exp. 4.

³¹ Herrera, 1881, p. 7.

infancia contribuye. Esta sola consideración bastaría para hacer comprender el alto interés que la cuestión presenta, pero hay más: **la mayor parte de las enfermedades infantiles están revestidas de una gravedad infinita como lo demuestra la estadística,** en que la cifra de la mortalidad está representada por un cociente muy elevado.³²

Los estudiantes capitalinos reivindicaron la importancia de los exámenes clínicos y se encargaron de describir las manifestaciones de las enfermedades en los gestos corporales y las facciones de los rostros de los niños, construyendo un imaginario visual que vinculaba este tipo de signos con las patologías correspondientes:

La mayor parte de las enfermedades agudas determinan una expresión de la cara muy semejante, caracterizada por la contracción de las facciones, la formación de arrugas en la frente, la aproximación de las cejas [...] Recorriendo ligeramente algunas enfermedades en particular, vemos por ejemplo, que la neumonía determina una alteración continua de la fisonomía, cuyos rasgos esenciales son la dilatación de las alas de la nariz, la palidez de la cara y el enrojecimiento de los pómulos.³³

Roque Macouzet fue el médico mexicano más destacado en el campo de la pediatría durante el Porfiriato. Su formación como clínico así lo indica: estudió en París con los doctores Marfan y Bilhaut y culminó su estadía en el extranjero en el *Post-Graduate Medical College* de Nueva York, con los profesores Plimpton y Caillé. Así mismo, como ya se señaló, se desempeñó como titular de la «Clínica de enfermedades infantiles» en la ENM.³⁴

Otros destacados médicos mexicanos que dirigieron una parte sustancial de su ejercicio profesional al cuidado y atención de los niños en la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX fueron José Ma. Reyes, que estudió el problema de la marginación infantil a finales de siglo; Ricardo Cicero, uno de los primeros en utilizar el enfoque antropométrico para el estudio de los casos infantiles; Ramón Pacheco, primer director del Hospital de Maternidad e Infancia, nombrado por el propio presidente Juárez, y Eduardo Liceaga, figura capital de la medicina mexicana que se ocupó de la dirección de dicho hospital durante la década de los setenta y los ochenta.³⁵

El aspecto que resalta la importancia de Macouzet en la formación de una pediatría mexicana es la publicación de un libro en el año de 1914 que constituye una síntesis de sus investigaciones *El arte de criar y de curar a los*

³² *Ibidem*, p. 6. Las negritas son mías.

³³ Barrera, 1894, p. 12.

³⁴ Ávila y Frenk, *op. cit.*, pp. 354-9.

³⁵ *Breve historia de la protección a la infancia en México*, 1963, pp. 17-9.

niños, que dedicó a «los jóvenes médicos en sus esfuerzos por dirigir a las madres en la crianza de sus hijos y por elaborar el diagnóstico y el tratamiento para las enfermedades de éstos». ³⁶ Como indica su título, este libro desarrolla dos líneas de investigación que representaban las dos áreas básicas de la pediatría mexicana a principios de siglo: la higiene infantil y la exploración clínica de las enfermedades infantiles. Ambas resultaron fundamentales para la invención de un concepto moderno de infancia en México. Los múltiples discípulos y seguidores de la obra de Macouzet se encargaron de difundir los planteamientos del maestro, contribuyendo así a la formación de una pediatría local. El autor retomó los conceptos de las escuelas francesa, alemana y norteamericana, si bien desarrolló mucho más el punto de vista de la clínica francesa en la segunda parte del texto, en la que se dedicó a describir y clasificar una gran variedad de enfermedades de acuerdo con sus causas y síntomas, estableciendo para cada una de ellas un diagnóstico, un pronóstico y un tratamiento. Esta investigación constituye el antecedente básico de la formación institucional pediátrica en nuestro país en el siglo pasado, al mismo tiempo que representa la culminación de los estudios pediátricos mexicanos durante el Porfiriato.

*Algunas de las vías privilegiadas de la reflexión sobre la infancia:
mortalidad e higiene*

En los apartados anteriores he planteado el problema del surgimiento de una mirada clínica, sus incidencias y repercusiones sobre una nueva conceptualización de la etapa de la infancia, así como la incorporación de estas ideas por parte de algunos médicos mexicanos a principios de este siglo. En éste abordaré dos líneas de reflexión que remiten a finales del siglo XVIII y que, en el periodo que estudiamos, tuvieron la virtud de acotar y delimitar el tema de la infancia: dotar a esta etapa de cierta identidad e incorporar otros elementos conceptuales para repensarla y redefinirla, de acuerdo con nuevos parámetros.

- La mortalidad infantil como problema político y social

La mortalidad infantil surgió como problema en el horizonte político y cultural mexicano durante el último cuarto del siglo XIX. En este proceso intervinieron dos factores: la consolidación de una lectura política del factor demográfico y la convicción que orientaba a las élites en torno a la consigna

³⁶ Macouzet, 1914, p. 1. Este importante texto puede consultarse en el Fondo Reservado de la Biblioteca de la ENM.

de que gobernar era sinónimo de poblar. Aunado a lo anterior, debe mencionarse la creación de una red de instituciones vinculadas al Estado que dispusieran por primera vez de un aparato estadístico para contextualizar sus estudios en torno a la población.

Para el caso mexicano debe señalarse el papel desempeñado por el ya mencionado Consejo Superior de Salubridad, que comenzó a proporcionar información diferenciada en cuanto a rangos de edad por lo que respecta al tema de la mortalidad infantil en la capital mexicana a partir del año de 1884. Poco importa que estas cifras no coincidieran de una manera exacta con la realidad que pretendían reflejar. Lo que nos interesa destacar en este trabajo es el papel simbólico y cultural desempeñado por estas ideas, que influyeron en sectores sociales importantes en la época y que proporcionaron un imaginario colectivo que legitimó el saber médico y las formas de argumentación, con lo que este grupo de profesionales encaró este tipo de problemas.

No se trata entonces de que la reflexión en torno a estos asuntos no existiera en períodos anteriores, sino el hecho de destacar que sólo a finales del siglo XIX comenzó a tener un papel central como parte de las prioridades del Estado en su atención a los problemas que aquejaban a la población.³⁷

En su informe correspondiente al año de 1879, el CSS señalaba que la mortalidad infantil capitalina había alcanzado la cifra de 5,150 niños, lo que representaba un promedio alarmante de casi un 50% respecto de la cifra total de defunciones.³⁸

Lo anterior nos proporciona una referencia aproximada del alto índice de mortalidad predominante en la ciudad de México en el último cuarto del siglo antepasado, al tiempo que nos sugiere un incremento en la preocupación de las autoridades frente a este tipo de situaciones, en las que destacaba por su mayor vulnerabilidad la población infantil de los grupos marginados. En respuesta a estas inquietudes, el Consejo realizó en el año de 1882 un Congreso Higiénico-Pedagógico que se propuso estudiar y aplicar medidas de higiene para conservar la salud y el desarrollo de las facultades de los niños.

La situación no mejoró gran cosa, como lo muestra la incipiente estadística de la época, que constata la permanencia de los altos índices de mortalidad en la capital para los años 1884 a 1912, cuando las defunciones de los niños menores de 10 años llegaron a alcanzar un promedio de un 45%. Entre las causas más importantes de mortalidad se destacaban la diarrea, la

³⁷ Lo anterior coincide con el diagnóstico de Wright, *op. cit.*, p. 302 para la Inglaterra de finales del siglo XIX «Algunas expresiones de preocupación sobre el alto índice de muerte infantil se pueden encontrar, por supuesto, a mediados del siglo diecinueve o antes, pero no es sino hasta los últimos años de ese siglo y los primeros de éste cuando se reconoce generalmente que estas muertes constituyen un problema político y social mayor ».

³⁸ *Memoria de los trabajos efectuados por el Consejo Superior de Salubridad, 1895-1912.*

disenteria, la neumonía, la bronquitis, la encefalitis, el tifo, la tuberculosis pulmonar, la tosferina y el sarampión.

En 1884 se registró una mortalidad en la capital de 12,093 personas, de las cuales 3,595 casos se produjeron durante el primer año de edad, y 6,223 durante el lapso de los 10 primeros años de vida, mientras que en lo que respecta al primer semestre de 1886, tenemos un total de 6,708 casos, de los cuales 1,989 se produjeron durante el primer año de vida y 3,149 corresponden a los 10 primeros años.

Cuadro no. 1
Mortalidad infantil en la ciudad de México. 1895-1912

| AÑO | TOTAL DE FALLECIMIENTOS | FALLECIMIENTOS DE MENORES DE 1 AÑO | FALLECIMIENTOS DE MENORES DE 10 AÑOS |
|------|-------------------------|------------------------------------|--------------------------------------|
| 1895 | 14,510 | 4,983 | 7,075 |
| 1905 | 19,783 | 5,095 | 8,623 |
| 1908 | 21,949 | 5,226 | 12,163 |
| 1909 | 21,193 | 4,625 | 6,449 |
| 1910 | 20,061 | 4,524 | 8,786 |
| 1911 | 19,956 | 4,748 | 8,760 |
| 1912 | 20,663 | 5,199 | 9,097 |

Fuente: *Memoria de los trabajos efectuados por el CSS, 1895-1912.*

El análisis de los médicos respecto a este tipo de cuestiones fue más allá de la simple ubicación de las enfermedades más importantes e introdujo elementos relevantes que llevaron a considerar la mortalidad infantil no como un hecho inevitable, producto de los designios divinos o de catástrofes naturales, sino como un problema a resolver, esto es, como una situación negativa susceptible de modificarse mediante la acción humana.

La construcción de una legitimidad del saber médico, que fue desplazando a otras voces tradicionales como las de sacerdotes, charlatanes y curanderos, resultó básica en todo este proceso, aunque, como veremos, éste resultó en ciertas ocasiones ambiguo y contradictorio:

Durante el último tercio del siglo XIX, la higiene y la salubridad de la ciudad de México y de sus habitantes fueron preocupaciones constantes de médicos e higienistas; fue precisamente durante el porfiriato cuando la higiene se consolidó como un campo específico de tratamiento terapéutico social. No sólo era importante que el gremio médico legitimara sus conocimientos

científicos y que trazara una frontera entre un médico calificado y un charlatán, también tenía el deber moral y profesional de propagar sus conocimientos científicos con el fin de preservar la salud y prevenir la enfermedad en todos los estratos de la sociedad.³⁹

En un texto escrito por un doctor mexicano a principios del siglo XX, se describe la incorporación de una lectura demográfica de carácter estadístico al pensamiento médico de la época.⁴⁰ Esta construcción conceptual del fenómeno vincula la mortalidad infantil con otros aspectos, como por ejemplo factores meteorológicos que se relacionaban con información acerca de las temperaturas medias, la precipitación de la lluvia en cada uno de los meses del año, la dirección dominante del viento y observaciones detalladas acerca de las polvaredas en la capital mexicana. Para realizar este tipo de análisis el autor recurría, entre otras fuentes, a las *Memorias del Consejo*, a los *Boletines del Gobierno del Distrito* y a datos cuantitativos proporcionados por el Observatorio Meteorológico Central.

Este tipo de enfoque fue utilizado en la misma época por los médicos franceses para analizar la situación de la mortalidad infantil en su país. Una de las referencias importantes, citadas por el propio cirujano mexicano en su texto, se refería al trabajo que el doctor Pierre Budin había presentado en París el 12 de noviembre de 1902 a una Comisión de la Población bajo el título «La mortalidad infantil de 0-1 año», arribaba a conclusiones semejantes.⁴¹

Otro texto que resulta importante destacar es la conocida serie de ensayos de Luis Lara y Pardo, titulada «La puericultura en México», publicada en la *Gaceta Médica* en 1903 y que resultó ganadora en un concurso convocado por la Academia de Medicina para debatir sobre el tema de la mortalidad infantil. Desde el inicio, el autor trazaba el ángulo desde el cual le interesaba analizar el problema. Se trataba de revisar la cuestión no como un capítulo de la clínica médica, sino ante todo como un problema de carácter social: las cifras de la mortalidad infantil, al igual que las que se referían a otros asuntos prioritarios, como el analfabetismo y la criminalidad, «pintaban gráficamente» los lineamientos de un estado social y económico.⁴² Para Lara y Pardo existían dos tipos de causas de la mortalidad infantil: las ocasionales y las

³⁹ Agostoni, 1999, pp. 30-1.

⁴⁰ Los resultados de la investigación aparecieron como artículo en *La Gaceta Médica* en noviembre de 1907 bajo el título: «La mortalidad infantil de 0 a 1 año en la ciudad de México y sus principales causas climatológicas». El autor era Rafael Carrillo, un médico cirujano recibido en la ENM en el año de 1895. En su trayectoria profesional destacaba su labor como médico en la Casa de los Niños Expósitos de 1903 a 1907 y su participación como médico consultor del Asilo a la Primera Infancia.

⁴¹ Carrillo, 1907, p. 81.

⁴² Lara y Pardo, 1903, p. 57.

predisponentes. Las primeras remitían a las circunstancias geográficas de cada región, como la saturación de los suelos y los cambios climáticos. Las segundas, por el contrario, tenían un sentido estructural, y se referían a la situación social y económica predominante en el país.⁴³

Este marco conceptual le permitía al autor cuestionar algunos de los dogmas demográficos imperantes en México a finales del Porfiriato, como el de la creencia –quizá como herencia de los fracasos en la política de colonización durante todo el siglo XIX– de que el incremento de población se traduciría, automáticamente, en elevación del nivel de vida y de riqueza en general. Por el contrario, Lara señalaba que, si este aumento no iba acompañado de una diversificación de recursos y una creación de empleos, desembocaría en el fracaso y el desastre económico. Este tipo de planteamientos permitían vislumbrar una explicación más amplia de los problemas sociales.⁴⁴

El otro aspecto relevante, señalado en el texto como clave explicativa de las causas de la mortalidad infantil, se refería a las pésimas condiciones laborales en las que se desempeñaban las trabajadoras mexicanas a principios de siglo. Evidentemente, las soluciones a este problema tenían un carácter estructural y se referían al incremento de los salarios y a cambios radicales en la situación educativa para disminuir sustancialmente el analfabetismo. En este punto, Lara coincidía con el menos determinista de los positivistas spencerianos mexicanos, don Justo Sierra, quien proponía también alternativas críticas que iban más allá del reduccionismo biologicista predominante en buena parte de los «científicos» de la época.⁴⁵

Los dos artículos analizados forman parte de una visión especializada del problema de la mortalidad infantil esgrimida por un saber médico que, para principios del siglo XX, contaba con sus propios canales de difusión, como *La Gaceta* y *El Observador Médico*, que contribuyeron a una redefinición del concepto de la infancia al utilizar nuevos paradigmas y parámetros científicos que crearon las condiciones para el surgimiento de otras formas de pensar y de actuar en relación con ésta.

En un segundo ámbito, los estudiantes de la ENM reflexionaron respecto a este mismo tipo de problemas y dejaron plasmados sus argumentos en sus trabajos de tesis.⁴⁶ Este tipo de textos no buscaba –según la propia apreciación de sus autores– aportar soluciones relevantes a los problemas, como

⁴³ *Ibidem*, p. 60.

⁴⁴ *Ibidem.*, pp. 61-4.

⁴⁵ Una posible explicación de este no-reduccionismo presente en estos autores puede verse en Hale, 1991, el cual hace hincapie en el peso del liberalismo como proceso histórico fundamental que sustentaba al positivismo mexicano en la segunda mitad del siglo XIX.

⁴⁶ La colección completa de las Tesis de los estudiantes de la ENM puede consultarse en el ya citado *Fondo Reservado* de la Biblioteca de dicha escuela. Respecto a este punto de la mortalidad infantil vale la pena destacar las de Rodríguez, 1904 y Del Pino, 1911.

resultado de investigaciones científicas originales, sino que pretendía esbozar una primera impresión, realizando una síntesis de los cursos recibidos y de los textos leídos. En esto radica, precisamente, su utilidad para esta investigación: a través de estas tesis, encontramos puntos de vista generales que eran compartidos por la comunidad médica de la época.

En lo que toca al asunto de la mortalidad infantil, vale la pena subrayar una ambigüedad muy significativa en estos trabajos. Por un lado, contribuían a una lectura científica amplia y profunda del fenómeno, que acudía por lo general a análisis precisos y detallados que mostraban la correlación entre ciertas enfermedades y la edad en la que se presentaban, o bien mostraban las cifras de abortos producidos en las diversas etapas del embarazo y clasificaban los fallecimientos infantiles según el género.⁴⁷ Sin embargo, al lado de estos análisis y reflexiones basados en datos empíricos, desarrollaban también una lectura moralista de los mismos hechos que en nada se distinguían de la prédica de algunos clérigos y otras voces tradicionales de la época. Tal es el caso de atribuir los altos índices de defunciones infantiles en forma exclusiva a la «ignorancia» y la «brutalidad» de los grupos populares o incluso a la «exacerbada sensualidad» de amplios sectores de la población, que los llevaba a cometer el «pecado» de sostener relaciones sexuales durante el embarazo.⁴⁸ Una parte importante del discurso reformista y «modernizador» de los médicos descansaba sobre una serie de creencias y convicciones religiosas de corte tradicional, asunto que analizaré con mayor profundidad en el apartado correspondiente a la higiene infantil.

Resulta conveniente señalar otro ámbito fundamental en el que se debatió y polemizó en torno a estos problemas. Se trata de la prensa de la época, la cual presentaba modificaciones importantes respecto de las etapas anteriores en cuanto a su infraestructura, formato y tirajes, lo que favoreció un mayor nivel de incidencia en la opinión pública.⁴⁹ En términos generales, dicha prensa presentaba dos tendencias, la liberal-positivista, cercana a los intereses gubernamentales, vocera de un discurso científico, y la católica, que sin renegar de posturas tradicionalistas había asumido el ideario del catolicismo social como la mejor vía para enfrentar al liberalismo.⁵⁰

La primera señalaba a la ignorancia popular como la principal responsable del problema de la mortalidad infantil:

Casi en cada hogar hay un drama en el que resulta un pequeñuelo víctima de las preocupaciones, de los errores descuidados que se propagan de genera-

⁴⁷ Rodríguez, *op. cit.*, pp. 15-17; del Pino, *op. cit.*, pp. 22-8.

⁴⁸ Rodríguez, *op. cit.*, pp. 18-23.

⁴⁹ Toussaint, *op. cit.*, pp. 42-46.

⁵⁰ Del Castillo, 1993, pp. 23-66.

ción en generación y que, sin duda alguna, son los responsables directos de la debilidad de nuestra raza y de la mortandad inmensa de los pequeños que se extinguen en los primeros meses de vida.⁵¹

Al mismo tiempo, proporcionaba referencias de otros países que se encontraban en una situación parecida o que buscaban soluciones a tan grave problema, como era el caso de Alemania, que en 1906 tenía un índice de 18.5% de mortalidad infantil; o la ciudad de Nueva York, que habría logrado abatir al mínimo sus índices de defunciones debido a la vigilancia que las autoridades ejercían sobre las mujeres embarazadas a través de las visitas domiciliarias y el control de calidad sobre las condiciones sanitarias de la leche de vaca.⁵²

Por su parte, la prensa católica retomó el proyecto político-cultural del catolicismo social de fin de siglo, y se encargó de difundir los argumentos de los médicos que debatían este problema en los congresos católicos, como el caso del celebrado en Zamora en septiembre de 1906, en el que los especialistas ofrecieron dos causas como posibles explicaciones de la mortalidad infantil. Por un lado, señalaban los contrastes sociales y la miseria predominante en el campo y la ciudad, lo que implicaba un cuestionamiento profundo del orden social porfiriano y, por otro, destacaban la ignorancia de los grupos populares, lo que diluía todo posible cuestionamiento al régimen y focalizaba la atención en la necesidad de fortalecer algunos paliativos superficiales como el ejercicio público y privado de la caridad.⁵³

- La higiene y los cuerpos infantiles

La preocupación por la atención y el cuidado de los niños constituye uno de los rasgos característicos de las sociedades modernas. Un ejemplo clásico de este tipo de mirada se presenta en el caso del pensamiento ilustrado, con las observaciones de Locke en torno al carácter moral de los niños.⁵⁴ Según el célebre pensador británico, la mente infantil podía ser representada por una pizarra en blanco, que se iba llenando poco a poco con las distintas experiencias de la vida. Un matiz católico puede encontrarse en el abate Laffineur, cuyos planteamientos fueron difundidos por este tipo de prensa a principios del siglo XX:

El niño, por el estado de su alma, tiene una disposición admirable para recibir esa primera tintura de la verdad religiosa. Es cierto que tiene menos

⁵¹ *El Imparcial*, 24 de Abril de 1904, p. 6.

⁵² *Ibidem*, 27 de septiembre de 1909, p. 1.

⁵³ *El País*, 9 de septiembre, p. 1 y 6 de noviembre de 1906, p. 3.

⁵⁴ Cleverley y Phillips, 1986, pp. 37-42.

reflexión que la que más adelante adquirirá, pero en cambio tiene más fé. El punto de apoyo de su inteligencia no consiste en la experiencia ni en la razón, sino en las palabras de su padre y de su madre, pudiendo decirse que estas palabras son para él infalibles, a través de las que ve a Dios, no como lo ven las razones ilustradas, sino como lo ven los corazones puros.⁵⁵

La reflexión del pedagogo germano Dietrich Tiedemann constituye el primer esfuerzo científico por definir una visión detallada del cuerpo infantil. Esta visión fue construída a partir de la crónica rigurosa y pormenorizada de los primeros gestos y actitudes de un recién nacido. Tiedemann realizó este trabajo con una serie de observaciones del desarrollo y crecimiento de su propio hijo en el año de 1781:

[...] los niños, desde los primeros momentos de su vida en adelante, vuelven los ojos a la luz en cuanto se despiertan [...] Al día siguiente del nacimiento del niño, cuando la persona que le cuida le metió un dedo en la boca, hizo los movimientos de succión sin afán ni persistencia, pero cuando se le colocó algo dulce envuelto en un trapo, ya insistió en la acción. Esto prueba que el acto de mamar no es el resultado de un movimiento innato, sino la consecuencia de un aprendizaje.⁵⁶

Este importante texto resulta sintomático de una percepción bastante nítida respecto de la figura del niño como un ser singular y específico, vinculado a un contexto y a una historia, en la que los gestos, las actitudes y los comportamientos remiten a la primera relación social, esto es, el vínculo materno.

Esta mirada vigilante hacia el niño en sus primeras etapas se consolidó a lo largo del siglo XIX a través de la visión clínica de la escuela francesa. En este apartado analizaré el papel desempeñado por la higiene en este importante proceso, que por un lado legitimó la exclusividad y prerrogativas del saber médico en torno al cuidado y atención de la etapa infantil, desplazando a sus posibles rivales y competidores como parteras y curanderos y, por otro, sirvió para definir y precisar cada uno de los períodos de la infancia, toda vez que a partir de los dictados de sus cuidados y prevenciones se fueron describiendo los cambios y modificaciones de los cuerpos infantiles, así como los peligros a los que éstos se enfrentaban para conservar una salud más o menos estable.

A finales del siglo XIX, el discurso médico porfiriano postuló en términos institucionales el «derecho» de los niños a la vida. El hilo conductor de esta

⁵⁵ *El País*, 8 de junio de 1904, p. 3.

⁵⁶ Tiedemann, 1951, p. 37.

propuesta lo constituía la higiene infantil, en lo que podemos considerar, siguiendo a Agnes Heller, como una «conquista» de la sociedad moderna:⁵⁷

La infancia es la edad en que la salud es más delicada, en que la vida está constantemente amenazada y es para ella para la cual la higiene constituye un poderoso escudo, que sirve para protegerla [...] el niño, cualquiera que sea la escala social a la que pertenezca, tiene derecho a la vida.⁵⁸

La medicina porfiriana retomó la versión liberal criolla de la historia para ir construyendo una legitimidad que justificara su presencia dominante en el espectro de la asistencia social a finales del siglo XIX. Uno de los campos más fértiles para reafirmar este proceso estaba en el área de la higiene infantil:

De todos los brazos de las ciencias médicas, no hay uno que presente mejor en su historia que la higiene las fases sucesivas y los progresos de la humanidad. Siguiéndola con atención se ve en ella la influencia de las sociedades y de su situación política, religiosa y científica.⁵⁹

Los médicos encontraron la génesis del surgimiento de la higiene en México en el reinado de Nezahualcóyotl, reconociéndolo como el primer «higienista» del país:⁶⁰

Nada me ha hecho maravillar tanto, ni me ha parecido tan digno de alabanza y de memoria, como el cuidado y el orden que tenían los mexicanos en la educación de sus hijos [...] es difícil encontrar una nación que haya puesto mayor diligencia en un artículo tan importante para la felicidad del Estado.⁶¹

⁵⁷ Me refiero a los señalamientos de la autora en torno al «derecho a la insatisfacción» como un logro de las sociedades modernas: «Una teoría de la historia debe aceptar la universalización de la insatisfacción como una ganancia [...] El derecho a la insatisfacción presupone el reconocimiento de los derechos en general. Sólo tienen derecho a sentirse insatisfechos los que están en un cuerpo político de una sociedad en la que se puede expresar la insatisfacción por medio de canales legalmente establecidos.» Heller, 1982, p. 253.

⁵⁸ Martínez, 1899, pp. 7-8.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 23.

⁶⁰ En este sentido, el pensamiento médico de finales del siglo XIX es heredero del legado criollo de los jesuitas de una centuria anterior, que iniciaron la recuperación del período prehispánico para legitimar su proyecto político y cultural.

⁶¹ Acosta, citado en Estrada, 1888, p. 21. Esta cercanía de los médicos con el análisis histórico como uno de los instrumentos legitimadores más eficaces de su oficio tiene su antecedente inmediato más relevante en el siglo XIX en la célebre «Oración Cívica» con la que el médico Gabino Barrera recibió a las triunfantes fuerzas liberales juaristas en la ciudad de Guanajuato en el año de 1867. Este texto constituye una valiosa interpretación del pasado inmediato en la que se aplican por primera vez en el país las categorías positivistas para una justificación del presente.

De acuerdo con esta perspectiva, la conquista y el periodo colonial tuvieron un efecto devastador en las condiciones de vida de los indígenas y provocaron la decadencia de sus prácticas higiénicas, hasta su virtual desaparición, haciéndolos caer en las condiciones de atraso e ignorancia que predominaban hacia finales del siglo XIX. El reto de la medicina consistía entonces en rehacer la «raza mexicana» *sic* a través de la consolidación de la figura del médico y el fortalecimiento de los procesos higiénicos.⁶²

En una cita de un estudiante tesista de la ENM se muestra el acercamiento de los médicos porfirianos al concepto científico de higiene. En dicha referencia se utilizan los conceptos del médico francés J. B. Fonssagrives, cuyo texto constituyó una de las guías principales para los higienistas mexicanos de finales del siglo XIX, quienes lo utilizaron lo mismo en los debates de los congresos higiénico-pedagógicos que en las inspecciones médicas escolares y en artículos académicos y ponencias:⁶³

Me he fijado de preferencia en la higiene infantil, teniendo presentes las siguientes palabras de Fonssagrives: «El niño es entre sus manos la materia de lo posible; es el trozo de mármol de la fábula de donde saldrá una estatua viviente, de bellas formas, de proporciones armoniosas, en la cual, todo será agenciado para el vigor y la longevidad o bien para una obra deforme, raquítica, sin belleza, sin porvenir, sin duración»⁶⁴

Como en la tábula rasa de Locke, encontramos aquí la propuesta ilustrada de un esquema racional que busca la realización de la felicidad dentro de los límites terrenales, y que reivindica la infancia como la etapa básica para el establecimiento de un patrón de normalidad que tendrá repercusiones centrales en los periodos posteriores de la vida.

Otro de los aspectos más importantes por sus repercusiones en el proceso de salud-enfermedad fue el tema de los hábitos alimenticios, que permitió a los profesionales diferenciar tres etapas o periodos dentro de la infancia: la lactancia, un periodo llamado «de transición», caracterizado por el destete, y la fase posterior a este último. De esta manera, se desarrolló también aquí una escrutadora mirada que fue señalando una serie de procesos que destacaban la identidad infantil desde los procesos más tempranos.⁶⁵

Para terminar este recorrido por el campo de la higiene y sus repercusiones en la formación de una idea particular en torno de la infancia, abordare-

⁶² Estrada, *op. cit.*, p. 23.

⁶³ Fonssagrives, *op. cit.* El epígrafe con que abre este texto, y que corresponde al poeta romántico Wordsworth, constituye en sí mismo un programa de trabajo y una declaración de principios: «El niño es el padre del hombre».

⁶⁴ Estrada, *op. cit.*, p. 12.

⁶⁵ Barrera, *op. cit.*, pp. 15-8.

mos el problema de la moral médica que subyace detrás de muchos de los planteamientos médicos modernizadores de la época. En términos generales, podemos señalar que el discurso científico de los médicos sobre la higiene infantil se enfrentó constantemente a las actitudes y comportamientos de los grupos populares, que vivían en severas condiciones de pobreza y marginación. Los espacios de confrontación de estas dos lógicas se registraron lo mismo en los hospitales que en la consulta asistencial. En este espacio analizaremos algunas de las modalidades que asumió este conflicto.

Uno de los miradores privilegiados para revisar las actitudes de este grupo fue el Hospital de Maternidad e Infancia, donde se realizaban exámenes clínicos a los infantes durante la década de los noventa. Para la realización de estas prácticas, los médicos recomendaban a los estudiantes desconfiar de los antecedentes clínicos de los infantes, que eran proporcionados por los padres y familiares de los pequeños enfermos. La razón de dicha desconfianza residía en el hecho de que se trataba de gentes del «pueblo», sin educación, que «inventaban» y «desfiguraban» los síntomas.⁶⁶

Encontramos en estos señalamientos el reconocimiento por parte de los médicos de la existencia de otros saberes, que se regían por una lógica distinta, que «tergiversaba» la realidad, a diferencia del saber científico, el único validado institucionalmente para dar cuenta de las cosas, describir los fenómenos y explicarlos en forma coherente.

Uno de los problemas que se asoma entre líneas en este tipo de conflictos es el de la construcción de una legitimidad por parte de este saber médico institucional a finales del siglo XIX, que lo llevaba a la eliminación y desplazamiento de rivales y competidores que ocupaban un lugar importante en el espacio de la cultura popular capitalina en la época. Tal es el caso del conflicto con las parteras, contra las que se desarrolló una ola de desprestigio y descalificación que, si bien tiene sus antecedentes en la ruptura ilustrada de la segunda mitad del XVIII, encontró los cauces institucionales idóneos a lo largo del Porfiriato.⁶⁷

En esta lógica, un estudiante de medicina de la época descalificó las prácticas sanitarias que practicaban algunos sectores de la población; se refería a

⁶⁶ *Ibidem*, p. 23.

⁶⁷ Como señala Dávalos, 1996, pp. 195-6: «El reconocimiento general que se les tenía a las parteras durante el siglo XVIII era indiscutible. Sin duda eran las primeras a quienes las embarazadas recurrían para «aliviarse». En cualquier poblado existía a la mano su experiencia, adquirida no sólo por su edad, sino por la práctica de los múltiples partos realizados». El cambio de actitud se produjo en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando por instrucciones de la Corona, el Proto-Medicato impuso una serie de reglas institucionales que determinaron el ingreso de las parteras a la medicina académica y su subordinación a la nueva lógica. A lo largo del siglo XIX se desarrolló una lectura ilustrada cuyo paradigma literario fue la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi, que relegaba a estas mujeres al universo de la ignorancia y la superstición.

la forma en que las parteras cortaban y seccionaban el cordón umbilical después del parto de la siguiente manera:

Alguna vez hemos sido testigos entre nuestra gente del pueblo de un procedimiento para curar el cordón tan irracional como bárbaro. Atendida la madre de un recién nacido por una partera siempre ignorante, corta al niño el cordón y sobre la extremidad que queda adherente a la pared abdominal escurre algunas gotas de sebo, fundido al calor de la flama de una vela, y aplica nuestra *sage femme* la flama de la vela hasta hacer chorrear el cordón en su extremidad libre, y en vez de usar una camisilla *ad hoc* y algunas de las otras substancias grasas como la vaselina, etc., forma una pasta con palmas de alguna estera que carboniza previamente mezclándolas con sebo [...] ¿Podría tener este procedimiento alguna influencia sobre la vida de un nuevo ser atendido a esta suerte?⁶⁸

El autor de la cita anterior basaba sus juicios y cuestionamientos en la realización de algunas prácticas clínicas en la Inspección de la policía capitalina a principios de la década de los noventa, y señalaba que en este lugar eran frecuentes los testimonios de padres y madres de familia que acusaban a las parteras ante las autoridades por partos fallidos.⁶⁹

Otros dos ejemplos que constituyen una expresión de este conflicto son los que se referían a la práctica de la masturbación y al fenómeno de los matrimonios «ilegítimos», esto es, aquellas uniones no registradas ante el registro civil y que, todavía a fines del XIX, representaban una porcentaje importante.⁷⁰ El tema de la masturbación constituía una preocupación médica bastante reciente en Occidente, cuyo origen puede remitirse a principios del siglo XVIII y que una centuria después había adquirido el carácter de «cruzada» por parte de los especialistas.⁷¹ En el Porfiriato era considerada como un «azote» a la altura de la sífilis y el alcoholismo. El asunto ocupaba un lugar de

⁶⁸ Barrera, *op. cit.*, p.14. Otra expresión de esta estrategia institucional de desprestigio contra este grupo lo encontramos en las cartillas médicas que circulaban a finales del siglo XIX y entre cuyos cuestionarios podían encontrarse diálogos como el siguiente: «P: En los momentos de nacer el niño, hay algunas causas que puedan producir su muerte y que sea fácil removerlas?. R: Una hay sobre todas: la asistencia del parto por gente inepta. Esto sucede muy frecuentemente en nuestro pueblo, porque generalmente la verifican mujeres ignorantes, sin estudios, sin título, a las que recurren los pobres con tranquila confianza», Rodríguez, *op. cit.*, p. 53.

⁶⁹ Barrera, *op. cit.*, pp. 16-7.

⁷⁰ González Navarro, 1970, pp. 47-50, señala que un 65% de las uniones conyugales en la ciudad de México a finales del siglo XIX eran «ilegítimas», por lo que un gran número de niños no eran reconocidos por sus padres. Esto creó un serio problema que fue retomado desde la perspectiva médica.

⁷¹ Barran, 1998, pp. 62-5; Foucault, 2000, pp. 61-82.

interés en la influyente obra de Fonsagrives, así como en las tesis ya mencionadas de los estudiantes de la época. En general, la citada práctica obedecía a causas hereditarias, entre las que se contaban la «excitabilidad genésica» y la «salacidad libidinosa» de los padres, así como el alcoholismo y otros «vicios». Sus síntomas eran exactamente lo opuesto a los que se presentaban durante el desarrollo «normal» y «armónico» de la infancia, esto es: «pupilas dilatadas, marcha negligente y perezosa, indiferencia ante los juegos, tendencia al aislamiento, sofocaciones y amnesia».⁷²

A pesar de su carácter supuestamente hereditario, algunos médicos mexicanos recomendaban la práctica de la circuncisión como una medida preventiva para evitar lo que calificaban como «vicio moral»:

Las ventajas que de ella resultan para la profilaxia de casi todas las enfermedades venéreas, de las afecciones sifilíticas y también para precaver o al menos disminuir las grandes posibilidades que hay para que la juventud caiga en el fatal y repugnante vicio de la masturbación, que tan graves perjuicios ocasiona tanto a la parte material del individuo como a la moral.⁷³

En el trasfondo de esta cruzada pueden leerse algunos de los implícitos subyacentes en el nuevo orden de cosas propuesto por los médicos, el cual pasaba por una relación distinta entre padres e hijos, con un aumento de la vigilancia de los primeros sobre el comportamiento de estos últimos, priorizando el modelo de una familia nuclear sobre la extensa y convirtiendo a los infantes en el objeto primordial de la responsabilidad paterna.

La voz autorizada de los médicos condenaba también la práctica de las uniones conyugales no registradas ante las instituciones oficiales, señalando que tendían a la procreación de niños con aptitudes «viciosas», que representaban un serio problema para la sociedad.

La ilegitimidad no perjudica solamente a la sociedad menguando el número de la población, hace además pesar sobre ella cargos onerosos [...] niños de aptitudes muy frecuentemente viciosas que, privados de la influencia correctiva de la familia y de una buena educación, no le prometen para el porvenir un apoyo bastante útil de las fuerzas intelectuales y morales.⁷⁴

No se trataba en absoluto de que se hubiese registrado un aumento de nacimientos «ilegítimos» durante el período del México Independiente en re-

⁷² Fonsagrives, *op. cit.*, pp. 465-7.

⁷³ Amezcua, 1882, p. 11. Por su parte, el multicitado Fonsagrives, *op. cit.*, pp. 477, llega a recomendar la escisión del clítoris en los casos más «graves», esto es, aquellos en los que la masturbación no se hubiese podido erradicar por ningún medio.

⁷⁴ Estrada, *op. cit.*, p. 47.

lación con la etapa novohispana. Por el contrario, dicho proceso apuntaba al surgimiento de cambios significativos en el orden de lo público y lo privado. En el período novohispano existía una tolerancia familiar para aceptar a los niños nacidos fuera de la unión conyugal. Sin embargo, dicha situación comenzó a replantearse durante la segunda mitad del siglo XVIII. La creación de instituciones borbónicas, como el Hospicio de Pobres, constituyen una expresión de dicho proceso.⁷⁵

En la lógica médica de la época, sin embargo, se concluía que una de las causas más importantes de la mortalidad infantil de la época era la tendencia de las mujeres de las clases populares a la realización de prácticas de carácter «perverso» con sus parejas, que consistían en la realización de relaciones sexuales durante el embarazo, lo que «perturbaba la tranquilidad» de los órganos sexuales.⁷⁶

Como puede verse en los ejemplos anteriores, para el discurso médico de la época, toda sexualidad adulta no reproductiva podía ser considerada como «perversa» y la sexualidad infantil no aparecía todavía en escena. El discurso modernizante de la higiene infantil descansaba en la práctica –a pesar de su pretendida objetividad científica– sobre antiguas creencias y convicciones religiosas de corte tradicional.⁷⁷

Lo anterior nos lleva a cuestionar un modelo de modernidad, entendido como la imposición de un proyecto racional, que eliminó y sustituyó a los códigos y referencias religiosas para pensar y reflexionar en torno a un proceso mucho más rico y complicado, en el que dichas referencias nunca desaparecieron por completo y coexistieron con los nuevos saberes y tecnologías.⁷⁸

⁷⁵ Calvo, 1991; Gonzalbo, 1998.

⁷⁶ El propio Fonssagrives, *op. cit.*, pp. 39-42, señala que las uniones ilegítimas tendían a la procreación de un número mayor de niñas, lo que supuestamente contravenía los designios divinos, ya que el «Supremo Hacedor» había procurado un número mayor de varones, previniendo así al ser humano contra la guerra y otras calamidades.

⁷⁷ Resulta lógico que prevaleciera esta situación durante todo el período porfiriano. El gran giro de la reflexión médica en torno a la sexualidad infantil surgiría en Viena con la publicación de los *Tres ensayos para una teoría sexual* de Sigmund Freud en el año de 1905, y aun así debieron de transcurrir varias décadas para que el pensamiento freudiano comenzara a tener una presencia en las discusiones académicas entre médicos mexicanos y en espacios de divulgación más amplios como la prensa. Del Castillo, 2000, p. 210-14.

⁷⁸ Turner, 1989.

Fotografía y mirada clínica

El poder persuasivo de la fotografía no sólo sirvió para ejemplificar e ilustrar las ideas científicas sobre la infancia, sino que constituyó uno de los medios más importantes para legitimar este proyecto. Para la segunda mitad del siglo XIX, las imágenes fotográficas se encontraban en el mismo nivel de interpretación de la realidad que la elaboración de cuadros y gráficas, muestras químicas y visiones microscópicas. Todos ellos pasaban por una pretensión de mensurabilidad que delineaba el imaginario científico de la época.

Los textos médicos utilizaron la litografía y el grabado con fines didácticos a lo largo de todo el siglo XIX. Los dibujos ilustraban los planteamientos de los galenos y contribuían a ejemplificar sus argumentos. En la segunda mitad de dicha centuria, los avances tecnológicos permitieron la incorporación de las imágenes fotográficas, que coexistieron al principio con las litografías y los grabados en sus funciones pedagógicas, si bien poco a poco comenzaron a imponer su predominio, basado en una aureola de cientificidad y de prestigio.⁷⁹

La fotografía fue utilizada por la ciencia para sus fines desde etapas tan tempranas como 1846, con la edición de M. B. Sampson titulada «*Rationale of Crime and it's appropriate treatment*» («Racionalidad del Crimen y su tratamiento apropiado»), que incluía litografías y daguerrotipos que ilustraban distintos aspectos de la criminalidad; o 1852, cuando el médico alemán Fiedrich Jacob Behrendt documentó casos ortopédicos que mostraban el clásico «antes» y «después» del tratamiento.⁸⁰

Las nuevas propuestas de observación, con sus respectivos métodos de exploración de los cuerpos, produjeron resultados muy concretos como la elaboración de las historias clínicas de los pacientes, que registraron y codificaron signos físicos que se tradujeron en una nueva percepción y representación del cuerpo humano. El papel de la visión resultó fundamental en todo este proceso. El diagnóstico del médico, basado en la exploración clínica, se complementaba con análisis microscópicos de muestras patógenas y muestras cuantitativas de lecturas de gráficas, entre otros registros documentales.

El conocimiento médico de la enfermedad pasaba por el método de auscultación de Laennec en la primera mitad del siglo XIX y culminaba, en cuanto a grado de precisión, con las radiografías y las fotografías, en los albores del siglo XX. Lo que lo sostuvo epistemológicamente fue la vigencia de un mismo criterio de verdad, centrado en la verosimilitud como premisa fundamental, que influyó también a la literatura y a las ciencias sociales y tardó varias décadas más en ser desplazado.⁸¹

⁷⁹ Al respecto, véase: Krauss, 1978; Braun y Whitcombe, 1999.

⁸⁰ O'Connor, 1999, pp. 12-7.

⁸¹ Canguilhem, 1971, pp. 56-9.

Imagen no. 22

Castaigne et Simon, *La pratique des maladies des enfants*.

Vol. III, J. B. Bailliere et fils, Paris, 1913. ENM.



Las fotografías que ilustraban este tipo de textos trasladaban a un discurso visual planteamientos de los autores sobre la exploración clínica de los cuerpos infantiles. No se trataba únicamente de un recurso didáctico para añadir mayor información o aportar detalles técnicos sobre cuestiones especializadas, sino de construir un marco de legitimidad para la nueva exploración clínica, con la consecuente difusión de la figura del médico profesional como la única autorizada para reconocer los signos y síntomas de las enfermedades.⁸²



Imagen no. 23

E. Apert, *Manual de enfermedades de los niños*.

Salvat, Barcelona, 1914. ENM.

⁸² Como ha señalado Barthes, 1986, pp. 34-7, los elementos centrales de la lectura e interpretación de las imágenes fotográficas tienen que ver con el nivel latente de la connotación, que nos remite al mundo de lo simbólico.

En términos generales, podemos establecer que el «ojo» diferenciador de la infancia proporcionado por el esquema científico pasaba por la fisiología como una de sus estaciones centrales. El punto de partida lo establecía el propio Fonssagrives: «El niño no funciona como el adulto: éste no es un diminutivo de aquél, un *homunculus*, es un tipo fisiológico especial, que desempeña una función más que el adulto, el crecimiento, y una función menos, la generación».⁸³

En este orden de ideas, la mirada de los médicos porfirianos señalaba que la niñez presentaba una hiperactividad que la distinguía y diferenciaba de la etapa adulta, la cual se manifestaba a través de diversos factores, tales como la actividad circulatoria, la ingesta de alimentos, las actividades del sistema nervioso, la eliminación de orina y heces fecales y el tamaño de varios órganos de capital impotencia, como el cerebro, el encéfalo, los riñones y el corazón, todos ellos proporcionalmente mayores a las actividades y órganos de los adultos.⁸⁴ En este punto encontramos una inferencia muy importante: si el niño presentaba un proceso de normalidad diferente a la del adulto, también su proceso de morbosidad tenía que ser distinto. En esto se basaba su enorme fragilidad, que lo predisponía a la enfermedad y en última instancia, a la muerte. Esta idea fue desarrollada por la mayoría de los constructores de la mirada clínica, más interesados en la vía patológica como forma privilegiada de acceso a la infancia, que en los procesos que constituían la llamada «normalidad».

El saber médico establecía que la fisiología de la infancia poseía un carácter único, plenamente diferenciado de la etapa adulta, y que el crecimiento constituía una de sus funciones más importantes. De hecho, el estudio detallado de las condiciones en que se desarrollaba este último, proporcionó un número considerable de referencias documentables para constatar la originalidad de la etapa, caracterizada por un crecimiento acelerado y propensa a un número mayor de irregularidades. De esta manera, se estableció que el encéfalo del recién nacido pesaba en condiciones normales cerca de 352 gramos, el equivalente a una octava parte del peso total, mientras que el del adulto correspondía a 1,295 gramos, cifra que representaba una cuadragésima parte del peso total de la persona; o bien que la actividad cardíaca del bebé resultaba mucho más intensa que la del adulto, rebasándola en una proporción de dos a uno; entre muchos otros ejemplos que apuntan a lo mismo: documentar que el patrón de normalidad de los infantes correspondía a medidas y estándares mucho más elevados que los de los adultos.⁸⁵ Este tipo de argumentos encontró en la fotografía el instrumento más eficaz para documentar la veracidad y la objetividad de su propuesta.

⁸³ Fonssagrives, citado en Martínez, 1899, pp. 7-8.

⁸⁴ Estrada, *op. cit.*, pp. 22-4.

⁸⁵ Fonssagrives, *op. cit.*, pp. 249-60.

El estudio higiénico del crecimiento representó otro campo que se apoyaba sobre bases objetivas y mensurables y se encargó de ir construyendo indicadores muy precisos a través de las tablas anatómicas que regían el desarrollo físico de los infantes. Dichas tablas aparecieron lo mismo en textos clínicos como el de Cruchet (Imagen no. 24), que en distintas tesis de estudiantes de la ENM, como las de Barrera y Martínez.⁸⁶

La fotografía se adaptó al esquema planteado por estas ilustraciones complementándolo pedagógicamente y aportándole una mayor dosis de credibilidad. Tal es el caso de Triumpp (Imagen no. 25).

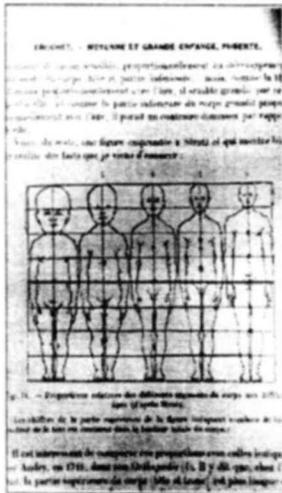


Imagen no. 24
R. Cruchet, *La pratique des maladies des enfants*. Vol. I, J. B. Baillieres et Fils, Paris, 1910. ENM.

Imagen no. 25
H. Triumpp, *La crianza del niño pequeño. Higiene infantil para uso de las familias*. Salvat, Barcelona, 1914. ENM.



⁸⁶ Cruchet, 1910; Barrera, *op. cit.*, y Martínez, *op. cit.*

La práctica de la higiene fue reconociendo y describiendo cada una de las etapas de la niñez, en su afán por ir delimitando las coordenadas por las que tenía que pasar el cuerpo del niño de acuerdo con los cánones científicos. En la búsqueda de estos objetivos se cubrían diversos aspectos, que iban desde el cuidado de las condiciones sanitarias de la vivienda hasta recomendaciones en torno al aseo del cuerpo y las características que deberían tener las ropas y vestidos que lo cubrían. Por debajo de algunas reflexiones aparentemente anodinas e intrascendentes se escondía una nueva visión en torno al cuerpo infantil y a las maneras de representarlo. En este sentido, la lectura de los médicos higienistas cuestionaba las prácticas de grupos y sectores todavía mayoritarios en el último cuarto del siglo pasado, que postulaban la rigidez y la inmovilidad del cuerpo infantil como sinónimo de normalidad.

En síntesis, podemos establecer que el mensaje de los médicos trascendió el espacio del hospital y se difundió a diversos sectores sociales a través de las páginas de la prensa y los *magazines* ilustrados. La labor de la fotografía resultó fundamental para construir un esquema realista convincente para las nuevas propuestas de los especialistas.

Puede concluirse que la denominada mirada clínica se apoyó en la revolución visual iniciada por los daguerrotipos y las *tarjetas de visita* y retomó el aprendizaje de diversos sectores que habían comenzado a percibir la realidad orientados por la lógica fotográfica. Así se extendió a otros ámbitos y adquirió una presencia importante en el dispositivo escolar porfiriano, como veremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 3

LOS PEDAGOGOS

La construcción de la «psique» infantil: de Pestalozzi a Darwin

La pedagogía comenzó a preguntarse con Pestalozzi por el valor de las sensaciones ligadas al mundo referencial de la experiencia. La percepción sensorial podía reproducir en la mente del niño el proceso de elaboración de sentimientos, resoluciones y pensamientos. Su difusión y establecimiento en los diferentes países hispanoamericanos a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX permitió organizar y sistematizar una serie de problemas fundamentales, entre los que destacaron tres: una teoría de las facultades de la mente infantil y la procuración de su desarrollo armónico; una concepción tripartita del sujeto, dividido en las áreas física, intelectual y moral; y un concepto de la naturaleza de la niñez como una etapa en la que se encontraban las tendencias e inclinaciones positivas y negativas del hombre, las cuales se conservarían en estado latente en la mente de los pequeños.¹

El siguiente paso, llevado a cabo por pedagogos, médicos y psicólogos, fue el de comprender la subjetividad del niño más allá de los procesos lógicos del entendimiento, esto es, a partir de sus características personales, que comenzaban con el estudio de la mente o alma infantil, lo que implicaba la construcción de un concepto de una «psique» a partir de una perspectiva fisiológica, con medidas cuantitativas que permitirían evaluar de qué manera eran procesadas las distintas sensaciones y traducidas en reflexiones y abstracciones racionales.²

Las diferencias en el aprendizaje del niño y del adulto comenzaron a ser elaboradas y replanteadas a partir de la teoría de las facultades del alma o mente infantil, con la penetración de las ideas evolucionistas. De esta re-

¹ Sáenz, *op. cit.*, pp. 25-40, vol. 1.

² Estos cambios han sido tratados de una manera analítica y rigurosa por Rose, *op. cit.*, para el caso de Inglaterra, y por Sáenz, *op. cit.*, para el caso colombiano. En esta investigación analizaremos y documentaremos las peculiaridades del caso mexicano, rescatando, sin embargo, una serie de permanencias y regularidades presentes, con distintos matices, en Occidente.

lectura de los contenidos pedagógicos pestalozzianos surgirían nuevas preguntas y enfoques que resultarían fundamentales en las siguientes décadas:

Fue esta encrucijada pestalozziana la que permitió a la pedagogía abrirse a sus preguntas centrales en la modernidad: ¿Cuál es el vínculo entre los procesos físicos y los psíquicos en el niño?, ¿cómo se encadenan los sentidos con el sistema nervioso, el cerebro, la mente, el lenguaje, la razón y el espíritu o el alma?³

Los postulados de Darwin en torno a la evolución de las especies, así como sus planteamientos respecto a la analogía entre la ontogenia y las etapas atravesadas durante la filogenia, que equiparaban el desarrollo de las etapas de un individuo con las de las especies, facilitaron y contribuyeron al surgimiento de una psicología comparada entre el hombre y los animales, y entre el hombre «civilizado» y las sociedades «primitivas», calificadas como «degeneradas».

La recepción de las ideas sociales darwinianas en el medio intelectual y académico mexicano a principios del siglo XX permite citar una extensa red de pedagogos europeos que reflexionaban sobre la naturaleza infantil desde la perspectiva fisiológica. Las referencias comprenden desde los influyentes trabajos de Pérez,⁴ Preyer,⁵ Claparede,⁶ y Compayré,⁷ hasta los cursos escolares españoles realizados en la Normal madrileña por Alcántara,⁸ y la versión de la tesis doctoral de García Conde.⁹ En el caso de los pensadores ibéricos, de particular interés para este estudio, el posible materialismo de la propuesta darwiniana está suavizado y matizado por su recepción a partir de una realidad católica, que se manifestaba en una doble lectura que reconocía la existencia del alma, pero que reivindicaba al mismo tiempo la necesidad científica de explicarla. Por otra parte, el caso del argentino Sennet representa un punto de referencia latinoamericano importante.¹⁰

De acuerdo con el nuevo orden de cosas, la pedagogía no podía ya prescindir del conocimiento de las leyes generales que regulaban la naturaleza humana y, en particular, del estudio de la organización mental de la psicología

³ Sáenz, *op. cit.*, p. 50, vol. 1.

⁴ Pérez, 1907.

⁵ Preyer, 1900.

⁶ Claparede, 1954.

⁷ Compayré, 1903.

⁸ Alcántara, 1881.

⁹ García Conde, 1906.

¹⁰ Sennet, 1911. Todas las citas de las obras corresponden a sus primeras ediciones, y en su caso, traducciones al castellano. Pueden consultarse en el Fondo Reservado de la Escuela Normal, en la Ciudad de México.

gía infantil, que se regía de acuerdo con dichas leyes. A partir de este encuadre se reivindicaba un espacio específico para el estudio de los infantes: «Se ha dicho con razón: es preciso conocer la psicología del hombre. Nosotros añadiremos: hay que estudiar la psicología del niño si se quiere educar a un niño».¹¹

Con este marco fisiológico, los tratados de psicología infantil estudiaron las reacciones y los comportamientos de los infantes, realizando observaciones de carácter experimental que mostraban la manera en que los pequeños comenzaban a distinguir la realidad a través de los sentidos y, posteriormente, de la palabra. Los estímulos y representaciones del mundo exterior penetraban en los cerebros infantiles bajo la forma de percepciones. La formación de la memoria, la atención y los recuerdos y el surgimiento de la inteligencia fueron descritos por medio de observaciones puntuales, muchas de ellas realizadas día con día en los pequeños pacientes y, a veces, en los propios vástagos, como en los casos de Darwin y Bernard Pérez, siguiendo la tradición iniciada por el pedagogo Tiedmann, analizada en el capítulo anterior.¹²

La psicología recreaba y daba contenido a los complejos procesos que tenían lugar en las mentes infantiles. Sin embargo, no se trataba en absoluto de convocar a un regreso nostálgico a las ideas tradicionales de Rousseau y su reivindicación de la inocencia infantil. Los pedagogos no consideraban al niño como un ser autónomo o independiente, sino que lo veían a través del filtro evolutivo, preguntándose en qué momento iba a desarrollar ciertas habilidades previstas en su desarrollo en estadios posteriores: «El espíritu del niño es ya un todo organizado y completo, que contiene en germen todas las facultades, y si no es posible ponerlas todas al mismo paso y hacerlas marchar de frente, no hay un sólo instante de la vida en que no sea preciso pensar en cultivarlas».¹³

La nueva propuesta se apoyaba básicamente en la biología y las teorías evolucionistas, que incorporaban los conceptos de adaptación, equilibrio y progreso para evaluar los procesos. En este contexto, la mente era representada como un órgano biológico, mientras que la inteligencia era catalogada como un instrumento de la adaptación y el organismo quedaba convertido en una metáfora del territorio social.¹⁴

Esta mirada psicológica, recreada y construída desde la perspectiva evolucionista de la madurez, encontraría su desarrollo más significativo en el

¹¹ Compayré, *op. cit.*, p. 15. Por su parte, Rodolfo Sennet, *op. cit.*, p. 41, planteaba el mismo problema en los siguientes términos: «Nadie está autorizado para opinar sobre la psique del niño por el sólo hecho de saber psicología del adulto. El conocer y aún, conocer mucho de la psicología del último no habilita sino en una parte ínfima para hablar de la psicología del primero».

¹² Pérez, *op. cit.*

¹³ Compayré, *op. cit.*, p. 62.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 73-5.

espacio concreto de las instituciones escolares. En efecto, la transformación de las escuelas en ámbitos de investigación por parte de pedagogos y médicos comenzó a rendir sus primeros frutos en el cambio de siglo en lo que respecta a la capital mexicana. Los nuevos ejes de esta construcción serían los departamentos de higiene escolar y los gabinetes antropométricos.

Entre 1876 y 1911, se introdujeron en México una serie de prácticas, saberes y técnicas que transformaron los sistemas de enseñanza, con especial énfasis en la educación primaria. El régimen porfiriano hizo suyos los planteamientos liberales sobre la necesidad de una educación laica, gratuita y obligatoria. Al mismo tiempo, dio un viraje significativo, al subrayar que el carácter integral de la nueva educación para los infantes residía en la procuración de su desarrollo físico y moral.¹⁵

A lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, el régimen construyó todo un dispositivo institucional para la educación infantil. La hipótesis porfiriana consistía en que la unidad política conquistada en el país después de medio siglo de inestabilidad tenía que traducirse en una unidad educativa. El propósito evidente de la mayor parte de estos esfuerzos fue el de dotar a la nación de una homogeneidad y una uniformización de los métodos y los sistemas de enseñanza.

A casi un siglo de distancia, podemos señalar que los esfuerzos del régimen no alteraron ni modificaron en lo sustancial el atraso y las penurias educativas de la nación. Sin embargo, lo que sí proporcionaron fue la construcción de sólidos lineamientos ideológicos que tuvieron que ser ampliados y recuperados por los regímenes emanados de la revolución mexicana.¹⁶ Entre estos lineamientos destaca, como veremos en el siguiente apartado, una visión particular de la infancia, con una serie de imágenes y representaciones acordes con los paradigmas científicos predominantes en el mundo occidental de la época.

El laboratorio pedagógico porfiriano: la higiene escolar y los gabinetes antropométricos

El grado de civilización de un país podía medirse por el nivel de desarrollo de la higiene escolar, de acuerdo con los criterios científicos predominantes en Occidente a fines del siglo XIX. Esta disciplina, que adquirió un auge impor-

¹⁵ Bazant, 1993, pp. 47-50.

¹⁶ Un indicador de la precaria situación prevaleciente en el país en el cambio de siglo es el enorme porcentaje de analfabetismo, cercano a un 84%, si bien el dato hay que matizarlo a partir de las grandes diferencias existentes entre un Norte dinámico y un Centro-Sur más atrasado. Según datos oficiales, en el D. F. había en 1910 un 50.79% de analfabetismo. *Estadísticas oficiales del Porfiriato. 1877-1910*. Secretaría de Economía. México, 1956.

tante en la segunda mitad del siglo XIX en países como Francia e Inglaterra y que tuvo su correlato correspondiente en México durante el Porfiriato, comprendía aspectos tan heterogéneos como el estudio de la ventilación e iluminación de las aulas, la detección de enfermedades contagiosas, la instrumentación de disciplinas como la gimnasia y la educación física, el análisis de las características de las neurosis en los infantes y el estudio de diversas anomalías mentales, entre otros importantes tópicos, expuestos y discutidos en los principales congresos internacionales de higiene de la época.¹⁷

Este proyecto civilizador de la higiene encontró un punto de referencia particularmente significativo en el texto de L. Dufestel -uno de los manuales sobre higiene escolar más influyentes en México e Hispanoamérica a principios del XX- por la mirada médica-pedagógica desarrollada por el autor, que tuvo una aplicación concreta en el dispositivo institucional porfiriano.¹⁸

Para el autor francés, que se desempeñó como Inspector-Médico en París desde finales del XIX, el estudio del niño desde la óptica de la higiene escolar cubría los siguientes aspectos: crecimiento «normal», higiene física, intelectual y moral. Para el cumplimiento cabal de esta labor se tenían que aplicar en las escuelas diversos exámenes anatómo-fisiológicos y médico-psíquicos. La aplicación de esta labor rebasaba la medicina privada y requería la orquestación institucional de las autoridades. En el caso de París, el Consejo Municipal comenzó a organizar de manera sistemática las inspecciones médicas a las escuelas a partir del año de 1879.¹⁹

El estudio de la fisiología había mostrado y documentado a lo largo del siglo XIX que el niño experimentaba constantes cambios, lo que hacía necesaria una observación cotidiana de diversos aspectos ligados a su talla y maduración, como el peso, la estatura, las dimensiones de su cabeza y la aparición de piezas dentarias. En cuanto a la higiene física, el autor enfatizaba la necesidad de controlar los impulsos internos del infante para que éste pudiera desempeñar sus labores de aprendizaje en la escuela. Dicho control se vinculaba asimismo con factores de carácter exógeno o familiar, como la herencia biológica de los padres.

Para concluir con Dufestel, en lo tocante a la higiene moral, este rubro le permitía al autor una divergencia importante con la visión rousseauiana de la inocencia infantil. Desde la nueva perspectiva fisiológica, el niño nacía con una carga hereditaria de carácter negativo, esto es, con «taras» físicas y morales, susceptibles, sin embargo, de modificarse por medio de una ardua tarea profesional, lo cual hacía necesaria la realización de exámenes médi-

¹⁷ Berlín, 1907. París, 1910. Véanse los informes de las delegaciones mexicanas en los *Boletines de Instrucción Pública* de los años correspondientes.

¹⁸ Dufestel, 1904.

¹⁹ *Ibidem*, p. 204.

cos para documentar el estado físico, fisiológico y patológico de los escolares.²⁰

En este contexto, la aplicación institucional de planes de higiene física, intelectual y moral requería de la realización de tres tipos de exámenes: el fisiológico, el antropométrico y el médico-psíquico. El primero comprendía el examen del esqueleto, la conformación de la cabeza, el aspecto de la cara, la dentición, el tronco, las posiciones habituales, el descanso de los hombros, los omóplatos y su separación del tronco. Dichas medidas buscaban detectar dos afecciones muy frecuentes entre los infantes, la miopía y la escoliosis, y que la cotidianeidad escolar y la convivencia en el aula no hacían sino empeorar.²¹ El segundo abarcaba tres categorías: la noción de desarrollo, referente a cuestiones tan significativas como el peso y la talla; la capacidad vital o respiratoria, que se traducía en mediciones del tórax y de la capacidad pulmonar; y, finalmente, el desarrollo muscular.²² El tercero exploraba el terreno de las facultades intelectuales, con el objetivo de localizar a los infantes con retraso escolar, para los cuales se creó la categoría de los «anormales». En este rubro, el médico-escolar estudiaba no sólo los caracteres exteriores, sino aspectos relacionados con la psique infantil, como la atención, la memoria, la afectividad y la emotividad.²³

Una primera sección de los denominados niños «anormales» presentaba patologías severas, que debían ser canalizadas a asilos especiales. Este grupo lo conformaban los «idiotas» y los «imbéciles» y no interesaban demasiado al médico-pedagogo, en la medida en que se trataba de infantes no-educables. Los que sí resultaban significativos, dado que el sistema educativo podía corregir o modificar sus carencias, era el de los escolares atrasados, algunos con problemas físicos evidentes, como los miopes o los sordos, y otros con afecciones psíquicas menos obvias, pero que también se traducían en falta de atención, además de otras actitudes y comportamientos inadecuados, que redundaban en bajos rendimientos escolares, como los diferentes tipos de neurosis infantiles.

En cuanto a la higiene intelectual, Dufestel señalaba que el desarrollo de este tipo de facultades en el niño debía ser proporcional al desarrollo físico de su cerebro. Una asimetría en este terreno podía resultar fatal, toda vez que podría desembocar en la construcción de una raza «degenerada» desde el punto de vista físico y nervioso. Estas asimetrías y otras deficiencias podían ser medidas y documentadas de manera empírica por medio de instru-

²⁰ *Ibidem*, p. 207.

²¹ *Ibidem*, pp. 71-8.

²² *Ibidem*, pp. 79-82.

²³ *Ibidem*, pp. 83-5. El 1o. y el 2o. se aplicaron en el Servicio Higiénico del Depto. de Instrucción Pública, y el 3o. fue llevado a la práctica por algunos médicos mexicanos, como el Dr. José de Jesús González, como veremos un poco más adelante en esta investigación.

mentos precisos, como el método de Griesbach que utilizaba la ayuda del compás o el método ergográfico de Mosso, que estudiaba la correlación entre la fatiga muscular y la cerebral a través de la contractilidad de los flexores de los dedos.²⁴ Ambos casos dan cuenta de la importancia de la percepción visual en el trazo de la mirada pedagógica, de manera similar a lo que ocurría en la mirada clínica en el mismo período. Al respecto, un testimonio de la época, a cargo del científico Claude Bernard, nos da la pauta para comprender la magnitud del giro y la importancia que desempeñó la percepción visual en el mismo:

El hombre no puede observar los fenómenos que le rodean sino dentro de límites muy restringidos; la mayor parte de aquellos escapa naturalmente a sus sentidos y la simple observación no le basta [...] ha debido aumentar la potencia de sus órganos con ayuda de aparatos especiales, y a la vez se ha armado de diversos instrumentos que le han servido para penetrar en el interior de los cuerpos para descomponerlos y estudiar sus partes ocultas.²⁵

La convergencia de la mirada médica y la pedagógica se produjo de una manera privilegiada en el terreno de la higiene escolar. El Congreso Higiéni-co-Pedagógico realizado en la ciudad de México en el año de 1882 constituye un termómetro importante que facilita al historiador de las ideas acercarse a las discusiones, debates y polémicas protagonizadas por médicos y pedagogos en torno a la importancia creciente de la higiene y sus repercusiones en las condiciones físicas y psíquicas de los infantes. También permite ubicar la influencia de los planteamientos de algunos autores en la reflexión local, particularmente las citas del médico higienista Fonssagrives, que desempeñaron un papel de primera importancia y aparecen en una buena parte de las ponencias del evento.²⁶

En el mencionado congreso podemos ubicar la presencia de una reflexión teórica acerca de la cuestión de la higiene y su vínculo con las escuelas. Posteriormente, a principios del siglo XX, encontramos una de sus primeras aplicaciones en la realidad educativa mexicana con la creación del Departamento de Inspección Médica e Higiénica en la Dirección General de Instrucción Primaria del D. F., que se encargó de llevar a cabo los primeros estudios sistemáticos entre la población escolar, convirtiendo a las aulas en los nuevos laboratorios de investigación de la mirada médica y pedagógica, transformando a los cuerpos y mentes infantiles en verdaderos objetos de estudio.

²⁴ *Ibidem*, pp. 67-72.

²⁵ Bernard, citado en Laín Entralgo, *op. cit.*, p. 25.

²⁶ Fonssagrives, *op. cit.*, El original francés y su traducción al español pueden consultarse en la Biblioteca de la Escuela Nacional de Medicina.

El proyecto educativo porfiriano y la estructuración de una labor sistemática en el campo de la higiene escolar permitieron la detección de un número cada vez mayor de infantes con problemas de salud que interferían en su desarrollo escolar, como las ya citadas miopía y escoliosis; y, en un segundo momento, la detección de alumnos «anormales», portadores de ciertas desviaciones e irregularidades que les impedían una asimilación correcta de los contenidos educativos.

En 1867, el Dr. Cohn comenzó a trabajar el problema de la miopía en las escuelas en Breslau, y posteriormente Risley mostró de qué manera las anomalías en la forma del globo del ojo, especialmente el astigmatismo, constituían la causa más frecuente de este tipo de afecciones. En México, los doctores Ramos, Uribe y Troncoso y Montaña fueron los pioneros en el estudio de las miopías y su vínculo con las aulas y mobiliarios escolares.²⁷ En un estudio del año de 1904 realizado en la capital mexicana, el Dr. Uribe y Troncoso señalaba que de 402 alumnos examinados en edades que oscilaban entre los 7 y los 18 años, había encontrado un 55% de «normales» y un 45% de «irregulares» con la vista defectuosa. En sus conclusiones el médico capitalino diagnosticaba que:

En México, la proporción de la miopía no ha sido nunca muy considerable: la influencia de la raza es notoria: en lugar de las órbitas fuertemente separadas del alemán, de cara muy ancha, que necesita hacer grandes esfuerzos de convergencia, la conformación craneana del tipo criollo mexicano hace que la distancia entre las dos órbitas sea muy pequeña.²⁸

La nueva concepción higiénico-escolar, representada por el importante texto del pedagogo francés, encontró su correlato en el México porfiriano con la creación del ya mencionado Departamento de Inspección Médica e Higiénica. Éste quedó instalado en el mes de julio de 1908 y contó en sus inicios con la participación de 7 médicos-inspectores que cubrían diversas actividades en el D. F. Entre ellos encontramos figuras destacadas de la higiene y de la incipiente medicina infantil, como los doctores Máximo Silva, Joaquín Cosío y Jesús González Ureña. El director fue el ya citado Uribe y Troncoso, quien se convirtió en el principal difusor del proyecto, lo mismo en discusiones y debates con otros colegas a nivel nacional, que con la presencia de México en foros internacionales de gran importancia, como el III Congreso Internacional de Higiene celebrado en París en 1910.

El inicio de este tipo de actividades y su coordinación por parte del régimen quedó sancionado con la aprobación de un reglamento, que preveía, entre otras cosas, la inspección médica de los edificios escolares, documentando

²⁷ *Boletín de Instrucción Pública*, 1904, p. 37.

²⁸ *Ibidem*, p. 117.

sus condiciones higiénicas y clausurando los locales que presentaran irregularidades y deficiencias. Asimismo, estipulaba la participación de médicos-inspectores y la realización de exámenes individuales sistemáticos entre la población escolar. Esta última labor comenzó a llevarse a cabo de una manera ordenada por los médicos a partir del año escolar 1908-1909, en el que se aplicaron 17,534 exámenes en el D. F., obteniéndose por primera vez una estadística de las diversas enfermedades que aquejaban a los escolares, entre las que destacaban las enfermedades de la piel, la boca y las afecciones visuales.

Cuadro no. 2
Exámenes Individuales aplicados en las Escuelas Primarias del D. F.
Año Escolar 1908-1909.

| ENFERMEDADES REGISTRADAS | NO. ALUMNOS | PORCENTAJES |
|--------------------------|-------------|-------------|
| Piel | 2,911 | 16.6 |
| Boca | 2,152 | 12.2 |
| Vista | 1,971 | 11.2 |
| Lesiones Naso-Faríngeas | | |
| Escrofulosis | 1,068 | 6.0 |
| Oído | 544 | 3.1 |
| Lesiones cardíacas | 94 | 0.54 |
| Locución | 59 | 0.33 |
| Tuberculosis | 23 | 0.13 |

Fuente: Informe de Trabajos del Servicio Higiénico Escolar. *Boletín de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 1909. p. 246.

No obstante las molestias y las resistencias que generó en algunos grupos de padres de familia, y en diversos sectores del clero, que censuraban la presencia de médicos en los recintos escolares y familiares, alegando que las reticencias de los profesionistas eran exageradas y que muchos de los niños detectados como enfermos, al ser apartados de las aulas, quedarían sin educación sólo por presentar pequeñas dolencias. Pese a todo, las actividades del nuevo departamento, lejos de menguar, aumentaron en los siguientes años, mostrando hasta qué punto la higiene escolar había llegado para quedarse en el siglo XX y de qué manera la presencia de médicos y pedagogos, legitimados por el régimen, aumentarían su vigilancia y control sobre los cuerpos y mentes infantiles a lo largo del mismo siglo.²⁹ Uribe y Troncoso se refería a este

²⁹ Informe del Servicio Higiénico de las escuelas. Año escolar 1910-1911, Dr. Manuel Uribe y Troncoso, en: *Boletín de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 1912, pp. 317-34.

proceso de la siguiente manera, proyectando así la visión optimista del progreso, típica del pensamiento científico de la época, y representada en esta ocasión por el avance de las inspecciones médicas escolares:

Algunos se oponen a ellas porque no las conocen, otros porque dudan de sus resultados; pero el hecho solo de que ya la discutan, es un signo de que la institución progresará y se abrirá camino en el ánimo del público, cuando sean reconocidas sus ventajas.³⁰

En el año escolar 1910-1911 se aplicaron 39,123 exámenes individuales, en una población escolar cuyo número oficial de alumnos inscritos era de 55,142, lo que constituía un logro notable para las labores y actividades del incipiente Servicio Higiénico.³¹ De nueva cuenta, los médicos ofrecían un cuadro detallado de las dolencias y afecciones que aquejaban a la población infantil escolar, incorporando nuevos criterios y rubros sobre los niños «normales» y «anormales».³²

Cuadro no. 3
Exámenes Individuales aplicados en las Escuelas Primarias del D. F.
Año Escolar 1910-1911.

| ENFERMEDADES REGISTRADAS | PORCENTAJES |
|--------------------------|-------------|
| Sanos | 64 |
| Pequeñas anormalidades | 33 |
| Caries | 28 |
| Miopía | 48 |
| Oído | 10 |
| Vacunados | 93 |

Fuente: Informe de Trabajos del Servicio Higiénico Escolar. *Boletín de Instrucción Pública y Bellas Artes*. 1909, p. 248.

³⁰ *Ibidem*, p. 322. Las negritas son mías.

³¹ Un dato comparativo significativo es el que se refiere a España, que en los mismos años iniciaba la construcción de una red institucional en torno a este tipo de labores: «Por R. D. de 6 de junio de 1911, se estableció la llamada Inspección Médico-Escolar en algunas capitales de provincia, a título experimental, a cargo de los vocales médicos de las Juntas de Primera Enseñanza, lo que sólo tuvo efectividad, y no completa, en Madrid. El 20 de septiembre de 1913 se convocó un concurso general para cubrir sus plazas, a la vez que se creaba, sobre el papel, un Instituto de Higiene escolar de ámbito estatal dirigido por Manuel Tolsa y Eduardo Masip». Rodríguez, 1996, p. 168.

³² El maderismo continuó la labor médica-pedagógica porfiriana, así tenemos que en el año escolar correspondiente a 1911-1912 se aplicaron un total de 36,239 exámenes, que

La realización de los exámenes individuales a cargo de los médicos-inspectores constituye uno de los ejes más destacados de un proceso que diseñó el marco concreto para las nuevas ideas en torno a la infancia, las cuales se habían consolidado en los textos médicos y pedagógicos, así como en los manuales de higiene escolar a finales del siglo XIX. Estos exámenes se practicaban en las propias escuelas, con la cooperación de maestros y profesores, y en muchos casos, con la presencia de los padres y madres de familia. El médico llenaba una cédula de identidad para cada niño, en la que consignaba todos los datos de la talla, el peso, las mediciones de la cabeza, la boca, los oídos, la columna vertebral, etc. , y al final, especificaba las distintas «anormalidades».

Uno de los debates y de las discusiones más representativas de las nuevas posturas médicas y pedagógicas fue el que se produjo entre algunos destacados miembros del Consejo Superior de Educación Pública, a propósito del estudio de los lineamientos que deberían seguirse para el diseño y la instrumentación de los cursos de la materia de Educación Física en las escuelas primarias de la capital. De acuerdo con las nuevas ideas acerca del estudio de las necesidades y tendencias del desarrollo psíquico y fisiológico de la infancia, la educación física debía adaptarse a las exigencias del organismo, adecuándose a las leyes del desenvolvimiento y crecimiento fisiológico y psíquico.³³

Entre las herramientas básicas para asegurar el desarrollo idóneo del cuerpo infantil estaba el ya mencionado examen individual, que tenía tres fines en relación con la educación física: señalar deficiencias orgánicas y funcionales, determinar el tipo de trabajo muscular en función de las características del niño y establecer el denominado «tipo físico» mexicano en sus diversos períodos de crecimiento, para crear una estadística de antropometría nacional.³⁴

En el debate con otros especialistas, Uribe y Troncoso explicaba que el objetivo institucional del Estado consistía en aplicar en el país los principios de la higiene escolar y estudiar las condiciones de crecimiento de los niños mexicanos, señalando lo que diferenciaba a éstos de sus pares en otros países e indagando en datos tales como el peso y la talla, para elaborar un perfil propio y deducir si se estaba siguiendo la misma tendencia correspondiente a los niños europeos o si se formaba parte de una raza «degenerada»:

arrojó resultados similares a los de los años anteriores en materia de deficiencias e irregularidades detectadas, confirmando las tendencias de las estadísticas médicas escolares.

³³ «Dictamen de la Comisión del Consejo de Educación Pública encargada de estudiar las bases que deben normar la Educación Física en las escuelas», en: *Boletín de Instrucción Pública*, 1909, pp. 372-446.

³⁴ *Ibidem*, p. 381.

No sabemos si la estatura, si el peso de los niños sigue en la misma progresión que en los niños europeos o americanos [...] todos estos pequeños detalles tienen que conducirnos a la formación de lo que se ha llamado las «normales». Las «normales» de crecimiento indican en qué forma se efectúa el crecimiento de los niños, y esto viene a formar las bases de la higiene escolar. De ahí que necesitamos formar nuestra estadística, para conocer el tipo medio mexicano y poder saber cuáles son los niños que se separan de este tipo y cuáles se conforman a él.³⁵

El concepto de «degeneración» a finales del siglo XIX tenía un carácter muy ambiguo y presentaba un uso bastante amplio en los diferentes sectores y corrientes de pensamiento. En términos generales, se pueden señalar tres fuentes distintas que proporcionaron el marco conceptual para su aplicación a finales del XIX: los planteamientos ilustrados de Buffon y su explicación de la caída del hombre, utilizando el concepto de marras como punto de partida; Gobineau, con su influyente texto, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, publicado en 1853, que señalaba que la degeneración constituía un proceso histórico inevitable, derivado de la mezcla de razas denominadas «puras» con otras, consideradas como «inferiores», y Morel, con su célebre *Tratado de las degeneraciones físicas, intelectuales y morales*, que en 1857 identificaba elementos hereditarios, ligándolos a comportamientos sociales como el alcoholismo, uno de los tópicos más recurrentes de la literatura evolucionista de las últimas décadas del siglo XIX.³⁶

La mayor parte de los especialistas porfirianos coincidían en señalar que la nueva tecnología permitiría documentar la inferioridad de los niños mexicanos respecto de sus congéneres europeos. Sin embargo, las diferencias radicaban en las implicaciones que se derivaban de esta «falta» realidad. Así, para unos el asunto tenía una carga biológica determinante e inmodificable, mientras que, para otros, como el señor Williams, director de una escuela primaria de la capital, la higiene adquiriría un papel relevante:

No creo justo que se diga que el niño europeo es más inteligente que el mexicano; aquél recibe una educación gimnástica muy perfecta; los europeos

³⁵ *Ibidem*, 1909, p. 385.

³⁶ Pick, 1996. Por su parte, Foucault, 2000, p. 294, plantea que este concepto de degeneración dio lugar a un cierto tipo de racismo: « El racismo que nace de la psiquiatría de esos momentos es el racismo contra el anormal, contra los individuos que, portadores de un estado, de un estigma o de un defecto cualquiera, pueden transmitir a sus herederos, de la manera más aleatoria, las consecuencias imprevisibles del mal que llevan consigo o, más bien, de lo no-normal que llevan consigo. Es, por lo tanto, un racismo que no tendrá por función tanto la prevención o la defensa de un grupo contra otro como la detección, en el interior mismo de un grupo, de todos los que pueden ser portadores efectivos de peligro. Racismo interno, racismo que permite filtrar a todos los individuos dentro de una sociedad dada».

son naciones muy antiguas, que han estudiado siglos y siglos para llegar a la perfección, en tanto que **México es un país niño**. Si le aplicáramos las condiciones higiénicas y gimnásticas de aquellos países, yo creo que en la mitad del tiempo, en la décima parte, llegaría esta nación a la altura de aquellas.³⁷

Tenemos aquí una muestra muy sugerente de la manera en que el evolucionismo orientaba las discusiones médico-pedagógicas de la época, dando lugar a más de una postura e, incluso, a la divergencia de opiniones. Si algunos profesionistas apelaban a una visión determinista, otros, partiendo del mismo horizonte eurocentrista en el que las metas y los logros estaban representados por los países del Norte, se permitían discrepancias y aludían a cuestiones de carácter social y cultural, como el uso de la higiene escolar, para plantear cambios y transformaciones. La imagen de la niñez para identificar el supuesto nivel de desarrollo del país resulta también muy significativa. Para esta visión evolucionista predominante a principios del siglo XX, la etapa de la infancia era concebida como símbolo de inmadurez y como catálogo de deficiencias respecto del modelo de madurez y perfección adulta, representado por los países europeos. Al mismo tiempo, el tema de la infancia comenzaba a ser leído e interpretado por las élites como un problema prioritario en los asuntos de la vida de la nación.³⁸

Para la perspectiva evolucionista, la joven nación mexicana compartía los mismos problemas de la etapa infantil del ser humano y las características de los hombres salvajes y primitivos, esto es, un carácter instintivo y emocional, así como una precaria capacidad para la memoria, una debilidad de voluntad y una fragilidad psíquica y moral. Uno de los objetivos de la aplicación de los exámenes infantiles fue el de crear una estadística nacional que permitiría resolver el problema «antropológico» de verificar si las características físicas y el tipo de crecimiento de los niños mexicanos correspondían a los términos «normales», dentro de los parámetros occidentales, o si, por el contrario, deberían ser catalogados y analizados como «anormales».³⁹ Al respecto, el Dr. Uribe, también miembro del CSS, señalaba que la superación del mexicano a nivel de «raza» *sic*, sólo se lograría a través de la modificación de algunos de

³⁷ Dictamen de la Comisión [...], 1909, p. 390. Las negritas son mías.

³⁸ Esta visión política de la niñez se extendió por toda América Latina. Al respecto, véase Sáenz, *op. cit.*, pp. 76-89.

³⁹ La referencia a la estadística resulta básica para ubicar y analizar el trabajo de los gabinetes antropométricos en el siglo XIX. En particular, debe destacarse la obra de A. Quetelet, *Traité de l'homme et le développement de ses facultés*, publicada en el año de 1842, en la que el autor desarrolla su noción de «hombre promedio». Toda la obra de los antropómetros del siglo XIX, comenzando por el influyente A. Bertillón, toman como punto de referencia inicial dicha obra. Al respecto, véase Lalvani, *op. cit.*, pp. 96-102 y Tagg, 1988, pp. 60-5.

los caracteres físicos de la etapa infantil, lo cual implicaba enriquecer la perspectiva médica con estudios de carácter antropológico:

En México, nuestra raza no es fuerte, ni mucho menos. La raza mexicana es débil por muchas circunstancias y la tarea de la educación física es tratar de que esos caracteres físicos mejoren más y más, que se llegue a suprimir esos factores que son nocivos para el desarrollo del niño y del adulto y que se llegue a educar de modo que pueda competir con los individuos de otras razas.⁴⁰

El Estado asumía de esta manera que el problema de la «degeneración» de la raza podía ser enfrentado en el terreno de la higiene escolar. Esta vocación gubernamental por transformar el destino de la nación, a partir de la transformación de las condiciones educativas construidas en torno a la niñez, constituye uno de los legados más significativos del régimen porfiriano. Desde la perspectiva de las élites, orientadas por el discurso evolucionista predominante, la infancia adquiriría por primera vez el rango de un asunto de prioridad nacional, en la medida en que el proyecto de transformación del país en una nación civilizada pasaba por la modificación sustancial de las características negativas de la «raza mexicana».

Un ejemplo significativo de este proceso, en la búsqueda de conexiones y vínculos entre la detección de irregularidades y desviaciones conductuales en la etapa de la infancia y la existencia de las llamadas razas «degeneradas», lo encontramos a nivel local en la obra del Dr. José de Jesús González, médico, pedagogo e higienista mexicano, quien, a principios del siglo XX, aplicó su bagaje evolucionista al estudio de la higiene escolar, compartiendo los resultados de sus investigaciones con pedagogos y maestros normalistas y utilizando en forma privilegiada la fotografía como instrumento científico para documentar sus revelaciones.

El Dr. González fue un miembro destacado de la Academia Nacional de Medicina de la república mexicana en las postrimerías del Porfiriato. Entre otras áreas, se especializó en los temas de higiene escolar y psicología infantil. A partir de 1912 impartió una serie de cursos sobre la psique infantil. Una recopilación de este material fue utilizado para la publicación de su texto *Los niños anormales psíquicos* en el año de 1914, con una serie de imágenes fotográficas que buscaban ilustrar sus argumentos.⁴¹

La obra del mencionado autor revela de una manera muy significativa el nivel de conciencia alcanzado por un sector de profesionistas locales respecto a los cambios profundos que se habían registrado en la disciplina pedagógica a nivel internacional a principios del siglo XX, con las aportaciones

⁴⁰ *Boletín de Instrucción Pública*, 1909, p. 439.

⁴¹ González, 1914.

académicas provenientes del campo de la psicología y su incidencia en una re-lectura de la naturaleza infantil:

La pedagogía mexicana empieza a seguir nuevos derroteros y a salir del rutinarismo en que ha caminado por siglos. Empieza a darse cuenta de que, si la educación debe ser integral, es decir, física, moral e intelectual, el educador necesita conocer tanto el desarrollo físico del niño y las leyes que rigen tal desarrollo, como el gradual desenvolvimiento psíquico de ese mismo niño, la época de la vida en que van manifestándose sus diversas facultades mentales y cómo va delineándose y afirmándose su carácter.⁴²

Una muestra concreta que avalaba la existencia de este relevo en las instituciones locales fue la incorporación de dos materias dentro del plan de estudios de la Escuela Normal. Se trataba de las asignaturas de «Higiene escolar», que enseñaba a «proteger y conservar la salud física de los educandos», y de «Psicología pedagógica», encargada de estudiar el «alma» del niño con los nuevos métodos de la observación y la experimentación.⁴³

En este contexto, la escuela resultaba la instancia más idónea para realizar el estudio de la psique infantil y su relación con la existencia de las razas «degeneradas» y con los vicios y los problemas sociales. Para González, fiel lector de los textos pedagógicos y psicológicos, y participante él mismo en algunos de los congresos nacionales e internacionales sobre estos temas, la psicología habría demostrado dos cosas fundamentales para el estudio de la psique infantil a principios del nuevo siglo: primero, que las facultades psíquicas de los niños, esto es, su capacidad de atención, memoria, inteligencia, carácter, voluntad, etc., resultaban diferentes en cada individuo, lo que obligaba a la realización de los estudios médicos y pedagógicos específicos; y, segundo, que así como se podía reconocer a las personas por sus rasgos físicos, también podían estudiarse los llamados rasgos del «alma», de tal manera que habría una correspondencia entre los rasgos físicos y los espirituales o mentales.⁴⁴

Así como resultaba factible obtener el promedio anual de la temperatura o de otros fenómenos, también era posible determinar la *media* mental, es decir, el tipo psíquico medio, gracias a los avances de la psicología infantil. Esto implicaba, entre otras cosas, el estudio de las características de los infantes que diferían del modelo de «normalidad» psíquica y que presentaban algunos desequilibrios e irregularidades que se manifestaban de manera empírica a través de distintos aspectos, como fallas y deficiencias en la atención

⁴² *Ibidem*, p. 11.

⁴³ *Ibidem*, pp. 28-30.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 35-47.

y la memoria; sin dejar de mencionar otro tipo de indicios relacionados con los comportamientos sociales, particularmente los casos de sífilis y de alcoholismo.

Aunque no existían en el país estadísticas confiables, a excepción de las iniciadas por el ya citado Departamento del Servicio Higiénico de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, el autor calculaba que los casos de infantes con desviaciones de los procesos «normales» representaban un porcentaje de entre un 1 y un 5% de la población escolar, lo cual justificaba el estudio a fondo de este tipo de problemas, como una «profilaxis» social contra el vicio, la criminalidad y la miseria.⁴⁵

La limitación principal de la disciplina pedagógica había residido en su naturaleza excesivamente teórica, que le había impedido un contacto empírico con los hechos. Para superar estas barreras, González proponía que los pedagogos trabajaran de manera conjunta con los psicólogos y los médicos, compartiendo los criterios de la mirada clínica de estos últimos: «[...] haremos en suma, lo que el estudiante de medicina en las clínicas: palpar, percudir, explorar al enfermo, deducir de esa exploración su estado morbooso y aplicarle el método terapéutico más eficaz para volverlo a la salud».⁴⁶

En México, la primera medida importante al respecto se había tomado en el año de 1908 con la promulgación del *Reglamento para la inspección de las escuelas primarias y kindergartens en el D. F.*, que en su artículo 51 señalaba claramente:

Para la determinación de los niños intelectualmente anormales y retardados se tendrán en cuenta las observaciones del maestro acerca de sus aptitudes mentales. Comprobado el diagnóstico desfavorable, el médico inspector, previa consulta con el Jefe del Servicio Higiénico Escolar, autorizará el pase del alumno a una escuela especial para retardados.⁴⁷

Estas medidas, tomadas por el régimen porfiriano, respondían también a un contexto internacional en el que la psicología y la higiene infantiles tenían un peso cada vez mayor dentro de las instituciones escolares en los países occidentales. Una expresión concreta de este proceso la encontramos en la celebración del ya mencionado Congreso Internacional sobre Higiene Escolar celebrado en París en 1910, en el que se aprobaron diversas medidas encami-

⁴⁵ *Ibidem*, p. 58. Estos objetivos vinculan de una manera directa el trabajo de nuestro autor con el de algunas obras destacadas de la criminología porfiriana, como el caso de *La génesis del crimen* de Julio Guerrero, publicada en el año de 1901, y en la que el autor buscaba las posibles causas de la criminalidad en México.

⁴⁶ González, *op. cit.*, p. 20.

⁴⁷ «Proyecto de reglamento para la inspección de escuelas primarias y kindergartens en el DF», en: *Boletín de Instrucción Pública*, 1910, p. 127.

nadas a impulsar este tipo de conocimientos sobre la naturaleza de los infantes entre los propios maestros: «[...] Que los alumnos, maestros y las alumnas maestras de las escuelas sean iniciados, en lo sucesivo, en el conocimiento de las anomalías mentales de los escolares y en los medios prácticos de mejorar a los anormales».⁴⁸

Para analizar y verificar el grado de retraso escolar respecto al nivel de desarrollo de las facultades mentales, se tomaba como parámetro el criterio del Dr. Cruchet, el reconocido médico francés del hospital-escuela de Bouscat, cuyos textos formaban parte de las referencias de la comunidad médica capitalina a principios del siglo XX y que establecía el criterio de considerar, como retraso escolar, un atraso de dos años con respecto a la edad biológica del pequeño paciente.⁴⁹

El estudio del diagnóstico de las causas del retraso en los infantes abarcaba, entre otros aspectos, la salud física, las perturbaciones mentales, las condiciones del medio escolar y la situación familiar, particularmente la pertenencia a familias con padres viciosos o con problemas de alcoholismo. La clasificación de los niños retrasados podía referirse a un psiquismo «normal», con problemas comunes, como la inasistencia escolar, la vagancia, las enfermedades y los conflictos sensoriales y de lenguaje; así como los pertenecientes a un psiquismo «anormal», con trastornos y perturbaciones más serias, como la imbecilidad, la debilidad mental y el idiotismo.

La infancia, convertida de esta manera en el futuro de la nación, representaba un lugar estratégico en el que convergían los peligros más terribles de una posible degeneración racial, así como las ilusiones y esperanzas sociales en el progreso y el bienestar colectivos. Una de sus manifestaciones más importantes fue la proliferación de estudios eugénicos que tuvo lugar en el país durante la segunda década del siglo XX.⁵⁰

Fotografía, familia y «degeneración»

La mirada médico-pedagógica recorrió un largo camino a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, cambiando los conceptos decimonónicos de la pedagogía tradicional y sus reflexiones abstractas en torno a la infancia, por una búsqueda más activa y empírica del personaje infantil como un sujeto de carne y hueso.

La fotografía desempeñó un papel de gran importancia dentro de este proceso. Acompañada por una aureola de científicidad y de progreso todavía

⁴⁸ «Informe sobre el III Congreso Internacional de Higiene. Dr. Manuel Uribe y Troncoso, en: *Boletín de Instrucción Pública*, 1911, p. 257.

⁴⁹ Cruchet, *op. cit.*, pp. 54-7.

⁵⁰ *Memoria del Primer Congreso Nacional del Niño*, 1921, pp. 53-86.

dominante a principios del siglo XX, documentó este pasaje y legitimó la argumentación evolucionista característica de los grupos hegemónicos en el período.

Este fue el contexto en el que se vinculó la producción fotográfica asociada con los dispositivos institucionales de la época, lo que dio lugar a un considerable conjunto de imágenes, el cual, no obstante su diversidad, encuentra su común denominador en su relación con el poder y las premisas culturales y científicas ya señaladas, que definieron y orientaron las características de sus ángulos, formatos y contenidos. En este sentido, la fotografía científica no se limitó a representar la realidad de una manera neutral, sino que contribuyó a crearla y a transformarla.

En el caso de Darwin, éste ya había dado muestras de la importancia estratégica que le asignaba tanto a la reflexión sobre la niñez, como a las imágenes y representaciones que se desprendían de ésta, cuando contrató al famoso fotógrafo O. G. Rejlander para el diseño y la realización de una serie de fotografías infantiles, que finalmente publicó en su texto *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*, en el año de 1872. Esta obra continuaba con la argumentación darwiniana en torno a la correlación existente entre los factores biológicos y los de orden emocional. Escrito trece años después del célebre *El origen de las especies* -para muchos la obra científica más importante e influyente del siglo XIX- continuaba los planteamientos acerca de la manera en que las características físicas de los seres vivos determinaban su comportamiento. En particular, Darwin buscaba las expresiones crudas e incontrolables de las emociones en los seres humanos, estableciendo una línea de continuidad entre los niños, los locos y los hombres primitivos. El común denominador entre estos grupos era el mismo: su incapacidad para controlar las emociones y su mayor grado de espontaneidad para expresarlas en diferentes contextos.

En noviembre de 1871, un desesperado Rejlander le escribía a Darwin respecto de su petición de obtener lo más pronto posible la fotografía de un niño llorando para ilustrar su texto «*One might get up scenes with the chance of taking it photographically, instantaneously, but not now -not now-. You ask more than I can do -at this time of the year- at least*». ⁵¹ El famoso científico requería la imagen del niño en cuestión para mostrar el movimiento muscular y poder ilustrar sus planteamientos del supuesto vínculo de la fisonomía infantil con los instintos de los hombres primitivos. Por su parte, la queja del artista se refería a las limitaciones técnicas de la fotografía, propias

⁵¹ *Unpublished Correspondence. O. Rejlander to Ch. Darwin*, citada en Prodger, 1999, pp. 259-60. «Uno puede obtener escenas con la posibilidad de tomarlas fotográficamente, instantáneamente, pero no ahora, -no ahora-. Usted me pide más de lo que puedo hacer -en esta época del año- al menos».

de principios de la década de los setenta, que le impedían satisfacer en el corto plazo las exigentes peticiones de Darwin. Pese a todo, al final obtuvo las imágenes, que fueron publicadas en el texto citado, adquiriendo de inmediato una gran popularidad, lo que contribuyó a la difusión de las ideas darwinianas.

La expresión de las emociones en el hombre y los animales constituye uno de los primeros libros científicos que recurrió a la fotografía para ilustrar sus planteamientos. La imagen que presentamos a continuación corresponde a la segunda ilustración del libro, lo que refuerza la importancia simbólica que le asignaba el propio Darwin. En su teoría, el científico consideraba que la observación de los gestos infantiles resultaba de gran importancia, en la medida en que para él los niños eran más espontáneos que los adultos y no controlaban sus gestos y movimientos, guiándose de una manera más directa por sus instintos, como los hombres primitivos. La fotografía, en este caso, pretendía asumirse como una prueba documental que ilustraba estos planteamientos y que permitiría la observación precisa y puntual del fenómeno.



Imagen no. 26

«Niño llorando»

La expresión de las emociones en el hombre y los animales.

Autor de la fotografía: O. Rejlander, 1872. New York Academy of Medicine.

Al año siguiente, Darwin escribió otro texto en el que reflexionó de una manera específica acerca de su propuesta teórica y su adaptación al estudio de la naturaleza infantil, desarrollando una serie de planteamientos y puntualizaciones derivadas de la observación empírica del desarrollo cotidiano de su propio hijo, las cuales se referían a aspectos relacionados con el surgimiento de la vista, la aparición del miedo y de otras sensaciones.⁵² El punto clave del artículo se refiere al momento en que el pequeño registra y capta el sonido que corresponde al nombre de su «nana». Esto representaba para el científico un signo muy claro de la vinculación de los infantes con los animales menos desarrollados, tesis que serviría de sustento para posteriores analogías entre los infantes y los hombres primitivos:

Before he was a year old, he understood intonations and gestures, as well as several words and short sentences. He understood one word, namely, his nurse's name, exactly five months before he invented his first word mum ; and this is what might have been expected, as we know that the lower animals easily learn to understand spoken words [...] Infants, when suffering slight pain, moderate hunger, or discomfort, utter violent and prolonged screams. Whilst thus screaming their eyes are firmly closed, so that the skin round them is wrinkled, and the forehead contracted into a frown. The mouth is widely opened with the lips retracted in a peculiar manner, which causes it to assume a squarish form.⁵³

Por lo que toca al contexto mexicano, este tipo de imágenes y representaciones de la infancia se vincularon al dispositivo escolar montado por el régimen porfiriano. En lo que se refiere a los exámenes escolares practicados en las escuelas mexicanas, cabe decir que algunos de ellos iban acompañados de fotografías que daban cuenta de los métodos utilizados y de la reconstrucción de los pasos seguidos en el cumplimiento de la observación médica de los pequeños educandos convertidos en pacientes. Estas imágenes acompañaban a los informes oficiales, como una prueba documental que buscaba legi-

⁵² El artículo lleva por título: *A Biographical Sketch of an Infant* , escrito en el año de 1873. Actualmente puede ser consultado en: *Developmental Medicine and Child Neurology*, v. 13, no. 15, suppl. 24, London, 1970, pp. 1-8.

⁵³ *Ibidem*, p. 8. «Antes de cumplir un año comprendía entonaciones y gestos, así como varias palabras y oraciones cortas. Entendía una palabra, a saber, el nombre de su nana exactamente cinco meses antes de que inventara su primera palabra *mamá* y esto era lo que se podía haber esperado, ya que sabemos que los animales menores fácilmente aprenden a entender palabras habladas [...] Los niños, cuando sufren un dolor ligero, hambre moderada o incomodidad lanzan gritos violentos y prolongados. Mientras gritan sus ojos están firmemente cerrados de tal manera que la piel que los rodea se arruga y la frente se contrae hacia el ceño. La boca está ampliamente abierta con los labios retraídos en una forma peculiar que la hace parecer casi cuadrada».

timar el rigor científico de las nuevas ideas sobre la niñez y que formaba parte del proyecto gubernamental, que asumía el tema de la infancia como una de sus prioridades.

No resulta casual que algunas de estas fotografías hayan formado parte de exhibiciones públicas organizadas por el gobierno en congresos nacionales e internacionales. Por el contrario, constituyen una muestra de esta voluntad del poder estatal que veía en la fotografía un instrumento eficaz para el cumplimiento de sus objetivos propagandísticos.



Imagen no. 27

El exámen médico de los alumnos.

Boletín de Instrucción Pública,
Secretaría de Instrucción Pública y
Bellas Artes, 1909.

Archivo Histórico de la Secretaría de
Educación Pública.

En estas imágenes destaca la figura del médico-inspector, que se encuentra vestido de civil y ejecuta con profesionalismo todo el exámen, entrevistando a la madres de familia, revisando minuciosamente a las pequeñas, explorando y auscultando sus cuerpos o escuchando los latidos de sus corazones, con la ayuda del estetoscopio. Todo el ritual se cumple ante la presencia vigilante de la progenitora en cuestión y la mirada solícita de la maestra, que se dispone a auxiliar al especialista.

El sector de los médicos fue consolidando una identidad que le permitió competir y desplazar a otros adversarios todavía muy poderosos, como las parteras y los curanderos, en su lucha por obtener un consenso y una hegemonía en la definición de los problemas de salud pública. Una investigación reciente ha mostrado cómo dicho sector fue «inventando» una tradición, que se remontaba a la praxis de la mirada clínica francesa. El uso de este tipo de fotografías y, en particular, las representaciones de las figuras de los médicos, pueden ser analizadas como parte fundamental de este proceso.⁵⁴

⁵⁴ Agostoni, 2001.



Imagen no. 28

El exámen médico de los alumnos.

Boletín de Instrucción Pública,

Secretaría de Instrucción Pública y
Bellas Artes, 1909.

Archivo Histórico de la Secretaría de
Educación Pública.

A través de estas representaciones se apuntala la idea del niño como objeto de estudio, con la observación médica asentada en el espacio escolar. Familia y escuela, las dos instancias de control y socialización que se habían consolidado a lo largo del siglo XIX, proporcionan el marco legitimador de la presencia del especialista, quien a partir de ese momento tenía la autoridad para explorar los cuerpos y las mentes infantiles, para así tomar decisiones respecto de su posible salud o enfermedad, detectando anomalías y señalando desviaciones e irregularidades.

La fotografía contribuyó de esta manera al reforzamiento propagandístico del uso de la escuela en el cuidado de la salud y la detección de la enfermedad, pero sólo como el marco idóneo para la praxis de la autoridad médica, que se define, en estos escenarios, como la figura clave en el cuidado de los infantes, especialmente en la detección y el nombramiento de las enfermedades que los aquejaban. Al respecto, conviene destacar un elemento muy significativo para la lectura e interpretación de estas imágenes: la instancia político-institucional que promovió la realización de las inspecciones médicas fue la Secretaría de Instrucción y Bellas Artes. Este dato nos remite a la importancia de esta mirada educativa y a su impulso, ya mencionado, por parte del régimen. Asimismo, nos indica de qué manera la higiene escolar se convirtió en el espacio aglutinador de las nuevas ideas y prácticas, de cómo la figura del médico comenzaba a trascender a principios del siglo XX el espacio institucional del hospital para acercarse a una población infantil de una manera ordenada y sistemática gracias a la difusión del aparato escolar.

La lista de la aplicación de los exámenes médicos, acompañada de algunas fotografías como las que se analizan en este trabajo, formó parte del pabellón mexicano que se exhibió en los Campos Elíseos, en el marco de la celebración del III Congreso Internacional de la Higiene, que tuvo lugar en París en agosto de 1910. Esta muestra nos indica la importancia asignada a la fotografía dentro del nuevo horizonte médico-pedagógico y la imagen que las autoridades locales deseaban proyectar en el extranjero.⁵⁵

La documentación del «tipo físico» del niño mexicano estaba en marcha y se había iniciado con la aplicación ya descrita de los primeros exámenes individuales. Sin embargo, las metas y objetivos del propio Servicio Higiénico exigían explorar más profundamente y desarrollar iniciativas más audaces que arrojaran resultados más significativos. Tanto la difusión de la existencia del Servicio Higiénico, como el cuestionamiento en torno al posible estatus del pueblo mexicano como una «raza degenerada» y la necesidad de estudiar los cuerpos infantiles como los posibles portadores de esta «degeneración» tuvieron una amplia cobertura en las páginas de la prensa, que con la ayuda de fotograbados y otras ilustraciones difundió esta cruzada médica entre un público más amplio, convirtiéndola en una reivindicación patriótica. Las imágenes se encargaron de familiarizar a los padres con las nuevas metodologías, así como de reforzar esta legitimación de la figura del médico como la única autorizada para explorar y detectar las enfermedades y desviaciones de la etapa infantil. Los distintos aparatos e instrumentos de la exploración clínica formaban parte de la supremacía médica y eran exhibidos en las ilustraciones.

La prensa proporcionó una cobertura amplia a las actividades del Servicio Higiénico. En estos casos, el discurso periodístico no entró en contradicción con el de los médicos y las autoridades educativas. Por el contrario, la mirada «divulgadora» complementa aquí a la «especializada». Un fotograbado muestra al propio «Dr. Cosío reconociendo a una niña», mientras en un dibujo puede apreciarse la realización de un examen de la vista a otra pequeña. Como en pocas ocasiones, puede observarse la dimensión nacional asignada a la tarea de los especialistas, remarcada por el énfasis de los titulares de la prensa. La imagen profesional del médico rebasa el contexto académico y se transforma en noticia. El subtítulo de la nota así lo indica: «Deben ayudar al Ministerio en su obra humanitaria por ser de interés nacional».

La polémica desatada entre médicos y autoridades educativas al interior del Ministerio de Bellas Artes encuentra aquí una resonancia nacional debido al reportaje fotográfico. La mirada «divulgadora» resalta la figura del médico y la rodea de una aureola patriótica en el delicado esfuerzo de investigar acerca de la supuesta degeneración racial del pueblo mexicano. Al mismo

⁵⁵ Al respecto, véase: «Informe sobre el III Congreso Internacional de Higiene». Dr. Manuel Uribe y Troncoso, en: *Boletín de Instrucción Pública*, 1911.



Imagen no. 29
Interesa a los padres fijarse en la bondad del nuevo servicio higiénico escolar.
El Imparcial, 25 de noviembre de 1908. B. Lerdo.

tiempo, muestra gráficamente que la respuesta simbólica a este tipo de interrogantes no provenía de reflexiones filosóficas y argumentos teóricos, sino de un mundo mucho más empírico y terrenal, ligado a los instrumentos y las herramientas diarias del quehacer médico, representados en este caso por la novedad científica de microscopios, estereoscopios y otros utensilios.



Imagen no. 30
¿Es el pueblo mexicano una raza degenerada?
El Imparcial, 8 de enero de 1909. Biblioteca Lerdo.

En este marco hay que ubicar la fundación de un departamento antropométrico dentro de la misma Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes así como la elaboración de los primeros exámenes de esta naturaleza, que implicaban un grado mayor de dificultad, en la medida en que, por un lado, se requería de técnicos y profesionistas especializados en los nuevos saberes y técnicas y, por el otro, no se podían difundir indiscriminadamente entre la población escolar, pues su aplicación requería del consentimiento de los padres.

La sección de Fisiología Experimental de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes investigó, a partir de abril de 1908, los promedios anatómicos y funcionales de los niños mexicanos. Para ello se incorporaron diversos instrumentos, entre los que sobresalen un aparato radioscópico, otro ortodiográfico y un antropómetro. Entre diciembre de 1908 y abril de 1911 se practicaron 276 exámenes antropométricos en el Hospicio de Pobres, la mayor parte de ellos se aplicaron a infantes del género masculino (266 niños y 10 niñas).⁵⁶ En septiembre de este último año ocupó la dirección el Dr. Nicolás León, profesor de Antropología en el Museo Nacional, quien incorporó más aparatos de París y fortaleció las actividades del departamento con la aplicación de un mayor número de exámenes. El procedimiento seguido para obtener las medidas y los perfiles antropométricos estaba previsto con una gran rigurosidad, según los criterios vigentes en la época:

Con el niño sobre el antropómetro, colocado de una manera que coincida, sin forzarlo, su eje longitudinal con el eje central del aparato, se le inmoviliza y fija con clavijas dispuestas alrededor del tronco y de los miembros; en seguida se recorre todo el contorno del cuerpo con el pequeño estilete que lleva en su ángulo recto una escuadra, trazando así el perímetro con absoluta fidelidad.⁵⁷

Los comentarios y observaciones que acompañaban a estos procedimientos eran expuestos a través de un lenguaje que descansaba sobre presupuestos y medidas geométricas con pretensiones de objetividad, precisión y exactitud, en un contexto en el que la mayor parte de las veces los adjetivos desaparecían o eran desplazados por trazos geométricos y fórmulas matemáticas que marcaban los límites y los encuadres de las nuevas interpretaciones científicas. La representación del cuerpo infantil también pasaba por este tipo de diagramas y de proyecciones.

Resulta importante señalar que, desde la perspectiva positivista predominante en la época, este tipo de fotografías cumplían de manera cabal con el

⁵⁶ «Investigación de los promedios anatómicos y funcionales de los niños mexicanos, según sus diversas edades», en: *Boletín de Instrucción Pública*, 1909, pp. 532-54.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 545.

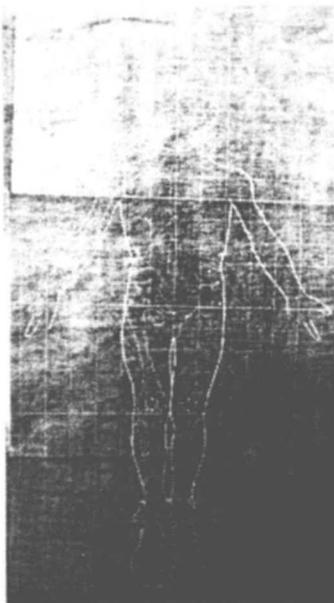


Imagen no. 31
Cédula Antropométrica (Detalle).
Boletín de Instrucción Pública.
Secretaría de Instrucción Pública y
Bellas Artes, 1910.
Archivo Histórico de la Secretaría
de Educación Pública.

sueño ilustrado de acceder a un idioma universal. En este sentido, estas imágenes se ligaban al lenguaje abstracto de las matemáticas y pretendían reducir la naturaleza humana a su esencia geométrica.⁵⁸

Tenemos aquí representada una vertiente significativa de la fotografía científica a principios del siglo XX. En esta lógica, este tipo de imágenes fueron utilizadas por los médicos y profesionistas para la difusión de las nuevas propuestas antropométricas. Las fotografías no sólo avalaban y legitimaban el carácter científico subyacente en las propuestas, sino que contribuían a esclarecer y difundir métodos que no eran conocidos ni de fácil comprensión, incluso entre la mayoría de los miembros de la comunidad de académicos, profesionistas y especialistas.

El nuevo tipo de imagen no sólo propagó las nuevas ideas, sino que contribuyó a estructurarlas, a conformarlas, al convertirse en el vehículo privilegiado para sus expresiones y manifestaciones; la fotografía de carácter antropométrico se aplicó desde mediados del siglo XIX en los gabinetes carcelarios, como parte de un perfil y una mirada criminológicos, que asociaban los rasgos morales y psíquicos de los delincuentes y los infractores con sus respectivas fisonomías. Las imágenes contribuyeron de esta manera a la creación de una cultura visual en la que la discusión sobre la existencia de razas «degeneradas» y la descripción de sus rasgos físicos ocupó un lugar destacado.⁵⁹

⁵⁸ Sekula, *op. cit.*, pp. 17-32.

⁵⁹ Alphonse Bertillon fue el creador de un famoso sistema de identificación de criminales, el cual fue retomado por la mayor parte de los departamentos de policía occidentales de la época. Las premisas básicas de su obra están presentes en los diversos trabajos fotográficos ejecutados en las instituciones de control social, como cárceles y manicomios, e incluso en otras de carácter científico y educativo, como los hospitales y las escuelas.

En el contexto mexicano, el concepto también tuvo una difusión y una aplicación bastante amplia, que encontró su punto de referencia obligado en el campo de la criminología:

Las explicaciones basadas en mecanismos genéticos tenían el mayor prestigio científico. Todo se podía transmitir de padres a hijos: fisonomía, gustos de debilidades y costumbres. La noción de «degeneración» era particularmente efectiva, porque fundía explicaciones y descripciones biológicas con las clasificaciones morales que situaban a los ciudadanos en una escala cuyos peldaños más bajos eran criminales, prostitutas y mendigos. La noción también era útil porque permitía ligar los sectores individual, familiar y nacional de la observación.⁶⁰

Este bagaje evolucionista impregnó tanto el diseño como la aplicación y el uso de las fotografías escolares antropométricas, que deben ser leídas a partir de las propuestas teóricas que las sustentaban. En este caso, la búsqueda del «tipo físico» mexicano, para documentar su carácter inferior y su pertenencia a razas «degeneradas», orientaba claramente este tipo de trabajos.

Las imágenes de los exámenes individuales aplicados en las escuelas pasaban por el filtro de la familia y contaban con la aprobación de la vigilancia materna. Sin embargo, en los casos de la fotografía antropométrica esto último resultaba innecesario, toda vez que la población seleccionada para la aplicación de este tipo de investigaciones de carácter antropométrico no provenía de alguna escuela pública o particular, sino del Hospicio de Pobres, una institución de origen borbónico, que a principios del siglo XX dependía directamente del Estado porfiriano y que facilitaba la intervención médica sin testigos incómodos que pudieran obstaculizar el proceso.⁶¹

Como muestra de lo anterior, revisemos la fotografía de una cédula antropométrica aplicada en esta institución. Dicha imagen representa la técnica carcelaria de las típicas imágenes de frente y de perfil del sujeto recluido, que en este caso no es un reo o un paciente, sino un pequeño interno de unos 10 años de edad. Las imágenes están acompañadas de una serie de datos numéricos que representan algunas mediciones de las distintas partes del cuerpo, haciendo un énfasis particular en lo que respecta a las dimensiones craneales. También se incluyen en la cédula un par de diagramas con trazos geométricos que se refieren a esta parte del cuerpo.

⁶⁰ Piccato, 1997, p. 160.

⁶¹ El Hospicio de Pobres constituye una de las expresiones más significativas de un cambio histórico de percepción de las nociones de lo público y lo privado en el México porfiriano, caracterizado por el endurecimiento familiar frente a los niños «ilegítimos» ya mencionado. Un acercamiento a esta institución y su funcionamiento durante este período puede consultarse en: Blum, *op. cit.*



Imagen no. 32
Cédula antropométrica.
Boletín de Instrucción Pública.
Secretaría de Instrucción Pública y
Bellas Artes, 1910.
Archivo Histórico de la Secretaría
de Educación Pública.

A continuación presentamos una serie de fotografías utilizadas por el Dr. José de Jesús González. Dichas imágenes se vinculan con la consolidación a nivel internacional de una psicología infantil que en la primera década del siglo XX utilizaba categorías de carácter evolucionista y se apoyaba en estudios antropométricos validados y legitimados en prácticas empíricas llevadas a cabo bajo la orientación de diversos departamentos de higiene escolar. Todas ellas ilustraban el texto del autor, que fue utilizado como parte de los cursos que éste dictaba en la Escuela Normal para Maestros en el año de 1914.



Imagen no. 33
Familia con débil mental.
Los niños anormales psíquicos.
José de Jesús González, 1914.
Escuela Nacional de Medicina.

La primera fotografía citada para el presente estudio nos remite, en principio, al conocido género de las *tarjetas de visita*, que reforzaba la idea de la «respetabilidad» y la «unidad» familiar, en este caso a través de una pareja de esposos que posan frente a la cámara acompañados de sus 5 hijos. El padre, sonriente, abraza a dos de ellos, mientras que la madre, con semblante serio y rígido, carga a una pequeña de meses y abraza al hijo mayor.

Resulta muy significativa la posible lectura que se desprende de esta imagen al ubicarla en un marco distinto al de su origen estrictamente familiar para ser utilizada como una posible ilustración de una serie de argumentos médicos y pedagógicos. En efecto, al ser incorporada la fotografía al contexto de una interpretación específica -la argumentación científica sustentada por el Dr. González-, su lectura anterior como *tarjeta de visita* quedaba supeditada al código de interpretación sugerida por el especialista y compartida en mayor o menor medida por los nuevos destinatarios, que ya no eran los familiares o amigos de la pareja en cuestión, sino, en este caso, un grupo más amplio, integrado por médicos, pedagogos y profesores normalistas.

En esta ocasión, el «anclaje»⁶² o pie de foto nos detalla de manera sintética la intención del autor de la publicación, que proporciona el marco clínico «correcto» para leer la imagen: «El primogénito (nacimiento prolongado y difícil) es débil mental, presenta cabeza oxicefálica, padece atrofia de los nervios ópticos con 0. 1 de agudeza visual. **Los demás hijos, como se ve, son normales**».⁶³ La posible lectura e interpretación de la imagen ha experimentado una resignificación y se ha centrado aquí en el marco de las observaciones sustentadas por el especialista, que ha convertido al hijo mayor (figura de la extrema izquierda en la foto) en el «punctum»⁶⁴ o centro de atención de la propuesta, al contrastarlo como la única persona del grupo familiar que pertenecía al territorio clínico de la «desviación» o la «anormalidad».

Resulta muy importante destacar el hecho de que el médico apelara a la simple percepción visual del lector para verificar un *status* de normalidad. Lo que el especialista señalaba como algo que debiera ser «obvio» y/o «natural» era en realidad producto de un largo trabajo ideológico de sistematización de la medicina y la pedagogía correspondiente a la segunda mitad del siglo XIX: la construcción de un concepto de «normalidad» a partir de una serie de criterios médicos a lo largo del siglo.

Una segunda fotografía nos ilustra respecto a la difusión de este tipo de ideas y nos muestra un acercamiento de carácter antropométrico a un pequeño de 10 años captado de frente y de perfil. Su nombre y biografía se omiten en el texto.

⁶² Barthes, *op. cit.*, pp. 23-34.

⁶³ González, *op. cit.*, p. 72. Las negritas son mías.

⁶⁴ Barthes, *op. cit.*, pp. 33-4.

o, y por lo mismo, los diámetros anteroposterior y lateral son menos diferentes que en los cráneos dolicocefálicos. Entre los dos puntos extremos, hay formas intermedias.



Figura 2. A. Mesocéfalo (Observación del autor)
Figura 2. B. Dolicocefalo (Observación del autor)
designan bajo el nombre de mesocéfalos. Las figuras dan una clara idea de lo que trato de describirlos. (Fig. 3)

Imagen no. 34

Niño con cráneo «dolicocefalo».

Los niños anormales psíquicos.

José de Jesús González, 1914.

Escuela Nacional de Medicina

Las llamadas «cartas antropométricas» comenzaron a ser utilizadas con fines clínicos en el Hospicio de Pobres de la ciudad de México desde finales del Porfiriato. Dichas cartas encuentran su antecedente más relevante en la fotografía carcelaria que retrataba a los sujetos de frente y perfil y que fue utilizada por parte del Estado mexicano desde mediados del siglo XIX.⁶⁵

El «anclaje» guía y delimita el marco clínico de la lectura de la imagen. En esta ocasión alude a la clasificación de la cabeza del pequeño, cuyo cráneo en forma de elipse recibe el nombre de «dolicocefalo», evidenciando la influencia ya señalada de los trabajos de Lavater y, sobre todo, de Franz Joseph Gall. Lo único relevante aquí es precisamente la referencia al tipo de cráneo, base fisiológica a partir de la cual el autor detectará la presencia de una serie de estigmas físicos, supuestamente característicos de las razas «degeneradas». La biografía del pequeño en cuestión ha desaparecido y en su lugar sólo permanecen los signos de la enfermedad.

Resulta interesante señalar que así como en el género de las *tarjetas de visita* el individuo se convierte en estereotipo al servicio de un reconocimiento social, en este tipo de fotografía antropométrica los rasgos personales del individuo desaparecen de nueva cuenta. La identidad del pequeño se ha diluido, en su lugar encontramos el retrato de la enfermedad como una entidad.

Finalmente, una tercera fotografía nos ofrece un acercamiento de frente a una niña de 9 años que aparece sentada en una silla, en un formato no muy distinto del de las ya mencionadas tarjetas, que nos muestra al mismo tiempo un acercamiento al rostro de la pequeña, no muy frecuente en las tarjetas regulares.

⁶⁵ Casanova y Debroise, *op. cit.*, p. 37.

criminólogo Alphonse Bertillón, cuyo sistema aplicó el uso de la fotografía para el reconocimiento de algunos signos corporales, entre los que destacaba la clasificación de distintos tipos de oídos.⁶⁸

El historiador Carlo Ginzburg ha relacionado el interés de Bertillón con los intentos del crítico Giovanni Morelli, a finales del siglo XIX, por construir un modelo teórico de estudio en la historia del arte basado en el reconocimiento de los oídos, como parte de una ubicación de los pequeños signos y detalles de las obras para reconocer los estilos de los artistas. Otros personajes fascinados por éste «paradigma» en la misma época habrían sido, según la sugerente perspectiva del historiador italiano, el creador del psicoanálisis y el detective Sherlock Holmes.⁶⁹

La mirada médico-pedagógica contribuyó a la creación y difusión de una extensa serie de representaciones de la niñez que permitieron un acercamiento diferente a los cuerpos y las mentes infantiles convirtiendo a esta etapa en un objeto de estudio que trascendió los círculos académicos y se vinculó con intereses y preocupaciones más amplias. La contribución de esta mirada y su penetración en el dispositivo institucional escolar, a principios del siglo XX, formaron parte de un proceso de medicalización de la población que permitió consolidar las bases de un espacio público y secular para reflexionar sobre los problemas de la infancia. Debido a lo anterior, tanto esta mirada como otros saberes modernos, representados por la biología y la psicología infantil, privilegiaron la infancia como objeto de estudio, a través de la intervención institucional y la investigación científica.

La niñez quedó convertida, así, en la etapa más importante del desarrollo del individuo, construyéndose una plataforma básica que retomarían Freud y Piaget, entre otros autores pilares del estudio de la infancia en el siglo XX. El interés por esta etapa se vería reforzado por los diagnósticos evolucionistas en torno a la supuesta degeneración de la raza, ya que, de acuerdo con los presupuestos científicos vigentes en la época, las distintas anomalías e irregularidades raciales ocurrían durante la infancia.

La mirada criminológica positivista retomó todos estos aspectos y los utilizó en los gabinetes antropométricos. De esta manera se fue creando la cultura visual, cuyas imágenes y representaciones retomaron la medicina pedagógica de principios del siglo XX. Esta «guerra de las representaciones»⁷⁰ tuvo su expresión no solamente en los medios académicos o educativos ligados al mundo de la medicina y la pedagogía. Como veremos en la tercera parte de esta investigación, la inserción de la fotografía en el espacio de la prensa modificó las reglas de la percepción de estas imágenes y alcanzó a sectores mucho más amplios y heterogéneos.

⁶⁸ Bertillón, 1890, pp. 43-6.

⁶⁹ Ginzburg, 1983, pp. 43-51.

⁷⁰ Sekula, *op. cit.*, p. 40.

TERCERA PARTE
LA MIRADA DIVULGADORA:
LA NIÑEZ EN LA PRENSA Y LAS REVISTAS ILUSTRADAS

CAPÍTULO 4

LAS DIVERSAS REPRESENTACIONES DE LA INFANCIA

Las imágenes fotográficas de la niñez que se difundieron en la prensa y los *magazines* a finales del siglo XIX y en los primeros años del XX, siguieron diversas líneas temáticas, vinculadas todas ellas con preocupaciones políticas y culturales de los grupos dominantes. Pese a todo, no constituyeron un mero reflejo de la problemática socioeconómica, ni sirvieron únicamente para legitimar la política institucional del régimen en turno; sino que, por el contrario, desempeñaron un papel muy activo que incidió de manera distinta sobre los grupos sociales más heterogéneos, con una carga simbólica importante, que además de complementar los mensajes de los textos escritos, en ocasiones, los desplazó a funciones marginales o secundarias.

La fotografía no es solamente una representación visual, también constituye una tecnología con sus propias características semióticas y materiales. En el caso de la foto ligada a la prensa, debe rescatarse en todo momento para el análisis el soporte material e ideológico que la sustenta, vinculado con cierto nivel de desarrollo tecnológico y a una trama de poder específica que caracterizó las relaciones sociales en el Porfiriato.¹

Por ello, y tratando de indagar en los significados y contextos culturales de las imágenes y de analizar su influencia en la formación de conceptos e ideas en torno a la infancia, me acercaré a algunos de los universos visuales esbozados por la prensa y los *magazines* de la época. Como resulta comprensible, se trata de un universo acotado generalmente por la visión del mundo y por la lectura hegemónica de los grupos en el poder.

Las imágenes existentes sobre la última década del siglo XIX –tanto las publicadas en los periódicos como aquellas que no lo fueron– nos presentan

¹ «La fotografía de prensa se manifiesta en el periódico como si fuera un texto autónomo que entra en interrelación con otros textos escritos. La fotografía de prensa no es cualquier texto, sino que aparece como un texto visual cuya misión es vehicular un mensaje informativo o publicitario. Por tanto, la estructuración visual de este mensaje se organiza de acuerdo a un modelo de producción de los contenidos que influyen directamente en su lectura y comprensión». Vilches, 1993, p. 80.

dos Méxicos muy distintos: el primero, muy débilmente ilustrado por lo «poco importante» que podía ser, y sobre todo, sumergido en el aletargamiento que consigo trae la pobreza extrema de una buena parte de sus habitantes; el segundo, un México en pleno auge por su riqueza territorial, que se reflejaba en el centralismo propio de la capital de la república.²

En lo que toca a la primera década del siglo XX, se puede señalar que el filtro de la lectura de los grupos hegemónicos se mantuvo y es evidente que las representaciones de la infancia se diversificaron. El universo visual de las élites porfirianas, cerrado y excluyente, fue rebasado gradualmente por la intensificación de los conflictos políticos y sociales y la incorporación de nuevos actores sociales.

Las representaciones de la infancia del período reflejan esta transición en las páginas de la prensa. En este capítulo abordaré un extenso arco que va desde los niños «inocentes» de las élites porfirianas, pretendidamente asépticos y asexuados, hasta los niños trabajadores y marginados, cuyas imágenes provocaron la irritación de las buenas conciencias y los intentos de censura del régimen, pero al mismo tiempo contribuyeron a la sensibilización de una opinión pública minoritaria e incipiente.

La construcción de la inocencia

La imagen fotográfica en torno a la «inocencia» infantil predominante a finales del XIX en Occidente está vinculada con la visión romántica creada en el terreno plástico un siglo atrás por una generación de artistas británicos que comprende, entre otros, a Reynolds, Lawrence, Gainsborough y a Banks. Dicha representación adquirió distintas manifestaciones que iban desde niños vestidos con ropa diseñada especialmente para ellos hasta infantes acompañados de mascotas y juguetes, entre otras modalidades que alcanzaron un gran éxito de difusión comercial y que fueron retomadas por las élites en la segunda mitad del siglo XIX:

The first great movement in the visual history of childhood innocence was led by elite eighteenth -century British portrait painters [...] These painters introduced a new vision of the child, a set of visual signs brilliantly embedded in individual pictures, and so basic they could inform all future pictures. I call this vision, this collective image, Romantic childhood.³

² Rojas, *op. cit.*, p. 57.

³ Higonnet, *op. cit.*, p. 9: «El primer gran movimiento en la historia visual de la inocencia de la niñez fue encabezado por la élite de retratistas ingleses del siglo dieciocho. Estos pinto-



Imagen no. 36
La edad de la inocencia.
Joshua Reynolds, 1788.
Plymouth City Museum and Art Gallery.

La fotografía no sólo heredó esta tradición plástica, sino que la enriqueció y la difundió entre sectores mucho más amplios. En la culminación de este proceso, las revistas y los *magazines* de principios del siglo XX se encargaron de reforzar estos elementos, integrándolos a una clase social específica.

Los grabados y las fotografías convivieron en las páginas de las revistas ilustradas porfirianas para exaltar la figura del «rey» bebé, convertido en el nuevo objeto de culto de la familia nuclear urbana. El niño de las clases media y alta porfirianas representaba uno de los símbolos por excelencia de una inocencia y una pureza «naturales», cuyo bienestar debía protegerse. Estos valores tienen su correspondencia en las imágenes. Así, los retratos de estos niños pretendían borrar en algunos casos las diferencias de género y los presentaban como seres asexuados e inmaculados, sin la menor huella de corrupción.

res introdujeron una nueva visión del niño, un grupo de señales visuales brillantemente incorporadas a los retratos individuales y tan básicas que podían informar a todos retratos futuros. Yo llamo a esta visión, a esta imagen colectiva, la niñez romántica».



Imagen no. 37

El Rey Bebé.

El Mundo Ilustrado, 18 de marzo de 1900, p. 6.

Biblioteca Lerdo.

Imagen no. 38

Dos purezas.

El Mundo, 27 de septiembre de 1896. Biblioteca Lerdo.



Uno de los espacios privilegiados para la representación de este tipo de infantes fue el de los exitosos concursos de «belleza» para niños y niñas organizados por algunas revistas ilustradas. La siguiente composición combina armoniosamente el grabado y la fotografía al presentar a algunos concursantes cuya edad abarcaba de los 2 a los 4 años. La mayor parte de las imágenes corresponde a lo que Karen Calvert ha denominado el modelo del niño «andrógino», que suaviza estas diferencias genéricas.⁴ Asimismo, se enfatiza la

⁴ Calvert, 1992, p. 109. «If children were angelic, then it followed that they were also asexual and androgynous, innocent of the ways of the flesh. By favoring a custom exclusive to children but inclusive of both boys and girls, parents created an image of childish asexuality that concurred with their image of childlike innocence and purity». «Si los niños eran angeli-

importancia de los apellidos, que nos remiten al estatus familiar, tan importante para estos grupos sociales durante el Porfiriato. Las citas van desde los «Arcaraz y Gordon» hasta los «Bolaños Cacho».⁵



Imagen no. 39
Concurso de niños. Grupo de 2 a 4
años de edad.
El Mundo Ilustrado, 8 de marzo de
1896, p. 3.
Biblioteca Lerdo.

Las representaciones fotográficas de este tipo de infantes continuaron maquillando la realidad y adecuándose a los códigos morales y a los modelos estéticos propios de los grupos privilegiados ya fijados en las *tarjetas de visita* de los sesenta. Todo ello, a pesar de haber alcanzado innovaciones tecnológicas importantes en la década de los noventa, como las ya mencionadas instantáneas o el proceso de impresión del «medio tono», que hubiesen permitido un acercamiento más dinámico a la realidad:

Así pues, durante el porfirismo la idealización y la complacencia pedida a la fotografía de estudio fue extensiva a la instantánea y a las películas cinema-

cales, entonces seguía que eran también asexuados y andróginos, inocentes respecto de las formas de la carne. Favoreciendo este hábito exclusivo de los niños, pero incluso de niños y niñas, los padres crearon una imagen de niñez asexuada que correspondía con su imagen de la apariencia infantil inocente y pura».

⁵ Barceló, 1999, pp. 71-7, señala en una reciente investigación sobre el comportamiento de las élites porfirianas la enorme importancia que éstas depositaban en sus apellidos como símbolos de poder: «La preocupación por el apellido y el linaje fue constante entre las familias prominentes. No sólo les importaba la fortuna sino también la alcurnia de los antepasados. [...] Este grupo privilegiado concebía el linaje simultáneamente como un derecho y un deber. En la medida que se le asociaba la idea de virtud, de superación moral, implicaba el derecho a ser respetado por los demás, a gozar del prestigio que se otorga a quienes aparecen como mejores».

⁶ De los Reyes, *op. cit.*, p. 1812.

⁷ Badinter, 1991.

tográficas, que evitaron conscientemente captar aquellos aspectos de la realidad que dejaban un sabor agrio y amargo en el paladar estético.⁶

Como ha mostrado Badinter, este concepto de niñez se vincula con la construcción histórica de una visión moderna de maternidad, que vino acompañada por un despliegue de juguetes, vestidos y mobiliarios, importados de Europa y los Estados Unidos y especialmente diseñados para los infantes de estos grupos sociales.⁷ Si el vestuario apoyaba el modelo «andrógino», que suavizaba o eliminaba las diferencias sexuales, los juguetes, por el contrario, estaban diseñados para cada uno de los dos géneros y diferenciaban los límites que los adultos esperaban entre uno y otro sexo:

Los juguetes modernos muchos, traídos de Europa y Estados Unidos, eran frecuentemente lujosos e ingeniosos [...] Habían muñecas articuladas y parlantes, barcos provistos de verdaderas calderas, cajas para experimentos eléctricos, ferrocarriles mecánicos provistos de túneles, discos, estaciones y agujas.⁸

Los *magazines* de la época incorporaron grabados y fotografías que mostraban frecuentemente a estos pequeños junto con la servidumbre y dentro del ambiente material construido a su alrededor para su entretenimiento. Las acciones de los pequeños poseían, por lo general, un carácter pretendidamente trivial que los ligaba artificialmente al mundo inocuo de la travesura.



Imagen no. 40
La sorpresa
El Mundo Ilustrado, 12 de
junio de 1904.
Biblioteca Lerdo.

⁸ Barceló, *op. cit.*, p. 186. Por su parte, Calvert, *op. cit.*, pp. 110, señala lo siguiente: « [...] as costume became more androgynous, toys seemed an ideal means by which to identify and encourage socially correct behaviour for boys and girls». «Mientras la costumbre se tornó más andrógina, los juguetes parecían el medio ideal para identificar y apoyar el comportamiento correcto para niños y niñas». Un buen indicador de este proceso, fue la aparición en la prensa capitalina de los catálogos de juguetes de algunos almacenes comerciales, como el de El Puerto de Liverpool, en el año de 1905. Al respecto, véase *El Imparcial*, 18 de diciembre de 1905, p. 8.

EL MUNDO ILUSTRADO
AÑO V. TOMO I. NUM. 20
MEXICO, MAYO 20 DE 1900



Imagen no. 41
Los delitos de la infancia.
El Mundo Ilustrado, 20 de
mayo de 1900.
Biblioteca Lerdo.

La siguiente narración periodística, titulada *El primer cigarro*, se refería irónicamente a este valor culturalmente aceptado de la inocencia infantil, contraponiéndolo con el vicio del cigarro. La historia cuenta las aventuras de «Manuelito Mora y Mariscal», descrito en la nota como un ático de la «bon chére», que «ni Manuel Sierra Méndez hubiese desdeñado como comensal en los banquetes del Jockey Club».⁹

El texto relata el comportamiento de este curioso personaje después de una agradable comida, durante la sobremesa, «el momento de las paradojas y las grandes verdades». Manolito cruza la pierna, «como conviene a un hombre de su edad», saca un cigarrillo de su tabaquera, frota una cerilla y lo enciende. Fuma plácidamente, despidiendo «flotantes anillos que se desvanecen en el aire», meditando sobre los sueños efímeros de la vida, que se disuelven en el humo: «Bah! fumemos! Esto aproxima al ideal, ¿fumar, no es soñar? El humo es la túnica tenue que envuelve los ensueños. Tras de las espirales vagas, se destacan las esperanzas, los deseos, las ilusiones. ¡Todo es humo!».¹⁰

En esas filosóficas divagaciones anda el buen Manolito, cuando siente un picor en la garganta y experimenta un sabor desagradable en la boca, por lo que se toma un sorbo de licor, con lo que su situación se agrava, sus oídos le comienzan a zumbiar, su estómago se contrae y sus piernas vacilan. Al final, la situación se aclara: el pequeño, que se ha puesto a fumar y a beber en ausencia de sus familiares se ha sentido mal y ha pedido a gritos el auxilio de

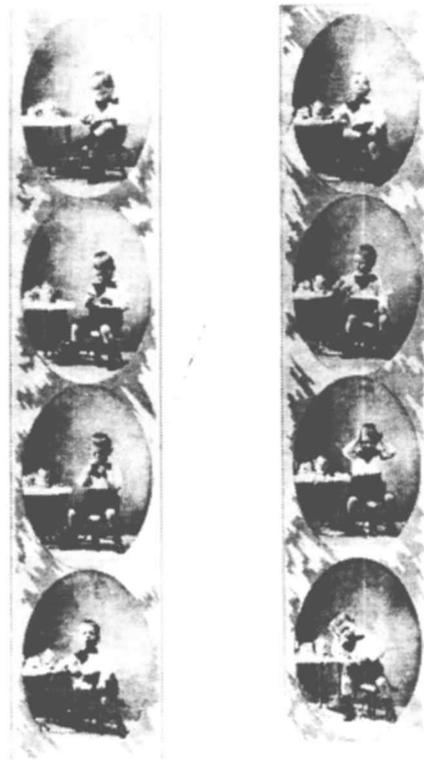
⁹ *El Mundo Ilustrado*, 20 de mayo de 1900, p. 4.

¹⁰ *Ibidem*.

su mamá. Los padres se dan cuenta de la travesura del infante y llaman, escandalizados, al médico, que controla la situación y pone final feliz a todo el curioso episodio.

Una serie de ocho fotografías ilustra toda la aventura del protagonista, desde que cruza la pierna y enciende el cigarro hasta que se marea y emborracha. La secuencia de las imágenes se relacionan irónicamente con el texto y juegan con la idea de un niño que se comporta como un experimentado comensal de la clase alta porfiriana. La hilaridad implícita en el contraste entre texto e imagen reside en la aceptación de la existencia de un concepto de inocencia infantil, alejado no sólo de los vicios, sino de la corrupción mundana que caracterizaría a la existencia adulta.¹¹

La actitud hacia los infantes en este medio social se encontraba estrechamente vinculada con el culto positivista de la noción de progreso, predominante en Occidente durante la segunda mitad del siglo XIX. Por ello, la imagen de este tipo de niños aparecía asociada frecuentemente con visitas escolares



Imágenes no. 42 y 43
El primer cigarro.
El Mundo Ilustrado, 20 de mayo
de 1900, p. 4

¹¹ Un aspecto importante para la lectura e interpretación de la imagen fotográfica consiste en señalar que lo relevante no es el conocimiento que tenga el lector del objeto retratado, sino su grado de familiaridad con el modo acostumbrado de representación del objeto. En esto reside la posibilidad de crear esta distancia irónica desde la cual es leído el texto de Manolito. Esto implica un aprendizaje visual de las reglas culturales habituales con que un determinado medio representa sus objetos, que en el caso de las élites capitalinas se verificó en las páginas de la prensa desde mediados de la década de los ochenta del siglo XIX.

a fábricas, paseos recreativos, kermesses, «tívolis»¹² y festivales cívicos. Entre todas estas actividades, las fiestas de caridad, organizadas por colegios particulares y sociedades filantrópicas, constituían el acto propagandístico más adecuado para acercarse a una representación de la pobreza convenientemente domesticada y suavizada para legitimar las buenas intenciones del régimen.



Imagen no. 44

Excursión escolar en la Alameda de Santa María, México.

La Enseñanza Normal. México, 8 de junio de 1905.

La siguiente composición titulada «Reparto de ropa en Santa María» resulta un poco más compleja que las anteriores, pues incluye una serie de elementos retóricos que manipula el conjunto de las fotografías para construir un mensaje, de acuerdo con los intereses de la publicación en turno.¹³

El conjunto de cuatro imágenes se centra en una comparación entre dos grupos de niños procedentes de sectores sociales opuestos. En la parte superior puede verse a la Señora Morales de Dormann, presidente de la «Sociedad Protectora de la Niñez» distribuyendo ropa entre un grupo de niños marginados, mientras que en la imagen inferior se observa a varias de las madres de familia de dicha organización posando alegremente con sus hijas. Flanqueando ambas fotografías puede verse un montaje que representa a uno de los niños «beneficiados» posando antes y después de recibir sus prendas.

¹² Este nombre se le daba en el Porfiriato a los centros de diversiones rodeados de jardines. El término viene del Tívoli, cercano a Roma, donde el Cardenal del Este mandó construir una serie de jardines. Esta atmósfera paradisíaca pretendía ser el contexto más idóneo para el desarrollo de estos niños inocentes.

¹³ La retórica constituye un conjunto de operaciones que se hacen sobre el lenguaje con el fin de convertirlo en un instrumento de persuasión. En el caso de estas fotografías, la retórica se expresa a través de la manipulación de la imagen. Boltansky, 1989, pp. 185-212.



Imagen no. 45
Reparto de ropa en Santa María.
La Semana Ilustrada, 3 de marzo de
1911, p. 7.

Aparte de las diferencias obvias entre ambos grupos de niños en lo que se refiere a sus vestimentas, podemos señalar que los niños pobres carecen de una identidad propia y de personalidad, son captados en serie y de perfil, haciendo la cola correspondiente para recibir su ropa. Las niñas de las familias contribuyentes, por el contrario, están plenamente conscientes de la mirada del fotógrafo y posan con rasgos tranquilos y confiados, seguras de sí mismas, viendo de frente a los lectores de la publicación, lo que reafirma su singularidad.¹⁴

El elemento central de la propuesta periodística reside, a mi juicio, en el montaje que muestra los cambios espectaculares del niño pobre, el cual luce descalzo y porta en el ángulo de la derecha los jirones de una camisa y un pantalón de manta totalmente despedazados para quedar convertido, en el lado izquierdo de la composición, en un simpático pequeño con zapatos y sombrero, que posa con una actitud más convencional, envuelto en una camisa a rayas y con las manos metidas en los bolsillos de sus nuevos pantalones. Esta transformación sintetiza el mensaje propagandístico de todo el reportaje, que se refiere a la necesidad urgente de superación del atraso ancestral indígena y su posible incorporación a un México moderno.¹⁵

¹⁴ Massé, *op.cit.*, pp. 145-62, ha estudiado este tipo de representación fotográfica de los grupos subalternos, que los cosifica y elimina sus rasgos de identidad. Ha denominado este fenómeno con el nombre de «Subalternidad».

¹⁵ Apenas unos meses antes de la publicación de esta fotografía, el gobierno había dispuesto encerrar a todos los indígenas con camisa de manta que deambularan por las calles céntricas, en particular por el paseo de La Alameda, durante los actos de celebración del Centenario de la Independencia. Lempériere, 1995, pp. 54-5.

En este apartado hemos seguido las ideas y los planteamientos de Higonnet y Calvert, que enfatizan la importancia de la difusión de este modelo de inocencia infantil entre las élites urbanas a finales del siglo XIX, lo que nos acerca a la representación de un mundo secular, hedonista y pragmático. Al mismo tiempo, se ha señalado la importancia simbólica de estas imágenes asociadas con la creación de una identidad de clase para estos grupos privilegiados, que percibieron en este tipo de representaciones un universo particular, que los distinguió y los diferenció del resto de los sectores sociales.¹⁶

En los apartados posteriores podremos observar de qué manera este tipo de referencias visuales encontraron una continuación importante en los anuncios publicitarios, así como la forma en que se fueron desgastando al comenzar a surgir otras propuestas periodísticas que trascendieron el restringido universo de las élites y se acercaron a otros sectores.

Los inicios de la publicidad

La publicidad médica de carácter comercial tenía como destinatarios a los sectores pertenecientes a las clases media y alta, consumidores potenciales de los productos anunciados. El desarrollo de esta publicidad dentro de la prensa tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX y su inserción en la misma formó parte de los cambios típicos registrados en los formatos de los periódicos de la época.

Estos cambios resultaron paralelos a los que experimentó la prensa durante el último cuarto de siglo XIX –en su viraje de las gacetillas formales a la prensa mercantil moderna– y que le dieron un lugar a la noticia como pieza fundamental, cuando el reportaje desplazó al editorial de corte político. En este sentido, la publicidad moderna también estaba permeada por el concepto de noticia y suponía el mismo proyecto cultural que subyacía detrás de ésta. El término publicidad se opone, por definición, al concepto de lo íntimo, lo secreto, lo confidencial y, en contraposición, está vinculado con la construcción de un orden público.

¹⁶ Como contraste a esta visión secular de la inocencia, debemos mencionar la tradición religiosa de los llamados «angelitos», que se remonta al período novohispano y fue retomada por la fotografía en la segunda mitad del siglo XIX, dando lugar al género conocido como la «muerte niña». Como señala Gutierre Aceves, 1992, p. 34, la imagen del niño muerto comparte los valores de pureza e inocencia antes mencionados, y se convierte en un elemento mediador entre la familia y el campo de lo sagrado: «La fotografía no es sino la cristalización de este suceso, la victoria sobre la muerte reservada para los justos. El devenir truncado del niño queda fijo en esta imagen, que será piadosamente conservada, como una constancia del ingreso de un niño a la vida eterna: a partir de ese momento, será considerado como un santo y tendrá un lugar especial dentro del culto doméstico que se rinde en la intimidad a los desaparecidos».

A principios del siglo XX se encuentran básicamente dos tipos de anuncios de publicidad médica, dentro de los que recurrían a la imagen como elemento de ilustración. En los primeros encontramos el predominio del texto sobre la imagen, toda vez que este ocupaba la mayor parte del anuncio, mientras que aquella era utilizada únicamente como complemento de lo que se aseveraba en el texto. Para definir esta situación, los especialistas caracterizan este fenómeno como el predominio del «prestigio» de la palabra escrita sobre la imagen en la segunda mitad del siglo XIX, un estatus que se acrecentaba en sociedades rurales y analfabetas, donde sólo una minoría tenía acceso a los sistemas educativos.¹⁷ En el segundo tipo de anuncios, la situación anterior se revierte y la imagen comienza a adquirir una importancia mayor, al grado de predominar sobre el texto.¹⁸ No se trata de que éste carezca de importancia, sino de que su efecto en los destinatarios debe evaluarse en función del tipo de vínculo que establece con la imagen, a cuyo sentido principal está subordinado.¹⁹

- Los primeros anuncios o el «prestigio» de la palabra escrita

Este primer bloque de anuncios es representativo de un predominio de la palabra escrita sobre la imagen.²⁰ Todos ellos utilizan el grabado como forma de expresión visual y se refieren al tema de la alimentación de los niños. Al respecto, plantean una ambigüedad interesante, ya que por un lado retoman una gran cantidad de información aportada por el discurso médico especializado de la época, al que complementan, pues contribuyen a su difusión entre los sectores medios con términos correspondientes, como el crecimiento, la dentición, el destete y la lactancia; sin embargo, tienden a realizar plantea-

¹⁷ Keller, 1990, pp. 54-65.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 244-57 ha mostrado que sólo un 5% de los lectores de un diario revisan la totalidad del texto de un anuncio publicitario, lo que incrementa el papel persuasivo de las imágenes, cuyo efecto es instantáneo. Probablemente dicho porcentaje a principios del siglo XX resultaba incluso inferior a esta cifra. En lo que respecta a la imagen de los infantes, es conveniente señalar que ésta comenzó a aparecer en viñetas en el último cuarto del siglo XIX y posteriormente a través de retratos fotográficos, en los inicios del siglo XX.

¹⁹ Barthes, *op. cit.*, uno de los teóricos que ha analizado este problema con mayor profundidad, destaca la importancia de los llamados «anclajes» -ya mencionados para el caso de las fotografías utilizadas por el Dr. González- que consisten en pequeños textos de pie de página que acompañan a las fotografías en los medios impresos con el objeto de encauzar y orientar las posibles lecturas de la imagen entre los usuarios o receptores.

²⁰ Este primer grupo de anuncios corresponde al período 1898-1914. Su presencia es recurrente en la prensa y los *magazines* de este período. Entre éstos se encuentran: *El Imparcial* (1896-1914); *El País* (1899-1914); *El Mundo Ilustrado* (1894-1914) y *La Semana Ilustrada* (1910-1914).

mientos pseudo-científicos, que no siempre estaban avalados por la comunidad médica, que muchas veces no recomendaba el uso de estos productos, aunque en ocasiones la propaganda señalara lo contrario.

Lo anterior hace evidentes los intereses divergentes e incluso opuestos que prevalecían entre los comerciantes, interesados naturalmente en la venta del producto, y los grupos de médicos profesionales, vinculados con una mentalidad moderna basada en la higiene. Otra característica de la mayoría de estos anuncios es su correspondencia clara y transparente con el estereotipo de la inocencia infantil, que los vincula con las imágenes infantiles procedentes de las élites porfirianas.

A continuación, introduzco algunos señalamientos específicos en torno a la propuesta visual.

Uno de los primeros grabados localizados es el de la «Fosfatina Falières», anunciada como «el alimento más recomendado y el más fácil de tomar para los niños desde la edad de 6 a 7 meses, especialmente en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento».²¹



Imagen no. 46
La Fosfatina Falières.
El Imparcial, 18 de
febrero de 1898, p. 3.
Biblioteca Lerdo.

²¹ «La Fosfatina Falières», *El Imparcial*, 18 de Febrero de 1908. El mismo grabado, con el que se identifica la marca comercial del producto -lo que en el lenguaje de la publicidad se conoce como «imagen ontológica», Keller, *op. cit.*, p. 37- aparece también en la prensa de otros países, como Estados Unidos y Francia, así como en textos médicos de la escuela clínica francesa de la época.

La imagen en cuestión está cargada de significados: seis niños de la clase alta -que corresponden a un arquetipo europeo, vestidos como si fueran adultos pequeños- juegan en torno de una especie de plato sopero que tiene grabado el nombre del producto. Cuatro de ellos se asoman desde el interior del plato; una pequeña se balancea de puntitas en el borde de una silla, a punto de resbalarse, y otro pequeño yace en el suelo, en donde se ha caído graciosamente. La imagen proyecta una atmósfera lúdica y hedonista. Los niños lucen como pequeños faunos que se abalanzan sobre el interior de la vasija para beber su contenido, como si fuese un elíxir mágico. El texto especifica los supuestos efectos científicos que pueden esperarse del alimento, pero la imagen, por el contrario, asocia a éste con propiedades mágicas.

Otros dos anuncios recurrentes relacionados con la idea de nutrición son el de las harinas «Malteada Vial» y la «Láctea Nestlé». Los grabados refuerzan los planteamientos desarrollados en los pequeños textos, al tiempo que ilustran claramente a qué tipo de sectores sociales van dirigidos.

En el primero puede verse a una madre de clase media dándole de comer a un sonriente bebé que carga amorosamente en los brazos, mientras que su otra hija, una niña de unos seis años, toma su propia porción. La presencia de



Imagen no. 47

Harina malteada Vial.

El Imparcial, 14 de enero de 1910, p. 7.

Biblioteca Lerdo.

Imagen no. 48

Harina láctea Nestlé.

El Imparcial, 25 de mayo de 1908, p. 7.

Biblioteca Lerdo.



ésta última en el anuncio resulta de gran importancia, ya que sugiere el éxito del producto. La mesa de madera nos indica el nivel socioeconómico de los protagonistas, similar a los destinatarios de la harina en cuestión. Si las figuras de la madre y los niños nos remiten al estereotipo europeo, la representación de la mesa se vincula a la cocina, ámbito doméstico hogareño por excelencia.

En el segundo encontramos un sonriente bebé que sostiene con su mano derecha una cuchara mientras espera su porción de Nestlé. La figura regordeta del pequeño simboliza la noción cultural de salud prevaleciente en Occidente. Por lo que respecta al campo de la publicidad, la figura del niño constituye en sí misma el símbolo del producto, en lo que ya ha sido descrito como una imagen «ontológica».

Por su parte, el anuncio de la leche malteada «Horlick» se alejaba del formato tradicional e interpelaba directamente a las madres de familia, ofreciendo una disertación sobre el carácter de la digestión infantil que cubría casi la totalidad del cuadro. El título para ilustrar la imagen retomaba la tradición de los reportajes policíacos de la época y sugería claramente la presencia de peligro: «Téngase mucho cuidado [...]».²² De acuerdo con el título del anuncio, el dibujo de una pequeña de meses agitando nerviosamente los brazos revelaba cierta angustia que despertaba los sentimientos protectores de los lectores. En esta ocasión el elemento latente de mayor peso que influye en la lectura de la imagen lo representa el alto índice de mortalidad infantil prevaleciente en la época. Este caso resulta muy significativo en la medida en que nos muestra hasta qué punto el carácter noticioso de la prensa podía influir en la misma estructura del anuncio publicitario.²³

En el extremo opuesto está el anuncio del «Jarabe de Higos», cuyo título «Los niños gozan», ya adelanta que el acento del texto –que cubre casi el 90% del anuncio– y la imagen estarán puestos en valores edificantes y propositivos, ligados con la nueva ideología de bienestar representada por la higiene y la medicina. Las imágenes nos muestran los rostros sonrientes de cinco pequeñas que parecen mirar atentamente al lector.

Para concluir este primer bloque, debe mencionarse el anuncio titulado «Ferrovose», de pastillas contra la anemia, que muestra a cuatro simpáticos pequeñines vestidos de marineros y sentados de espaldas sobre una banca, en actitud de estar leyendo el propio anuncio. Los acompaña un gato con su collar y su moño, lo que resalta la clase social de los protagonistas, así como el afán caricaturesco del cuadro, que remite a las innovaciones del *comic*

²² *El Imparcial*, 25 de mayo de 1998, p. 4.

²³ El surgimiento del reportaje policíaco está ligado a una importante renovación de la prensa, que implicó notables cambios tanto en los tirajes como en los formatos y el lenguaje gráfico de la época. Del Castillo, 1998, pp. 77-81.

Imagen no. 49
Téngase mucho cuidado con la alimentación de los niños.
El Imparcial, 7 de marzo de 1914, p. 6.
Biblioteca Lerdo.

Téngase Mucho Cuidado con la Alimentación de los Niños

Si se empieza por darles un buen alimento y después se finca cuidado con su crianza, ya no habrá peligro.

Los niños a quien se les da un buen alimento desde que nacen, crecen sanos, robustos y contentos. Así que si usted quiere que sus hijos crezcan sanos y robustos, debe darles un buen alimento desde que nacen.

El Lactogen es un alimento que se prepara muy fácilmente y que puede darse a los niños desde que nacen hasta que son adultos.

El Lactogen es un alimento que se prepara muy fácilmente y que puede darse a los niños desde que nacen hasta que son adultos.

LOS NIÑOS GOZAN

Los niños gozan de la vida cuando están sanos y robustos. Para que los niños gozen de la vida, es necesario que estén sanos y robustos. El Lactogen es un alimento que les proporciona la fuerza necesaria para crecer sanos y robustos.

El Lactogen es un alimento que se prepara muy fácilmente y que puede darse a los niños desde que nacen hasta que son adultos.

El Lactogen es un alimento que se prepara muy fácilmente y que puede darse a los niños desde que nacen hasta que son adultos.

Imagen no. 50
Los niños gozan.
El País, 27 de febrero de 1907, p. 7.
Biblioteca Lerdo.

presentes en el período. El envolvente cuadrado que sirve de límite al anuncio nos proporciona la clave para su interpretación: lo que los niños observan no es otra cosa que la pantalla de un cinematógrafo de la época, con lo cual se introduce un elemento novedoso en el aprendizaje visual de los lectores de la prensa de aquellos años.

Imagen no. 51
Ferrovoze.
El Imparcial, 5 de abril de 1913, p. 7.
Biblioteca Lerdo.

El mundo de los niños es un mundo de grandes aventuras. El mundo de los niños es un mundo de grandes aventuras. El mundo de los niños es un mundo de grandes aventuras.

El mundo de los niños es un mundo de grandes aventuras. El mundo de los niños es un mundo de grandes aventuras. El mundo de los niños es un mundo de grandes aventuras.

El mundo de los niños es un mundo de grandes aventuras. El mundo de los niños es un mundo de grandes aventuras. El mundo de los niños es un mundo de grandes aventuras.

- Publicidad e imagen

El último cuarto del siglo XIX es conocido como una etapa relacionada primordialmente con los productos y las patentes médicas en la prensa de los Estados Unidos, en reconocimiento al papel que éstos y éstas desempeñaron en la venta de los anuncios y en la influencia que lograron entre los suscriptores, que constituían la base del éxito de los periódicos.²⁴

En esta expansión de la publicidad, el papel de estos productos resultó especialmente protagónico, ya que eran los que atraían con mayor poder la atención del público consumidor, vinculándose con las necesidades vitales de los usuarios de la época, acosados por diversas enfermedades y por una alta mortalidad infantil. Dichos productos comenzaron a adquirir una gran influencia en los gustos de sectores sociales cada vez más amplios. Los anuncios publicitarios incluían con frecuencia una carta de agradecimiento del usuario dirigida a la compañía del producto en cuestión, en la que se explicaban los detalles de la curación.

Un caso muy significativo y de gran peso en los Estados Unidos fue el del jarabe de «La Peruna», una de las empresas norteamericanas con mayor éxito de ventas a finales del siglo pasado: «*Peruna outdid all predecessors in volume of advertising and at the height was the most widely known trade name in the United States*».²⁵ En lo que respecta al caso mexicano, se puede señalar que los primeros anuncios publicitarios que incorporan la fotografía y la convierten en el elemento central de la propuesta mercantil son precisamente los que se refieren a este producto.

El primer anuncio de este tipo data de 1906 y, a partir de ese momento, la serie incrementa su frecuencia en las páginas de la prensa capitalina, mostrando básicamente a parejas de padres y madres de familia norteamericanos al lado de sus hijos. En términos generales, en estos anuncios se encuentra la presentación de una carta de agradecimiento de los familiares del pequeño enfermo, procedente de algún lugar de la unión americana, dirigida a la compañía de «La Peruna» en aquel país, donde el texto va acompañado con fotografías de gran tamaño, que ocupan dos terceras partes del anuncio y que se muestran como evidencia documental de la curación mencionada en las cartas.

La estructura de las imágenes fotográficas representa un código visual muy significativo. Generalmente, la insistencia principal radica en la unión de la familia nuclear norteamericana, compuesta por el padre, la madre y el niño o niña, reforzando en algunas ocasiones la pareja madre-hijo y otras la del pa-

²⁴ En el caso mexicano las patentes y los productos médicos también alcanzaron un grado de importancia respetable. Al respecto, véase: Dublán y Lozano, 1906-07, pp. 2, 3, 10-2, 14 y 26; Figueroa, 1899, pp. 675, 679 y 721.

²⁵ Presbrey, 1929, p. 96. «Peruna sobrepasó a todos los predecesores en volumen de publicidad y llegó a convertirse en la marca más conocida en los Estados Unidos».

dre-hija. En todos los casos se trata de una imagen prototípica del ciudadano norteamericano que corresponde al estereotipo anglosajón y protestante.

Un aspecto relevante para esta investigación consiste en analizar el uso de la imagen que subyace en estos anuncios, en el que las cualidades del producto pasan a un segundo plano y lo realmente importante se encuentra en el nivel connotativo, esto es, en el tipo de estructura familiar y de relaciones sociales que se propone, junto a una serie de valores sociales y normas de comportamiento implícitas en la propuesta visual. De una manera muy clara se percibe en estos ejemplos la reivindicación de un estilo de vida propuesto como modelo a seguir para las élites urbanas capitalinas de principios de siglo, en su afán por distinguirse de los grupos populares.

La primera composición de la serie se titula: «Pe-ru-na conserva la familia en buena salud» y muestra las fotografías de «Mr. Henry S. Campbell», «Mrs. H. S. Campbell» y el «pequeño Baby Gerald».²⁶



Imagen no. 52

Pe-ru-na conserva la familia en buena salud.

El País, 3 de julio de 1906, p. 6.

Biblioteca Lerdo.

El diseño esboza la siguiente secuencia: en un primer plano la imagen del Sr. Campbell traza una diagonal hacia la figura de su esposa, que se encuentra en un segundo plano y nos comunica con el «pequeño Gerald», en un tercer plano. La lectura de la imagen está claramente sugerida a través del diseño mismo de la composición gráfica, respetando la jerarquía que debía prevalecer en el interior de la familia.

La oportuna incorporación en los puntos de contacto de los cuadros de tres pequeñas ramas de guirnalda (que simbolizaban el éxito del tratamien-

²⁶ *El País, 3 de julio de 1906, p. 4.*

to y el prestigio del producto, ligados con el bienestar promovido por la ciencia y el progreso), permitía romper con la frialdad de los ángulos rectos y proyectar una imagen de la familia un poco más amable.

La segunda composición muestra un grupo de fotografías familiares, comunicadas entre sí por un diseño garigoleado que se asemeja a los marcos de este tipo de fotografías en los álbumes familiares de la época.²⁷



Imagen no. 53

Los mejores amigos de la Peruna son las madres y los niños.

*El País, 18 de junio de 1907, p. 7.
Biblioteca Lerdo.*

El primer grupo es el más significativo para nuestro análisis. Destaca su gran tamaño, que ocupa casi la mitad del cuadro y nos muestra los rostros de una pareja de padres norteamericanos acompañada de su pequeña hija al centro. Todos están vestidos en forma elegante, aunque con austeridad extrema. Destaca la expresión del rostro de la madre que proyecta gran rigidez y severidad. Los tres personajes lucen como si estuvieran listos para asistir a una ceremonia religiosa. El ascetismo y el puritanismo protestante proyectan aquí su visión en torno a la familia y la niñez.

Los otros dos grupos complementan el mensaje. En la parte superior derecha posan dos pequeños -uno de cuatro o cinco años de edad y el otro de unos siete u ocho-, y en la parte inferior del mismo ángulo puede observarse al tercer grupo, representado por un padre y su hija. En los tres grupos encontramos cartas de los protagonistas dirigidas a la redacción del periódico o a las oficinas de «La Peruna» exponiendo su caso respectivo y agradeciendo las bondades del tratamiento. Dichas cartas acompañan a las fotos y refuerzan el carácter testimonial de las mismas.

El tercer y último caso es el de la niña María Lillian Treganowan, afectada de tos por un lapso de cuatro meses. La imagen fotográfica nos muestra una sonriente niña de pelo rubio que posa coquetamente con la cabeza recarga-

²⁷ *Ibidem*, 18 de junio de 1907, p. 4.

da en su brazo izquierdo, en una típica foto de estudio al estilo de las *tarjetas de visita* de la década de los sesenta del siglo XIX.

La inserción de la composición, en un contexto periodístico de carácter noticioso y publicitario, produce un cambio sugerente en el significado de la imagen, confiriéndole a ésta un sello testimonial y una pretensión de veracidad. A un lado de la fotografía, se señala lo siguiente: «Esta hermosa niña de cuatro años fue curada por *La Peruna* de una tos muy severa» y, en el interior, para darle mayor credibilidad al acontecimiento, se muestra la típica carta de agradecimiento a cargo del padre de la pequeña.



Imagen no. 54

La Pe-ru-na en el hogar.

El Imparcial, 26 de febrero de 1911, p. 8.

Biblioteca Lerdo.

Conviene destacar para este análisis, la vinculación existente entre el contexto publicitario, los productos médicos y la visión de la época en torno a la niñez. «La Peruna» retoma la tradición de la publicidad comercial norteamericana, en la que las cartas de agradecimiento siguen un modelo preestablecido, que dio lugar a todo un género caracterizado por la publicación del paciente afectado, el contenido de las virtudes científicas del producto y los textos testimoniales de enfermos y familiares que daban cuenta de la efectividad del tratamiento en cuestión.

Al colocarse estos mismos anuncios en el contexto de la prensa mexicana y sus destinatarios, se hace necesario ampliar el campo de recepción de este tipo de mensajes y vincularlos con otros elementos, entre los que destaca la tradición de los «ex-votos» o retablos populares, que en otro contexto y cir-

cunstances, pero fuertemente arraigados en las costumbres y creencias católicas de los diferentes sectores sociales de la población capitalina de la época, utilizaban el mismo recurso de la carta acompañada de una imagen para establecer una relación causal entre la curación de un padecimiento o enfermedad y el testimonio de agradecimiento de los enfermos y familiares involucrados en el proceso.²⁸

En este contexto, se produce una confluencia interesante entre un elemento secular, que proviene de la evolución de las ideas y las prácticas publicitarias de la prensa moderna, con una tradición religiosa que se remonta a las últimas cinco centurias, pero que tuvo una difusión muy significativa a principios del siglo XX no sólo entre los grupos populares, sino incluso en sectores de la clase media, como lo muestra el aumento de retablos en los santuarios religiosos de la época, particularmente en la Basílica de Guadalupe en la ciudad de México.²⁹

Ambos espacios responden a intereses y preocupaciones bastante diferentes. Sin embargo, lo que quiero dejar planteado aquí es el problema de la recepción de las imágenes de la prensa a principio de siglo en un público permeado por la concepción religiosa de los retablos, asunto que retomaré al final de este apartado.

Para concluir, conviene señalar que lo novedoso del caso de «La Peruna» consiste en que sus imágenes no presentan una referencia directa a las características del producto. Como ha sido estudiado desde la perspectiva de la concepción motivacionista de la imagen, ésta no se limita al vínculo con el texto, sino que comunica significados que van más allá de lo verbal y en esto radica su poder persuasivo, que incide sobre actitudes, conductas y comportamientos. «La Pe-ru-na» marca un hito en el desarrollo de la publicidad médica de la época, al proponer una ruptura con el privilegio de la palabra escrita y fabricar un sentido distinto de las cosas, que constituye el verdadero mensaje para los destinatarios.

²⁸ Los «ex-votos» constituyen una manifestación importante de la religiosidad de los pueblos y aparecen en diversas culturas con significados diferentes, aunque casi siempre nos remiten al vínculo que establece el ser humano con el orden de lo «sobrenatural», que se manifestaría a través del milagro. En el caso de México, los llamados «ex-votos» de carácter pictórico tienen una larga tradición, que se remonta a los últimos 5 siglos. Al respecto, véase Calvo, 1996, pp. 31-8.

²⁹ En el período novohispano predominaron los retablos populares de grandes proporciones. Sin embargo, en el siglo XIX la incorporación de la tecnología hizo que la madera y la tela fueran desplazadas por las láminas de cobre, de mucho más fácil acceso para los grupos sociales con recursos económicos limitados. En el Museo del «ex-voto» de la Basílica de Guadalupe puede apreciarse una hermosa e importante colección de retablos populares de los siglos XIX y XX, escasamente estudiada desde una perspectiva histórica hasta el momento.

• Los «Institutos Médicos» y la venta de ilusiones

El otro conjunto de fotografías relacionadas con la publicidad comercial y que ameritan una reflexión distinta, en la medida en que establecen un uso también diferente de la imagen, son los llamados «Institutos Médicos». Este tipo de lugares consistían en clínicas de consulta privada que se anunciaban en la prensa capitalina a principios del siglo XX y ofrecían curaciones, casi milagrosas, para todo tipo de enfermedades y padecimientos, basándose siempre en el poder ilimitado de la técnica y el progreso científicos; contradecían, con sus resultados impactantes y espectaculares, una praxis médica caracterizada en la época por la discreción y por una ética no lucrativa.³⁰

La estructura publicitaria de estos institutos, entre los que destacaban el del «Dr. Mendizábal» o el del «Dr. Hall», plantea una relación muy distinta entre imagen y texto a los de «La Peruna».³¹ Ambos tipos de propaganda incluían las famosas cartas de agradecimiento de los pacientes. Sin embargo, estas clínicas daban mucho más énfasis a los padecimientos concretos, al grado de proporcionar en algunas ocasiones las historias clínicas de los pequeños. Ahí se producía una paradoja interesante, ya que, por un lado, contribuían a la difusión del discurso médico y a la manera de argumentar y de pensar los problemas en torno a la niñez; mientras que, por el otro, se encargaban de construir una imagen de la infancia ligada con una visión futurista y fantasiosa sobre el mundo del progreso y la tecnología, con implicaciones mágicas y milagrosas.

La fotografía desempeñó un papel importante en ambos niveles, ya que en ocasiones se vinculó más a las ya mencionadas *tarjetas de visita*, desligándose de lo que hemos llamado una «mirada clínica» de los cuerpos infantiles, atenta a los signos y las manifestaciones patológicas de los trastornos y las enfermedades; mientras, en otros casos, se vinculó con el espacio de las expectativas y fantasías mágicas e irracionales que despertaban este tipo de anuncios:

La esencia «científica» de la fotografía no contradice, en este final del siglo XIX, su empleo en el campo de la ficción, incluso de la magia y el delirio. El valor de autenticación sirve con mucha frecuencia a la causa de un valor de revelación. Dicho de otro modo, la fotografía no se contenta con reproducir lo

³⁰ Agostoni, 2001, pp. 97-109. El estudiante de medicina Alberto Salinas, 1871, p. 19, se refería a estos problemas en su tesis de la siguiente manera: «Necesitaría escribir un opúsculo de grandes dimensiones, para referir y clasificar todas las variedades de charlatanes que existen, para deplorar el gran nombre que siempre alcanzan en el vulgo, que siempre está dispuesto a creer lo que no comprende, a entregarse en manos de los que se anuncian bajo los halagadores auspicios de lo extraordinario, y que se valen de todos los medios posibles para hacerse de prosélitos para sus pretensiosos sistemas».

³¹ El Instituto del «Dr. Mendizábal» anunciaba su dirección en la 2a. calle de Manrique, y el del «Dr. Hall» ofrecía sus servicios en la calle de Coliseo Viejo .

visible, produce también objetos visibles ideales, al tiempo que los «demuestra» experimentalmente.³²

Uno de los casos más importantes de esta serie es el que se refiere a la niña Dolores Mateos, supuestamente curada del «mal de San Vito» con el método de los baños «electrostáticos» del «Dr. Mendizabal». El anuncio nos proporciona una amplia información de carácter médico sobre los antecedentes familiares y hereditarios de la pequeña, trazando así un perfil biográfico de una niña de apenas seis años de edad, construido desde un punto de vista clínico:

Antecedentes personales: ochomesina, habiendo sido la causa del parto prematuro una emoción sufrida por la madre [...] Antecedentes hereditarios: abuela paterna histérica. Marcha de la enfermedad y estado al empezar el tratamiento electroterápico: el principio de la enfermedad data de cuatro meses a la fecha. Se inició por accesos de urticaria que duraban 15 días y después de igual espacio de tiempo volvían a aparecer. Desaparecieron por completo a los tres meses para dar lugar a movimientos coreicos que invadieron la cara, los miembros superiores e inferiores. Los movimientos disminuían por la noche. En la última semana tuvo reacción febril, oscilando la temperatura entre 39 y 40 grados e insomnio tenaz.³³



ña Dolores Mateos Ruiz, de seis años de edad, hija de un comerciante.

Imagen no. 55

Niña Dolores Mateos Ruiz, de seis años de edad, hija de un comerciante.

El País, 23 de febrero de 1912, p. 7.

Biblioteca Lerdo.

³² Didi-Huberman, 1988, p. 127.

³³ *El País*, 23 de febrero de 1912, p. 8. Los movimientos «coreicos» o «corea de Sydenham» fueron descubiertos por el médico inglés del mismo apellido en el siglo XVI. Consisten en movimientos involuntarios que se registran en algunas partes del cuerpo. Su nombre vulgar es muy conocido: «Mal de San Vito».

La imagen de la niña que acompaña este texto no corresponde en absoluto a una mirada de carácter clínico, por el contrario, nos remite al lenguaje gráfico y al mensaje típico de las *tarjetas de visita*, que no indican ni sugieren ninguna patología y en cambio sí muestran aspectos relevantes relacionados con el estatus social de la persona retratada. En este sentido, el «pie» de la fotografía en cuestión, que alude a la condición socioeconómica de la pequeña, ratifica el sentido no-clínico de la imagen: «Niña Dolores Mateos Ruiz, de seis años de edad, hija de un comerciante español».

A medio camino entre el punto de vista médico y la propuesta comercial, este tipo de anuncios mezclaban la fotografía típica del álbum familiar con la visión futurista de la tecnología, sin entrar en detalles de índole patológica que podrían interesar al ojo especializado de un médico, pero que ahuyentarían a más de un usuario comercial potencial. A continuación puede verse otro caso significativo, aunque con implicaciones distintas, que se refiere a la niña Judith Rodríguez, «curada de tosferina a través de inhalaciones de ozono».³⁴



Imagen no. 56
Niña Judith Rodríguez [...].
El País, 21 de diciembre de 1912, p. 6.
Biblioteca Lerdo.

El anuncio nos muestra, una vez más, una foto de estudio comercial y no-clínica que exhibe una niña desnuda con el pelo arreglado con una peineta y en una postura corporal que podría parecer bastante seductora, con medio cuerpo semiflexionado hacia adelante y los brazos estirados y recargados sobre sus pequeñas rodillas. Paradójicamente, por mucho menos que esto, ya se había desencadenado un gran escándalo, unos cuantos años antes, cuando la prensa católica encabezó una enérgica protesta contra la presentación de fotografías de niños desnudos en los concursos infantiles organizados por las

³⁴ *El País*, 21 de diciembre de 1912, p. 6.

magazines ilustradas de la época. Por el contrario, en esta ocasión el propio periódico católico es el que muestra esta imagen mucho más comprometedoras que las anteriores a sus lectores.³⁵

La explicación de esta mezcla de mensajes contradictorios debe buscarse en los «pies» de foto o «anclajes» que orientaban la lectura e interpretación de los destinatarios de la imagen. En este caso, el periódico católico proponía una lectura de carácter «científico», amparada por los argumentos médicos del «Dr. Mendizábal», que neutralizaba los elementos eróticos de la imagen o al menos aportaba el marco de censura racional desde el cual se supone que el lector tenía que acercarse a este tipo de desnudos.

Analizada desde esta perspectiva, la desnudez adquiría un carácter distinto y la calidad y estatus de «paciente» de la pequeña orientaba la lectura e interpretación de sus manifestaciones corporales por otros caminos socialmente aceptados.

Para concluir esta reflexión, realizaré una comparación entre dos imágenes que aunque provienen de universos bastante diferentes, se refieren a la misma enfermedad, nombrándola incluso con el mismo término vulgar y no especializado de «piedra en la orina» (cálculos en la vejiga). La primera corresponde a la prensa y la segunda consiste en un diminuto «ex-voto» o retablo popular.

En el mes de marzo de 1914 apareció en el periódico *El Imparcial* un anuncio del Instituto del «Dr. Mendizábal» en el que se describía la manera en que la ciencia, a través del innovador método de los «rayos X», había curado a un niño llamado Juan Rojas, de sólo cinco años de edad, que padecía de la enfermedad ya mencionada :

La radiografía obtenida con los rayos X sirvió para hacer un diagnóstico exacto de la enfermedad, sin molestar absolutamente al enfermo con sondas introducidas por el caño de la orina hasta la vejiga, como acostumbraban los médicos antiguamente, permitiendo saber la existencia del cálculo, su forma, sus dimensiones, su naturaleza, el lugar en que se hallaba, así como que era único, a la vez estaba movable.³⁶

La imagen que acompaña a la explicación «científica» muestra al pequeño Juan sonriente en una fotografía de estudio, en la que las preocupaciones clínicas brillan por su ausencia al igual que en los casos anteriores.

El vacío de la ausencia de argumentación clínica es colmado de esta manera por un marco pseudo-científico en el que las expectativas desmesuradas por el progreso y el alcance de las nuevas técnicas se corresponden con una serie de anhelos que rebasan el universo de lo racional. Al respecto vale la

³⁵ *Ibidem*, 27 de junio de 1904, p. 2 : «Un ataque brutal contra la inocencia de los niños».

³⁶ *El Imparcial*, 15 de marzo de 1914, p. 6.

pena leer un ameno testimonio de finales del siglo XIX, que resulta útil en tanto que muestra claramente la reacción que el uso de los «rayos X» despertó en los contemporáneos:

Hace cosa de dos años, fuera de algunos tabernáculos consagrados a la ciencia pura, nadie sospechaba siquiera la existencia de misteriosas radiaciones, capaces de atravesar lo impenetrable y exteriorizar sus secretos [...] Delante de tan sensacional descubrimiento, es difícil rechazar especulaciones fantásticas al estilo de Julio Verne. Nos asaltan a la fuerza cuando se nos dice que acaba de descubrirse un nuevo fotóforo que atraviesa las puertas y las carnes como un rayo de sol atraviesa los vidrios de la ventana: confesamos que todavía todo se reduce a ensueños de porvenir.³⁷

Como contraste, puede verse un «ex-voto» procedente del pueblo de Iztacalco, al sur de la ciudad de México, en agosto de 1922 y dirigido a la Virgen de Guadalupe, que planteaba el problema de un niño enfermo del mismo padecimiento que aquejaba al pequeño Juan Rojas y cuya cartela se expresaba en los siguientes términos:

Allándose gravemente enfermo, el niño Pedro Verde, de edad de 12 años, de una afección de piedra en la orina; durante seis años de sufrimientos, habiendo resistido una operación delicada; sus aflijidos padres Apolonio Verde y Adelaida Chientos de Verde, invocaron a nuestra Señora Madre de Guadalupe, quedando sano y salvo. Y en acción de gracias, le dedican el presente Retablo.³⁸

En la pintura del retablo, una pareja de campesinos humildemente vestidos rezan hincados fervorosamente con su pequeño en medio, el cual se mantiene de pie, como signo físico que evidencia la presencia de la enfermedad. Padre e hijo están descalzos y sus sombreros de palma yacen en el suelo. La madre lleva una falda negra y va cubierta con un modesto rebozo. Todos estos elementos revelan la procedencia socioeconómica de los protagonistas de esta historia. El cuarto en el que rezan dispone apenas de dos pequeñas camas de latón, una en cada esquina, y en medio destaca un altar improvisado para honrar a la Virgen.

A manera de puerta se abre un hueco en uno de los muros del cuarto y desde ahí se observa el paisaje del campo, que es el que le da identidad a los protagonistas de esta historia: unos campesinos pobres de las zonas rurales de los alrededores de la ciudad, que contrastan con los personajes urbanos de las fotografías de prensa.

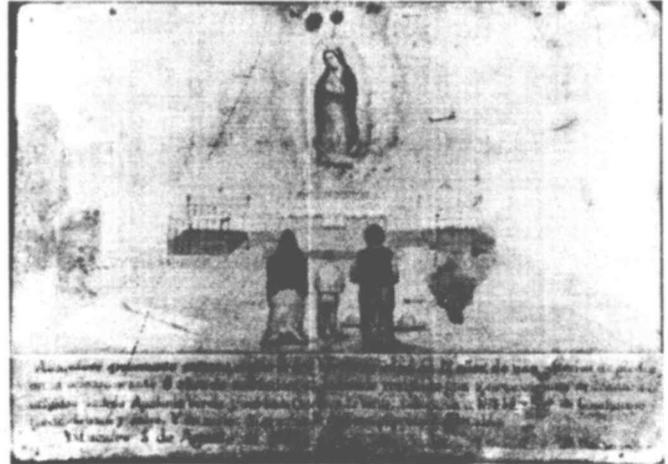
³⁷ Brotá, 1896, p. 313.

³⁸ El retablo original puede consultarse en el Museo del «ex-voto» de la Basílica de Guadalupe en la ciudad de México.



Imagen no. 57
Cálculo de la vejiga.
El Imparcial, 15 de
marzo de 1914, p. 8.
Biblioteca Lerdo.

Imagen no. 58
Ex-voto. 5 de Agosto de 1922.
Museo del «ex-voto» de la Basili-
ca de Guadalupe. México, D. F.



Dos grupos sociales enfrentaban así uno de los problemas más graves y devastadores de la época: la elevada mortalidad infantil, apelando, según fuera el caso, a los poderes omnímodos de la religión o de la ciencia. Los primeros acudían al amparo de la Virgen para solucionar sus problemas, mientras que los segundos depositaban la misma fe irracional y religiosa en los milagrosos poderes científicos, a través de recursos tan mágicos y sorprendentes como los rayos «X».

Esta lectura mágica de las imágenes de los rayos «X» estuvo presente desde el inicio de este importante descubrimiento científico:

Cuando Wilhelm Conrad Rontgen descubre los rayos X en diciembre de 1895, la noción de una luz invisible capaz de impresionar la placa fotográfica revoluciona tanto los medios científicos como la importante colectividad de

experimentadores espiritistas, siempre en busca de éteres, auras y flúidos de todo tipo [...] Podría decirse que la utilización mágica o mediúmnica de los rayos X estaba inscrita ya en el acta de nacimiento científico del fenómeno.³⁹

Por otro lado, la exageración de las expectativas en los poderes curativos de la medicina aparece en este caso de manera muy evidente. Al menos, esta conclusión es la que se desprende de la lectura de los planteamientos de especialistas mexicanos de tiempos más recientes, quienes aseguran que la curación de las malformaciones urológicas permaneció «en pañales» durante las primeras décadas del siglo XX en este país.⁴⁰

La lectura e interpretación de la imagen fotográfica, ligada al campo de la publicidad médica comercial, modificó el sentido original de las *tarjetas de visita* infantiles al reinsertarlas en el espacio público de la prensa, produciendo cambios relevantes en el significado de la imagen. Aunque ambos casos presentaban diferencias significativas, la nueva lectura subyacente tanto en «La Peruna» como en los «Institutos Médicos» estaba orientada a reforzar el prestigio de la ciencia de la época.

El niño como buen ciudadano

La educación representó una de las herramientas básicas con la que los grupos dirigentes imaginaron resolver todos los problemas del país a lo largo del XIX, llegándola a concebir como una especie de «panacea» social. Lejos de apartarse de esta postura, los pedagogos e ideólogos del Porfiriato continuaron con la ilusión de unificar al país a través de la educación, con la diferencia notable que ya se ha señalado de que en esta ocasión se presentaban condiciones más idóneas para la realización de estos proyectos.

El régimen fracasó rotundamente en algunas metas básicas, como la disminución del analfabetismo, factor real que impedía la realización de cualquier proyecto racional de modernización. Sin embargo, lo que me interesa resaltar aquí es su notable capacidad para construir los lineamientos ideológicos del sistema educativo moderno, los cuales fueron retomados a lo largo de este siglo por los distintos regímenes post-revolucionarios.⁴¹

Una de las tareas prioritarias que se proponía el régimen era el reforzamiento de una moral cívica como instrumento básico en la búsqueda de una uniformidad, objetivo que se explicitaba a través de la instrumentación de medidas concretas, como la celebración del primero y segundo con-

³⁹ Didi-Huberman, *op. cit.*, p. 75.

⁴⁰ Ávila y Frenk, 1997, pp. 9-16.

⁴¹ El promedio general de analfabetismo se mantuvo en un 85% a lo largo del Porfiriato. Al respecto, véase Bazant, *op. cit.*, p. 78.

gresos nacionales de instrucción, en los años 1889-90 y 1890-91, los cuales marcaron una nueva época en la historia política del país en la medida en que trazaron directrices claras para el establecimiento de una instrucción moral y cívica:

[...] la preocupación fundamental del Congreso fue trabajar para lograr la uniformidad de la enseñanza en toda la República, para lograr que la formación que recibieran todos los mexicanos fuera exactamente igual para que se pudieran formar ciudadanos cumplidos y que respondieran a los mismos ideales.⁴²

La enseñanza de la historia ocupaba un lugar estratégico dentro de la formulación de estos planes. A principios de la década de los noventa, la reflexión sobre la historia patria había alcanzado un alto grado de desarrollo. Una muestra clara de lo anterior lo constituye la obra magna, *México a través de los siglos*, coordinada por Vicente Rivapalacio en 1889, primera gran síntesis historiográfica que recorría en un sentido lineal la historia del país, desarrollando la idea de una nación embrionaria que se habría ido gestando poco a poco desde los primeros asentamientos prehispánicos hasta su consolidación con la victoria liberal juarista y su prolongación porfiriana.

Esta obra, que representaba el punto de vista del liberalismo triunfante en transición al positivismo «científico», introdujo cambios importantes que reflejaban la nueva situación política del país, al mismo tiempo que orientó debates y discusiones posteriores sobre estos temas. Entre otras cosas, superó la visión criolla que veía con desdén el pasado indígena y ponderó el pasado colonial con una visión más equilibrada. En particular, legitimó la épica de la independencia como el episodio fundador de la nación, con la figura del cura Hidalgo como protagonista principal.⁴³

En la década de los noventa del siglo XIX, Justo Sierra consolidó este proceso al atribuir la paternidad de la nación al liderazgo fundador de don Miguel Hidalgo, en un duelo con los hispanistas, que reivindicaban la figura de Hernán Cortés:

⁴² Vázquez, 1970, p. 97.

⁴³ Pérez Vejo, 2001, p. 73, ha analizado este mismo proceso en el campo de la pintura histórica del siglo XIX, cuya evolución da cuenta de la manera en que las imágenes fueron construyendo un concepto moderno de nación: «[...] la pintura de historia no es sólo un episodio más de la evolución de la historia de la pintura. Es un sofisticado ejemplo del uso de las imágenes como elemento de persuasión ideológica, de la capacidad de las imágenes para crear realidad y de la capacidad de la historia para legitimar el presente. Entender la forma en que los pintores de historia dieron imágenes a las historias nacionales es una forma de entender el proceso de construcción, de invención, de la nación como mito identitario de la modernidad».

Cortés fué, como la personalidad capital de la conquista, el fundador de la nacionalidad; Hidalgo, como la personalidad capital de la independencia, es el Padre de la Patria [...] por eso admiraremos siempre al primero, pero amaremos eternamente al segundo; a éste es a quien nos liga -lo siente el pueblo mexicano en el fondo de su alma- el deber filial. Hidalgo es el padre de la patria.⁴⁴

Como señala Koselleck, cada sociedad establece una relación particular con el tiempo definiéndolo a partir de las contradicciones de su presente. En este sentido, la memoria moderna, surgida de la construcción de los Estados-nación, ha inventado su propio pasado, seleccionando sucesos y personajes que considera dignos de conmemoración.⁴⁵ En el caso mexicano, el régimen porfirista asumió esta voluntad de reordenación y utilización del pasado con funciones cívicas muy evidentes:

En la época porfiriana, la historia no es sólo un instrumento de poder y de construcción de la nación, sino también la conciencia histórica, o de la historia, influye globalmente en la manera de pensar. Es el modo de la conciencia por excelencia [...] Dentro de este pensamiento dominado por la historia, las conmemoraciones y manifestaciones de identidad están animadas por una tensión permanente entre los deseos de utilizar el pasado y la aspiración de ser modernos y colocar a México en el diapasón del progreso universal.⁴⁶

La idea de la historia como referencia estratégica para la educación nacional de los distintos sectores, así como la reflexión sobre el papel del maestro como forjador de futuros ciudadanos constituyen verdaderos puntos programáticos en la obra de los pedagogos más influyentes del régimen durante la década de los noventa.⁴⁷ Tal es el caso ya mencionado de Sierra, sin duda el ideólogo educativo más importante del Porfiriato, que dedicaba su texto *Elementos de historia patria* a sus hijos de la siguiente manera: «El amor a la patria comprende todos los amores humanos. Ese amor se siente primero

⁴⁴ Sierra, 1991, p. 194.

⁴⁵ «Ya hay que poner en duda la singularidad de un único tiempo histórico, que se ha de diferenciar del tiempo natural mensurable. Pues el tiempo histórico, si es que el concepto tiene un sentido propio, está vinculado con unidades políticas y sociales de acción, a hombres concretos que actúan y sufren, a sus instituciones y organizaciones». Koselleck, 1993, p. 14.

⁴⁶ Lemperiere, *op.cit.*, p. 321.

⁴⁷ En el caso de los católicos, éstos se adaptaron en términos generales al catecismo cívico aceptando a finales del siglo XIX la paternidad de Miguel Hidalgo, y si bien siguieron insistiendo en una visión conservadora de la historia, su oposición y resistencias más significativas se produjeron en el campo de la llamada «cuestión social». Influidos por la Encíclica *Rerum Novarum*, en la década de los noventa, los «católicos sociales» percibían al liberalismo individualista como la fuente de todos los males y perjuicios de la nación.

y se explica luego. Este libro dedicado en vosotros a todos los niños mexicanos, contiene esa explicación».⁴⁸

La idea se repite en los promotores directos de la educación, como el profesor normalista Celso Pineda, autor de un importante texto escolar que ameritó varias reediciones a principios de siglo, *El niño ciudadano. Lecciones de Instrucción Cívica*, en el cual insistía con sus alumnos sobre la necesidad de «amar a nuestra patria que es nuestra madre» y desarrollaba un esbozo de historia patria que se ajustaba en su esquema general a los lineamientos de la obra de Rivapalacio.⁴⁹

La implantación de una moral cívica formó parte de un largo y penoso proceso de construcción histórica, que pasó por un proyecto de individualización. En esa medida, «pensar» en torno a la naturaleza de los ciudadanos en el siglo XIX implicó el trazo de un proceso de diferenciación de la infancia como la etapa clave para cimentar y construir los nuevos valores.

Uno de los instrumentos más importantes por donde pasó esta depuración y especialización del período de la niñez como el lugar privilegiado para la formación de esta moral cívica, lo constituyeron las publicaciones educativas ilustradas, diseñadas para un público infantil y, en buena medida, para los padres de familia y los maestros, encargados de guiar a los infantes por los nuevos senderos cívicos que requería la nación.

Un ejemplo interesante, por lo que aporta desde el campo de la composición gráfica a la transmisión de ideas de una concepción cívica de la infancia, es el que se refiere a la revista neoyorkina titulada *Normal Instructor*, difundida en México, Cuba y otros países de América Latina a finales del Porfiriato.⁵⁰ Desde sus inicios, a finales de 1907 y principios de 1908, la revista se planteaba la necesidad de ilustrar el método cívico del Profesor Wilson L. Gill, que consistía en enseñar a los escolares los principios básicos de la democracia a través de la dramatización, por parte de éstos, de diversas acciones y procedimientos cívicos.

La actividad fundamental consistía en la formación de órganos de «autogobierno», en los cuales los pequeños colegiales practicaban los más elementales derechos democráticos, que iban desde el nombramiento de sus representantes a través del voto directo y secreto en las urnas hasta la realización de discusiones y debates en torno a temas candentes entre los mismos adultos, como el caso de la validez y pertinencia del sufragio femenino:

The School City, originated by Wilson L. Gill, is a method of student self-government under supervision, which has spread until there is today a school city in practically every State [...] The School City method is applied by the

⁴⁸ Sierra, *op. cit.*, p. 291.

⁴⁹ Pineda, 1906, p. 37.

establishing in schools of miniature democracies modeled as closely as is practicable upon our State and city governments. Its fundamental purpose is better to fit our prospective citizens for honest and efficient citizenship by acquainting them through actual practice in their youngest and most impressionable years, with the legitimate workings of democratic government.⁵¹

El papel desempeñado por la imagen fotográfica resultó crucial en la difusión del mensaje democrático y la propuesta de internalización de valores cívicos por parte de los infantes. En el caso de la revista *Normal Instructor*, los pequeños posaban para el reportero, mostrando distintas facetas de su apropiación de la vida democrática. El resultado consistió en la adecuación simbólica de los cuerpos infantiles con los ritos de la democracia, cuyos principios se deseaban inculcar.

Estos reportajes muestran la incorporación de la fotografía como herramienta pedagógica fundamental para la transmisión de los nuevos valores cívicos entre los infantes convertidos en pequeños ciudadanos. En la siguiente imagen puede verse uno de los pequeños escolares, recién elegido «Presidente» por sus colegas, arengando con su discurso a la pequeña muchedumbre de electores que lo ha elegido y lo vitorea. Este tipo de fotografías no sólo ilustra o ejemplifica las ideas y los planteamientos del texto, sino que forma parte de un código visual en el que los infantes representan el juego político de la democracia. Se trata de niños que simulan ser adultos y se comportan como tales. La mirada del fotógrafo diseña toda la composición y no deja espacio alguno para la improvisación.



Imagen no. 59
Normal Instructor.
Portada. Dansville, NY.
Febrero, 1908.
Escuela Normal. Fondo
Reservado.

⁵⁰ Una colección de esta importante revista pedagógica puede consultarse en el Fondo Reservado de la Biblioteca «Ignacio Manuel Altamirano» de la Escuela Normal, en la Ciudad de México.

En México, este tipo de publicaciones, que estaban dirigidas a sectores urbanos de las clases media y alta, y que utilizaron las imágenes fotográficas como el vehículo más idóneo para la expresión de sus planteamientos, formaban parte de la política educativa del régimen:

Para los liberales del Porfiriato y especialmente para los «científicos» la educación constituía la mejor manera de redimir al pueblo mexicano. A través de las letras, del alfabeto, se conquistarían mejores niveles de vida y el país llegaría a civilizarse [...] Los niños tuvieron a su alcance publicaciones diversas, las cuales llenaron las necesidades de educación extraescolar y también el entretenimiento de tipo cultural. La evolución de los pequeños genios, como Mozart, los cuentos infantiles, las canciones y los juegos, las rondas, los consejos se vertían en páginas ornadas de grabados y dibujos. A buscar el interlocutor de edad temprana estuvieron dedicados 5 periódicos en la capital [...] ⁵²

El rasgo institucional que vinculaba estas publicaciones con el aparato educativo del régimen estuvo presente en casi todas ellas. Por ejemplo, *La Educación Contemporánea*, se asumía como «Órgano de la Sección de Instrucción y Beneficencia Públicas» y su director era el profesor Miguel Díaz, presidente de una sociedad pedagógica integrada por maestros de las escuelas oficiales. En uno de sus primeros números, la revista planteaba claramente sus objetivos a los lectores:

La educación moderna tiene por fin desarrollar de una manera gradual, progresiva y simultánea el ser físico, intelectual y moral del niño [...] El maestro, encargado de tan noble ministerio y que anhela la realización de ese ideal, debe poseer un ascendente sobre sus educandos, tanto moral como intelectual. ⁵³

La Enseñanza Normal, por su parte, estaba dirigida por el maestro Alberto Correa, y en su portada señalaba que su consejo de redacción estaba integrado por maestros de las escuelas normales de la ciudad de México. El propio

⁵¹ *Normal Instructor*, 1908, p. 1. «La Ciudad Escuela, originada por Wilson L. Gill, es un método de auto-gobierno estudiantil bajo supervisión que se ha difundido al grado de que hoy en día existe una Ciudad Escuela prácticamente en cada Estado [...] El método de la Ciudad Escuela es aplicado en las escuelas mediante el establecimiento de democracias miniatura modeladas con la mayor semejanza posible a nuestros gobiernos estatales y ciudadanos. Su propósito fundamental es adaptar a nuestros futuros ciudadanos a una ciudadanía honesta y eficiente enseñándoles a través de la práctica el funcionamiento legítimo de un gobierno democrático durante sus años más jóvenes e impresionables».

⁵² Toussaint, 1984, pp. 42-3. Para este capítulo revisamos las siguientes publicaciones: *La Enseñanza Normal* 1904-10; *La Educación Contemporánea* 1904-10; *La Enseñanza Objetiva* 1890-91; *La Familia* 1890-91; *El Niño Mexicano* 1895-96 y *El Mundo Ilustrado* 1894-1914.

⁵³ *La Educación Contemporánea*, 1 de Diciembre de 1904, p. 19.

director explicaba en el primer número del periódico -publicado significativamente el 15 de septiembre- cuáles eran sus expectativas:

La acción del profesorado de La Enseñanza Normal en la redacción de este periódico, que obedece a un plan meditado, fijo y uniforme, forzosamente va a determinar las relaciones estrechas entre todos y a despertar sentimientos de solidaridad [...]. La república necesita un ejército de maestros y no contamos sino con una centésima parte de ellos convenientemente preparados. Para reclutarlos, precisa hacer un llamamiento a todos los factores de la grandeza nacional. Precisa que alrededor de la bandera de la escuela se agrupen los que aman a la Patria, pues ya es perfectamente sabido que la educación está íntimamente ligada a su porvenir, que con ella se relacionan los problemas políticos, sociales y económicos, y que no pueden resolverlos satisfactoriamente los pueblos que han olvidado alistarse con las armas nuevas para entrar en la batalla de la ciencia y de progreso que agita a todas las naciones.⁵⁴

Uno de los ejes didácticos más importantes de estas publicaciones consistió en la realización de concursos cívicos en los que se pedía la colaboración infantil mediante composiciones sobre temas de la historia patria.

La portada del primer número de *El Niño Mexicano* resulta muy sugerente. Aparece simbólicamente el 15 de septiembre y se encuentra dividida en dos partes, la superior o cabezal y la inferior o cuerpo, cada una con imágenes significativas. La parte central de la sección inferior la ocupa un grabado que representa al «Padre de la Patria», Don Miguel Hidalgo, el cual luce ya como el anciano bondadoso reivindicado por Justo Sierra y porta un estandarte de la Virgen de Guadalupe.

A su vez, el cabezal está dividido en dos partes. A la izquierda, el estereotipo de un niño estudioso, sentado en su pupitre en el salón de clase; a la derecha, unos niños juegan, tomados de las manos, tal vez durante el recreo uno de tantos juegos infantiles de la época. Al centro, un sol radiante ilumina una escuela, cuya arquitectura semeja la fachada del Castillo de Chapultepec y en cuyo jardín juegan los niños mencionados.

Toda la ornamentación vegetal que llena el cuadro sugiere riqueza, abundancia, prosperidad y exuberancia. El centro del círculo solar es ocupado por la estatua de Cuauhtémoc, el último tlatoani azteca, vestido cual emperador romano. Esta portada del primer número de la publicación marcará un punto de referencia cívico obligado para los ejemplares posteriores.

El Niño Mexicano organizó un concurso con el tema de «La conquista», ofreciendo como primer premio un mapa geográfico de la invasión norteamericana de 1847, un álbum «histórico-geográfico» con un fotograbado del

⁵⁴ *La Enseñanza Normal*, 15 de septiembre de 1904, pp. 2-3.



Imagen no. 60
La Enseñanza Normal,
Portada,⁵⁵ 22 de julio de 1907.
Hemeroteca Nacional. Fondo
Reservado.

Imagen no. 61
El Niño Mexicano, portada, 15 de
septiembre de 1895.
Hemeroteca Nacional. Fondo Reser-
vado.



Castillo de Chapultepec y su «hermoso bosque secular, testigo de las grandes glorias y de las grandes catástrofes del pueblo mexicano», así como la publicación de la fotografía y los datos biográficos de los niños ganadores.⁵⁶ La convocatoria para la publicación de las fotografías de los ganadores resaltaba el estímulo que significaba para los niños ver impresa su imagen en la revista:

⁵⁵ Los grabados destacan algunos elementos relevantes, asociados con las nuevas ideas de progreso, como la gimnasia y el ferrocarril. Así mismo, la presencia del maguey sugiere la identidad mexicana del proyecto educativo impulsado por la publicación.

⁵⁶ *El Niño Mexicano*, 3 de noviembre de 1895. La imagen del bosque «secular» de Chapultepec también está cargada de simbolismos: «Desde tiempos inmemoriales y en muchas civilizaciones, el bosque ha sido considerado como un lugar sagrado. El de Chapultepec

Tenemos el deseo de publicar en este periódico los retratos de aquellos niños suscriptores que en los exámenes del presente año, ya se verifique en escuelas oficiales, ya en colegios particulares, obtengan los primeros premios [...]. El objeto que nos proponemos con la publicación de esos retratos y datos biográficos es que sirva de aliciente a los más adelantados para que sigan dedicándose empeñosamente al estudio, y a los menos aprovechados, para que en lo sucesivo procuren sobresalir para su aplicación. Nuestro deseo es que los niños que no vean su retrato en «El Niño Mexicano» sí puedan encontrarlo más tarde en su periódico favorito.⁵⁷

Julio Dávila y Micaela Amador obtuvieron el primer y segundo lugares, respectivamente. Sus composiciones se inscribían dentro del esquema historiográfico liberal oficialista dominante a finales del siglo pasado, que recuperaba, siguiendo a Clavijero, al pasado prehispánico como el antecedente fundamental del Estado liberal y progresista imperante en México en las últimas décadas del siglo XIX. No resulta sorprendente el hecho de que ambos escolares destacaran los aspectos positivos de los líderes indígenas que lucharon contra el invasor español, como Xicotécatl, que «no quiso servir al lado de los invasores de la patria», o Cuitláhuac, «héroe que amaba a su patria hasta el extremo.»⁵⁸

Las fotografías de cada uno fueron publicadas con sus pequeñas biografías, en las que se destacaba su lugar de nacimiento, su escuela de procedencia y, por supuesto, el origen de su interés por la materia de «historia patria». El resultado es muy sintomático, en la medida en que el sujeto biografiado apenas contaba con 10 años y su vida era narrada en función exclusiva de su paso por el aparato escolar como instancia socializadora:

Julio Rafael Dávila nació en Puebla el 23 de Enero de 1885, hijo de Daniel Dávila y Carmen Tagle de Dávila. A los cuatro años comenzó a conocer las letras por medio del sistema objetivo; desde entonces hasta la fecha ha cursado progresivamente las materias pertenecientes a la enseñanza preparatoria, manifestando una predilección muy marcada por las clases de historia patria y dibujo. Su enseñanza se ha llevado a efecto por medio de cátedras particulares.⁵⁹

así lo era y además se creía que era una de las entradas a la región de la vida eterna. Las leyendas sobre sucesos sobrenaturales ocurridos ahí sobreviven hasta nuestros días [...]. El bosque, por su misterio, por los espíritus que en él habitan, es el lugar idóneo para una conmemoración fúnebre como ésta. Pero también lo es para señalar un renacimiento, pues el bosque renace cada primavera, como cada 13 de septiembre renace el amor a la patria y la esperanza de vivir en un país más justo». Plascencia, 1995, pp. 244-7.

⁵⁷ *El Niño Mexicano*, 5 de enero de 1896, p. 1.

⁵⁸ *Ibidem*, 19 de enero de 1896, p. 4.

⁵⁹ *Ibidem*.

La fotografía del niño Julio Dávila, ganador del concurso, resulta un poco enigmática. Se trata de un retrato de estudio en el que el pequeño posa de frente y de pie junto a una columna. Luce serio y solemne con su traje, cargando una pequeña guitarra con su mano derecha y portando un brazalete en el brazo izquierdo. Una gran cruz –cuyo significado resulta incierto en la medida en que no existe referencia alguna a ella en el texto– se asoma del mismo lado y le proporciona una atmósfera teatral a todo el cuadro.



Imagen no. 62

Niño Julio R. Dávila

El Niño Mexicano, 19 de enero de 1896, p. 3.

Hemeroteca Nacional. Fondo Reservado.

Al igual que en las composiciones gráficas vinculadas con los reportajes policíacos, aquí el asunto presenta un cierto grado de complejidad, en la medida en que tenemos una imagen que corresponde originalmente a un género específico y determinado, el cual presenta su propio código de valores, como es la ya mencionada *tarjeta de visita*, inserto en un medio con una cobertura mucho más amplia y que posee fines muy distintos, como es el caso de la prensa o de las publicaciones educativas. Lo que en las tarjetas pertenecía exclusivamente al ámbito de lo privado o en todo caso se reducía a un uso familiar, en la revista pasa por una exposición de carácter público, en que dicho uso se supedita a la realización de un objetivo político mucho más amplio, como es la difusión simbólica de los valores patrios, la cual busca como destinatarios a una porción significativa de la población infantil:

No es el prurito de halagar la vanidad de los niños suscriptores, sino el vivo deseo de estimularlo al estudio y al trabajo, lo que nos mueve a publicar

los retratos de aquellos de nuestros abonados que por algún motivo se hacen acreedores a esta distinción.⁶⁰

Al igual que en los concursos de belleza infantil organizados por las revistas ilustradas en la década de los noventa, los concursos cívicos realzaban la participación de los niños en el nuevo imaginario colectivo. Lo que en aquellos eventos de las élites se perfilaba como la construcción de estereotipos y modelos de una infancia «inocente», pura y asexuada, en esta nueva etapa se transformaba en algo distinto, al vincular el mundo de los infantes con el aparato escolar y al privilegiar el mérito académico como una forma de distinción para los educandos.

La fotografía desempeñó de nueva cuenta un papel fundamental como el vehículo más idóneo de esta pedagogía cívica, que se encargó de difundir un nuevo tipo de estereotipo infantil vinculado con el aparato escolar y a su tarea de inculcar una historia patria que legitimara el sistema político del presente. Al respecto, resaltan varios elementos importantes. En 1878 el reglamento para las escuelas primarias y secundarias de niñas señalaba la ausencia de preocupación por parte del Estado respecto de la impartición de las materias de «historia» e «instrucción cívica» al sector femenino. Sin embargo, en un lapso de dos décadas las cosas habían cambiado sustancialmente, como lo muestra la premiación de la pequeña Micaela.⁶¹

No deja de ser bastante significativa la alusión al Castillo de Chapultepec y el mapa de la invasión norteamericana: reflejan la herida todavía no cicatrizada por los hechos ocurridos medio siglo atrás, lo mismo que la voluntad de reconstruirlos y reinterpretarlos como parte de una memoria cívica. No es casual que la figura mítica de los niños héroes se forjara en este período:

Cabe subrayar [...] que el culto de los niños héroes se gestó sin lugar a dudas durante el porfiriato [...] el recuerdo de los niños héroes fue lentamente trascendiendo del estrecho ámbito de la asociación -cuyo fin principal era demostrar que el Colegio Militar representaba lo mejor que tenía el país, y del cual éste debía enorgullecerse- al círculo más amplio de las autoridades educativas federales, que vieron en este culto un ejemplo paradigmático: la mejor introducción a la educación cívica de la niñez y de la juventud.⁶²

La construcción del mito de los niños héroes refleja la voluntad cívica del régimen de Díaz de estimular los valores patrios en la niñez mexicana como parte del gradual aprendizaje de las nuevas reglas y lineamientos de los ciu-

⁶⁰ *Ibidem.*

⁶¹ Dublán y Lozano, 1878, vol. XIII, pp. 471-2.

⁶² Plascencia, *op. cit.*, pp. 255-56.

dadanos en ciernes. En este marco, a principios del siglo XX se difundió una literatura infantil de cuentos cívicos.

En uno de los momentos más significativos de este proceso, en septiembre de 1910, *El Mundo Ilustrado* publicó el cuento «Un niño mártir», que narra la historia trágica de José María, un indígena insurgente de 12 años, capturado y fusilado por los realistas. El relato iba acompañado de foto-reportajes tan significativos como el del solemne recibimiento del uniforme del Generalísimo Morelos, que el gobierno español había decidido regresar a México en un gesto de amistad, y la ceremonia oficial de la colocación de los restos de los héroes patrios en la urna del monumento a la independencia.

Las reseñas y reportajes gráficos de visitas a los museos, en particular al Nacional, ocuparon un lugar importante dentro de los intereses y preocupaciones de las publicaciones educativas ilustradas, que mostraban así su voluntad de acercar a la población infantil a la difusión de los valores patrios. El vínculo es altamente significativo, en la medida en que dicho museo se convirtió en uno de los instrumentos predilectos del régimen en su labor forjadora de una conciencia histórica que legitimara el presente, transformando objetos antes considerados como «idolátricos» en símbolos de culto cívico, y exhibiéndolos junto a escenas, personajes y acontecimientos del siglo XIX que la memoria del poder porfiriano había ido seleccionando:

Se puede afirmar que a fines del siglo XIX, el Museo Nacional era algo más concreto que un sueño patriótico. No era ya el depósito de mil pedazos reunidos sin coherencia. Había comenzado a desarrollar un modo de representación de «lo propio» y a convertirse en una institución académica de relevancia [...] El Museo Nacional contribuyó con eficacia a un doble proceso ideológico: al de la sacralización secular de la historia patria y, sobre todo, al de la refundación de la identidad nacional a partir de la recuperación del pasado prehispánico junto con la «guerra de independencia».⁶³

En este tono concluía una de las visitas típicas de escolares al Museo, realizada en los últimos años del Porfiriato:

[...] con la revista de este salón terminamos nuestra interesante visita, que dejó en nuestros corazones, con caracteres indelebles, el recuerdo histórico de nuestros gloriosos antecesores y el orgullo de ser sucesores de aquellos nobles y valientes guerreros.⁶⁴

Con todo, resulta importante destacar que la labor del museo trascendía el ámbito de lo patriótico y abarcaba una esfera didáctica moral mucho más

⁶³ Morales, 1993, pp. 39-41.

⁶⁴ *La Enseñanza Normal*, 22 de marzo de 1907, p. 42.

amplia, legitimadora de las nuevas costumbres urbanas, lo que enriquece su estudio como instancia formadora de una nueva cultura por aquellos años.⁶⁵

La Dirección de Enseñanza ordenó a partir de 1904 que la víspera de cada fiesta cívica se organizaran actos escolares en los que se explicara a los niños los detalles y pormenores de los actos que se estaban celebrando. La nueva moral cívica debía ir más allá de la simple efeméride para estimular la solidaridad y la unión entre todos los niños del país. En el año de 1907, un fuerte terremoto en el sur del país brindó la ocasión propicia para probar estas ideas. Con motivo de la celebración de la victoria sobre el ejército francés ocurrida el 5 de mayo de 1862, y en el marco de una gran fiesta cívica realizada en una escuela práctica anexa a la Normal, el niño José Pichardo, de sexto año de primaria, pronunció el siguiente discurso :

Siempre es hermoso y sublime el canto que en honor de la patria se desgrana de nuestras gargantas, pero hay algo de grandiosidad, mucho de poesía, cuando ese himno brota de las azules almas de los niños [...] Felices nosotros que podemos ayudar a nuestros compatriotas del sur, a aquellos hermanos, descendientes de una raza de héroes que lucharon por darnos libertad, a ellos debemos que hoy seamos libres y justo es que sintamos el infortunio de sus hijos.⁶⁶

La Sociedad Infantil Científica y de Ahorros «Enrique C. Rébsamen» se dio a la tarea de recaudar 75 pesos y los entregó a los niños de Chilpancingo, víctimas de la reciente catástrofe. Durante la ceremonia, ritual cargado de símbolos, se apreciaba claramente el trasfondo religioso que subyacía detrás de los valores patrios exaltados por el nacionalismo porfiriano. Así, la caridad religiosa aparecía secularizada, los valores patrióticos representaban la nueva moral y la música sacra era sustituida por el himno nacional:

La caridad de aquellos niños fue saludada con aplausos, mientras las notas del himno nacional semejaban la voz de la patria, que con acento delirante, arrebatador, leía esa página de nuestra historia que se llama cinco de Mayo.⁶⁷

El solemne momento fue captado por la lente fotográfica. Los pequeños aparecen tranquilamente sentados, escuchando muy atentos el discurso cívico

⁶⁵ «[...] El museo quedaba convertido no sólo en un divulgador, sino también en un espacio que legitima una nueva ética de las costumbres urbanas: la circulación razonada, el silencio, la prohibición de escupir y fumar, la visita en familia y la instrucción de la conducta pública por encima de la privada. Los hábitos de urbanidad forman parte de las salas de exposición». Morales, *op. cit.*, p. 53.

⁶⁶ *La Enseñanza Normal*, 22 de marzo de 1907, p. 42.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 43.

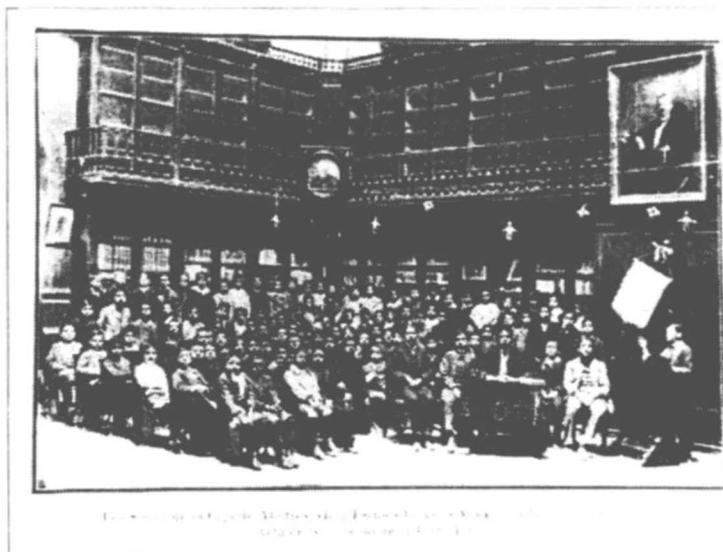


Imagen no. 63

Los socios de la Caja de Ahorros.

La Enseñanza Normal, 22 de marzo de 1907, p. 4.

Hemeroteca Nacional.

co de su compañero José Pichardo. Como en pocas imágenes, tenemos una recreación de la figura infantil asociada con los proyectos modernizadores del aparato educativo porfiriano.

La apoteosis de las fiestas cívicas se presentó en septiembre de 1910, con la celebración del centenario de la Independencia, sin duda la fecha y el momento más adecuados para evaluar el impacto de toda la simbología patria en el imaginario colectivo. La pretensión de las autoridades tenía una carga política evidente: se trataba de mostrar a los mexicanos, pero sobre todo a los extranjeros, el ingreso del país a la civilización y la modernidad, después de tres décadas de orden y progreso bajo la dirección del general Díaz, aunque para ello hubiese que «borrar» de la escena urbana a algunos «indeseables». Éste parecía ser el caso de los niños de la calle, esos «nómadas ciudadanos» de los que se hablaba en los reportajes de la época, que acostumbraban vagar sin rumbo por las calles de la capital:

[...] es indudable que en una ciudad en fiesta y pletórica de forasteros, entre los cuales habrá muchos extranjeros, la nota más triste que se pueda dar es la mendicidad y la vagancia. El señor Gobernador, teniendo en cuenta esta circunstancia, ha ordenado que se empiece a recoger a todos los mendigos, que serán alojados en los asilos, con el objeto de que para las grandes fiestas de septiembre no se les vea por las calles. Igual recomendación ha hecho para

atrapar a los vagos, niños especialmente que no tienen hogar fijo, y circulan por las calles de la ciudad causando la conmiseración de los transeúntes.⁶⁸

En estos festejos, la memoria histórica porfiriana seleccionaba recuerdos y acontecimientos del pasado, ligándolos con sus pretensiones de modernidad. En este contexto, el mensaje estaba claramente destinado a los futuros ciudadanos:

La evolución del festejo de los días 15 y 16 de septiembre reflejaba el mismo deseo de modernidad. Cada celebración anual era ocasión para introducir alguna novedad. La electricidad decuplicó las posibilidades de iluminación festiva sobre el Zócalo [...] Lo que más se fomentó fue la participación de los alumnos de escuelas en la procesión cívica del desfile de la tarde del 15 de septiembre y los festejos particulares en su honor [...] se trataba, en un mismo movimiento, de asociar a los futuros ciudadanos con un excepcional ejercicio de la memoria nacional, y de celebrar el recuerdo de la libertad conquistada y los esfuerzos del régimen por el progreso del saber y de la ciencia.⁶⁹

Las diversas publicaciones educativas dieron cuenta de la intensa participación de los grupos de escolares en los principales festejos cívicos: la inauguración del monumento a la Independencia, la entrega del uniforme de Morelos por parte del Embajador de España, la llegada de la pila bautismal de Hidalgo, los desfiles militares, los festivales y las tablas gimnásticas.

Cuando la fiesta terminó, el país comenzaba una nueva etapa política que iba a alterar radicalmente la vida de la nación en sus diferentes órdenes. Por lo que respecta a la lectura y los cuestionamientos sobre la niñez, éstos se incrementarían y diversificarían notablemente en las siguientes décadas. Una primera muestra de ello fue la celebración del Primer Congreso Nacional de la Infancia, que tuvo lugar en la ciudad de México del 17 al 25 de septiembre de 1920.

Infancia y «degeneración»

A lo largo del último cuarto del siglo XIX se registró un incremento en los índices de criminalidad en la Ciudad de México, lo que preocupó en forma significativa a intelectuales, escritores y profesionistas vinculados con los grupos dirigentes, que produjeron una literatura abundante en la que se ocuparon del asunto.⁷⁰

⁶⁸ *El Imparcial*, 6 de julio de 1910, p. 1.

⁶⁹ Lemperiere, *op. cit.*, pp. 329-30.

⁷⁰ Piccato, *op. cit.*, pp. 75-142.

No sólo los literatos afinaron sus plumas a fines del siglo pasado y renovaron su prosa en aras de un análisis más profundo de las condiciones y los entornos que rodeaban a los individuos; también las ciencias sociales hicieron lo propio y pasaron de la reflexión liberal abstracta sobre la delincuencia al escudriñamiento positivista de carácter concreto, que intentaba rescatar y analizar aspectos ligados con la vida cotidiana y las vicisitudes biográficas de los criminales en turno.

En lo que respecta a la sociología y la criminología, podemos observar cómo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se desarrolló en México una transición de la escuela criminológica clásica a la positivista, que no excluía a la anterior, sino que incorporaba algunos de sus planteamientos.⁷¹

La teoría criminalista clásica, representada por el italiano Beccaria, se basaba en los aportes de pensadores ilustrados como Rousseau y Montesquieu y planteaba que el hombre era un ser egoísta por naturaleza, y, que al utilizar su libre albedrío y su capacidad de elección podía cometer algún delito, contraviniendo el contrato social basado en un consenso de respeto a la propiedad privada y el bienestar personal. Esta teoría planteaba que la pena debería ser proporcional al tipo de delito cometido. En la lógica de este esquema, el juez sólo representaba un instrumento de la ley que fijaba exactamente una pena para cada delito.⁷²

Esta escuela, de claros nexos con la teoría utilitarista, sustentó en gran medida la Constitución Liberal de 1857, e influyó en la mayoría de los editoriales y artículos políticos y sociales sobre la delincuencia, así como en los informes del Ministerio de Justicia de la época. En las últimas décadas del siglo XIX, las cosas comenzaron a cambiar: En un artículo publicado en la *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, el abogado Jesús Urueta criticaba severamente a la legislación liberal con los siguientes argumentos:

Para el legislador todos los hombres son iguales, naturalmente buenos y honrados. Si delinquen es por su culpa, pues tienen libertad para obrar bien o mal. Según nuestro código, sólo hay delitos, no delincuentes [...] Nuestro código considera al delito en abstracto: la criminología moderna lo considera en concreto, como un fenómeno natural, como un acto humano. Al estudio de la entidad jurídica debe sustituirse el estudio del delincuente.⁷³

La práctica criminal, sin embargo, no dejaba de reflejar la desigualdad social. La mayoría de los delincuentes provenían de las clases bajas, y de esta manera, las teorías clásicas resultaban cada vez más inoperantes para resol-

⁷¹ Taylor, 1973, pp. 67-87.

⁷² Beccaria, 1983.

⁷³ Urueta, 1898, p. 45.

ver la contradicción que implicaba reivindicar la defensa de la igualdad y simultáneamente poner todo el énfasis en la propiedad.

Las teorías positivistas entraron al relevo y, sin desechar los conceptos clásicos, incorporaron nuevos elementos que transformaron la concepción tradicional del delito, al proponer métodos para cuantificar y evaluar el comportamiento de los delincuentes y desarrollar las bases para una ciencia del delito que rechazaba la noción del libre albedrío para sustituirla con la figura de un delincuente impulsivo que actuaba determinado por fuerzas desconocidas.

En una investigación reciente, la historiadora Elisa Speckman se ha referido a estas cuestiones de la siguiente manera:

Así, los positivistas consideraron que la legislación liberal no había respondido a la realidad mexicana [...] En su opinión, partir del estudio de la realidad exigía enfocarse en el delincuente en lugar del delito, tal y como lo había hecho la escuela clásica, lo cual implicaba aceptar la premisa de que todos los hombres son iguales y que debido a ello lo importante es el producto de su desviación. Consideraban que este postulado no correspondía a los hechos y subrayaban la diversidad de personalidad de los criminales, por que el estudio de la entidad jurídica debía sustituirse por el estudio científico del delincuente. Así, los miembros de la escuela positivista postularon que el remedio a la delincuencia estaba en razón directa al conocimiento del delincuente, pues sólo así se podían establecer las causas que lo llevaban a delinquir.⁷⁴

Como resultado de este proceso, se eliminó el supuesto tradicional que establecía un mismo patrón de evaluación para los sujetos comunes y corrientes y los infractores, y comenzaba a explicarse la conducta de estos últimos como parte de un comportamiento «desviado». Así se establecieron las bases para eliminar toda referencia a una participación activa de la sociedad en la formación de delincuentes y se negaba la tesis decimonónica que consideraba al delito como un producto de la sociedad.

De todo lo anterior se desprendía la necesidad de construir una estrategia de control social diseñada especialmente para las clases bajas, reubicadas ahora como clases «peligrosas», pues resultaban ser las productoras básicas de todo tipo de individuos «viciosos» y carentes de moral.⁷⁵

Algunos de los autores porfirianos focalizaron su análisis en la etapa de la infancia por considerar que durante dicho período se manifestaban los primeros rasgos de la futura fisonomía criminal. Tal es el caso de Luis G. de la Sierra, quien sostenía que en algunos niños podían observarse «ciertas ano-

⁷⁴ Speckman, 1999, p. 65.

⁷⁵ Macedo, 1897, pp. 27-34 y Guerrero, 1901, pp. 47-53.

malías, ciertas malas conformaciones, ciertos desarrollos detenidos y degeneraciones que anunciaban la presencia del tipo criminal». ⁷⁶

Este es el contexto en el que analizaré el papel que desempeñaron las representaciones de la prensa y los *magazines* de la época en torno a la figura del niño y su vinculación con el universo del crimen y la delincuencia. El objetivo es el de subrayar y destacar algunas de las características de una vertiente cultural que aportó una serie de elementos concretos para una reflexión política y cultural sobre la infancia.

Por lo que respecta al espacio de la llamada «nota roja», la configuración de esta mirada urbana –en la que confluían los reportajes con la utilización de las imágenes–, fue descubriendo, explorando y recreando determinados aspectos relacionados con la vida cotidiana en la urbe capitalina. En particular, conviene destacar algunos de los primeros reportajes gráficos acerca de la niñez y su vinculación con la delincuencia y la marginalidad, fenómeno predominantemente urbano que alcanzaba ya cierta relevancia en la opinión pública para principios de siglo. ⁷⁷

Una de las características más notables de estos reportajes es su evidente preocupación por delimitar el período de la infancia como una etapa vital en el desarrollo del ser humano, la cual era muy importante de conocerse y estudiarse, en la medida en que las «anormalidades» y las «desviaciones» de su desarrollo podían proporcionar explicaciones claves del comportamiento y las actitudes de los criminales adultos.

Este es el sentido del reportaje titulado: «La cirugía suprimiendo criminales», en el que se exponía de qué manera la ciencia lombrosiana, de corte positivista, había podido determinar que ciertos impulsos infantiles criminales y sanguinarios podían determinar el destino del ser humano. ⁷⁸

Uno de los casos más significativos del artículo en cuestión se refería a un niño que a los ocho años de edad sufrió un accidente que le produjo una herida en la cabeza y posteriormente se convirtió en un ladrón, descubriéndose posteriormente que «sus mórbidas inclinaciones provenían de ciertos desarreglos producidos en su cerebro por la herida». ⁷⁹

⁷⁶ De la Sierra, citado en Speckman, *op. cit.*, p. 116.

⁷⁷ Como señala Elena Azaola, 1990, pp. 78-83, a finales del siglo XIX se desarrolló una mirada particular en torno a la delincuencia infantil. Este proceso puede seguirse a través de la legislación de la época y la fundación de escuelas correccionales dependientes directamente de la Secretaría de Gobernación.

⁷⁸ Cesar Lombroso fue el fundador de la corriente de la Antropología Criminal, la cual tuvo un gran impacto en Europa e Hispanoamérica entre el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del XX. La referencia fundamental a su trabajo esta representada por el texto *El hombre delincuente*, publicado en el año de 1876.

⁷⁹ *El Imparcial*, 25 de octubre de 1908, p. 1.



Imagen no. 64

Retratos de criminales italianos y alemanes.

Tabla XIII del vol. I.

Cesar Lombroso.

El hombre delincuente, estudiado en relación con la antropología, la medicina legal y la disciplina carcelaria, 1889.

Wellcome Library, London.

Resulta muy importante la referencia a las ideas de Lombroso a lo largo de todo el reportaje. Como es sabido, uno de los planteamientos centrales del célebre criminalista italiano se refiere a la teoría del «criminal nato», según la cual cierto tipo de delincuentes resultaban equiparables a los hombres primitivos y, como ellos, presentaban instintos sanguinarios, ausencia de escrúpulos y una absoluta carencia de conciencia moral.

El perfil de este criminal pasaba por el siguiente inventario: orejas en asa, mandíbulas enormes, grandes arcos cigomáticos, frente huidiza, cabello espeso y rizado, precocidad sexual, insensibilidad al dolor, pereza y agudeza visual, y fue aplicado en los casos de los grandes bandidos y los criminales «célebres».⁸⁰

⁸⁰ Lombroso, *op. cit.*

La composición gráfica que rodea este editorial nos muestra hasta que punto la imagen está vinculada con un marco referencial explícito, que en este caso es el propio texto, y nos remite a otras ideas que circulaban en la época.

En la parte central puede observarse el dibujo de una cabeza de gran tamaño, en cuya parte superior se muestran las distintas circunvoluciones cerebrales. Por su proporción, que duplica el tamaño de las demás viñetas y por su colocación, que se ubica en el centro, dicha cabeza representa el elemento unificador de la composición. Justo a la mitad de la misma, a la altura de los ojos puede verse una mano que sostiene un cuchillo sangrante. El mensaje, de claras reminiscencias fisiognómicas y frenológicas, resultaba casi transparente: los instintos e impulsos criminales salían del cerebro y podían en un momento dado desembocar en escenarios sangrientos. Trazando un medio círculo alrededor de la cabeza pueden verse cuatro viñetas con sus respectivos personajes, que aluden al mundo del crimen.

En la parte superior destacan los grabados en forma de círculo del niño que sufrió el accidente y de Robespierre, vestidos a la usanza de la época de la revolución francesa, el primero con su coleta y el segundo con su peluca. Tienen la mirada fija, penetrante, y como están colocados de perfil, parece como si se estuvieran observando. Aquí encontramos el vínculo criminal entre la niñez y la etapa adulta, ya que cabe recordar que en el texto el pequeño es un ladrón, mientras que el político francés es descrito como un personaje acosado por las ideas de grandeza y persecución.⁸¹

En la parte inferior se aprecian otros dos grabados en forma de medallón, que nos muestran a un anciano epiléptico que mira fijamente al lector y, al lado, el retrato de un bandido famoso. Aquí se destaca el vínculo entre cirugía y criminalidad, ya que en ambos personajes el saber científico habría detectado una serie de anomalías en sus respectivos cerebros. El papel de la imagen resulta de gran importancia, pues consolida la visión mágica de una ciencia omnipotente capaz de transformar, a un criminal en una persona supuestamente «normal», por medio de una intervención quirúrgica, reforzando con esto una idea aséptica de la normalidad como un estado de pureza completamente diferenciado de desviaciones «contaminantes», como la locura y la criminalidad.⁸²

⁸¹ El historiador Michel Foucault, 2000, p. 280, que ha estudiado el vínculo infancia-adulthood, relacionándolo con el avance de la psiquiatría en Europa a finales del siglo XIX, sugiere un punto de reflexión significativo, que puede resultar útil para la lectura de este tipo de imágenes: «En la medida misma en que un adulto se parezca a lo que era cuando era niño, en la medida en que se pueda establecer una continuidad infancia-adulthood, es decir, que se pueda reencontrar en el acto de hoy la maldad de ayer, se podrá en consecuencia, señalar efectivamente el estado, con sus estigmas, que es la condición de la psiquiatrización».

⁸² Un planteamiento muy similar puede encontrarse en una serie de reportajes publicados tanto en la prensa positivista como en la católica en torno al Dr. Bernard Hollander, que



Imagen no. 65
La cirugía suprimiendo criminales.
El Imparcial, 25 de octubre de
1908, p. 8.
Biblioteca Lerdo.

Como sugiere Lambert,⁸³ podemos considerar a las imágenes como elementos equivalentes de los actos de lenguaje de la sociedad, que nos permiten acercarnos a los mitos y las creencias de una cultura y su manera de entender la realidad, pues ambos plasman de una manera simbólica los acontecimientos. Tenemos aquí un tipo de representación que nos permite ir identificando al menos dos ideas centrales: la visión mágico-religiosa de una ciencia representante del progreso y el saber capaz de realizar curaciones milagrosas que trastocan lo más profundo de la naturaleza humana, y la visión de la niñez como una etapa fundamental y estratégica del ser humano, que contiene en forma germinal el futuro desarrollo de la persona y sus características esenciales.

Resulta interesante plantear de que manera las ideas criminológicas positivistas de finales del siglo XIX se orientaron al estudio de la niñez y la postulaban como una de las etapas fundamentales del desarrollo del ser humano. Todo esto antes de que el psicoanálisis afinara sus categorías conceptuales a principios del siglo XX y desarrollara una atención especial a los

se dedicaba a estudiar los casos de criminalidad, vinculándolos con las experiencias traumáticas infantiles: «Habiéndose encargado de la curación de un muchacho de 16 años, ladrón y embustero, ha logrado volver a un estado de completa moralidad después de quitarle un trocito del hueso del cráneo [...] Observando que todos los golpes recibidos en un punto determinado de la cabeza producen la misma anomalía mental, he llegado a deducir que ciertas facultades se desarrollan de un modo extraordinario a causa de dichos golpes». *El País*, 3 de abril de 1910, p. 1. El mismo caso puede consultarse en *El Imparcial*, 28 de agosto de 1910, p. 1.

⁸³ Lambert, 1988, pp. 23-34.

problemas de la niñez, acuñando como tesis de investigación la célebre consigna de que «infancia es destino».

Estas ideas, con sus respectivas representaciones gráficas, ocupaban un lugar importante en la prensa porfiriana de principios del siglo XX. Otro caso con implicaciones similares es el que se refiere al reportaje titulado *La cirugía ayuda a la educación: los niños malos pueden ser buenos*, el cual mencionaba la existencia de un reformatorio en la ciudad de Filadelfia, en la que ingresaban niños que presentaban un «mal comportamiento». Después de una revisión exhaustiva en la que se les aplicaba un cuestionario relativo a sus antecedentes familiares, capacidad de memoria y aspecto físico general, se les realizaba una intervención quirúrgica en las partes supuestamente defectuosas del cerebro para suprimir su conducta «anormal», conflictiva o potencialmente criminal.⁸⁴ El discurso de uno de los médicos del reformatorio no podía ser más elocuente:

Podemos hacer hombres normales de futuros delincuentes, sólo con extirpar los adenoides, esas excrescencias peligrosas que se presentan en la boca o en los conductos nasales del niño. Los adenoides ejercen presión, hacen difícil el respirar, y, por consecuencia, se vicia la sangre, enfermando el cerebro. Entonces el pequeño enfermo degenera, se hace malo y puede llegar a la delincuencia. ¡Cuántos criminales se habrían salvado del presidio o del patíbulo si de pequeños se les hubiese operado!⁸⁵

La idea de una ciencia quirúrgica con poderes mágicos fue difundida por diversos medios, entre los que se contaba la influyente *Gaceta de Policía*, que en el año de 1906 dedicó varios artículos a los experimentos de un tal Dr. John Kolmer, quien había propuesto recientemente una serie de intervenciones quirúrgicas en jóvenes delincuentes pertenecientes a diversas correccionales, tras detectar que el 80% de ellos había sufrido accidentes durante su niñez.⁸⁶

La práctica de la hipnosis ocupaba también un espacio simbólico significativo dentro de las fantasías de la época, que veían en esta práctica una posibilidad de encauzar a las personas por la senda del bien y de apartarlos de todos los posibles vicios. En el caso de su aplicación a la niñez esta labor hipnótica se manifestaba como un excelente auxiliar de la instrucción escolar.

Al menos en esos términos la prensa de principios de siglo planteaba la historia del Dr. Juan Letsche, el cual hipnotizaba a sus hijas con los fines antes mencionados: «Hay que fijarse en el alcance de esta enseñanza. Bajo una in-

⁸⁴ *El Imparcial*, 27 de octubre de 1906, p. 1.

⁸⁵ *Ibidem*.

⁸⁶ *Gaceta de Policía*, 8 de abril de 1906, p. 4.

fluencia semejante, todo niño con tendencias criminales podría ser inspirado por las buenas, y un tiempo llegaría en que todo crimen sería abolido».⁸⁷

El dibujo que acompaña la nota refuerza el mensaje. En el grabado observamos al citado Doctor Letsche en el momento de hipnotizar a una de sus hijas, una niña de unos 10 años que permanece sentada en una silla y lo mira atentamente, mientras que el médico le muestra enérgicamente el índice de la mano derecha. En la parte inferior izquierda aparece un pentagrama musical que puede ser interpretado como parte de la asociación expresada en el texto entre la práctica de la hipnosis y la labor pedagógica de la instrucción, o bien sugerir un elemento mágico como trasfondo de ambas actividades: el poder eficaz de encantamiento de la música como instrumento civilizador del alma ingenua infantil.



Imagen no. 66

Empleo del hipnosismo (sic) en la intrucción de los niños.

El Imparcial, 30 de septiembre de 1900, p. 8.

Biblioteca Lerdo.

En algunas ocasiones la presentación misma de la imagen fotográfica suscita en el lector la posibilidad de una interpretación que no está presente en el texto. Este es el punto a tratar en uno de los crímenes de nota roja más famosos del Porfiriato. Se trata del asesinato de la niña-adolescente Carlota Mauri a manos de Arnulfo Villegas.

En síntesis, el caso se ocupaba de los acontecimientos ocurridos el 23 de octubre de 1905, fecha en la que Villegas asesinó de dos balazos a su amante Carlota en la casa de la madre de ésta, una vivienda popular ubicada en la calle de la Amargura, en pleno centro de la ciudad de México.⁸⁸

⁸⁷ *Ibidem*, 30 de septiembre de 1900, p. 3.

⁸⁸ La lista de los reportajes que se ocuparon del caso es la siguiente: *El País*: 25 al 31 de octubre, 3, 4, 5, y 25 de noviembre de 1905 y 10 de enero de 1906; *El Imparcial*: 25 al 31 de octubre, 3 al 6 y 25 de noviembre de 1905, 25 y 26 de junio, 18 y 30 de diciembre de 1907.

A través de los reportajes se enfrentaron dos historias diferentes, la católica y la liberal-positivista, las cuales ponían los acentos negativos en uno u otro de los protagonistas. Prácticamente en lo único en que coincidieron fue en la descripción misma del homicidio, en la que Arnulfo abrazaba paternalmente a la jovencita, la sentaba en sus rodillas y le disparaba dos tiros a quemarropa.⁸⁹

El relato de los trágicos acontecimientos tenía tres protagonistas centrales: Arnulfo, Carlota y la madre de ésta. La participación de cada uno de ellos en el drama sugiere implicaciones ideológicas y morales muy distintas. En un momento dado, y esto es lo que resulta de interés destacar para esta investigación, la prensa católica presentó en su primera plana dos enormes fotografías de Mauri: «A la edad de 4 años» y «De 15 años, cuando fue asesinada».⁹⁰



Imagen no. 67

Carlota Mauri, a la edad de 4 años. Carlota Mauri, de 15 años cuando fue asesinada.

El País, 25 de junio de 1907, p. 4.

Biblioteca Lerdo.

⁸⁹ Estas discrepancias responden a dos proyectos político-culturales en pugna. Tanto el grupo de los «católicos sociales» como los liberales-positivistas continuaron sus antiguas batallas en el campo moderno de la prensa. Ambos percibieron en el género del reportaje policiaco un espacio cultural idóneo para la difusión de sus ideas. Al respecto, véase Del Castillo, 1993, pp. 23-66.

⁹⁰ *El País*, 25 de junio de 1907, p. 3.

En la primera imagen tenemos a la niña Carlota, en una típica representación de estudio asociada con la clase media, con la mano recargada sobre un libro que reposa sobre un elegante sillón, con lo que se quiere proyectar un cierto grado de estatus socioeconómico y cultural. Resulta importante registrar de qué manera la prensa modificó y trastocó la representación de esta imagen al colocarla al lado de un texto donde se describía el crimen que se habría de cometer en el futuro contra la inocente niña, pero sobre todo, al presentar una segunda fotografía del momento presente de la adolescente Carlota, justo en la edad en la que fue asesinada, lo cual resaltaba su tragedia personal.

Como en un juego de espejos, la prensa proponía al lector la interpretación de una imagen a partir de la otra, induciéndolo a buscar los rasgos de la tragedia en la imagen infantil de Carlota. Entre los diferentes elementos de las fotografías, destacaba la mirada seria y un poco solemne de la muchacha en ambas edades. Se trata de uno de los usos de la imagen de la niñez más sugerentes propuestos por la prensa de principios de siglo, que contribuye también a añadir una posibilidad más en las diversas lecturas e interpretaciones de esta etapa.⁹¹

Si la *tarjeta de visita* dispone de su propio código de representaciones, en el que la cortesía y la búsqueda de reconocimiento social y de prestigio forman parte de sus prioridades, su lectura e interpretación por parte de los lectores de periódicos supone cambios importantes que trastocan estos valores y le imprimen un significado diferente.

A partir del momento en el que la imagen aparecía impresa en el contexto de un reportaje policiaco, quedaba convertida en la pieza fundamental de rompecabezas noticioso, rodeado de una atmósfera mórbida y sensacionalista. El escenario de la lectura y recepción de la imagen se ha trasladado, en este caso, de un ámbito íntimo y familiar a otro de carácter público, en el que el nuevo perfil de lectores se apropió de la fotografía a partir de intereses y preocupaciones diversas, todas ellas condicionadas al mensaje amarillista de la publicación.

A las reflexiones anteriores habría que agregar el papel que desempeñaba la segunda imagen, que representaba a la Carlota adolescente como punto de referencia obligatorio del lector. El presente trágico de la víctima obligaba al lector a revisar el pasado infantil de una manera distinta y a tratar de reconocer en éste los signos e indicios del posterior infortunio. Todo ello, inducido por el carácter esencialmente narrativo de las imágenes

⁹¹ «La imagen es un conjunto de signos inestables, que no aparecen nunca aislados sino formando parte de un todo coherente y que necesita de la competencia activa del lector como de un contexto preciso para que su contenido se pueda estabilizar. Encontramos significados solo a imágenes que ya conocemos, pero frente a escenas desconocidas la imagen no representa nada. Una imagen es solo una imagen y se necesita de otra imagen o un texto escrito para comprender su sentido», Vilches, *op. cit.*, p. 82.

fotográficas, cuya secuencia dista de ser neutral y corresponde a una visión del mundo.⁹²

El conjunto más relevante de reportajes criminales gráficos sobre niños lo encontramos en la publicación *El Mundo Ilustrado* durante los meses de mayo y junio de 1908. Se trata de varias historias realizadas con un afán documental que intentaban acercar al lector de clase media con el mundo de los barrios marginados, cantera de donde salían la mayoría de los niños criminales.⁹³

Existía un consenso en la prensa y las revistas porfirianas en vincular a la delincuencia infantil con el medio social, la herencia, la ignorancia y la inclinación al alcoholismo. Esta lente evolucionista orientó el punto de vista de escritores y literatos tan importantes como Ángel de Campo «Micrós» y Federico Gamboa, lo mismo que políticos y estudiosos del tema tan representativos como Miguel Macedo o Luis G. De la Sierra.²⁴

El fenómeno noticioso de los niños de la calle había adquirido una presencia importante en la capital para principios del siglo XX. En el reportaje, el periodista ubica desde el principio su lugar de procedencia: «vienen de allá, de los cuchitriles, de las barrancas, de las buhoneras, donde florece la miseria y fermentan los vicios».⁹⁵ Estos niños eran percibidos como un grupo especial, con elementos de identidad propios y específicos, que los diferenciaban no solamente de los demás infantes, sino de cualquier otro grupo social:

[...] de abajo, de muy abajo, de allá han salido esos rapaces que forman entre nosotros una clase especial, característica: una casta con sus vicios distintivos, con sus costumbres propias, con su lenguaje que sólo los suyos entienden. Es la «hampa», la «gleba» infantil que se nutre de mendrugos en el figón del Baratillo, son los nómadas ciudadanos, los que no caben en ninguna parte.⁹⁶

A lo largo de estos reportajes destaca un hilo conductor: la mirada evolucionista del periodista que construye una atmósfera mórbida alrededor de estos niños, representados como seres primitivos e invisibles a pesar de su evidente presencia. Se trata entonces de ejercer una especie de *voyeurismo* sugerido por la propia imagen, toda vez que en este caso el análisis no se limita a las descripciones del periodista, sino que va acompañado de la lente fotográfica como «garantía» de objetividad:

Yo los he visto jugar en los llanos de la Bolsa, a los dados, a las canicas y al volado, apostando las sucias monedas de cobre que guardan anudadas al prin-

⁹² Berger y Mohr, 1997, pp. 85-100.

⁹³ *El Mundo Ilustrado*, 1 de mayo, 7, 14 y 21 de junio de 1908.

⁹⁴ Gamboa, 1965; De Campo, 1984; Macedo, *op. cit.*; De la Sierra, 1894.

⁹⁵ *El Mundo Ilustrado*, 1 de mayo, p. 8.

⁹⁶ *Ibidem*.

goso pañuelo de colores [...] **he andado tras esos niños que todos ven, pero que nadie mira**, para espiar las dilataciones de sus pupilas, las crispaturas de sus manos, los gestos de su cara sucia y escuálida; para indagar qué olfatean, qué se dicen los unos a los otros, por qué forman una familia y se comprenden y se completan, cual individuos de una tribu que marcha a lo largo del desierto.⁹⁷

El resultado es bastante sintomático, en la medida en que los protagonistas son verdaderos niños de la calle y los escenarios escogidos corresponden a sus vidas reales, pero sus actitudes y poses son las que va construyendo el fotógrafo de acuerdo con su visión estereotipada de los fenómenos sociales. Por todo ello, podemos considerar a este tipo de trabajos como «fotoensayos», en la medida en que existe un equilibrio entre el texto y las imágenes, y también tomando en cuenta que el concepto de noticia y de actualidad en general quedaba supeditado a la reflexión temática que proponían tanto el fotógrafo como el reportero. En palabras del investigador John Mraz:

Distinguir entre un reportaje y un ensayo es fundamental para diferenciar al fotoreportero del fotoensayista [...] Así, en términos generales podríamos decir que un reportaje tiene su origen en el mundo, en la realidad. Un ensayo, al contrario, tiende a nacer en la mente del fotógrafo, quien intenta explicar alguna idea formulada previamente al acto fotográfico.⁹⁸

La escena fabricada por el fotoreportero es muy significativa. Los cuatro muchachos posan cómodamente instalados en las tablas de madera de un mercado popular. Todos lucen descalzos, sucios y malvestidos, mientras comen y charlan animadamente llevándose la comida a la boca. Paradójicamente, aunque estos niños están concientes de la mirada del fotógrafo, la escena proyecta una gran naturalidad. La alegría y desparpajo que lucen los pequeños en estas imágenes contrasta notoriamente con el tono evolucionista y determinista del reportero, que insiste en recrear un marco negativo y pesimista en el que estos infantes estarían en la antesala del patíbulo debido a sus conductas y rasgos criminales.⁹⁹

⁹⁷ *Ibidem*. Las negritas son mías.

⁹⁸ Mraz, 1999, pp. 19-20.

⁹⁹ «La preocupación por el medio social prevalecía cuando se trataba de la delincuencia infantil, pues se llegó a la conclusión que los niños delinquían por la influencia ejercida por un medio amoral, es decir, que no provenían de familias que se ajustaban al modelo considerado como deseable. Pero además, se sostenía que los infantes que habían heredado la tendencia a la transgresión la transmitirían cuando les llegara el turno de procrear». Speckman, *op. cit.*, p. 166-7.



Imagen no. 68
La comida en el Baratillo.
El Mundo Ilustrado, 7 de junio
de 1908, p. 11.
Biblioteca Lerdo.

El platillo principal de esta reflexión está representado por los reportajes titulados: *Los niños delincuentes* y *Los niños ebrios*.¹⁰⁰

El primero nos relata una historia por demás previsible: un grupo de niños de la calle asalta a un transéunte, lo despoja de su reloj y de algunas monedas. Posteriormente tiene lugar una riña entre dos de ellos a la hora de repartirse el botín, con el resultado de que uno termina matando al otro a navajazos. Un policía detiene al homicida y lo lleva ante el comisario. Como colofón, unos gendarmes lo conducen a una escuela correccional.¹⁰¹

El periodista se sitúa a sí mismo en el reportaje como testigo privilegiado de los hechos, por lo que estaría en condiciones de aportar a las autoridades «toda la verdad» de la historia.¹⁰² Lo interesante del asunto reside en el hecho de que esa «verdad» se refería a cosas que no eran detectables a simple vista, y que en realidad formaban parte de una interpretación más amplia del fenómeno de la delincuencia infantil. En esta lógica, en algún momento de sus declaraciones ante el comisario, el periodista, convertido espontáneamente en testigo de los hechos ocurridos en su reportaje, interpelaba a la autoridad y señalaba lo siguiente:

Ah, Sr. Comisario, lo que hay en el fondo de todo esto –y esto no puede usted consignarlo al Ministerio Público– es mucha miseria, mucho abandono, mucha impiedad. Estos niños, o han sido recogidos por la policía de enmedio de la calle, o han sido lanzados a sus casas, de sus «barracas» a correr la aventura, después de haber recibido en ellas la primera lección: el padre beodo, la

¹⁰⁰ *El Mundo Ilustrado*, 7 y 21 de junio de 1908.

¹⁰¹ *Ibidem*, 7 de junio de 1908, p. 9.

¹⁰² *Ibidem*.

madre casquivana [...] allí aprenden a injuriar, a blasfemar, a renegar hasta de la vida. Sus labios balbucean las primeras palabras, y ya la flor del mal asoma a ellos envenenando la misma atmósfera que respiran.¹⁰³

El papel de la fotografía en el reportaje es bastante complejo. En términos generales pretende ilustrar la crónica del periodista, ejemplificando sus argumentos al tiempo que le permite al lector asomarse a la realidad que rodea a estos niños y la forma en que éstos actúan. Lo verdaderamente significativo consiste en que las imágenes no se limitan a este encuadre, sino que empiezan a ser utilizadas desde una perspectiva mucho más amplia, que va más allá de la simple ilustración.

Las fotografías forman parte de la ficción creada por el reportaje, en la medida en que los niños de la calle están en realidad actuando, representando el papel que les asignó la crónica del reportero. Como ha mostrado Barthes: «[...] observado por el objetivo todo cambia: me constituyo en el acto de pasar, me fabrico instantáneamente otro cuerpo, me transformo por adelantado en imagen».¹⁰⁴

Mucho más cerca del cinematógrafo que de la versión documental, estas fotografías parten de una ficción, que el periodista comparte con sus lectores. Ambos saben que la historia no ocurrió nunca y que no se refería a un hecho concreto o determinado, pero que su verdadera importancia residía en que podría haber ocurrido, y que de hecho ocurría cotidianamente en ciertas calles de la ciudad de México.

La secuencia fotográfica nos muestra tres episodios de la pequeña historia criminal. En el primero, titulado *La hazaña rateril*, dos pequeños ladronzuelos abordan a un adulto que viste impecablemente con sombrero y traje con chaleco y corbata, y que está cotejando el número de su billete de lotería con la lista de números premiados. Sin que éste se percate en lo más mínimo, le sustraen su reloj de bolsillo del chaleco.

La escena es bastante inverosímil, pero tiene la virtud de mostrarnos la visión de algunos sectores de clase media sobre la realidad cotidiana de los niños de la calle de las clases populares, visualizándolos como potencialmente peligrosos y criminales.

Una segunda fotografía lleva el título de *Un buen golpe* y muestra una supuesta riña entre dos miembros de la banda, que se lían a golpes mientras los demás intentan separarlos. Finalmente, en una tercera y aleccionadora imagen, un gendarme aparece corriendo detrás de uno de los pequeños delincuentes, a punto de atraparlo, con lo cual se valida la intención del reportaje de justificar la vigilancia policíaca, única garantía de sostener el orden ante los embates de la criminalidad.

¹⁰³ *Ibidem*.

¹⁰⁴ Barthes, *op. cit.*, pp. 40-1.



Imagen no. 69
Una hazaña rateril.
El Mundo Ilustrado,
31 de mayo de
1908, p. 9.
Biblioteca Lerdo.



Imagen no. 70
Un buen golpe.
El Mundo Ilustrado.
31 de mayo de 1908,
p. 9.
Biblioteca Lerdo.



Imagen no. 71
Después de la riña.
El Mundo Ilustrado.
31 de mayo de 1908,
p. 9.
Biblioteca Lerdo.

La fotografía ocupa en estos ejemplos un lugar muy destacado, que la diferencia del papel que representó en etapas anteriores. No pretende reflejar la realidad de una manera exacta, sino proporcionar escenarios de representación, como ocurría en los cortos cinematográficos de la época.

La conclusión del reportaje resultaba bastante clara y respondía al pensamiento positivista y su proyecto de control social, que en este caso se concretaba en la necesidad de crear un tribunal especial para menores infractores que tomara en cuenta las características particulares de los infantes: «pienso que tal vez sea preciso, absolutamente preciso, establecer tribunales donde se juzgue y se trate a los pequeños delincuentes, no como se juzga y trata a los hombres avezados al crimen».¹⁰⁵

La discusión sobre la pertinencia de un tribunal especial para menores infractores en la capital tuvo cabida en los espacios públicos como la prensa desde finales del siglo XIX, pero no fue sino hasta finales de la segunda década del siglo XX cuando cobró una realidad concreta.

El segundo y último reportaje tocaba un punto central en la reflexión porfiriana respecto al crimen: el alcoholismo en las clases populares. En efecto, una amplia y diversa gama de importantes autores, que iban de Rafael de Zayas Enríquez a Carlos Díaz Infante, pasando por Andrés Díaz Millán se encargaron de argumentar y enfatizar el papel causal y determinante que desempeñaba el alcohol en el pensamiento criminalista de la época.¹⁰⁶

Entre las distintas bebidas embriagantes, el pulque ocupaba un primer lugar en la preferencia de los grupos populares, lo que lo convirtió en un objeto de estudio particularmente importante para algunos médicos y científicos porfirianos. Este es el caso del ya mencionado Dr. Macouzet, que sostenía que esta bebida provocaba una gran irritabilidad entre los consumidores y un efecto en el sistema cerebro-espinal distinto al de las demás bebidas alcohólicas.¹⁰⁷

De acuerdo con los cánones evolucionistas, la embriaguez se transmitía de padres a hijos a través de la herencia, lo que convertía a los pequeños vástagos en seres viciosos y propensos al crimen desde sus primeros años. Este es el contexto en el que se desarrolló este último reportaje, que contenía seis imágenes fotográficas que se encargaban de ilustrar y reforzar las ideas principales del texto, no sin presentar una cierta carga de ambigüedad, como podrá verse a continuación.

El reportero dirige una hipotética carta al Gobernador del Distrito en la que le narra su incursión en una cantina de un barrio marginado de la capi-

¹⁰⁵ *El Mundo Ilustrado*, 7 de junio de 1908, p. 9.

¹⁰⁶ Zayas, 1884; Díaz Millán, 1889 y Díaz Infante, 1901. Al respecto, véanse los trabajos de Piccato, *op. cit.*, pp. 75-142 y Speckman, *op. cit.*, pp. 78-143.

¹⁰⁷ Macouzet, 1901, p. 23.

tal, donde encuentra a una madre totalmente alcoholizada que daba de beber de su propia jarra de pulque a su pequeño de meses. Horrorizado ante tal escena, pregunta a la mujer, -descrita en el texto como una «mujerzuela sucia [...] mala hembra [...] desarrapada [...] de pupilas vidriosas [...] con trenzas enmarañadas»¹⁰⁸ que si el pequeño estaba acostumbrado a esta práctica, a lo que la madre le responde enérgica en forma afirmativa, ya que «para eso soy su madre: para que se imponga desde ahora a tomar lo que toman los hombres».¹⁰⁹

El reportaje se centra en una reveladora reflexión sobre el pulque y sus efectos perjudiciales en la niñez, criticando la práctica de las mujeres de los grupos marginados de sustituir la leche materna por la popular bebida, señalando que dicha costumbre tendría graves repercusiones en la conducta del infante, convirtiéndolo de hecho en un futuro criminal:

¡Ah, el pulque! El pulque es para el niño algo que no debe faltarle, algo a lo cual debe acostumbrarse: es lo que sustituye la leche que humedeció, por vez primera, su boca; es el milagroso licor que preparará su estómago á las difíciles, lentas digestiones que exige la comida del «probe», es la médula, es el nervio, es la fuerza; es lo que, al cabo de diez ó de quince años, no importa de cuántos, hará que no se «deje « de nadie, que sepa corresponder a una indirecta con un insulto, y a un insulto con una puñalada.¹¹⁰

El texto del periodista concluye con la necesidad de erradicar o al menos disminuir este vicio entre la niñez mexicana, apelando a la piedad y la misericordia de las buenas conciencias porfirianas. Resulta muy significativo que en la búsqueda de estos loables propósitos asocie la necesidad de luchar por una «mejoría» de la raza con un futuro más benéfico para la nación. Todo esto muestra una profunda vinculación con los discursos de los médicos y pedagogos analizados en los capítulos anteriores. La cuestión racial formaba parte del horizonte político-cultural en el que se dirimían tanto las discusiones académicas de los especialistas como los reportajes periodísticos de divulgación.

Las seis fotografías desplegadas en el reportaje se encargaban de ilustrar las ideas desarrolladas en el texto. De nueva cuenta, su papel es ambiguo y contradictorio. El escenario escogido correspondía a una cantina popular, y los personajes de la historia, tanto la madre que cargaba a su pequeño en su rebozo, como los tres niños de la calle que aparecen junto a la barra del lugar, pertenecían a los grupos populares y marginados. Sin embargo, las poses y los gestos correspondían con la visión evolucionista y determinista del reportero.

¹⁰⁸ *El Mundo Ilustrado*, 21 de junio de 1908, p. 6.

¹⁰⁹ *Ibidem*.

A medio camino entre el documental y la obra de ficción, este tipo de reportajes representan un momento de transición en la historia del fotoperiodismo, que hasta ese momento se había limitado a un uso tradicional de la imagen, según el cual ésta corroboraba de la manera más fidedigna la realidad.



Imagen no. 72
Los niños ebrios.
El Mundo Ilustrado, 21 de junio
de 1908, p. 8.
Biblioteca Lerdo.

Las fotografías de estudio, que se acercaron por primera vez a los grupos marginados con el género de los «tipos populares» en la década de los setenta y ochenta del siglo XIX, habían sido desplazadas por los reportajes que buscaban localizar a estos personajes en las viviendas, cantinas y pulquerías de los barrios populares. Las innovaciones tecnológicas permitieron el salto y las representaciones de estos grupos, incluidos los infantes, se diversificaron notablemente. Pese a todo, y como he señalado, no se trataba de reportajes de investigación tal y como los conocemos hoy en día. La mirada del reportero preparaba convenientemente las poses, de acuerdo con el contenido de los textos.

El concepto de «degeneración», asimilado por las élites políticas y culturales mexicanas a mediados del siglo XIX, vía Buffon, Gobineau y Morel; replanteado y discutido en intensas polémicas y debates en los servicios higiénicos, las escuelas y los departamentos antropométricos, encontró en los reportajes gráficos de la prensa capitalina de principios del siglo XX el espacio idóneo de divulgación para convertirse en uno de los ejes de un nuevo imaginario visual, que en esta ocasión no solamente abarcaría a las élites, sino que sería compartido por sectores sociales más amplios.

La «nota roja»: el niño y la moral

A continuación comentaré una última función que desempeñó la imagen infantil en los reportajes policíacos de la época. Se trata de un resorte clave dentro del esquema moral de la época, en el que, la fotografía y el grabado construyeron su propio código que muchas veces rebasaba los contenidos de los planteamientos del texto. Uno de los temas más importantes con los que se vinculó y asoció la imagen infantil fue el del adulterio femenino.

Algunos investigadores han estudiado esta temática en otras partes del mundo. Tal es el caso de James Donovan¹¹¹ que ha analizado de qué manera los jueces proyectaron una cierta simpatía por los adúlteros en la Francia del siglo XIX, expresada en la benignidad de las penas; o de Robert Ireland¹¹² que estudió el comportamiento de los magistrados en la Norteamérica de la misma época y analizó la forma en que éstos justificaron en una buena parte de los casos a los asesinos de mujeres cuando el móvil de la deshonra aparecía como telón de fondo.

En México, el *Código Civil* de 1870, que enmarcó los procesos jurídicos durante todo el Porfiriato y los primeros años de la revolución, definía el asunto en términos bastante precisos, dándole un espacio fundamental a las prerrogativas y derechos masculinos. Así, según el texto, la esposa estaba obligada a

obedecer a su marido así en lo doméstico como en la educación de los hijos y la administración de los bienes [...] Hay sin duda mayor inmoralidad en el adulterio de la mujer, mayor abuso de confianza, más notable escándalo y peores ejemplos para la familia, cuyo hogar queda para siempre deshonrado.¹¹³

Al respecto, resulta interesante detectar una contradicción. Por un lado, la incipiente estadística oficial de la época tendía a minimizar la importancia de este tipo de hechos, a partir de su escaso peso dentro de las cifras globales de la delincuencia capitalina, mientras que por otro, la prensa de la ciudad de México dedicaba una gran atención a este tipo de temáticas en sus prime-

¹¹⁰ *Ibidem*.

¹¹¹ Donovan, 1981.

¹¹² Ireland, 1989.

¹¹³ *Código Civil*, 1870, p. 87-8. Esta particular visión de los géneros era compartida por diversos sectores sociales. Para muestra, véase la siguiente opinión, expresada en la *Gaceta de Policía* (24 de diciembre de 1905, p. 11): «Si en el hombre es repugnante el hábito del robo, en la mujer resulta más reprochable aún. La mujer es la directora de la educación en el hogar y a nadie puede ocultarse la influencia que deben ejercer en el medio moral de una familia las costumbres, vicios y hábitos delictuosos de la madre, de la hermana mayor, de la mujer de la casa en general».

ras planas, con un gran despliegue reporteril y un renovado lenguaje gráfico, todo lo cual propició la reflexión –y la mayor parte de las veces, la manipulación– de la opinión pública.¹¹⁴

El problema de fondo estriba en comprender de qué manera los medios impresos rescataron un tema cualitativamente importante y dotado de un gran peso simbólico, a partir de una problemática aparentemente secundaria. Más allá de esta guerra de cifras, convendría ubicar este problema desde una perspectiva más amplia y señalar que nos encontramos frente a una serie de actitudes y comportamientos que nos remiten al Antiguo Régimen y a su valoración del concepto del honor:

El duelo no es el único caso en que la presencia del honor, al igual que en el derecho propio del Antiguo Régimen, modificaba la penalidad contemplada para los delitos contra las personas. Por ejemplo, en el caso de homicidio, la sanción se reducía a menos de la mitad si el marido asesinaba a la esposa y a su amante tras sorprenderlos en el momento de cometer adulterio [...] estas consideraciones nos remiten a la legislación de la época del absolutismo. El derecho tradicional eximía de culpa al asesino del amante de su mujer, hermana o hija. O bien, la mujer adúltera y su amante pasaban a poder del marido para que éste hiciera lo que deseara con ellos y sus bienes.¹¹⁵

A continuación presentamos tres reportajes policíacos publicados en el diario positivista *El Imparcial*, referentes a dramas conyugales con protagonistas adultos en los que, sin embargo, el uso de los personajes infantiles desempeñó un papel relevante. Los retratos fotográficos, solos o acompañados de viñetas con dibujos y grabados también jugaron un papel fundamental en la estrategia de estas crónicas criminales.

El primer caso se refiere al escultor José Adriani, cuya esposa, Elena Neri sostenía relaciones amorosas con el señor Juan Solórzano. Una noche, Adriani los descubrió besándose en uno de los cuartos de su casa, por lo que golpeó a su esposa y acuchilló a su rival, atravesándole la yugular.¹¹⁶

La composición fotográfica se compone de tres grupos de imágenes que retratan los lugares en que ocurrieron los hechos y a algunos de los protagonistas. Las fotografías aparecen enmarcadas y recortadas por el editor, que las hace aparecer como cuatro viñetas de forma irregular. La retórica que ordena la secuencia narrativa de estas imágenes focaliza el centro de la aten-

¹¹⁴ El *Boletín Mensual de Estadística de la Policía de la Ciudad de México*, correspondiente a enero de 1901, consignó sólo 3 adulterios contra la respetable cifra de 217 robos y 13 homicidios, mientras que la Cárcel General de la Ciudad de México registró en marzo del mismo año entre sus causas de ingreso únicamente 2 adulterios contra 316 robos y 28 homicidios.

¹¹⁵ Speckman, *op. cit.*, p. 59.

¹¹⁶ *El Imparcial*, 26 de abril de 1913, p. 1.

ción en el rescate de la figura del marido homicida a partir de la operación de vincularlo con sus hijos.

La imagen central de la composición corresponde a Adriani que posa muy serio frente a la cámara en compañía de sus dos pequeños, portando un elegante saco con chaleco y corbata. El carácter de dignidad y respeto del escultor homicida es fortalecido a través de la presencia de los niños, que sugieren al lector la idea de un padre de familia cariñoso y responsable, lo que contrasta con la figura de la mujer adúltera, desvinculada de sus hijos y sin siquiera una referencia visual.

En la parte superior derecha puede observarse una segunda imagen de menor tamaño, en forma de medallón, con el retrato del señor Juan Solórzano, con un aire también «respetable» de traje y lentes. En la parte inferior izquierda pueden verse dos pequeñas fotografías, que no obstante su tamaño poseen un valor simbólico fundamental, pues nos remiten a la función primordial de la fotografía en aquella época, que consistía en certificar la veracidad de los acontecimientos y probar documentalmente que ocurrieron de cierta manera. Estas imágenes muestran al lector el lugar de los trágicos sucesos: la entrada a la vivienda de Adriani, una vecindad porfiriana de clase media y el sitio preciso en el que «cayó herido» Solórzano.¹¹⁷

Destaca la ausencia en el nivel de la imagen de la figura de la mujer adúltera, que contrasta con la atmósfera de respetabilidad construida alrededor del esposo convertido en un padre de familia «honorable». El título mismo del reportaje «La última «obra» del escultor Adriani» alude en forma irónica a los trágicos hechos, suavizando la carga del homicidio.

Los hilos de la argumentación de la historia, que vinculaban desde el primer momento la figura del esposo engañado con la del padre de familia responsable, quedaron sellados en una segunda crónica periodística, en la cual se describían los detalles de la sesión del jurado, que culminó con la declaración de inocencia del escultor. En este segundo reportaje, que llevaba el título «El Jurado absolvió ayer al Esc. Andriani (*sic*)» se terminaba de construir una imagen positiva del acusado:

De mediana estatura, treinta y un años, cabello negro, bigote poblado y mentón recogido. Viste correctamente de negro y nada en su aspecto revela impulsivismo [...] no aparece abatido: solamente su sencillez algo melancólica parece mostrar el desagrado del hombre que estimando su honradez se ve envuelto en las torturantes páginas de un proceso.¹¹⁸

¹¹⁷ Aquí la fotografía desempeña un papel fundamental, el de verificar que efectivamente las cosas ocurrieron de cierta manera. Se trata de una llamada de atención al lector para señalarle: «Así sucedieron los hechos». Al respecto, véase Dubois, *op. cit.*, pp. 57-60.

¹¹⁸ *El Imparcial*, 26 de abril de 1913, p. 1.



Imagen no. 73

La última «obra» del escultor Adriani.

El Imparcial, 26 de abril de 1913.

Biblioteca Lerdo.

A partir de esta descripción se narra a los lectores cómo el público fue tomando partido contra la adúltera y en favor del honor del hombre engañado. El reportaje terminaba con la descripción de la siguiente escena:

Entre los abrazos y apretones y saludos al defensor y al absuelto, la voz nerviosa de éste, ebria de alegría, gritaba: «¡mis hijos!, ¡mis hijos!, ¡que me traigan a mis hijos!». Dos minutos después estrujaba al mayor entre sus brazos, besándolo vorazmente. ¡Oh!, ¡que escena más conmovedora se desarrolló entonces!¹¹⁹

La segunda composición gráfica refuerza y complementa las ideas del texto. En particular, asocia el estereotipo de la inocencia infantil estudiado en apartados anteriores con la ausencia de culpabilidad del marido burlado.

La secuencia narrativa constaba de dos fotografías vinculadas entre sí por medio de un diseño estilo «Art Nouveau» característico de la prensa del período. En la fotografía de la izquierda podía verse un retrato de los dos pequeños hijos de Adriani, sonrientes y elegantemente vestidos, portando graciosamente sus respectivos sombreros. El dibujo de un marco con adornos garigoleados reforzaba la imagen de inocencia de los dos infantes. A mano derecha se observaba una segunda fotografía, en la que aparecía Adriani de pie, tomándose ambas manos de frente, en actitud respetuosa de estar es-

¹¹⁹ *Ibidem.*

perando la decisión final del Jurado. El hecho mismo del homicidio quedaba desplazado a un segundo plano, mientras que el vínculo afectivo entre los dos pequeños vástagos y el padre ocupaba el escenario principal de la noticia.



Imagen no. 74

El jurado absolvió ayer al esc. Andriani (sic).

El Imparcial, 10 de septiembre de 1913.

Biblioteca Lerdo.

Un segundo caso que ilustra este tipo de manipulación de la imagen infantil, aunque con implicaciones un poco diferentes, es el correspondiente al llamado «Drama de Santa Clara», que narra la tragedia ocurrida en el mes de febrero de 1907 en una casa de huéspedes en la que el marido, un impresor «laborioso y honrado» asesinó a tiros a su esposa y al amante de ésta, para después lanzarse al vacío desde un balcón. Como ya resulta arquetípico en estos casos, la imagen del homicida justiciero ameritó un tratamiento bastante benigno, que contrastaba con la descalificación de la esposa, sobre la que se descargaba toda la responsabilidad:

Pocas personas habrá en México, sobre todo entre los comerciantes, que no hayan conocido al Sr. Don Miguel G. Ramírez, hábil grabador y fabricante de sellos, que tenía establecido su taller hace mucho tiempo en la calle de San José El Real No. 6. Laborioso y ordenado en sus costumbres, desde las 7 de la mañana se le podía ver manejando los buriles, sentado frente al aparador en el que exhibía algunas muestras de sus trabajos en acero y cobre. De edad como de 50 años, era padre de 4 niños: 2 varoncitos como de 12 y 14 años, y 2 niñas, de 6 y 8 [...] Su esposa, de carácter bilioso e impulsivo, turbaba de tarde en tarde la paz conyugal.¹²⁰

¹²⁰ *Ibidem*, 17 de febrero de 1907, p. 1.

Las cosas transcurren según lo establecido previsiblemente en este tipo de situaciones: la relación matrimonial se va deteriorando, hasta que Ramírez se entera de la infidelidad de su mujer, la cual, sin embargo, lo niega todo. El marido burlado cita a la mujer y a su amante en un hotel y ahí los mata a ambos disparándoles varios tiros a quemarropa.

La composición fotográfica que acompaña el caso construye una historia paralela con base en imágenes. El cuadro más significativo para nuestro estudio se presenta al final del reportaje y muestra al matrimonio que posa cuidadosamente para el fotógrafo con sus tres pequeños vástagos. Todos visten elegantemente preparados para la ocasión. El padre posa una mano sobre el hombro de su esposa y la otra sobre el de uno de sus pequeños, que permanece graciosamente sentado sobre un triciclo. La mujer, que luce una falda larga, ocupa el centro de la imagen y aparece sentada con un bebé sobre las piernas. A su lado se encuentra un niño de unos cinco años que recarga, un tanto forzadamente, su brazo izquierdo en la cadera, mientras sostiene un pequeño rifle de juguete con la derecha. Se trata de un típico retrato de estudio, que construye una atmósfera de unión, concordia y respetabilidad de la familia nuclear y que incorpora una serie de objetos que aluden en forma específica a la clase social a la que pertenecen los niños de la fotografía, tales como una pelota, un triciclo y un rifle de bisutería.



Imagen no. 75
El drama de Santa Clara. Don Miguel G. Ramírez y su familia. El Imparcial, 17 de febrero de 1907, p. 4. Biblioteca Lerdo.

La prensa trastoca el sentido original de la fotografía y le imprime una lectura distinta, al difundir masivamente una imagen de uso familiar en el contexto noticioso de una tragedia conyugal. La resignificación de esta imagen se produjo de la siguiente manera: el contenido del reportaje, que proporciona al público los pormenores del asesinato y los conflictos y contradicciones internas de la pareja, brindaba al lector un ángulo distinto para leer e interpretar la fotografía. La armonía y la concordia construidas alrededor de estos retratos «inocentes» de las familias porfirianas de las clases media y alta eran expuestas aquí en una lectura distinta, en el contexto de una *nota roja* que legitimaba el orden familiar dominante, pero que al mismo tiempo proporcionaba otros elementos para el cuestionamiento y la crítica.

Un último episodio nos muestra los usos y representaciones de la imagen infantil en relación con los derechos de la maternidad. Se trata de la historia de la señora Alicia Sands, internada en el Manicomio de «La Castañeda» y cuyas hijas fueron secuestradas por su propio esposo.¹²¹

La nota nos narra una historia que parecía, según el propio reportero, «un drama escrito con lágrimas de madre y lágrimas de niño».¹²² La señora Alicia Sands de García, española que había emigrado a la ciudad de México con sus dos hijas pequeñas, vivía en la capital esperando noticias de su marido que supuestamente se encontraba en Europa, adonde había partido con la esperanza de trabajar y hacer dinero. Repentinamente, la infortunada mujer fue secuestrada por unos sujetos que con engaños la llevaron a «La Castañeda», donde los médicos la encerraron diagnosticándole demencia. En este lugar permaneció durante tres largos meses, pero al final logró convencer a los doctores de su salud mental y se dedicó a localizar desesperadamente a sus dos hijas.

La composición gráfica combina algunos grabados y fotografías que integran una misma secuencia narrativa. El mismo título del reportaje nos brinda el contexto desde el que deben leerse las imágenes: «Alicia de Sands ha recorrido todo un doloroso calvario como esposa y como madre».¹²³ La imagen principal, un fotograbado recortado en forma de medallón, nos muestra la efigie de la señora Sands, que proyecta la figura de una mujer joven de rasgos finos y aristocráticos.

En la parte inferior izquierda aparecía una viñeta que también desempeñaba una función importante en la narración propuesta a nivel de imagen. Se trata del dibujo de la propia Alicia, que aparecía sentada en actitud pensativa con el codo recargado en una mesa y llevándose la mano derecha a la cabeza, mientras en sus pensamientos brotaban en una especie de nube las sombras

¹²¹ *El Imparcial*, 4, 5 y 6 de agosto de 1913.

¹²² *Ibidem*, 4 de agosto de 1913, p. 1.

¹²³ *Ibidem*.

fantasmales de las figuras infantiles de sus dos pequeñas. Dichas figuras parecían salir de la cabeza de una infeliz mujer que había sido acusada de loca, pero que, si nos atenemos a la narración y a la fotografía que certifica el contenido del reportaje, era en realidad una mujer cuerda y respetable.

La alusión a las niñas reforzaba su maternidad ofendida y reivindicaba la existencia de una racionalidad legitimadora de su conducta. Las ideas científicas de carácter fisognómico y frenológico en torno a la vinculación existente entre rasgos físicos y comportamientos morales desempeñaron un papel simbólico de primer orden en este tipo de composiciones.

La lógica argumentativa de este caso es similar a la desarrollada en los casos correspondientes al archivo histórico de Díaz, que mostraba los intentos de algunos ciudadanos por documentar fotográficamente su inocencia frente a los cargos imputados. En el caso de este reportaje, la composición gráfica está orientada a cuestionar el diagnóstico de locura, defender la inocencia legal y el derecho a la maternidad de la Sra. Sands. Todo ello retocando su imagen y representándola de acuerdo con los cánones de belleza predominantes en el período.



Imagen no. 76

Alicia de Sands ha recorrido un doloroso calvario como esposa y como madre.

*El Imparcial, 4 de agosto de 1913.
Biblioteca Lerdo.*

La tragedia de Alicia captó la atención de la opinión pública durante varios días. En un segundo reportaje el periodista realizó una activa investigación que lo llevó a ir encontrando a los diferentes protagonistas de la historia y desentrañando el sentido del drama.

El reportero se encargó de localizar al chofer del taxi, el cual había sido contratado por los secuestradores y relataba su versión de los hechos, describiendo la manera en que los dos sujetos lo engañaron y, haciéndose pasar por agentes de la policía, lo obligaron a llevar a la supuesta demente al manicomio.

En esta misma lógica, el reportero intentó entrevistar a algunos de los médicos del hospital y logró obtener información de uno de los empleados del lugar, que describía la conducta de Alicia como «honorable». Al final, localizó a una vecina que conocía a la señora Sands y le indicó el lugar en el que estaban secuestradas las niñas.

En síntesis, el periódico construye toda una investigación, en la que el *reporter* va cotejando fuentes y testimonios para dar coherencia y razón de ser a una historia consagrada a denunciar la violación del derecho a la maternidad.

La composición gráfica del reportaje reforzaba esta defensa de los derechos maternales. En el plano central aparecía un dibujo de una mujer que representaba a «La Justicia», que sostenía un pliego en su mano derecha en el que podía leerse la palabra «Ley». Con una actitud de cierta indiferencia, parecía apartar a la propia Alicia, que intentaba tocarla y que yacía desesperada en el suelo. El personaje de «La Justicia» sostenía una balanza de la que pendían en forma de círculos las fotografías de las hijas de Alicia, las niñas María del Pilar y María Cristina, que lucen muy pensativas, no muy alejadas del estereotipo de inocencia de la época. La fotografía posee un carácter realista que certifica la identidad de las dos pequeñas, mientras que el grabado representa metafóricamente a la justicia y mantiene en la composición un carácter simbólico.

Estas imágenes complementaban y reforzaban las ideas centrales del relato periodístico, desempeñando un papel fundamental, que en este caso era el de una denuncia social que contraponía un valor cultural moderno, como es el derecho a la maternidad, con una realidad jurídica percibida como fría y deshumanizada a finales del período porfiriano.

Imagen no. 77

La Sra. de Sands en su amargura se obstina una tierna filosofía y amor maternal.

El Imparcial, 6 de agosto de 1913.

Biblioteca Lerdo.



Para concluir, el periódico anunció haber recibido un gran número de cartas de lectores indicándole la dirección donde estaban secuestradas las niñas, lo que evidenciaba una cierta complicidad del público con la víctima. Así mismo, informó de la existencia de un certificado médico que atestiguaba la salud mental de Alicia, así como de una disposición judicial que ordenaba la separación de las niñas para ponerlas bajo la patria potestad del padre.

Toda la historia del reportaje había sido escrita para rechazar y contradecir el sentido de esta orden judicial y convencer a la opinión pública de la injusticia del caso. La composición gráfica utilizada se encargó de reforzar estas ideas y de construir un «imaginario» en el que se legitimaba el derecho de una mujer a la crianza y educación de sus hijas como una de las prerrogativas «naturales» de la maternidad.

Estos tres casos nos han mostrado el tipo de manipulación de la imagen infantil ejercido en los reportajes policíacos de la época, vinculada con la defensa de algunos valores morales relacionados con el estereotipo familiar dominante en el período porfiriano. El eje principal de esta manipulación estaba dirigido a exaltar los valores de la maternidad y a denostar las desviaciones de este modelo, como en el caso de las esposas adúlteras.

La negación de la inocencia

La denuncia social y la crítica de la marginación y la explotación infantil a través de la prensa y los reportajes fotográficos tuvo un peso importante en Europa y Norteamérica a principios del siglo XX. Las dos referencias más importantes de esta línea de trabajo están representadas por los casos de Jacob Riis y de Lewis Hine.

El primero fue un fotógrafo danés que trabajó como reportero en el periódico *New York Tribune* en el año de 1877. Riis estaba muy influenciado por los estereotipos visuales y literarios acerca de la pobreza y su intención era la de fomentar la crítica y la denuncia social de la miseria y las condiciones de vida de los inmigrantes en los Estados Unidos, particularmente de la comunidad italo-americana en la ciudad de Nueva York. En este ámbito, el reportero se dedicó a describir el marco de vida que según los médicos y los reformadores de finales del siglo XIX era el responsable de la pobreza y la «degeneración» física y mental de la comunidad de inmigrantes, con un énfasis particular en la población infantil.

El resultado visual de su trabajo es ambiguo y contradictorio, en la medida en que por un lado sus imágenes denuncian la miseria y las condiciones de vida paupérrimas de este sector de la población y, por otro, refuerzan los valores y el código científico dominante que atribuye a los pobres signos físicos y morales de «degeneración». Estas influyentes fotografías fueron pu-

publicadas en su trabajo «*How the other half lives*», («Como vive la otra mitad») publicado en el *Scriber Magazine* en el año de 1889.¹²⁴

En su obra, los niños aparecen sucios y desdichados, dentro de una atmósfera mórbida y sensacionalista que intentaba revelar a los ojos de la clase media norteamericana cómo vivía la otra mitad de la población. Constituye una primera referencia significativa para la labor de los fotógrafos de las siguientes décadas, que laboraron orientados por un marco literario y visual bastante similar.

Por lo que respecta a Hine, se trata de un sociólogo egresado de la Universidad de Columbia, en Nueva York y fotógrafo aficionado, contratado a principios de este siglo por la Comisión Nacional de la Mano de Obra Infantil de los Estados Unidos, cuyas imágenes de niños trabajadores aparecidas en la prensa neoyorkina de la época contribuyeron a sensibilizar a la población y a ejercer una influencia en la opinión pública para legislar y restringir la mano de obra infantil:¹²⁵

En las minas, las industrias textiles y las granjas, Hine tiene que recurrir con frecuencia a múltiples artimañas para medir la estatura de los niños e interrogarles. Incluye en los pies de sus fotografías el nombre, la edad y la situación profesional de sus modelos, pero estos datos se transparentan mejor en las mismas imágenes. Hine toma con frecuencia sus clichés de manera que la debilidad física de los niños aparezca en contraste con las filas interminables de canillas o de pilas de carbón. Sugiere así los estragos físicos y mentales causados por su condición.¹²⁶

Entre otras imágenes captadas por la lente de Hine, vale la pena destacar la fotografía titulada «Vance, obrero encargado de la maniobra de las puertas», que muestra a un pequeño sentado con la vista fija en la pared, mientras de frente pueden apreciarse una serie de letreros y *graffittis* dibujados por algunos obreros, entre los que puede leerse: *Shut this door. That means you* («Cierra esta puerta. Esto significa tú»). La escena transcurre en un lugar sucio y sin aire. Los letreros remiten al bajo nivel de escolarización de los trabajadores. El pequeño es captado de perfil y luce sentado sobre una banca de madera mirando mecánicamente hacia el frente como robotizado, sin hacer gesto alguno, lo que acentúa la deshumanización de su trabajo.

Por lo que toca al caso mexicano, ningún fotógrafo alcanzó la importancia de los reporteros norteamericanos mencionados, ni tuvo repercusiones tan profundas en los distintos sectores sociales. Sin embargo, en la prensa

¹²⁴ El Museo de la Ciudad de Nueva York ha recuperado esta colección de fotografías que se publican junto a los textos periodísticos originales. Al respecto, véase Riis, 1971.

¹²⁵ Kaplan, 1995, pp. 72-7.

¹²⁶ McCauley, 1988, p. 69.



Imagen no. 78
Como vive la otra mitad.
Jacob Riis.
Scriber Magazine, 1889.

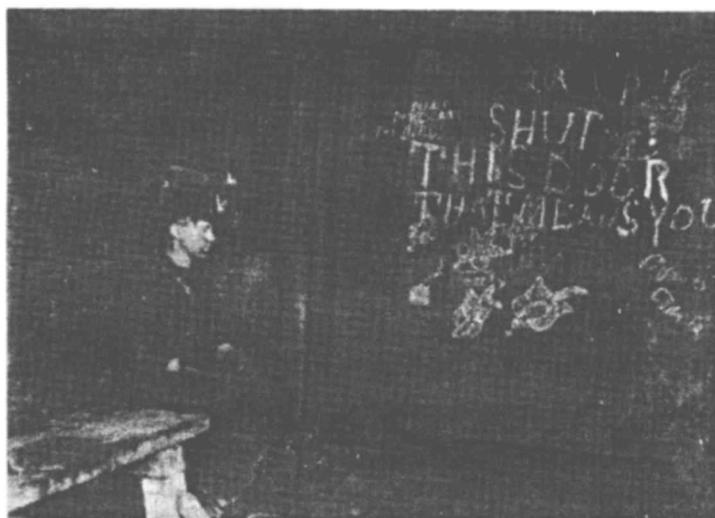


Imagen no. 79
Vance, obrero encargado de la
maniobra de las puertas.
Lewis Hine, 1908.
Library of Congress,
Washington, D. C.

capitalina de principios del siglo XX comenzaron a aparecer reportajes periódicos acompañados de fotografías que incidieron en sectores sociales diversos, apoyados en los nuevos tirajes.

Uno de los fotograbados más interesantes y significativos de esta nueva línea de trabajo es el que se refiere al descubrimiento del cadáver de un niño ahogado en el colector del drenaje capitalino de la capital, a principios del siglo XX. Se trata de una de las imágenes más impactantes que puedan encontrarse en el periodo sobre la pobreza y su entorno de tragedia social.¹²⁷

¹²⁷ «Peregrinación subterránea en busca de los cuerpos de los peones muertos en el colector». *El Imparcial*, 10 de julio de 1908, p. 1.

El título del reportaje sirve para presentar al lector el grupo de imágenes que dan lugar a la composición gráfica *Peregrinación subterránea en busca de peones muertos en el colector*. En la fotografía central y de mayor tamaño, la familia de la pequeña víctima posa frente a la cámara de una manera dramática: dos mujeres, un hombre y un niño miran consternados al fotógrafo, observados a su vez por dos gendarmes y un individuo vestido de traje y corbata, probablemente un burócrata que laboraba en el juzgado.

El niño que aparece en la foto, de unos doce años de edad y probablemente hermano de la víctima, luce descalzo, con camisa y pantalón de manta blanca y un sombrero de palma en su mano derecha. Uno de los puntos centrales de la imagen lo constituye su mirada, cargada de tristeza. En unos recuadros que aparecen en la parte inferior puede verse el cuerpo de la pequeña víctima, con el vientre hinchado y el brazo izquierdo doblado en forma de arco. En este último grupo de imágenes las fotografías aparecen ampliamente retocadas. Su utilización marginal en relación con el protagonismo de la imagen central prioriza la atención del lector en el núcleo familiar de la víctima, que evidencian una gran pobreza.

¿Cuál es la retórica de estas imágenes? Todo parece indicar que buscan conmover al lector potencial al contraponer la figura retocada del cadáver con la propia familia de la víctima. De esta manera, siguiendo los cánones de una lectura típicamente evolucionista, en el mejor estilo del célebre escritor francés Emile Zola, quién marcó todo un modelo de representación de la realidad para los periodistas capitalinos de la época, el reportaje trazaba la analogía entre el cuerpo de la ciudad y el del niño que trabajaba en el colector:

Las ciudades, como los hombres, tienen todo un sistema y tienen nervios, venas, arterias y vientre, y el vientre de las ciudades tiene todo el tipo de lo horrible y toda la atracción del misterio. La cloaca es el vientre de ese monstruo que así abierto, panza al aire, nos enseña todas las horribles encrucijadas de su esqueleto, por donde se arrastra en marcha lenta todo lo podrido y todo lo inmundo.¹²⁸

Lo más significativo de este tipo de reportajes es que, en este caso, el protagonista del día no era el típico niño de clase alta que había ganado un concurso o un premio. Por el contrario, se trataba de un niño que provenía de la miseria, de la «cloaca social» y que había muerto -literalmente- ahogado en la mierda, en la cloaca del drenaje público:

Uno de los cadáveres es un niño amoratado por la asfixia y destrozado por el rudo golpear contra las paredes del colector. Sus brazos roídos por los codos,

¹²⁸ *Ibidem*.

destrozados por las muñecas y sus piernas con los huesos de las rodillas completamente pelados están en una semiflexión espantosa. Sus dedos contraídos, como si en los supremos momentos de su agonía hubieran buscado algo a que asirse, hacen el efecto de una garra informe y sangrienta. Están cerrados sus ojos, y de su cabellera abundante y negra corre el agua en largos hilos sucios.¹²⁹



Imagen no. 80

Peregrinación subterránea en busca de peones muertos en el colector.

El Imparcial, 10 de junio de 1908, p. 8.

Biblioteca Lerdo.

Aunque en este reportaje no se plantea la crítica social, puede establecerse que la denuncia se encontraba implícita, argumentada y estructurada bajo los patrones de una lectura evolucionista. Las imágenes le imprimen un mayor dramatismo. No deja de ser irónico que ésta sea una de las pocas ventanas por la que los niños de las clases bajas pudieron llegar a tener cierto protagonismo en las publicaciones gráficas del Porfiriato. El texto se regodeaba en los detalles grotescos; las imágenes, en cambio, representaban un testimonio doloroso de la injusticia social predominante en la capital a principios de siglo.

El contraste entre estas historias resulta muy significativo en la medida en que tenemos imágenes de niños trabajadores que evidencian el mal trato, los riesgos y hasta las tragedias sufridas por los infantes que laboraban en las urbes de Nueva York y México. Los resultados, sin embargo, son muy distintos. Mientras que en el caso de la sociedad neoyorkina existían las condiciones socioeconómicas, culturales y políticas para que la fotografía de prensa

¹²⁹ *Ibidem.*

podiera desempeñar un papel activo en las reformas sociales, en el caso de la capital mexicana tales condiciones no se habían producido, por lo que aun imágenes tan crudas como la que se refiere a la tragedia del colector, eran leídas desde una perspectiva anecdótica, que todavía no incidía en la opinión pública en términos de un requerimiento de cambios sociales más profundos.

Debido a lo anterior, coincidimos con la escritora Susan Sontag cuando plantea la necesidad de subordinar el significado y las implicaciones de cualquier trabajo fotográfico al contexto social, económico y político que lo sustenta:

Aunque un acontecimiento ha llegado a significar, precisamente, algo digno de fotografiarse, aún es la ideología (en el sentido más amplio) lo que determina qué constituye un acontecimiento. No puede haber evidencias, fotográficas o cualesquiera, de un acontecimiento hasta que el acontecimiento mismo reciba nombre y características. Y los acontecimientos jamás se estructuran –más propiamente, identifican– sobre la base de evidencias fotográficas: la contribución de la fotografía siempre es posterior al nombre del acontecimiento.¹³⁰

La ausencia de una opinión pública y de toda una infraestructura diseñada en torno a los problemas infantiles en México durante el Porfiriato, propició que la lectura de imágenes tan impactantes como la del niño del colector careciera de una recepción que rebasara el contexto sensacionalista y se tradujera en una reflexión crítica sobre la explotación infantil.

Aunque este tipo de imágenes no abrieron un espacio de reflexión nacional sobre la explotación infantil, resulta importante destacar que algunos profesionales de la cámara comenzaron a incorporar en la primera década del siglo XX una serie de fotografías de niños marginados que modificarían el imaginario visual tradicional de la época, limitado hasta ese momento a las representaciones de los niños de la élite y los ganadores de concursos cívicos y literarios.

En este orden de ideas, vale la pena mencionar el sugerente caso de una serie de polémicas imágenes captadas a principios de siglo por el fotógrafo norteamericano C. B. Waite, las cuales representaban a niños y niñas semidesnudos, pobres y sucios, procedentes de sectores marginados de la ciudad de México, y que provocaron la censura de las autoridades porfirianas.¹³¹

La finalidad de este tipo de imágenes era por lo general la de ilustrar guías de viajeros y postales destinadas a la incipiente industria turística, estimulada por el creciente desarrollo en la construcción de vías férreas emprendida en el país a finales del siglo XIX. Esta labor fue desarrollada generalmente

¹³⁰ Sontag, *op. cit.*, pp. 27-8.

¹³¹ C. B. Waite desarrolló un importante trabajo como fotógrafo en México a finales del siglo XIX y principios del XX. En ese corto lapso tomó varios miles de fotografías para diferentes empresas, la mayor parte de ellas estadounidenses. Una buena aproximación a su trabajo puede verse en Montellano, 1994.

por fotógrafos extranjeros que desarrollaron un enfoque, que podemos calificar como híbrido, a medio camino entre la óptica científica y el comercio de «vistas». En todo caso, le imprimen un toque de exotismo estimulado por el avance del discurso antropológico de la segunda mitad del siglo XIX y su construcción del «otro», que en el caso mexicano pasaba por la representación visual de los indígenas y los mestizos.¹³²

El 5 de junio de 1901 apareció en el diario *El Imparcial* un artículo titulado «Las hazañas de un fotógrafo. Circulación de retratos pornográficos», en el que se daba la información a los lectores acerca de un fotógrafo norteamericano encarcelado y multado por pretender mandar por correo un paquete con fotos de niños «sucios, corroídos por enfermedades y desnudos».¹³³

El diario en cuestión apoyaba el castigo ejercido por las autoridades y no dudaba en calificar a las fotografías de «pornográficas», al mismo tiempo que censuraba el hecho de que un extranjero hubiese tenido el atrevimiento de retratar niños de barrios pobres y marginales «completamente desnudos, presentando sus deformados cuerpos sin velo alguno».¹³⁴ El *Mexican Herald*, un diario norteamericano que circulaba en la ciudad de México a principios del siglo XX, se refería a los sucesos de la siguiente manera, en su edición del 5 de junio de 1901:

*A well known photographer of this city has been and imprisoned for having in his possession for sale certain photographs, which were considered highly objectionable by the authorities. The Department of Justice moved in in the matter and as the «corpus delicti» was discovered*¹³⁵

Resulta muy significativa la asociación que realizaban, tanto el diario como las autoridades, de los conceptos de «pobreza» y «pornografía», influidos sin duda por el discurso evolucionista predominante en el período. Cabe preguntarse hasta dónde la desnudez vista como pornografía por las autoridades fue leída y resignificada como un elemento erótico y seductor por parte de algunos de los lectores de las guías de viajeros y los consumidores de tarjetas postales en el que aparecían este tipo de fotografías.¹³⁶

¹³² Rodríguez, 1996, pp. 9-20.

¹³³ Por esta acción Waite permaneció encarcelado tres días y tuvo que pagar una multa de 400 pesos. Al respecto, véase Montellano, *op. cit.*, p. 76-8. El fotógrafo y las autoridades no precisan cuáles fotografías provocaron el conflicto. En realidad, existen varias imágenes del norteamericano que se acercan al perfil del episodio mencionado. En este capítulo se muestran tres de ellas.

¹³⁴ *El Imparcial*, 5 de junio de 1901, p. 1.

¹³⁵ *Mexican Herald*, 5 de junio de 1901, p. 1. «Un fotógrafo de esta ciudad ha sido apresado por poner a la venta ciertas fotografías que se consideran altamente objetables por las autoridades. El Departamento de Justicia tomó cartas en el asunto cuando se descubrió el *corpus delicti*».

¹³⁶ «Waite y Scott se dieron especialmente a la búsqueda de niñas y de jóvenes y atractivas mujeres; en esta «exploración de nuevas tierras» tuvieron singular éxito [...] Sus retratos y vistas fueron usados para ilustrar guías de viajeros y otras publicaciones [...] Estas imágenes



Imagen no. 81
Sin título.
C. B. Waite, 1901.
SINAFO-FINAH.



Imagen no. 82
Sin título.
C. B. Waite, 1908.
SINAFO-FINAH.

Por lo menos éste parece ser el caso del Sr. Frank Hamilton, ciudadano norteamericano que se tomó la molestia de escribirle una carta al presidente Díaz para manifestarle su deseo de localizar a una de las jóvenes retratadas por Waite, que aparecía en una de las guías para viajeros que circulaban en los Estados Unidos en aquella época:

Estimado Señor: Tengo una pregunta muy seria y un favor que pedirle. Me gustaría mucho saber de dónde es esta joven dama; si no es posible hallarla, buscar alguna parecida. Yo la amo encarecidamente y deseo comunicarme con ella; mi esperanza y deseo es que sea de familia pobre. Muchas Gracias, mis mejores deseos y sincero agradecimiento.¹³⁷

fueron muy populares entre los viajeros, quienes con la ayuda de una amplia red de trenes, podían cruzar fácilmente la frontera y abandonar sus gélidos climas (tanto en moralidad como en grados Fahrenheit) para disfrutar de la exuberancia de la naturaleza tropical, y quizá hasta enamorarse de alguna hermosa señorita». Rodríguez, 1996, p. 46.

¹³⁷ Carta dirigida al General Porfirio Díaz, citada en Montellano, *op. cit.*, p. 123.

El caso de las fotografías de C. B. Waite y la enérgica reacción del régimen puede interpretarse como una respuesta parcial a la tesis formulada por Sontag, en la medida en que si bien la intención del fotógrafo norteamericano no era la de suscitar una crítica social por parte de los posibles receptores, la respuesta negativa de las autoridades constituiría una muestra evidente de que en ciertos sectores ese tipo de lectura sí estaba presente.

Los motivos supuestamente anecdóticos y folklóricos de este tipo de trabajos fotográficos podían convertirse súbitamente en subversivos por una doble vía. Por un lado, al reflejar una realidad tan desigual y contrastante como la que predominaba en la capital mexicana de principios del siglo XX y, por otro, al cuestionar los modelos de sexualidad vigentes y proyectar imágenes infantiles con una carga erótica evidente, tanto para la mirada de las autoridades como para la de los posibles lectores.

Para terminar, vale la pena destacar una imagen fotográfica más, producto de la lente del propio Waite, que corresponde al año de 1901, lleva por título «Un niñoero mexicano» y compararla con aquella que tomara el fotógrafo francés Aubert en la década de los sesenta del siglo XIX bajo el título de «Una niñera mexicana» (Imagen no. 6).

Entre ambas imágenes media una distancia de tres décadas. Ambas corresponden a la capital, son producto de una mirada extranjera, retratan in-



Imagen no. 83
Un niñoero mexicano.
C. B. Waite, 1901.
SINAFO-FINAH.



Imagen no. 6
Una niñera mexicana.
F. Aubert, 1865.
MRA.

fantes de grupos marginados, que visten de una manera miserable y cargan a sus respectivos hermanitos. La foto de Aubert, como ya se mencionó, fue realizada en el interior de un estudio, mientras que la del norteamericano está tomada en plena calle, por lo que la escenografía es mucho más realista e incluye algunas casuchas marginadas y varios paisanos que deambulan por la zona, por lo menos uno de ellos muy atento a la cámara del fotógrafo.¹³⁸

A pesar de que pertenecen a distintas etapas de la historia de la fotografía, con las implicaciones técnicas que esto conlleva, la diferencia más notable entre ambas imágenes no reside a mi juicio en las variantes tecnológicas, sino en las intenciones y propósitos diferentes de cada uno de los fotógrafos, preocupados por distintas cosas y atravesados por intereses también diversos.

En el caso de Aubert, la imagen formaba parte de un proyecto político-militar de ocupación de un país extranjero; de lo que se trataba era de realizar el inventario de los habitantes del territorio ocupado, lo que le imprime cierta distancia y elimina cualquier sentimiento de empatía con los niños retratados, que son vistos con toda crudeza.

Por lo que toca a Waite, sus imágenes, como hemos mencionado, se publicaban en agencias viajeras e incluso muchas de ellas quedarían convertidas en tarjetas postales que invitaban al viajero a conocer nuevas tierras y personajes exóticos, pero amigables. Por ello, a pesar de la miseria evidente en esta segunda imagen, también puede captarse una cierta empatía del fotógrafo con sus retratados, que maquilla e idealiza la pobreza y le imprime una atmósfera pintoresca.

La «demolición» del estereotipo de la inocencia infantil encontró un espacio significativo en las páginas de la nota roja del reportaje policíaco y en otros lugares aparentemente inocuos e inofensivos, como las guías de viajeros y las tarjetas postales, los cuales, como hemos visto, podían pasar del terreno de lo exótico al universo de lo erótico con extrema facilidad, dependiendo de la mirada del fotógrafo, la orientación de la publicación y los múltiples intereses de los lectores.

Los niños trabajadores

En este apartado destacaremos la incorporación visual de la figura infantil en los primeros años del siglo XX, como parte de los grupos de trabajadores que comenzaban a tener una presencia relevante en el efervescente contexto político de la época. Dicha presencia es particularmente importante, sobre todo

¹³⁸ Entre otras diferencias técnicas, Aubert utilizó el procedimiento del colodión húmedo, mientras que Waite usó la placa seca y se benefició de la difusión de la instantánea, lo que le brindó un margen de maniobra mucho más amplio para trabajar en exteriores.

si la contrastamos con las ausencias, los silencios y las omisiones que podían leerse «entre líneas» en la prensa capitalina y los medios impresos de las décadas anteriores.

En el México del porfiriato no existió una legislación laboral que prohibiera el trabajo infantil. Las únicas referencias están representadas por *la Ley de Enseñanza Primaria en el Distrito y Territorios*, publicada en 1891 y que estipulaba que los niños menores de 12 años de edad solo podían trabajar con su certificado de primaria elemental; y un *Laudo* expedido en enero de 1907, en el contexto de las huelgas de la industria de hilados y tejidos, que prohibía explícitamente el trabajo infantil a los menores de 7 años, dejando abierto el espacio para los mayores de dicha edad con el consentimiento de los padres.¹³⁹

La presencia infantil registrada en las primeras fotografías incorporadas a la prensa y los *magazines* ilustrados estuvo asociada en términos generales al *status quo* representado por las élites. En este contexto, la visión idílica de una inocencia infantil predominó hasta los primeros años del siglo XX. Esta visión tenía una extensión en los tradicionales festivales de caridad que organizaban el gobierno y algunas sociedades filantrópicas y que presentaban la imagen de una pobreza agradecida y domesticada, en la que podía verse a los pequeños formando filas para recibir la dádiva correspondiente.

El género de la nota roja, vinculado con los problemas de la criminalidad, puede considerarse una excepción, en la medida en que permitió al lector asomarse a la otra cara del «orden» y el «progreso». Sin embargo, como se ha señalado, la mayor parte de las veces estas imágenes eran percibidas e interpretadas a través de la lente evolucionista predominante en la época. Lo más que puede decirse sobre ellas es que permitían una crítica social implícita al retratar las atmósferas y los entornos de la miseria que agobiaba a una buena parte de la población infantil de la época.

Las tarjetas postales que alimentaban las guías de viajeros y las que se vendían en algunas tiendas comerciales capitalinas, que tenían al turista extranjero como destinatario principal, mostraban tangencialmente la pobreza y las condiciones de vida de los niños trabajadores. Introducen modificaciones importantes acerca de la candidez de los reportajes caritativos y la sordidez de los policíacos, en la medida en que muestran la presencia de los niños junto a sus utensilios de trabajo y los ubican en la calle y en los escenarios reales en que desempeñaban sus labores. Sin embargo, la miseria es suaviza-

¹³⁹ Las primeras disposiciones legales que se ocupan de este tema pertenecen a la *Ley constitucionalista del trabajo* de Manuel Aguirre Berlanga, que en su segundo artículo prohibía el trabajo a los menores de 9 años. Por su parte, el artículo 123 de la *Constitución Política* de 1917 define una jornada máxima de 6 horas para los menores entre los 12 y los 16 años. Al respecto, véase el *Prontuario de Legislación sobre menores*, 1981, pp. 367-70.

da por una lente que busca construir un perfil de figuras simpáticas y atractivas para el consumidor. La pose sigue siendo el elemento fundamental a partir del cual el fotógrafo desarrolla su trabajo.

Al respecto, podemos analizar dos imágenes de la obra del ya mencionado Charles Waite. En la primera se puede apreciar a un grupo de muchachos repartidores de pan, que dirigen la mirada expectante a la cámara. Algunos de ellos sonríen y otros simplemente observan al fotógrafo con semblantes serios. En la segunda se muestra a un pequeño y sonriente vendedor de pasto, que posa para el fotógrafo junto con su simpático burrito. Cualquier crítica social se diluye en la presentación folklórica del personaje.

Imagen no. 84
Group of Mexican boy cargadores
waiting orders.
Fondo C. B. Waite, 1907.
Archivo General de la Nación.



Imagen no. 85
Selling green grass in streets of
Mexico.
Fondo C. B. Waite.
Archivo General de la Nación.

En los últimos años del régimen porfiriano comenzaron a surgir de una manera cada vez más frecuentes los conflictos sociales. En el caso de las urbes, sus protagonistas eran trabajadores de distintos gremios que poco a poco comenzaron a manifestarse de manera pública en las calles como una forma de protesta para reivindicar sus derechos. La presencia infantil comenzó a irrumpir en la vía pública, la mayor parte de las veces ligada al mundo de los adultos.

El común denominador de esta nueva serie de imágenes fue la apropiación de la calle como el ámbito privilegiado de la protesta y la vinculación de la participación individual con un colectivo que subsumía las características

personales a una identidad gremial que le proporcionaba razón de ser y sentido político.

Los limpiabotas capitalinos protagonizaron en noviembre de 1906 un acontecimiento inédito que mostraba hasta que punto las cosas estaban cambiando en el universo porfiriano cerrado y excluyente: organizaron y efectuaron una asamblea en plena plaza de la Constitución. El contenido del artículo que presentó la noticia suavizaba el hecho y proporcionaba una lectura moralizante según la cual la reunión tenía por objeto solicitar al gobierno la reglamentación del oficio y la prohibición del ingreso de muchachos alcohólicos al mismo. Sobre este punto, el diario terminaba con una descripción que muestra de manera bastante elocuente como eran percibidos estos pequeños desde la óptica de las élites:

El sudor de su rostro no lo produce la labor, sino el alcohol. La depresión y el cansancio vienen no por la fatiga: llegan por el envenenamiento de la sangre. El dinero que ganan durante el día no alivia miserias, ni calma hambres, ni cubre desnudeces, solo fomenta vicios y origina maldades.¹⁴⁰

La imagen fotográfica que ilustra el texto proporciona elementos de reflexión distintos o por lo menos alternos a la visión oficialista del reportaje. Se trata de una de las primeras ocasiones en que la prensa capitalina ofrece a sus lectores en primera plana una imagen con una fuerte carga contestataria; muestra a un grupo de niños marginados organizados de una manera gremial y reconociéndose de una manera colectiva de una manera digna y decorosa,



Imagen no. 86
Grupo de limpiabotas.
El Imparcial, 29 de
noviembre de 1906.
Biblioteca Lerdo.

¹⁴⁰ *El Imparcial*, 29 de noviembre de 1906, p. 1.

alejada de las lecturas criminalistas predominantes en la época, que vinculaban sistemáticamente a este tipo de niños con el mundo de los vicios morales y las deficiencias orgánicas.

Para finales del Porfiriato los grupos obreros habían adquirido una presencia notable en el imaginario visual de la prensa debido a los cada vez más frecuentes reportajes fotográficos. Una parte de dicho imaginario correspondía a la niñez. La política laboral del Estado comenzó a oscilar entre la tolerancia hacia aquellas organizaciones gremiales potencialmente dóciles y controlables, y la represión de los grupos más radicales o independientes.

En este contexto, vale la pena detenerse en el reportaje titulado «La sociedad mutualista y moralizadora de obreros. Los valientes gremios de trabajadores tienden a agruparse para su engrandecimiento y poderío», que informaba a los lectores de la fundación de una organización laboral patrocinada por el Gobernador del Distrito, Don Guillermo de Landa y Escandón. La composición gráfica del reportaje permite diversas lecturas e interpretaciones, en las que el contenido textual y su vinculación con la imagen poseen diferentes implicaciones.

El régimen difundía este tipo de fotografías como una forma de verificar el control que ejercía sobre este tipo de grupos. Sin embargo, la simple presencia de éstos en las páginas de la prensa constituía una señal de aviso para las élites, acostumbradas a ignorar a estos grupos o a reducir su presencia a las páginas de la «nota roja» o a la nota escandalosa del día.¹⁴¹ Como parte de estos avisos y

Imagen no. 87

La sociedad mutualista y moralizadora de obreros.
El Imparcial, 17 de octubre de 1910.

Biblioteca Lerdo.



¹⁴¹ A finales del siglo XIX la notoria presencia de grupos de niños vendedores de todo tipo de mercancías en la calle era objeto de alarma entre las élites, que en general reprobaban el fenómeno y lo ligaban a potenciales conductas y comportamientos delictivos: «Por las calles de la capital, a todas horas del día y de la noche, el transeúnte se ve asaltado por una turba de bilateros, voceadores de periódicos y vendedores de cerillos y otros pequeños artículos [...] entre ellos se encuentra multitud de niños de corta edad, los cuales con la industria atienden a sus necesidades, que en razón de su corta edad son muy pequeñas, pero que más tarde y con el crecimiento natural no podrán llenarse con las pequeñas utilidades que obtienen. Esta precariedad los orilla muchas veces a delinquir, por lo que es necesario atender este problema». *El Pabellón Español*, 3 de abril de 1887, p. 3.

omisiones, conviene destacar la fuerte presencia de los niños obreros en la imagen. El aspecto más relevante reside en el hecho de que el texto en cuestión omitía cualquier comentario sobre estos infantes, centrándose en los elogios al gobernador del distrito y al presidente de la república, y sin embargo, la fotografía contradice todo este discurso simplemente con ubicarlos en un lugar simbólico privilegiado, posando en las primeras filas de la reunión.

Los primeros años de la revolución transformaron notablemente el contenido de la prensa y las imágenes de los trabajadores movilizados para la protesta ocuparon un lugar cada vez más importante. La presencia de los niños y niñas ligados con el mundo de los conflictos sociales adquirió entonces una mayor preponderancia. Tal es el caso de las huelgas de costureras y panaderos ocurridas en la ciudad de México en los últimos meses de 1912.

En el primer caso puede observarse a las niñas junto a las mujeres caminando por las calles para exigir sus derechos o bloqueando las mismas para evitar que se rompiera la huelga. Se trataba de protagonistas activos, que desafiaban abiertamente el orden establecido, algo que sólo podía verse en la prensa maderista, que tuvo mucho más libertad para expresarse en aquél efímero régimen que en los que le sucedieron.¹⁴²

Como no existe un texto que acompañe a las imágenes, el pie de nota del reportaje gráfico constituye el único indicador para contextualizar las fotografías y reconocer el punto de vista de la publicación. Dicho pie refiere que las mujeres trabajaban cosiendo prendas para el ejército y decidieron irse a huelga para protestar por la rebaja de sus jornales «ya de suyo hartos exiguos».

La composición consta de cinco fotografías, en las que se da cuenta de la huelga. Las dos imágenes superiores y las otras dos inferiores documentan el hecho noticioso, mostrando a las protagonistas apropiándose de la calle, justo afuera de su centro de trabajo. La fotografía central es la de mayor tamaño y la que desempeña un papel simbólico más importante dentro de esta peculiar narración visual. En ella, un grupo de unas 50 mujeres posa de frente y de cuerpo entero para el fotógrafo. A diferencia de otras ocasiones, estas mujeres miran de frente a la cámara, dueñas de la situación, con semblantes tranquilos en los que se esboza más de una sonrisa, lo que enfatiza su identidad personal y su singularidad. Las niñas ocupan los primeros planos y tienen un papel activo en la imagen. Participan, al lado de sus hermanas mayores y sus madres, en un universo dominado por mujeres que se expresa de una manera poderosa en el inicio de la revolución, muy alejadas de las referencias negativas de la nota roja y de los estereotipos idealizados de las élites porfirianas.

El otro caso se refiere a la huelga de los panaderos, que también sacudió a los capitalinos en el mes de octubre de 1912. De nueva cuenta no existe un reportaje periodístico que exponga el hecho como tal, así que la gráfica misma

¹⁴² *La Semana Ilustrada*, 26 de octubre de 1912, p. 16.

se convierte en noticia. En la foto puede apreciarse al grupo de trabajadores, tanto niños como adultos, avanzando por la calle y enarbolando la bandera mexicana. Puede cotejarse esta imagen con la de los panaderos de Waite (Imagen no. 84). Lo que en el norteamericano sobresalía como costumbrismo para turistas, aquí se convierte en denuncia y crítica social. Los niños panaderos, convertidos en sujetos, recorren las calles de la capital junto con el símbolo nacional por excelencia, la bandera. La protesta por las precarias condiciones de trabajo constituye la premisa para leer estas imágenes. El pie de la foto, que señala la ausencia de violencia de la protesta, subraya la civilidad del acto.

Resulta conveniente considerar la enorme importancia desempeñada por el contexto político para la lectura e interpretación de estas imágenes. En los últimos dos casos relativos a las costureras y los panaderos la distancia de la prensa respecto del régimen maderista ha resultado fundamental para reconsiderar el papel activo de los trabajadores y evaluar su presencia en términos muy distintos al estigma y el prejuicio descalificador del gobierno porfiriano.



Imagen no. 88
Huelga de costureras.
La Semana Ilustrada, 26 de octubre de 1912, p. 8.
Biblioteca Lerdo.



Los panaderos huelguistas, recorriendo pacíficamente las calles de la ciudad
Fot. Sem. Ilus.

Imagen no. 89
Los panaderos huelguistas, recorriendo pacíficamente las calles de la capital.
La Semana Ilustrada, 26 de octubre de 1912, p. 8.
Biblioteca Lerdo.

Entre todos los casos de niños trabajadores sobresale el de los llamados papeleros o voceadores, por su enorme presencia en el imaginario visual representado por constantes reportajes fotográficos publicados tanto por la prensa porfiriana como por la revolucionaria, y por la consolidación de su

identidad gremial y profesional, iniciada desde varias décadas antes del estallido revolucionario.

Un primer reportaje titulado: «La escuela de papeleros» relataba los esfuerzos higienistas del Profesor José Guadalupe Troncoso, quien organizó en los últimos años del del régimen porfiriano una escuela nocturna para este grupo, en la que se les enseñaban los contenidos elementales de la educación primaria, al tiempo que se les daban lecciones prácticas de higiene.¹⁴³



Imagen no. 90
La escuela de papeleros.
El Imparcial, 7 de enero
de 1907, p. 6.
Biblioteca Lerdo.

Las imágenes muestran al Profesor Troncoso frente a una hilera de pequeños que posan frente a la cámara realizando su aseo personal en una serie de lavabos. Esta imagen puede leerse en el contexto de los proyectos higienistas modernizadores surgidos en el último cuarto del siglo XIX. A diferencia de las fotografías ya analizadas del Dr. González, que retomaban imágenes de estudio resignificándolas en lugares de exploración clínica, en el caso de Troncoso la mirada periodística intenta documentar de la manera más realista posible las ideas y los argumentos vertidos en el reportaje, exaltando los elementos disciplinarios y los instrumentos materiales relacionados con el proyecto higiénico.

La importancia estratégica del gremio de los voceadores se desprende de su vinculación directa con la prensa, el medio de comunicación más impor-

¹⁴³ *El Imparcial, 7 de enero de 1907, p. 6.*

tante de la época. Este vínculo los exponía constantemente a los entretelones de los intereses coyunturales de la política.

La prensa oficialista reconocía las implicaciones políticas subyacentes en la labor de los voceadores con un reportaje fotográfico que se titulaba «La prensa sin papeleros es como un Ejecutivo sin soldados». Para completar la metáfora, en la imagen superior en forma de medallón, el propio Ejecutivo de la nación, el Presidente De la Barra, posaba paternalmente con un voceador, observando atentamente el trabajo desempeñado por el pequeño en un taller de carpintería. En la fotografía inferior aparecía De la Barra presidiendo una fiesta organizada para el gremio, junto con un grupo de damas y caballeros bien vestidos, pertenecientes a las organizaciones filantrópicas que organizaban este tipo de festejos. En la parte inferior derecha de la composición, un pequeño grabado con la figura emblemática del pequeño papelerero voceando el periódico se integraba a la fotografía y participa en el espacio de ésta de una manera muy natural.



Imagen no. 91
La prensa sin papeleros es como un
Ejecutivo sin soldados.
El Imparcial, 12 de octubre de 1911.
Biblioteca Lerdo.

Las dóciles relaciones entre los voceadores y el gobierno porfiriano entraron en una fase turbulenta durante el breve episodio maderista, caracterizado por una inestabilidad y una confusión que paradójicamente fueron acompañadas de una mayor libertad de expresión. Este es el contexto en el que pueden leerse el siguiente par de reportajes gráficos.

En el primero de ellos, titulado «Una petición de los Papeleros al Sr. Gobernador del Distrito», puede verse a un grupo de unos veinte activos muchachos sonrientes y descalzos, que exhiben y anuncian de manera festiva su producto. Se trata de periódicos cuyos titulares han sido retocados con el nombre del diario *El País*.

La fotografía constituye en sí misma un anuncio publicitario del propio periódico. Sin embargo, el contenido de la nota proporciona otro ángulo de interpretación. El diario informa que los papeleros acudieron a las oficinas de la redacción en busca de apoyo para oponerse al nuevo reglamento del gobierno maderista, que pretendía restringir las actividades de este grupo en la vía pública. Como parte de su propio enfrentamiento contra el gobierno maderista, el periódico católico recogió al vuelo esta oportunidad y utilizó a los voceadores, al tiempo que se hacía a sí mismo propaganda. El resultado en términos de imagen es la publicación de la fotografía de marras nada menos que en la primera plana, la cual exhibe y muestra a un grupo de niños marginados con cierta simpatía y sin la estigmatización de antaño. Todos posan para el fotógrafo con singular alegría y desparpajo. La novedad consiste en que, en vez del reportaje satanizador de conductas y comportamientos, lo que tenemos es el título de la nota más importante del día, lo que realza la importancia de la imagen y expresa la relevancia que le asignaba el periódico al conflicto en cuestión.



Imagen no. 92

Una petición de los papeleros al Sr. Gobernador del Distrito.

El País, 21 de febrero de 1912.

Biblioteca Lerdo.

El segundo reportaje fotográfico de esta serie se titula «La suspensión de *El Heraldo Mexicano*», y muestra un conjunto de imágenes que ilustran diferentes aspectos del crudo conflicto que tenía lugar entre los voceadores y la policía del gobierno de la Ciudad de México en el período maderista.

Peones en la lucha de desgaste entre el Estado maderista y los ataques de diversos grupos políticos que encontraban su expresión en la prensa, los voceadores sufrieron la represión policiaca, convertidos de inmediato en chivos expiatorios de la disputa, con la exaltación correspondiente en el nivel de la imagen. De esta manera, puede apreciarse la persecución de los policías, que

corren detrás de los pequeños en plena vía pública. A diferencia de los aquellos reportajes de las revistas porfirianas sobre los niños delincuentes, en los que se justificaba la represión y la vigilancia policiaca sobre los pequeños infractores, en esta nueva coyuntura se cuestiona la intervención de los agentes del orden público y las imágenes exaltan la presencia y los valores de las víctimas.

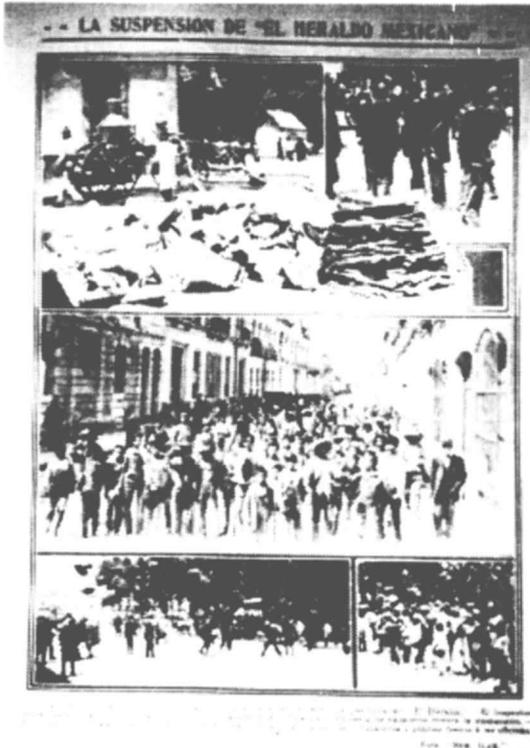


Imagen no. 93

La suspensión de «El Heraldo Mexicano».

La Semana Ilustrada, 6 de octubre de 1912, p. 12.

Protagonista de primera fila en las conflictivas relaciones entre grupos de poder, la prensa y el Estado, la figura del pequeño voceador fue utilizada y manipulada por las distintas instancias. Más allá de las coyunturas y los intereses políticos presentes en cada episodio, destaca el hecho de que desde las páginas de la prensa se fue construyendo la figura del papelerero o voceador como un personaje público, con una identidad gremial muy definida, representante urbano por excelencia de una infancia marginada en lo económico y manipulable en lo político.

Como una muestra de la gran importancia que adquirió el gremio en el imaginario de los medios impresos durante los primeros años de la revolución, pueden observarse el siguiente par de reportajes fotográficos que desarrollaron composiciones gráficas relevantes, combinando planos con un apoyo técnico notable, que superaba técnicamente a los trabajos anteriores.

En el primero, titulado «El aguinaldo de los papeleros», puede verse un interesante composición que combinaba tres imágenes que aludían a una fiesta

para los voceadores organizadas por el periódico «El Imparcial» en combinación con la Inspección General de la policía.

En el centro del cuadro podía observarse el montaje de un muchacho llevándose a la boca una torta de gran tamaño. La ampliación de la imagen permite al lector detenerse en los rasgos particulares del pequeño voceador, lo que reafirma su identidad como persona. Por el contrario, en las otras dos imágenes los pequeños aparecen de espaldas o en serie, haciendo una larga cola para recibir sus regalos. Si bien el reportaje intenta centrarse en las bondades de la caridad de los organizadores, no puede evitar mostrar la enorme pobreza de estos muchachos que lucen descalzos y envueltos en ropas gastadas, roídas y descosidas.

El lenguaje narrativo visual había dado un salto cualitativo en relación con las etapas anteriores, representadas por la combinación armónica entre dibujos, grabados y fotografías. En esta ocasión la construcción del fotomontaje se ha encargado de desarrollar una composición general cuya secuencia narrativa descansa en forma exclusiva en la utilización de las fotografías, prescindiendo de cualquier otro elemento decorativo.

Si por un lado la atmósfera festiva construída alrededor de estos hechos no podía ocultar la miserable vestimenta de los pequeños trabajadores, por el otro, el control político de estas organizaciones también resultaba bastante visible. Las imágenes rebasaban el encuadre ideológico de los textos y mostraban realidades incómodas que formaban parte de la realidad política y social capitalina de principios del siglo XX.



Imagen no. 94
El aguinaldo de los papeleros.
La Semana Ilustrada, 6 de
octubre de 1911, p. 6.
Biblioteca Lerdo.

Unos pocos meses más tarde, la misma revista publicaba uno de los reportajes fotográficos más logrados del período, titulado «El Gran Festival de «La Actualidad» en honor de los papeleros». Esta impresionante composición combinaba once imágenes fotográficas, en las que se destacaban las diversas actividades de la fiesta, que iban de una corrida de toros a la disposición de las mesas de los papeleros durante la celebración del banquete.



Imagen no. 95

Fotoreportaje.

La Semana Ilustrada, 7 de julio de 1912, p. 4.

Biblioteca Lerdo.

Este fotoreportaje proporcionaba una secuencia narrativa que se encargaba de desglosar el acontecimiento convertido en noticia, proyectando una mirada global sobre la misma y destacando simultáneamente instantes y momentos singulares que enriquecían la historia, a la vez que favorecían el vínculo afectivo y la empatía del posible lector con ciertas situaciones, fomentando entre el público un aprendizaje visual atento, en forma simultánea, al entorno general y a los pequeños detalles.

El ágil encuadre mostraba secuencias de la fiesta de toros y del banquete general a la vez que ponía la lupa en acercamientos a los rostros de los pequeños que muestran la intensidad con la que vivieron la fiesta. La composición muestra en un mismo cuadro los signos personales del asombro individual junto a la épica masiva del conjunto.

Esta serie de reportajes gráficos muestran la manera en que la imagen fotográfica contribuyó, como ninguna otra expresión plástica o visual, a la difusión de la figura del voceador como un personaje cercano y entrañable

para la urbe, toda vez que en ningún otro caso de infantes ligados al mundo del trabajo la prensa había construido un despliegue de imágenes parecido.¹⁴⁴

El papel estratégico desempeñado por estos pequeños como instrumento de difusión de los diarios y su cercanía con el mundo de la política explican en una buena parte este tipo de coberturas. No es casual que en los años posteriores los fotógrafos Casasola reconstruyeran el estereotipo de los niños voceadores vinculado con la fotografía como documento social con una fuerza notablemente superior a la de cualquier otro personaje infantil ligado al mundo del trabajo.

La diversificación de imágenes y representaciones de los niños trabajadores adquirió una gran relevancia durante los últimos años del régimen porfiriano y continuó en los primeros años de la revolución. La presencia pública de limpiabotas, costureras y voceadores en las primeras planas de la prensa capitalina los hizo visibles frente a sectores cada vez más amplios de la opinión pública. Frente al maniqueísmo imperante en el universo gráfico del Porfiriato, que clasificaba la presencia infantil en el campo de la inocencia y de las «buenas conciencias» o en el submundo de la criminalidad de los grupos populares, tenemos aquí una línea distinta de representaciones, ligada con el mundo del trabajo y la marginación.

Esta diversificación abrió paso a un proceso complejo y contradictorio, en el que lo mismo se intensificó la manipulación política de los infantes que se construyó un espacio simbólico de gran importancia que consolidó su presencia en un ámbito público, acercando a una gran cantidad de lectores a las precarias condiciones de vida de estos pequeños convertidos en actores sociales.

El niño y la revolución

- Infancia y militarización

Esta línea de representación se inserta dentro de un proceso social más amplio: el de la progresiva militarización de la sociedad capitalina de principios

¹⁴⁴ Al respecto de esta empatía del personaje del voceador con la ciudad de México de aquellos años, vale la pena citar la siguiente anécdota relatada en el periódico *Excelsior* el 22 de abril de 1981, p. 1, en la cual se nos narra los inicios de la carrera artística de Esperanza Iris: «Por los años 1908-1910 [...] cuando al desaparecido Teatro Principal se le llama la Catedral de la Tanda, comenzó a trabajar en una zarzuela titulada «Cuarta Plana», la inolvidable reina de la opereta Esperanza Iris. Y precisamente el éxito de su actuación era el interpretar el papel de voceador, o mejor dicho, del papelerito de entonces, vistiendo con la humildad que caracterizaba a éste: calzón de manta, arremangado en una pierna, guaraches y cubriéndose con un raído sombrero de petate y lanzando chiflidos de los de «arriero» pregonaba a voz en cuello: ¡Imparcial!, ¡El País! ¡El Tiempcito!...».

del siglo XX. En este rubro, las imágenes nos van mostrando la penetración de una ideología bélica en instancias civiles como las escuelas, los *kindergartens*, los hospitales, las correccionales para menores y los hospicios.

Pueden encontrarse elementos de la conformación de este proceso a lo largo de todo el siglo XIX, comenzando por la propia gesta de independencia, que produjo héroes infantiles que alcanzarían una gran trascendencia en la historiografía liberal de dicho siglo, desde el famoso «Niño artillero» del ejército insurgente de Morelos, hasta los célebres «Niños héroes» defensores del Castillo de Chapultepec frente al invasor norteamericano. Sin embargo, el proceso adquirió un ritmo cualitativamente distinto en los primeros años del siglo XX y llegó a su clímax durante los años revolucionarios.

La militarización de los cuerpos civiles comenzó a adquirir una presencia visible durante el régimen maderista. En este sentido, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes expresaba en junio de 1912 al Rector de la Universidad la necesidad de impartir cursos especiales de ejercicios militares en las distintas instancias educativas:

Discutir, resolver, qué conviene más: que los ejercicios militares, conforme al programa detallado de tres años, comiencen a ser obligatorios desde el último año de Primaria inferior a fin de que disfruten de ese beneficio todos los alumnos de Educación Primaria Superior, o que comience a ser obligatorio el curso de Ejercicios Militares desde el primer año de Preparatoria.¹⁴⁵

A pesar de que el proyecto no se aplicó durante el régimen maderista, marcó un precedente que fue retomado durante la dictadura huertista. Una muestra de esta atmósfera belicista está representada por una serie de fotografías en las que puede verse a estudiantes y empleados bancarios y comerciales formando «un cuerpo de voluntarios para la defensa social, en caso de grave peligro contra la propiedad en México».¹⁴⁶ Entre los manifestantes destacaban dos niños, uno de ellos iba tocando marcialmente un tambor, mientras que el otro marchaba y empuñaba una corneta militar.

La composición gráfica en cuestión incluye algunos elementos retóricos de manipulación de las imágenes que resultan significativos. En términos generales, los adultos «voluntarios» son registrados en serie, sin una identidad particular, totalmente integrados a las maniobras y al adiestramiento militar que da origen al título de la publicación; los dos niños que aparecen en la composición, por el contrario, resaltan al ser presentados de una manera individual y resultan fácilmente reconocibles respecto del conjunto. Su identidad

¹⁴⁵ «Documentos universitarios». Archivo Ezequiel A. Chávez, Sección Universidad Nacional de México, Caja IV, Leg. 3.

¹⁴⁶ *El Imparcial*, 18 de marzo de 1912.

se las proporciona el instrumento musical con el que acompañan las maniobras militares, una corneta y un tambor.

Se trata de una puesta en escena con una lectura política de la niñez, la cual se iba militarizando a los ojos de la opinión pública. Conviene destacar que aunque todavía no se exhibían cuerpos de voluntarios infantiles, como sucedió en el régimen de Huerta, con Madero los niños ya formaban parte de la escenografía bélica del momento y acompañaban a los adultos en la realización de los ejercicios y las maniobras militares.



Imagen no. 96
Los voluntarios hacen ejercicios.
El Imparcial, 18 de marzo de
1912, p. 4.
Biblioteca Lerdo.

Las imágenes bélicas de la infancia comenzaron a aparecer durante el período maderista. Posteriormente, durante la dictadura huertista, la tendencia llegó a su apogeo y se divulgaron una gran cantidad de fotografías y grabados que promovían un espíritu marcial según el cual la soberanía nacional estaba en grave peligro.¹⁴⁷

El proyecto militarista de Huerta abarcó, en primer lugar, a distintos sectores de empleados federales, particularmente dóciles por su dependencia económica del régimen, pero también logró extenderse a otros sectores laborales como el de los obreros e incluso a algunas instituciones educativas, como

¹⁴⁷ El propio Huerta aludía orgulloso a este proceso en sus memorias: «No creo que nadie haya establecido un gobierno militar como el mío. Todos los mexicanos fueron militares. Los maestros de escuelas, los empleados, los barrenderos, los ministros, los niños, los gobernadores, los secretarios particulares, los diputados, los empleados de todos los ramos... todos fueron militares», Huerta, 1957, p. 72. Si bien la cita dista enormemente de reflejar la realidad, resulta útil en la medida en que muestra las intenciones totalitarias y el proyecto militarista de la dictadura en el poder que se impuso en México entre febrero de 1913 y junio de 1915.

la Escuela Nacional Preparatoria, en la que se llegó a aplicar un reglamento de carácter militar.¹⁴⁸

Huerta convocó durante el mes de julio de 1913 a miembros de distintas organizaciones, como la Sociedad Mutualista de Empleados Libres, el Centro Cosmopolita de Dependientes, el Partido Popular Obrero, La Gran Liga Obrera de la República Mexicana y la Sociedad de Zapateros a recibir instrucción militar un día a la semana.

El título del reportaje rezaba: «Ahora hay que dedicar dos horas a la patria, señores dependientes!», y la composición gráfica, construída desde una retórica nacionalista persuasiva, aportaba elementos importantes: entre dos fotografías de los voluntarios con sus bicicletas y la figura del dictador posando con miembros de su gabinete, se incrustaba en forma de círculo el dibujo de un obrero vestido con su overol, sentado y cargando cariñosamente a su bebé, al que le acariciaba tiernamente la cabeza.¹⁴⁹

¿Cómo interpretar esta curiosa combinación de grabado y fotografías? Se trataba de proyectar la imagen de un padre responsable, que así como velaba por la seguridad de su pequeño, también se reportaba listo para responder al patriótico llamado del primer mandatario para defender a la patria. La asociación bebé-familia-nación quedaba así estructurada en el plano iconográfico.



Imagen no. 97

*Ahora hay que dedicar dos horas a la patria, señores dependientes!
El Imparcial, 21 de julio de 1913.
Biblioteca Lerdo.*

Al mes siguiente, un reportaje informaba que la instrucción militar de los trabajadores había comenzado en los llanos de San Antonio Abad. Las fotografías nos muestran a un grupo de adultos marchando y a otro grupo de niños alineados, recibiendo órdenes de un oficial del ejército. A un lado, el

¹⁴⁸ Al respecto, véase Langle, 1976, pp. 87-136.

dibujo de un niño enarbolando gallardamente la bandera nacional le imprimía un sello patriótico a toda la composición.¹⁵⁰

El salto en la preparación y la sensibilización de la opinión pública hacia la instrucción militar infantil se había consumado y los pequeños ya no sólo acompañaban a los adultos con instrumentos musicales durante las maniobras militares, como a finales del Porfiriato o en el maderismo, sino que ahora integraban sus propios batallones.

A lo largo del cruento año de 1913 puede revisarse este proceso de militarización infantil en las diferentes instancias educativas y de beneficencia a través de las imágenes de la prensa. Apenas en marzo, recién implantada la dictadura huertista, tuvo lugar una ceremonia de premiación de alumnos distinguidos en la Escuela Industrial de Huérfanos.¹⁵¹

En el reportaje correspondiente se informaba que a partir de ese momento la Escuela sería militarizada, con lo que la institución habría entrado a una nueva etapa de «progreso». La fotografía, con el pie de «Grupo de cabos y sargentos de la Escuela Industrial de Huérfanos», muestra una hilera de muchachos de unos 12 a 14 años haciendo el saludo militar con sus uniformes y sus gorras militares. Se trata de una peculiar imagen de la niñez en la que la acción del Estado se vinculaba a la caridad cristiana, la instrucción cívica y la beneficencia pública con la militarización como modo de vida que orientaba a los distintos sectores.



Imagen no. 98

Grupo de cabos y sargentos de la Escuela Industrial de Huérfanos.

El Imparcial, 7 de junio de 1908.

Biblioteca Lerdo.

En un tono muy parecido, tocó el turno en el mes de abril al Hospicio de Pobres. En una ceremonia presidida por el Lic. Francisco Celso García, Director de la Beneficencia Pública, se impusieron grados militares entre los alumnos

¹⁴⁹ *El Imparcial*, 21 de julio de 1913, p. 1.

¹⁵⁰ *Ibidem*, 27 de agosto de 1913, p. 1

más destacados de la clase de ejercicios castrenses.¹⁵² Podría pensarse que un festival patriótico por su misma naturaleza recrea y construye necesariamente una atmósfera bélica que nada tiene que ver con el proceso de militarización de la vida cotidiana. Sin embargo, tal proceso tenía lugar todas las semanas en distintas instituciones. Resulta relevante el reportaje del primero de septiembre realizado por *El Imparcial*, en el cual se narra en primera plana la marcha marcial de unos niños del Hospicio de Pobres, realizada en la calle, frente a las oficinas del periódico. La imagen muestra una hilera de pequeños de unos 10 años con sus respectivos uniformes, sus gorras y sus tambores militares.¹⁵³

Otro ejemplo representativo ocurre durante el mes de octubre. Un grupo de niños de la escuela «Ponciano Arriaga» reciben adiestramiento militar para los concursos de cultura física que tendría lugar durante la realización de unos juegos olímpicos escolares en los que participarían varias escuelas y colegios de la capital. La composición gráfica nos muestra un par de fotografías en las que puede verse en la parte superior a dos hileras de niños apuntando a sus objetivos con sus rifles, esperando recibir la orden de fuego. En parte inferior, en una segunda imagen, otro grupo apoya toda la maniobra con tambores y cornetas.



Imagen no. 99

Ejercicios militares para los juegos olímpicos.

El Imparcial, 5 de octubre de 1913.
Biblioteca Lerdo.

Las composiciones fotográficas publicadas en los primeros años de la revolución desarrollaron una retórica de la imagen que justificó la presencia infantil en el adiestramiento militar por parte del Estado. En este sentido, la fotografía cumplió con el papel estratégico de intentar persuadir y convencer a la opinión pública acerca de la necesidad de aceptar y apoyar este tipo de procesos.

¹⁵¹ *Ibidem*, 7 de marzo de 1913, p. 1.

¹⁵² *Ibidem*, , 7 de abril de 1913, p. 1.

¹⁵³ *Ibidem*, 1 de septiembre de 1913, p. 1.

La vinculación de los infantes a la simbología de la guerra no se limitó a las acciones emprendidas por la dictadura de Huerta. Como veremos a continuación, el proceso comprendió a las distintas facciones revolucionarias en lucha y revistió un tratamiento bastante peculiar de parte de la prensa capitalina.

- Los niños y la revolución

En los últimos años del período estudiado (1910-1914) se produjo una ruptura política con el régimen porfiriano que sacudió profundamente a los diversos grupos sociales, movilizandolos sectores que hasta entonces no habían tenido una presencia tan clara en el imaginario social de la época y que ante la nueva situación emergieron con una gran fuerza.

La guerrilla zapatista y la rebelión orozquista durante el régimen de Madero y la explosión revolucionaria durante la dictadura de Huerta proporcionan un marco político y cultural diferente, en el que la fotografía de prensa intensificó sus características documentales y adquirió una mayor profesionalización mediante corresponsales de guerra, algunos de los cuales utilizaron grabados y fotografías para complementar sus informaciones dirigidas a un público ávido de noticias.

La fotografía de prensa se adecuó a la nueva situación, y sin dejar sus móviles tradicionales de los últimos diez años, incorporó la riqueza y la complejidad que le planteaba el nuevo contexto, contribuyendo al mismo tiempo a enriquecerlo y a modificarlo. Un buen punto de partida para el análisis de estas imágenes lo constituyen los planteamientos de la historiadora de la imagen Anne McCaulley, quien señala que «Como todas las tecnologías, la fotografía fue conformada en respuesta a específicos programas sociales y políticos. En este sentido, no fue políticamente neutra, sino que formó parte de una ideología, de un sistema de ideas destinados a hacer propaganda de un determinado orden social».¹⁵⁴

Con base en lo anterior, podemos diferenciar tres grandes áreas o campos de acción en los que fueron utilizadas las imágenes fotográficas con protagonistas infantiles durante la primera etapa del conflicto revolucionario.

La «defensa» de la civilización

Esta área responde a la necesidad por parte del régimen en el poder de legitimar la violencia en contra de los grupos rebeldes, lo cual se realiza a través de la valorización familiar de los propios oficiales, militares de alto rango y

¹⁵⁴ McCaulley, *op. cit.*, p. 54.

jefes de campaña, presentándolos a la opinión pública como padres de familia honestos y responsables, o bien a través de la satanización y estigmatización de los adversarios y enemigos, mostrándolos como hordas salvajes y primitivas, enemigas del orden, la civilización y el progreso.

Probablemente la figura militar más promovida por el entorno fotográfico de la prensa durante el régimen de Madero fue la del general Victoriano Huerta. Sus intervenciones como jefe militar durante la campaña contra los rebeldes en Torreón y Chihuahua durante los meses de mayo a octubre de 1912 fueron captadas en numerosas ocasiones por la prensa gráfica.

Sobresalen dos imágenes que lo muestran como un padre de familia cariñoso y responsable, que va acompañado de su familia hasta en los momentos más peligrosos y difíciles. En la primera, el título del fotograbado es el siguiente «La familia del General Huerta saliendo de Torreón», y nos muestra a la esposa de Huerta asomándose con sus tres hijas por una de las ventanas del vagón del ferrocarril del ejército.



Imagen no. 100

La familia del General Huerta.

El Imparcial, 27 de septiembre de 1912.

Biblioteca Lerdo.

La segunda, que acompaña a la noticia que informa del regreso de Huerta de la ciudad de Chihuahua a la capital de la república, subraya de una manera positiva el carácter paternal del militar, que luce tomado de la mano de una de sus hijas, en un intento evidente por humanizar al personaje, si bien

sus lentes negros no ayudaban demasiado a consolidar una imagen atractiva ante la opinión pública.



Imagen no. 101

El Sr. Gral. Huerta llegó ayer a la capital en busca de salud.

El Imparcial, 11 de octubre de 1912.

Biblioteca Ler

Este tipo de acercamientos y construcciones de la imagen pública de Huerta se intensificaron después del golpe de estado contra Madero. Resulta sintomática la recurrencia de la figura del dictador en las primeras planas de la prensa, asistiendo a los eventos y las reuniones más nimias como kermesses e inauguraciones de cursos escolares mientras el país se debatía en una crisis profunda y una guerra civil atroz.

Este fue el caso de la kermesse organizada el 4 de julio en el Tívoli del Eliseo de la capital por la colonia norteamericana para festejar la independencia de EU. Resulta sorprendente ver a Huerta y a buena parte de su gabinete departir alegremente en una fiesta infantil en plena víspera de la toma de Ciudad Juárez por parte de las tropas de Pascual Orozco, uno de los episodios más importantes de la revolución.

Unas cuantas semanas después del famoso «Pacto de la Embajada», en el que se organizó el cruento golpe de estado contra el Presidente Madero, puede verse a Huerta departiendo con el Cónsul norteamericano Arnold Shanklin y con un pequeñín de aquél país, que posa en la imagen con su infaltable bat de beisbol. Se trata de una de las primeras fotografías de prensa en la que se construye una manipulación política de la infancia para mostrar el lado amable del dictador.

Otro caso ilustrativo al respecto es el de la «lucida» fiesta de cumpleaños celebrada en casa del hijo del general Huerta, a la que asistió una buena

parte del gabinete y que ameritó grandes espacios en los titulares de la prensa.¹⁵⁵ Entre otras imágenes dedicadas al evento, destaca una fotografía que nos muestra al General rodeado de niños y niñas. Una de las pequeñas –probablemente su nieta– lo toma cariñosamente del brazo, mientras los demás posan muy serios ante la cámara. El pie de foto es muy significativo, se titula «Interesante grupo», con la intención de utilizar la imagen inocente de la infancia para suavizar y humanizar la figura del dictador y proponerlo a la nación como un abuelo bondadoso que se daba tiempo para acariciar a sus nietos y jugar con los niños.

En contraste, el resto de la plana estaba completamente dedicado a reseñar e informar a la opinión pública de los diferentes combates que se desarrollaban a lo largo y ancho de la república, desde la rebelión de los zapatistas en Huitzilac hasta los avances de las tropas carrancistas en Durango y Monterrey. Estas «crónicas de guerra» proporcionaban al lector el contexto real de angustia e inseguridad en el que se debatía la población mayoritaria del país en contraste con las alegres fiestas de cumpleaños en que se ocupaba el mandatario.

A diferencia del caso de las campañas militares contra los zapatistas en el sur –en el que la voluntad de descalificación y estigmatización del adversario se manifestaba de una manera constante–, en el caso de los rebeldes orozquistas del norte el tratamiento de la imagen fue mucho más benigno e incluso encontramos algunos casos que intentaban rescatar el lado humano de los «alzados» y llegaban a valorar de una manera positiva sus atributos familiares, cuando se referían a jefes de alto rango o jerarquía, como era a todas luces el caso del propio Gral. Orozco.

Tal es el contexto de una imagen fotográfica aparecida el 29 de mayo de 1912 en la primera plana de *El Imparcial*, que en plena campaña contra los rebeldes, muestra a la esposa del líder insurrecto sentada sobre una silla de madera y acompañada de su hija, una pequeña de unos 8 años. Se trata de una fotografía que se asemeja a los retratos de estudio, en el que la dama porta un elegante sombrero y un hermoso vestido, mientras que la niña luce con el cabello perfectamente arreglado. La imagen contribuye en este caso a proyectar un ángulo socialmente aceptable del líder revolucionario, presentándolo como jefe de una familia con una buena condición económica.

Los intereses políticos y financieros de los grupos dirigentes no parecían estar en contradicción con Pascual Orozco y las fuerzas que representaba. Así las cosas, esta fotografía posee un valor simbólico muy importante, al contribuir a diseñar una imagen del jefe rebelde acompañado de una familia «modelo» no muy alejada de los valores a los que aspiraba la ideología de sus adversarios.

¹⁵⁵ *El Imparcial*, 7 de diciembre de 1913, p. 1.



Imagen no. 102

P. Orozco tuvo en Chihuahua una conferencia con sus oficiales.

Sra. e hija de Orozco.

El Imparcial, 29 de mayo de 1912.

Biblioteca Lerdo.

En esta atmósfera caracterizada por el control de la información periodística sobre la guerra civil que aquejaba a la nación, se produjo uno de los episodios más importantes en lo que respecta a la manipulación de la imagen infantil, el cual nos muestra hasta donde el manejo de la figura de la niñez se había convertido en un instrumento vital de la propaganda gubernamental.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, en enero de 1914, se verificó un acercamiento entre el gobierno de Japón y el de México, el cual se reflejó en la llegada al país de una comitiva oficial de la marina japonesa, con la presencia del Ministro Adatci y el Comandante Moriyama. La cobertura periodística del acontecimiento abarcó ceremonias patrióticas, como la visita a la tumba de Benito Juárez del Comandante Moriyama, así como diferentes cenas y bailes en honor de la marina nipona.¹⁵⁶

Un editorial publicado en la prensa positivista a principios de 1905 y titulado «El amor a los niños y la grandeza de los pueblos» constituye un buen termómetro para acercarse a la percepción oficial en torno a ciertos aspectos de la educación infantil japonesa. La tesis principal radicaba en la necesidad de reorientar en el país una concepción de la niñez de acuerdo con las enseñanzas de los países del norte, entre ellos Japón y los EU, los cuales habrían tenido un gran éxito en la educación cívica de su población infantil, a diferencia de otros países como México, sumido en el atraso por su tradición hispana.¹⁵⁷

¹⁵⁶ *El País y El Imparcial*, 25 al 31 de enero de 1914.

¹⁵⁷ *El Imparcial*, 12 de febrero de 1905, p. 1.

En esta coyuntura, la prensa capitalina publicó una carta de un niño japonés dirigida a sus compañeros mexicanos con la siguiente presentación «Niños de México, deteneos y escuchad un melodioso acento infantil que se ha levantado allende el Gran Océano, en aquel pueblo cuyo enorme corazón palpita con nuestras dichas y amarguras [...]». ¹⁵⁸

A mis amigos, los niños de las Escuelas Primarias de la gran república de México: muy ardientemente deseo la prosperidad de vuestro país en el porvenir. Simpatizo profundamente con las difíciles circunstancias por las que atraviesa vuestra querida patria, pero podeis estar seguros de que El Cielo siempre ayuda a la causa justa. Anhele con toda sinceridad que os esforceis por el bien de vuestro noble país. Deseando a todos salud, quedo de vosotros como el más sincero amigo. Taro Yamada, niño de las Escuelas Primarias del Imperio de Japón. ¹⁵⁹

En el mismo tono, el diario se dirigía a los infantes mexicanos y les preguntaba «¿Es verdad que os ha llegado al fondo del alma la buena y santa invocación del japoncito Yamada, niño como vosotros, y como vosotros, noble?», y terminaba la nota recordándoles que «El Cielo» siempre ayudaba a la «causa justa» y recomendándoles «inclinarse sus hermosas cabecitas» hacia Oriente, donde encontrarían ejemplos de nobleza y heroísmo. ¹⁶⁰

Una fotografía del propio ministro japonés, M. Adatci, elegantemente vestido con su traje y su sombrero de copa posando junto a una ampliación de un cartel que mostraba el contenido de la carta, reforzaba el contenido del reportaje. Los bellos signos de la escritura japonesa y los paisajes orientales que adornan la escena le proporcionaban a la composición gráfica una atmósfera de tarjeta postal que acentuaba el sentido de la propaganda.

Como resulta previsible, la «respuesta» de los niños mexicanos no se hizo esperar. Así lo celebraba el comentarista del diario positivista «Ved como los niños de una y otra nación salvan las pomposas ritualidades cancellirescas y se entienden a maravilla en su lenguaje común, el de la inocencia». ¹⁶¹ Sólo unos cuantos días bastaron para que los infantes G. de Rueda, Guillermo, Luis y Eduardo Lamonte y Carlos M. del Río respondieran a su nuevo amiguito en los siguientes términos:

Noble y querido niño: Tus palabras de simpatía en nuestras tristes circunstancias nos han conmovido y consolado, y creemos como tú que El Cielo nos ayudará y nos dará la paz que tanto necesitamos. Haremos esfuerzos por el

¹⁵⁸ *Ibidem*, 25 de enero de 1914, p. 1.

¹⁵⁹ *Ibidem*.

¹⁶⁰ *Ibidem*.

¹⁶¹ *Ibidem*, 29 de enero de 1914, p. 1.

bien de nuestra querida patria, como tú dices, imitando a ustedes, que son tan grandes patriotas. Quisiéramos todos tener tu retrato como recuerdo y simpatía de tu hermosa acción para con nosotros.¹⁶²

En la fotografía que acompaña el texto puede verse a tres niños de unos 10 años de edad, vestidos de marineros, en forma muy apropiada para la ocasión. Se muestran muy serios, como respondiendo a la solemnidad del episodio, mirando muy atentamente a la cámara. En la parte posterior de la imagen puede verse la carta con la caligrafía original y las firmas de los pequeños, lo que pretende darle mayor veracidad al hecho y le confiere una carga testimonial muy importante, en cierto modo similar a la de los primeros anuncios de la publicidad médica analizados en capítulos anteriores.

Como en muy pocas imágenes, esta fotografía nos remite al aprendizaje visual y a la educación de la mirada implícita en la composición gráfica. Fotografías y rúbricas infantiles se entrelazan para darle al conjunto un aspecto de documento que aporta un sentido propagandístico al texto, al tiempo que reiteran la importancia simbólica de los apellidos provenientes de las elites porfirianas.



Imagen no. 103

Un melodioso clamor infantil nos llega del Japón.

El Imparcial, 25 de enero de 1914.

Biblioteca Lerdo.

¹⁶² *Ibidem.*



Imagen no. 104

Ha producido un Eco Simpático el cariñoso acento del niño Yamada. *El Imparcial*, 29 de enero de 1914. Biblioteca Lerdo.

Las campañas militares contra los rebeldes desarrollaron una estrategia gráfica que comparte algunos elementos con los casos anteriores. El principio del modelo radicaba en transmitir al lector una idea del poderío de los ejércitos federales, proporcionando información en torno al número de soldados y el apoyo material y bélico con que contaban las unidades, al tiempo que se destacaban rasgos humanitarios de los jefes y dirigentes a través de imágenes concretas para reforzar la idea de que el gobierno era portador no sólo de una superioridad bélica evidente, sino, sobre todo, ética y moral.

Por lo que toca a la campaña contra el zapatismo, un ejemplo muy significativo puede verse en el reportaje publicado el 6 de junio de 1913, el cual informaba acerca de la llegada a Cuernavaca del general Rasgado con una «poderosa columna que batirá a los rebeldes surianos».¹⁶³

La composición gráfica consta de tres fotograbados, de los cuales, dos muestran al lector el poderío de las columnas federales y su correspondiente armamento, mientras que en el tercero aparece el general Rasgado cargando cariñosamente a su hijo y dándole un tierno beso en la mejilla, rasgo que lo muestra ante los lectores como un padre de familia afable y bondadoso, que se ha visto obligado a desprenderse de su familia para defender a la república y sus instituciones contra lo que en el texto se denomina como las «hordas zapatistas», comandadas por su jefe, el «Atila» del sur.

En otro caso típico del manejo de este tipo de imágenes, correspondiente a la campaña militar contra los rebeldes orozquistas en el otro extremo del

¹⁶³ *Ibidem*, 6 de junio de 1913, p. 1.

país, una nota informa que había salido para el norte un poderoso ejército al mando del general Rubio Navarrete, el cual llevaba 5 millones de cartuchos y 30 mil granadas.¹⁶⁴

La composición gráfica con varios fotograbados ilustra al lector acerca de la fortaleza bélica de las columnas militares, mientras una de las fotos destaca la imagen del general Rubio Navarrete cargando a su pequeña hija. El pie de la imagen refuerza la idea del padre responsable con el título «Una despedida cariñosa».



Imagen no. 105
Una despedida cariñosa.
El Imparcial, 17 de junio de 1913.
Biblioteca Lerdo.

La estigmatización del adversario

Uno de los espacios más destacados para analizar esta estrategia oficial de estigmatización de los adversarios políticos llevada a cabo por la prensa positivista es el que se refiere a la campaña militar contra los zapatistas.

Una primera etapa, ejecutada todavía bajo la administración maderista en los primeros meses de 1912, se esforzaba por mostrar imágenes de pueblos del estado de Morelos, «concentrados» por las autoridades en determinados lugares controlados por el ejército, las cuales mostraban a comunidades enteras de la zona que vivían en el área de influencia de la guerrilla y que estaban ahora bajo control de las autoridades federales.

Destacan algunas imágenes de pueblos desplazados de su lugar de origen, ubicados en el epicentro de la rebelión zapatista y concentrados en pequeñas ciudades como Jojutla y Cuernavaca. Como una situación excepcional,

¹⁶⁴ *Ibidem*, 17 de junio de 1913, p. 1.

contamos con el testimonio del propio reportero, que explica a los lectores la finalidad de la publicación de estas imágenes:

Como complemento de mis informaciones telegráficas, envió unas fotografías que representan escenas de la campaña. En ellas se ve a los habitantes del pueblo de Santa Catarina que se han concentrado en Cuernavaca por orden de la Superioridad y los vecinos de Tepoztlán, a los que se ordenó lo mismo.¹⁶⁵

Las fotografías captadas como «complemento» por el periodista constituyen documentos de una gran relevancia. En general muestran a mujeres campesinas de rasgos indígenas acompañadas de niños de todas las edades. Se trataba de una serie de imágenes que retrataban en realidad a la pobreza, y que permitían al lector urbano descubrir por primera vez a los grupos campesinos que servían de apoyo a las guerrillas sureñas.

Estas imágenes mostraban en todo momento la presencia de oficiales controlando la situación. El resultado final era ambiguo y desconcertante, en la medida en que se permitía cotejar de esta manera a un público acostumbrado a la crónica criminal «lombrosiana» que hablaba de los zapatistas en términos de una serie de «huestes depravadas» con personajes reales de carne y hueso, que mostraban y difundían la conocida cara de la miseria y sus dramas cotidianos, representados por estas mujeres de rasgos tristes y dolientes y sus hijos desnutridos.¹⁶⁶

Las tensiones y ambigüedades entre texto e imagen se plantean de una manera más clara en los reportajes gráficos que se refieren de una manera directa a los rebeldes zapatistas. Este es el caso de los siguientes trabajos periodísticos, en los que se describe la labor de espionaje del grupo guerrillero en la ciudad de México. La primera nota informa de los ataques de los zapatistas a una guarnición federal en el Ajusco, a mediados de septiembre de 1912, y la forma en que las tropas leales al gobierno, comandadas por el Mayor Acosta, dispersaron a los insurrectos, que eran tildados de «salvajes», «ignorantes» y «bárbaros», siguiendo la lógica y la terminología prevaleciente en estos casos.¹⁶⁷

La imagen fotográfica que ilustra la nota se titula «Un prisionero zapatista» y muestra a un muchacho de unos doce años que mira un poco asustado a la cámara. Va vestido de pantalón y camisa de manta y se acomoda su sombrero de palma con la mano izquierda, mientras es detenido por un soldado de mirada adusta, que también observa fijamente al fotógrafo.

¹⁶⁵ *Ibidem*, 12 de marzo de 1912, p. 1.

¹⁶⁶ *Ibidem*, 21 de febrero, p. 1 y 12 de marzo de 1912, p. 1.

¹⁶⁷ *Ibidem*, 18 de septiembre de 1912, p. 1.



Imagen no. 106
La guarnición de Ajusco atacada
por los zapatistas.
El Imparcial, 18 de septiembre
de 1912.
Biblioteca Lerdo.

La segunda nota se refiere a la captura de unas «espías» zapatistas en el Estado de Morelos, entre las que figuraba nada menos que la suegra de Emiliano Zapata.¹⁶⁸ La fotografía que da sentido al reportaje se titula «La familia de Zapata», y muestra a dos mujeres campesinas de rasgos indígenas con su rebozo, una de las cuales carga un bebé de meses que se lleva el dedo a la boca. A un lado aparece un acercamiento al rostro de una tercera mujer, probablemente la suegra en cuestión, que también porta el típico rebozo y mira fijamente a la cámara.

La carga ideológica de estas dos imágenes se orientaba a reforzar los prejuicios evolucionistas de la época, que asociaban a los grupos indígenas con una peso negativo, potencialmente subversivo o peligroso. La manipulación es particularmente evidente en la segunda imagen con el acercamiento al rostro de la suegra del líder guerrillero, mecanismo que incrementaba notablemente la dureza de sus facciones. La imagen del pequeño aparece ligada a este mundo femenino, formando una sola figura con su madre, que lo arropa en su rebozo.

Como todo código culturalmente construido, estas imágenes sugieren la posibilidad de varias interpretaciones. En este caso hemos privilegiado la lectura que toma en cuenta la orientación ideológica del medio en el que aparecen las fotografías, dirigidas a lectores urbanos permeados por la carga evolucionista ya mencionada. Sin embargo, cabe aquí también la posibilidad de una interpretación distinta, en la que intervienen otro tipo de condiciones

¹⁶⁸ *Ibidem*, 14 de julio de 1913, p. 1.

de recepción de la imagen, como podría ser el caso de otro tipo de lectores, con mayor distancia del régimen, que podrían ver en estos rostros de mujeres la conocida cara de la miseria, sin ninguna marca estigmatizante.¹⁶⁹



Imagen no. 107

La suegra de Emiliano Zapata hace un relato de sus impresiones.

El Imparcial, 14 se julio de 1913.

Biblioteca Lerdo.

A manera de complemento de este caso, cabe referirse a una de las revistas ilustradas más destacadas de principios de siglo, «La Semana Ilustrada», que publicó una sugerente fotografía de todo el grupo de mujeres bajo el título bastante significativo de «Por la supresión del zapatismo».¹⁷⁰

La imagen capta de frente a todo el grupo de mujeres zapatistas rodeadas por algunos soldados y oficiales y por un funcionario con traje de levita y sombrero. En general ellas lucen acongojadas, recelosas y desconfiadas, mirando de reojo a los militares, que se limitan a posar muy serios frente a la cámara. Destaca al centro la figura sencilla de una anciana, probablemente la suegra de Zapata, que mira de frente al fotógrafo, desafiante y sin temor alguno. Los dos pequeños que aparecen en la fotografía junto a sus respectivas madres sólo adquieren sentido gravitando en la órbita de este poderoso universo femenino.

¹⁶⁹ «El contenido de una foto de prensa no es nunca explícito sino latente, no es tampoco visual ni evidente, sino conceptual y problemático. El contenido de una foto de prensa tampoco es obvio sino que se interpreta a través de unidades culturales que están fuera de la imagen e incluso del periódico y que pertenecen al contexto o visión del mundo». Vilches, *op. cit.*, p. 84.

¹⁷⁰ *La Semana Ilustrada*, 15 de julio de 1913, p. 9.

El cuadro general remite al lector al triunfo de las fuerzas del orden y a la exaltación del proyecto civilizatorio del régimen como única vía legítima frente a sus adversarios, cuya supresión se exige a través del título. La imagen reafirma la postura y el mensaje ideológico del propio gobierno respecto de su odiado y peligroso enemigo, representado por estas mujeres, exhibidas como piezas de un trofeo de cacería mayor.



Imagen no. 108

Por la supresión del zapatismo.

La Semana Ilustrada, 15 de julio de 1913, p. 8.

Biblioteca Lerdo.

No sólo a través de la fotografía se desarrolló esta estrategia que buscaba la estigmatización del adversario, sino que ésta se extendió al uso de otras imágenes como los dibujos de las historietas de los llamados «comics», incorporados a los suplementos de la prensa gráfica desde principios del siglo XX.

Una popular serie de la época, titulada «Las aventuras de Canijo y de Melindres», narraba a los lectores las travesuras y las anécdotas de dos niños vestidos pulcramente con sus trajecitos y sus gorras a la moda. Casualmente, durante el mes de octubre de 1913, cuando la campaña gubernamental antiguerrillera adquiría una mayor intensidad en el sur de la república, Canijo y su compañero Melindres vivieron toda una aventura al toparse con una columna de zapatistas en el sur de la capital.¹⁷¹

¹⁷¹ *El Imparcial*, 24 al 30 de octubre de 1913.

Los dos niños caminaban distraídamente por el rumbo de Tlalpan, cuando se toparon súbitamente con dos «servidores de Atila», con caras «feroces», grandes sombreros y portando sus cananas. Los zapatistas presentaban la típica fisonomía lombrosiana: «hombres de cara patibularia con grandes cicatrices en la frente». De inmediato, los guerrilleros los atan y los montan sobre un caballo para llevarlos nada menos que al cuartel general del caudillo del sur: «En el interior estaba Zapata con sus enormes bigotes, su espalda y sus pistolas. Por todas partes, bombas de dinamita, barriles con otros explosivos, machetes, carabinas, etc.»¹⁷²

La escenografía del lugar inspiraba temor en los lectores potenciales del cartón, fueran niños o adultos. Se mostraban una serie de cráneos humanos cortados a la mitad y regados por todas partes, los cuales eran utilizados por el propio general y sus soldados como vasijas para beber. Los pequeños presencian la manera en la que Zapata ordena a sus soldados que ejecuten una serie de crueles castigos sobre los prisioneros de guerra que mantiene bajo su poder: que los quemen vivos, que les corten la lengua, que les saquen los ojos o que los decapiten. Finalmente, y como resulta previsible, los dos pequeñuelos son rescatados por las tropas federales que persiguen a los zapatistas y regresan a los niños sanos y salvos a su hogar.

La historia de todo el episodio resulta muy aleccionadora, en la medida en que nos muestra la percepción de los sectores urbanos medio y alto en torno a la guerrilla zapatista, tomando como punto de referencia narrativo la mirada infantil de dos niños pertenecientes a la clase media. A lo largo de toda la aventura, cuya publicación diaria se extendió durante una semana, los dibujos resultaban muy elocuentes y participaban explícitamente de este proceso de descalificación desarrollado de manera transparente en los textos y los diálogos de los personajes.

El cuadro más significativo es el que representa al propio Zapata y que muestra al líder campesino sentado sobre una especie de trono, construido en plena sierra. Curiosamente, presenta unos larguísimos bigotes estilo tártaro que le imprimen un carácter oriental, alejado del patrón civilizatorio occidental y rodeado de todo un universo de muerte y destrucción, representado por bombas, cráneos humanos y cajas de dinamita, con lo cual proyecta un estereotipo más cercano a la figura de los anarquistas urbanos difundidos por la prensa capitalina de finales del siglo XIX, que a la de una guerrilla rural campesina del mismo período.¹⁷³

¹⁷² *Ibidem*, 25 de octubre de 1913, p. 4.

¹⁷³ Al respecto, véanse los reportajes gráficos capitalinos correspondientes a la ola de atentados anarquistas en Europa. *El Universal*, mayo a julio de 1992. Del Castillo, 1998, pp. 165-9.

• Heroes y traidores

La participación de los niños en la revolución mexicana ha comenzado a ser analizada desde una perspectiva histórica en los años recientes. En particular, se ha puesto el acento en la incorporación de los niños en el ejército villista, destacando el enorme porcentaje de menores que participaron en distintas labores en la famosa División del Norte y su desempeño como adultos en los campos de batalla. Esta percepción no infantil era compartida por sus enemigos y adversarios, que les aplicaron las mismas medidas y castigos –incluida la pena de muerte– que les hubieran correspondido si hubiesen sido mayores de edad:¹⁷⁴

Por lo general, aquellos «muchachitos», con edades de entre siete y doce años, ya podían participar en la actividad bélica, aunque no necesariamente en el combate. Eran ellos, por ejemplo, quienes se encargaban de ejecutar la diana militar y el redoble de tambores. También auxiliaban regularmente como aguadores, caballerangos, mensajeros y centinelas, llegando incluso a cumplir labores de espionaje. A partir de los doce años, un niño dejaba de ser considerado como tal: asumía grados militares, combatía hombro con hombro con los adultos y podía ser fusilado si caía en manos enemigas: oficios de la guerra.¹⁷⁵

Por lo que toca a su representación a través de la fotografía, cabe resaltar un tipo de imagen muy importante, que representa al niño como protagonista de la revolución. Ya no se trata del ritual cívico y patriótico tantas veces repetido en las escuelas, ni de las típicas representaciones teatrales de niños artilleros realizando maniobras militares. Por el contrario, la realidad misma se había impuesto y los lectores podían observar la participación directa de los niños en la guerra civil, tanto del lado de los ejércitos federales como de las tropas insurrectas.

Sin editoriales que reflexionaran o polemizaran al respecto, la labor de estas imágenes se inclinaba por lo general a reforzar con un tono apologético la participación de estos infantes en las acciones bélicas.

En algunas ocasiones, los pequeños participan como una especie de extensión de los adultos. Este es el caso de un reportaje publicado en julio de 1912, que narra los graves enfrentamientos entre federales y revolucionarios en el pueblo de Ixtepeji, Oaxaca, en los que resultó muerto el jefe de la tropa gubernamental, el Teniente Coronel Parres.¹⁷⁶

El pie de la foto define en este caso la lectura de la imagen: «Tte. Cor. E. Parres, llevando en ancas a «el guachi», hijo del batallón». La fotografía, to-

¹⁷⁴ Alcubierre y Carreño, 1996.

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 209.

¹⁷⁶ *El Imparcial*, 16 de julio de 1912, p. 1.

mada de lado, nos muestra a un pequeño de unos 10 años, armado con sus cananas que le cruzan el pecho, montado en las ancas de un caballo, justo detrás de su padre, volteando a ver la cámara, mientras algunos soldados observan la escena en la parte posterior. A un lado aparece el dibujo de un niño campesino con huaraches y sombrero cargando orgullosamente su rifle, lo cual refuerza el protagonismo del infante.

Sin ningún comentario en el texto que pudiera esclarecer el sentido de esta imagen, podemos señalar que la fotografía adquiere aquí el significado de un homenaje al comandante muerto en la trinchera y a su sentido de responsabilidad cívica, que lo llevó a incorporar a la lucha nada menos que a su propio hijo, un menor de edad. Tanto el pie de la foto como el dibujo que la acompaña enfatizan la presencia del pequeño, cuya figura es presentada en términos muy positivos. Este planteamiento resulta muy importante, pues constituye la clave para aproximarse a la lectura de la imagen. El dibujo del pequeño representa en este sentido el *punctum* que guía la mirada del posible lector.

Imagen no. 109

Como fue el ataque de los serranos.
Tte. Cor. E. Parres, llevando en ancas a
«el guachi»-hijo del batallón.
El Imparcial, 16 de julio de 1912.
Biblioteca Lerdo.



Muy distinto es el caso del reportaje titulado «Un niño que sabe combatir como veterano», en el que la apología comenzaba por el propio texto, que exaltaba la valentía y el patriotismo de Andrés López, un niño juchiteco de 12 años de edad, que se había incorporado a un cuerpo de voluntarios de la comarca oaxaqueña para pelear contra los bandoleros «alzados» y apoyar a la tropa federal. El «niño guerrero» era presentado por la prensa como un «símbolo», ya que había probado que su sangre era de «héroes» y que su corazón infantil «no conocía el miedo».¹⁷⁷

¹⁷⁷ *Ibidem*, 5 de diciembre de 1913, p. 1.

En un plan testimonial, el muchacho confesaba que ya había matado a un hombre, pero que «nunca había sentido miedo, sino cólera y siempre había procurado disparar su carabina donde hacía blanco».¹⁷⁸ Lo que en el contexto de la paz porfiriana hubiese sido acremente criticado por contravenir el modelo inocente de niñez construido desde la prensa y los *magazines* ilustrados, en el nuevo contexto bélico podía ser aceptado y hasta reivindicado.¹⁷⁹

La fotografía mostraba la imagen de un niño con rasgos indígenas, vestido elegantemente con traje, chaleco y corbata. A un lado aparecía dibujado un rifle, una gorra y dos balas. En el texto se destacaban las hazañas militares, pero la imagen subrayaba su condición de civil. Con su traje se asemeja más a un niño a punto de recibir una condecoración académica y la cuestión militar sólo era mencionada en el pie de la foto, que se titulaba: «Andrés López. El niño guerrero».¹⁸⁰

Uno de los casos más significativos es el que se refería una fotografía que llevaba por título «niño revolucionario de 8 años de edad». El contexto lo proporcionaba una entrevista del corresponsal de guerra José Soriano con el rebelde revolucionario Pascual Orozco a bordo de un vagón militar, cerca de la ciudad de Chihuahua.

La composición fotográfica estaba integrada por varias imágenes correspondientes a las tropas orozquistas. Entre todas, destacaba la del niño de 8 años, que mostraba a un pequeño con su rifle y su canana de municiones cruzándole el pecho, con su sombrero y una expresión marcial de orgullo. A un lado, el dibujo del mismo niño portando su rifle en actitud de gran fiereza complementaba el mensaje. El grabado y la fotografía conformaban una unidad visual con coherencia y armonía. Lejos de plantear una crítica al uso de niños por parte del ejército rebelde, de lo que se trataba aquí era de difundir el arquetipo del niño «revolucionario» que arriesgaba la vida y peleaba con la misma valentía que los adultos.

Paradójicamente, en la imagen se mostraba a un infante que pertenecía a las tropas rebeldes que combatían en esos momentos al gobierno. Al igual que en el caso de la fotografía de la esposa de Orozco analizada anteriormente, nos encontramos ante un ejemplo que evidencia el trato diferenciado que ameritó la rebelión orozquista por parte de la prensa y su lenguaje gráfico, a diferencia de otros alzamientos brutalmente estigmatizados, como el ya mencionado de los zapatistas. Todo ello enfatiza el encuadre político desde el que debe realizarse la interpretación de estas imágenes.

Para concluir, conviene destacar otro tipo de representaciones que durante la gesta revolucionaria tuvieron un notable éxito comercial, tanto en México

¹⁷⁸ *Ibidem.*

¹⁷⁹ *Ibidem.*

¹⁸⁰ *Ibidem.*



Imagen no. 110
P. Orozco, el eterno silencioso, habló al fin.
Niño revolucionario de 8 años de edad.
El Imparcial, 17 de mayo de 1912.
Biblioteca Lerdo.

como en los Estados Unidos. Se trata de la tarjeta postal con motivos y escenas de la revolución mexicana, la cual permite asomarse al mundo de las actitudes y los comportamientos de los usuarios de estas imágenes, así como al tipo de representación de lo mexicano que se quería proyectar en los Estados Unidos.¹⁸¹

Por lo que respecta al tema de la niñez, las tarjetas refuerzan la tesis de que los infantes eran vistos en el campo de batalla como adultos, compartiendo con ellos responsabilidades y riesgos. Este es el mensaje que puede leerse en la siguiente postal, cuyo título señala: «Macedonio Manzano, de 15 años



Imagen no. 111
Macedonio Manzano, 1913.
Tarjeta postal.
Colección John Hardman.

¹⁸¹ Vanderwood y Samponaro, 1993.

de edad, combatió con los defensores de Matamoros contra los constitucionalistas en 1915. Perdió su bando, por lo que Manzano fue ejecutado junto con otros prisioneros».

La reflexión sobre la condición infantil y las implicaciones morales y éticas de su participación en un conflicto de naturaleza bélica prácticamente no existía. Por el contrario, se subordinaba en estos reportajes a la lógica política. Lo único relevante era la adscripción del pequeño al ejército gobiernista o a tal o cual fuerza rebelde. Dependiendo de la tendencia ideológica del órgano informativo en cuestión, dicha adscripción era caracterizada con un signo positivo o negativo.

En términos generales, la prensa y las revistas ilustradas acostumbraron poco a poco al público lector a visualizar la participación infantil en los ejercicios y maniobras militares como algo normal o cotidiano, que no escandalizaba a nadie. Por todo lo anterior, esta galería revolucionaria implicaría un retroceso en relación con la construcción de un concepto moderno de infancia analizado en el resto de las imágenes, toda vez que los niños que desfilan por estas fotografías son representados como adultos pequeños, impulsados por los mismos intereses y asumiendo los mismos riesgos que sus mayores.

CONCLUSIONES

A lo largo de este texto, he analizado la construcción de un cierto concepto de infancia entre diversos grupos de profesionistas y científicos y las implicaciones que tuvo su difusión en México durante el período del Porfiriato. Al mismo tiempo, he revisado la producción de diferentes tipos de imágenes y representaciones de la infancia por parte de libros de corte científico, prensa gráfica y revistas y *magazines* de la época. Un balance general de esta labor me ha llevado a plantear una serie de problemas que expondré a continuación.

El debate y la polémica entre los historiadores que han estudiado el surgimiento de una visión moderna de la niñez se han ampliado notablemente desde las contribuciones pioneras de Philippe Ariés en la década de los sesenta del siglo pasado. Para algunos autores, el concepto moderno de niñez tuvo su auge y clímax en Occidente entre los años 1850 y 1950, y en la segunda mitad del siglo XX comenzó a declinar, llegando incluso casi a desaparecer. Los planes y proyectos legislativos de algunos países occidentales por ampliar los rangos de edad para responsabilidades penales e incluir la figura del homicida infantil formarían parte de este significativo proceso. A finales del siglo XIX la discusión se orientaba a la creación de tribunales y correccionales especiales para los menores de edad. Sin embargo, un siglo después, el proceso parece estarse invirtiendo.¹

La lectura de las imágenes y representaciones de la niñez a partir de la mirada especializada y la divulgadora se encuentra atravesada por una serie de rupturas y continuidades en las que vale la pena detenerse. La dirección y el tránsito de estas lecturas avanzó en términos generales de una homogeneidad a una heterogeneidad, en la medida en que los implícitos culturales y académicos que subyacían en la mirada clínica, compartidos en mayor o menor grado por los médicos y sus lectores, se fueron diluyendo y fragmentando en la mirada periodística, en la cual el enfoque comercial y noticioso se impuso y la cantidad y calidad de lectores se diversificó, con lo que las interpretaciones de las fotografías se ampliaron en forma sustancial.

La alianza y complementariedad entre ambas miradas puede observarse en la construcción de un imaginario colectivo basado en las ideas y plantea-

¹ Fass y Mason, 2000, pp. 117-24.

mientos fisiognómicos y frenológicos en la segunda mitad del siglo XIX. La difusión de notas y reportajes policíacos y de otra índole en las páginas de la prensa retomó las ideas y planteamientos de círculos científicos y académicos más o menos restringidos y los difundió entre sectores sociales mucho más vastos y heterogéneos.

La fisiognomía constituye un saber de una larga tradición en Occidente, que se remonta a la obra de Aristóteles. Dicha disciplina planteaba que el lenguaje de la naturaleza estaba inscrito en el rostro del ser humano y como tal era susceptible de leerse y descifrarse. La frenología, por su parte, compartía estos planteamientos e insistía en la localización gráfica de algunas facultades mentales en determinadas áreas del cerebro.² Ambas disciplinas cobraron un gran auge en Europa y Norteamérica a mediados del siglo XIX, cuando Lavater y Gall actualizaron sus bases científicas, incorporando principios matemáticos y cierta documentación empírica.

El gran salto en la difusión de este tipo de ideas se produjo cuando la prensa retomó estos planteamientos y divulgó diversas notas y reportajes acompañados de grabados e ilustraciones gráficas y fotográficas. Este proceso resultó de vital importancia, ya que sólo hasta la segunda mitad del siglo XIX se pudo construir un imaginario colectivo eficaz que rebasó los límites y las restricciones de los especialistas y comenzó a abarcar a sectores sociales cada vez más amplios.

La consolidación y difusión de una serie de saberes y disciplinas modernas, entre las que destacan la pediatría, la pedagogía, la antropometría y la psicología infantil –así como su utilización por parte del Estado mexicano a partir de una red de dispositivos institucionales, como el hospital y la escuela– construyeron las bases para reforzar una nueva conceptualización sobre la infancia, que se venía gestando en el país desde finales del siglo XVIII.

Esta labor implicó la profesionalización y la formación académica de algunos especialistas, entre los que destacaron los médicos y los pedagogos, que gradualmente fueron reflexionando sobre esta etapa y acotaron su objeto de estudio a nuevos referentes científicos.

El surgimiento de la figura del médico escolar y su difusión en el dispositivo institucional del Porfiriato formó parte de un proceso de medicalización de la población que, entre otras cosas, contribuyó a consolidar las bases de un espacio público como uno de los puntos medulares de reflexión en torno a los problemas de la infancia a principios del siglo XX.

La presencia y legitimación del médico escolar al lado de otras figuras relevantes, como la del maestro, incorporarían una mirada higienizadora moderna que se plantearía varias hipótesis para explorar los problemas de los escolares. Estas cuestiones se referían a las causas del atraso escolar y las

² Gilman, 1996.

deserciones, a la forma de evaluar el desarrollo intelectual y afectivo, y a las distintas maneras de pensar en torno a las enfermedades y a las formas de crianza, entre otros importantes procesos.

Esta mirada situó por primera vez en la historia del México Independiente a la etapa de la infancia en el horizonte político-cultural de las prioridades del Estado, vinculando a los niños con algunos problemas centrales para la joven nación, como el de las discusiones médicas acerca de los elevados índices de mortandad infantil y el debate científico en torno a la «degeneración» de la «raza» mexicana.

No se trata de que dichos problemas no existieran en períodos anteriores. Lo que se ha enfatizado es su formulación como problemas de primer orden por parte del Estado. En el caso de la mortandad infantil, cabe destacar la participación del Consejo Superior de Salubridad en la elaboración de estadísticas, aunque incipientes, con un cierto rigor y continuidad, respecto a la ciudad de México a finales del siglo XIX; y, por lo que respecta a la cuestión de la «degeneración» de la «raza» mexicana, hemos hecho mención de la atmósfera intelectual predominante en el período, con una fuerte carga evolucionista. Lo que habría que subrayar es el hecho de que, a pesar de esta carga, los pedagogos y médicos porfirianos no cayeron en un determinismo racial, sino que encontraron el terreno adecuado para plantear la posible superación de este tipo de problemas en el campo de la educación.

La mirada médica hizo visibles, a través de los métodos de la exploración clínica, diversos signos y síntomas del cuerpo infantil que fueron susceptibles de ser reconocidos como elementos exclusivos de la etapa de la infancia a partir de esta construcción conceptual. El uso más importante de la fotografía por parte de los médicos en este período fue el de hacer visible la enfermedad y probar de manera documental los diagnósticos clínicos. Al respecto, resulta significativa la siguiente cita de la historiadora de la medicina Louise Todd Ambler:

In the nineteenth century, visual inspection by the pathologist's naked eye of the organs of the dead inner body and microscopic scrutiny of those tissues showed objective signs of disease. Subsequently, the doctor's physical examination of the living outer body by looking (inspection), listening (auscultation), and touching (palpation) revealed objective physical signs, such as, pallor, heart murmurs, and organ enlargement, that correlated with pathologic signs.³

³ Ambler, 1989, pp. 72-3. «En el siglo XIX, la inspección del patólogo a simple vista de los órganos del cadáver y el escrutinio microscópico de los tejidos mostraban signos objetivos de enfermedad. Más adelante, el examen físico del médico del cuerpo viviente por medio de la vista (inspección visual), el oído (auscultación) y el tacto (palpación) revelaba signos físicos tales como la palidez, soplos cardíacos y agrandamiento de órganos que se correlacionaban con los signos patológicos».

En todos los procesos destacados por Ambler, el «acto de ver» era lo que sustentaba la construcción de este saber médico. Sus pilares epistemológicos fueron las premisas positivistas y evolucionistas mensurables, supuestamente objetivas y pretendidamente exactas.

Los médicos reconstruyeron y recodificaron los cuerpos infantiles, dotándolos de nuevos contenidos y significados. En cambio, la mirada de los pedagogos se encargó de configurarles una psique diseñada de acuerdo con los parámetros fisiológicos y evolucionistas predominantes en la segunda mitad del siglo XIX. Estos saberes y técnicas científicos, con sus dos vertientes -la médica y la pedagógica- formaban parte de la sistematización del conocimiento ya mencionada, que observamos organizada alrededor de la necesidad de mirar «hacia adentro» y de hacer «visible lo invisible». Por todo ello, el acto de ver estaba implícito en toda su construcción epistemológica.

Estas miradas contaron con un instrumento preciso y confiable para la demostración de sus fines -producto de la revolución tecnológica de la época- la fotografía, que desempeñó un papel fundamental en este proceso, al difundir una serie de imágenes y representaciones que correspondían a la visión del mundo impulsada y recreada por estos profesionistas.

El surgimiento de la imagen fotográfica marcó un momento central en la transformación de la representación de la realidad, en la medida en que pretendía su reproducción exacta y objetiva, de acuerdo con los parámetros realistas vigentes en el período. La fotografía era considerada en la época como una prueba testimonial en sí misma, e iba acompañada de la aureola de prestigio que le confería el desarrollo de la ciencia en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX.

La fotografía difundió así una serie de contenidos con formas y significados más o menos homogéneos y que orientaron en primera instancia a este grupo de especialistas dotándolos de una cierta identidad, con un imaginario visual compartido. Desde la perspectiva positivista predominante en la época, este tipo de fotografías cumplían de manera cabal con el sueño ilustrado de acceder a un idioma universal. En este sentido, estas imágenes se ligaban al lenguaje abstracto de las matemáticas y pretendían reducir la naturaleza humana a su esencia geométrica.⁴

La función de la fotografía fue la de ejemplificar e ilustrar los planteamientos de los médicos y los pedagogos. El espacio de difusión más importante de este tipo de imágenes está representado por el libro científico ilustrado, dirigido a sectores más o menos especializados, que compartían las tesis y los planteamientos de los autores sobre los problemas y características de la infancia. Los especialistas utilizaron otros espacios de divulgación, como los congresos y las exposiciones nacionales e internacionales, en los que el públi-

⁴ Sekula, *op. cit.*, pp.17-32.

co era un poco más heterogéneo, pero la lectura de las fotografías estaba igualmente subordinada a las tesis centrales de las autoridades científicas o de los expositores en cuestión. Lo anterior marca una pauta de lectura e interpretación de estas imágenes con límites claros y definidos, que corresponden con los planteamientos y argumentos inscritos en los discursos médicos correspondientes.

La estrategia médica-pedagógica de fin de siglo incorporó el género de los *retratos de estudio* y las *tarjetas de visita* familiares lo mismo que la fotografía de cárceles y gabinetes antropométricos. El uso de este tipo de fotografías por parte de los especialistas estuvo dirigida a la comunidad de lectores antes mencionada. Este contexto institucional ha sido estudiado por el historiador John Tagg, quien plantea la relación de las imágenes con los escenarios y relaciones de poder en los siguientes términos:

A vast and repetitive archive of images is accumulated in which the smallest deviations may be noted, classified and filed. The format varies hardly at all. There are bodies and spaces. The bodies -workers, vagrants, criminals, patients, the insane, the poor, the colonised races- are taken one by one: isolated into an unreturnable gaze; illuminated, focused, measured, numbered and named; forced to yield to the minutest scrutiny of gestures and features. Each device is the trace of a worldless power, replicated in countless images, whenever the photographer prepares an exposure, in police, cell, prison, mission house, hospital, asylum or school.⁵

Este «archivo» de imágenes descrito por el autor corresponde a la serie de fotografías desplegada por esta mirada médica en el Porfiriato. La meta principal del nuevo discurso gráfico -en el que convivieron en una primera etapa grabados y fotografías- fue la de ilustrar y ejemplificar algunas de las nuevas ideas científicas acerca de la niñez, así como de dotar, al sector de especialistas, de una legitimidad en su lucha contra otros sectores y grupos por el control de la salud y educación de los infantes.

La fotografía respondió a estos objetivos y cumplió cabalmente con las expectativas depositadas en su uso. Lo anterior no significa que no existieran

⁵ «Se acumula un archivo vasto y repetitivo de imágenes en el que las más pequeñas diferencias se pueden anotar, clasificar y archivar. El formato casi no varía. Hay cuerpos y espacios. Los cuerpos -de trabajadores, vagos, criminales, pacientes, locos, pobres, razas colonizadas- se toman uno por uno: están aislados en una mirada sin correspondencia, iluminados, enfocados, medidos, numerados y nombrados, y forzados a ceder ante el escrutinio más minucioso de gestos y facciones. Cada dispositivo es el indicio de un mundo carente de poder, replicado en incontables imágenes cada vez que el fotógrafo prepara una exposición, en la policía, la celda, la prisión, la misión, el hospital, el asilo o la escuela». Tagg, *op. cit.*, p. 64.

resistencias al cambio por parte de importantes sectores y grupos sociales, como en el caso de los padres de familia que se oponían a la inspección médica en las escuelas y la intromisión del fotógrafo en las mismas. Sin embargo, el proyecto médico terminó imponiéndose y las inspecciones aumentaron gradualmente en las postrimerías del Porfiriato, contando para ello con las imágenes fotográficas como una constancia documental de la modernidad del régimen.

En las últimas décadas del siglo XIX y a principios del XX tuvo lugar un proceso tecnológico fundamental que enriqueció y diversificó las nuevas posturas y reflexiones sobre la infancia: la evolución de la fotografía, que con todo su prestigio comenzó a ocupar un espacio cada vez más importante en las páginas de la prensa, a la par que renovó drásticamente sus formatos y contenidos, y alcanzó a un público mucho más amplio y heterogéneo con los nuevos tirajes de varias decenas de miles de ejemplares.

Esta mirada compartió las preocupaciones de las élites de profesionistas en torno a la infancia, pero estuvo supeditada a una lógica mercantil y noticiosa bastante diferente, lo mismo que a una serie de intereses políticos que resultaron de una gran importancia, tanto para la difusión de una serie de imágenes y representaciones de los infantes, como para la lectura de ambas por parte del público destinatario.

La fotografía ligada a la prensa difundió una enorme diversidad de representaciones de la infancia. La lectura e interpretación de estas imágenes es muy compleja, en la medida en que se encuentran atravesadas por intereses múltiples, que van desde las filiaciones comerciales e ideológicas de los diarios hasta las diversas posibilidades de recepción y circulación entre los usuarios y lectores.

Si en el caso de los médicos y pedagogos señalábamos la existencia de un código más o menos homogéneo de interpretación -construido a partir de los argumentos conceptuales de la propia comunidad científica-, en el caso de la prensa este vínculo se fragmentó para dar lugar a diversas posibilidades que competían tanto a los grupos de poder que estaban detrás de la producción de la noticia como a los grupos de receptores que realizaban su lectura a partir de distintas preocupaciones y fines.

Un caso muy ilustrativo de estas tensiones y ambigüedades en la recepción de las imágenes fotográficas ha sido relatado por el investigador Phillip Prodger en un artículo reciente.⁶ Se trata de la fotografía del «niño llorando», que el célebre científico Charles Darwin utilizó para ilustrar uno de sus textos más importantes: *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*, en 1872 (Imagen no. 26).

La fotografía en cuestión fue utilizada poco tiempo más tarde por el escritor E. Jenkins para ilustrar una novela de carácter puritano que narraba la vida

⁶ Prodger, *op. cit.*

de un niño de una familia pobre de Londres, quien, después de ser abandonado por su padre en una institución de beneficencia, se convirtió en un ladrón y terminó trágicamente sus días arrojándose de un puente y ahogándose.

Esta novela fue muy popular en el Londres de la década de los setenta del siglo XIX y la fotografía del famoso niño despertó una gran demanda comercial, al grado de que en esos años se vendieron cerca de 250 mil *tarjetas de visita* con su imagen en Inglaterra. La paradoja reside en lo siguiente: en tanto Darwin imaginó que la publicación de la fotografía del pequeño en su texto favorecería entre sus lectores la recepción de sus ideas sobre la correspondencia de los rasgos infantiles y el surgimiento de los instintos, la mayoría de los lectores de la imagen en cuestión, al recibirla en otro contexto, y pertenecer a un universo religioso y no especializado, creyeron encontrar en los rasgos del niño llorando una prueba de la existencia del demonio, algo totalmente distinto a los planes originales del famoso naturalista.

Para las últimas décadas del siglo XIX y a principios del XX, en los soporres pensados originalmente para la escritura, como la prensa y los *magazines*, la imagen irrumpió con una gran fuerza, pues complementaba a la palabra o la desplazaba a funciones secundarias, como parte de un proceso histórico en el cual, para cientos de miles de personas, la representación de la realidad ya no se evocaba en los medios únicamente a partir de los textos escritos, sino que ahora lo hacía a través de las imágenes fotográficas.

Un modelo o estereotipo relacionado con la infancia que tuvo un peso importante en el cambio del siglo XIX al XX fue el de los llamados niños «inocentes», el cual respondía a la visión romántica creada por artistas ingleses como Reynolds y Gainsborough un siglo atrás, que vinculaba esta etapa con la pureza y representaba a los pequeños como seres asexuados. Como ninguna otra representación de este período, este tipo de modelo estaba asociado con la obra de Rousseau y la creación de un paradigma moderno para la niñez. La fotografía retomó esta tradición plástica, la enriqueció y difundió hasta niveles mucho más diversificados, utilizando para ello las páginas de las revistas y los *magazines* ilustrados. La creación de este estereotipo de la infancia constituye una referencia básica para las élites y los grupos en el poder en el México porfiriano.

A través de los primeros retratos de estudio, pero sobre todo con la difusión de los primeros reportajes fotográficos que mostraban a los niños ganadores de los concursos de belleza -o que daban cuenta de la participación de los infantes en diversos acontecimientos, como las kermesses y las fiestas de caridad- se fue creando un imaginario visual consistente y homogéneo, que proporcionó a estos personajes infantiles y a sus familias una identidad compartida que los diferenciaba de los demás grupos sociales. La evolución de la fotografía y su incorporación al registro y al análisis de otros actores sociales fue modificando paulatinamente esta visión de la niñez y fue construyendo un panorama mucho más complejo.

Encontramos en los anuncios publicitarios de algunos productos médicos una de las primeras manifestaciones de las imágenes fotográficas de la prensa vinculadas con la niñez. En ellos la fotografía coexiste de una manera bastante armónica con los grabados, creando composiciones gráficas en las que ambos elementos se retroalimentan. En el caso de la mirada clínica el objetivo era ilustrar los planteamientos médicos. Sin embargo, en estos anuncios la dinámica resultó muy distinta.

La lógica comercial de los productos se impuso y la imagen fotográfica sugirió resultados distintos para los lectores, convertidos en clientes potenciales. Este es el espacio en el que la fotografía desempeñó un papel bastante peculiar. Por un lado, aportó todo su peso científico al servicio de un supuesto realismo, que certificaba y comprobaba realidades; pero, por el otro, evocó situaciones mágicas que apelaban a las expectativas, no siempre racionales, del público consumidor, como en el caso de los efectos sobrenaturales de pócimas y jarabes, lo mismo que en el de las curaciones milagrosas efectuadas con rayos «X» y toda una parafernalia de aparatos eléctricos inventados en la época.

En tales situaciones el papel de la fotografía consistió en mostrar al público el éxito de los tratamientos «científicos» en los pequeños pacientes. Para ello, se mezclaba gráficamente la imagen infantil con la de la tecnología que hizo posible la curación milagrosa y la de los médicos y familiares cercanos al suceso, todo ello acompañado de cartas de agradecimiento de los padres y explicaciones «científicas» de los médicos.

En la mirada clínica la imagen del niño se interpretaba de acuerdo con los discursos médicos correspondientes, en tanto que, en la mirada divulgadora el contexto resulta bastante distinto y nos remite a otras condiciones de recepción, entre las que hemos destacado la tradición virreinal novohispana de los retablos populares, todavía vigente en las primeras décadas del siglo XX.

Los retablos o ex-votos religiosos gozaron de una gran popularidad durante el Porfiriato y consistían, en la mayor parte de los casos, en pequeñas láminas de cobre en las que el artista o «milagrero» representaba la imagen de la curación milagrosa del infante en cuestión, acompañada de la Virgen o la deidad correspondiente, a la que se debía la realización del milagro y una carta testimonial de los padres relatando los hechos.⁷

No se trata de equiparar dos fenómenos tan diferentes, como son los ex-votos y la publicidad infantil de principios del siglo XX, sino de mostrar las analogías existentes y plantear e introducir para su discusión la idea de que la percepción de la fotografía infantil ligada a la ciencia y la tecnología no pasaba por los parámetros racionales, objetivos y exactos que pregonaban los especialistas, sino que se movía en un terreno bastante ambiguo y contradic-

⁷ Calvo, *op.cit.*; Bélard y Verrier, *op. cit.*

torio en el que los planteamientos científicos se entremezclaban con fantasías y otros elementos de carácter religioso.⁸

Por todo lo anterior, coincidimos con Brian Turner cuando señala que los cambios impuestos por la modernización durante el siglo XIX no se realizaron de una manera lineal, sino en forma parcial y discontinua, ya que no se trató de la simple desaparición de referencias religiosas y su sustitución por un código científico, sino de un proceso mucho más complejo, en el que las antiguas convicciones religiosas fueron reinsertadas y adaptadas a la lógica de la ciencia y la tecnología modernas.⁹

En otras ocasiones, las imágenes infantiles proyectaron una serie de valores morales, así como conductas y comportamientos que se encontraban implícitos en la imagen y que jamás se reiteraban en el texto. El binomio imagen-información, tan acotado en la mirada especializada, nos remite aquí a la difusión de iconos familiares que respondían al modelo moderno y urbano de la familia nuclear por encima del de la familia extensa.

La imagen de una infancia considerada como «irregular» o «desviada» respondió a la evolución de las ideas criminológicas dominantes entre los grupos dirigentes durante el último cuarto del siglo XIX, en el que se transitó de un pensamiento liberal decimonónico hacia un discurso positivista preocupado por las circunstancias biográficas de los sujetos.

La psiquiatría desempeñó un papel fundamental en esta reconsideración de la etapa de la infancia como punto de referencia fundamental para comprender las patologías adultas. A diferencia de la evolución de la pediatría, que surge como una rama especializada de la medicina, la psiquiatría se acercó al período de la niñez con la pretensión de ampliar y generalizar su comprensión sobre la conducta humana:

[...] al concentrarse cada vez más en ese rinconcito de la existencia confusa que es la infancia, la psiquiatría pudo constituirse como instancia general para el análisis de las conductas [...] no fue porque quisiera agregar un elemento anexo a su ámbito ya inmenso; no fue porque quisiera colonizar además una pequeña parte de la existencia a la que no había tenido acceso;

⁸ El historiador de la ciencia Didi-Huberman ha estudiado este fenómeno en la Europa del siglo XIX y cita un caso muy valioso para nuestra investigación. Se trata de la recepción que tuvieron entre el público las primeras fotografías del Santo Sudario de Turin, tomadas en el año de 1898, las cuales fueron consideradas en sí mismas como reliquias que debían de ser veneradas, toda vez que habían estado en contacto con el cuerpo de Cristo y participaban de alguna manera de su naturaleza divina. El caso nos ilustra la manera en que era captado el poder de la imagen fotográfica por sectores bastante amplios de la población a finales del siglo XIX y las expectativas de carácter mágico que despertaba una tecnología moderna como la fotografía. Al respecto, véase Didi-Huberman, *op. cit.*, pp. 123-5.

⁹ Turner, 1989.

fue, al contrario, porque allí tenía el instrumento de su universalización posible.¹⁰

Las imágenes y representaciones de los niños vinculados de una u otra manera al campo de la delincuencia fueron diseñadas y pensadas a partir de las convicciones criminológicas de los grupos dominantes, aunque los proyectos de control de éstos pasaban algunas veces por una serie de fantasías y visiones mágicas y religiosas construídas en torno a los alcances supuestamente ilimitados del saber científico.

El análisis de las imágenes correspondientes a este campo nos plantea otros problemas relevantes. Por un lado, destaca la importancia de una lectura del género de las *tarjetas de visita* a partir de su inserción en la nota policiaca. En este sentido, hemos analizado la manera en que las tramas de los reportajes brindaban elementos alternativos de interpretación a los lectores y usuarios para una des-mitificación de la visión idealizada y romántica de la inocencia infantil. Hemos denominado a este proceso de cambios y modificaciones en la lectura de las imágenes con el nombre de «resignificación». Todo lo anterior reafirma la importancia del análisis de las condiciones de recepción específicas de estas imágenes y subraya la necesidad de enfatizar una lectura plural a partir de los intereses de los propios usuarios.

El discurso gráfico que acompañó a la nota policiaca hacia principios del siglo XX formó parte del surgimiento de una nueva percepción de la realidad, la cual se trazó desde las páginas del naturalismo literario y los reportajes sociales, y continuó con los grabados y las fotografías hasta desembocar en los inicios del cinematógrafo.

Dicha percepción formaba parte de la ideología magnificadora del concepto de «progreso» que permeó en forma particularmente importante a la sociedad occidental durante la segunda mitad del siglo XIX, pero al mismo tiempo puso las bases para su cuestionamiento y eventual superación, al evidenciarse poco a poco que la pretensión de verosimilitud no constituía la esencia ni la finalidad misma de la imagen. Esto último quedó de manifiesto en algunos de los reportajes fotográficos analizados en esta investigación, como el correspondiente a los «niños delincuentes» en los que las imágenes fueron utilizadas no solamente como soportes de objetividad, sino como elementos de representación.

La nota policiaca también registró la manipulación de la imagen infantil al servicio de los valores familiares dominantes, trátase de la honra del marido engañado o de la visión idealizada de la unión familiar. La figura del niño ocupaba un lugar central dentro de este tipo de esquemas con resortes melodramáticos y era resignificada como uno de los elementos angulares que le daban sentido y razón de ser a la estructura familiar y social, avalando y

¹⁰ Foucault, 2000, p. 285.

legitimando una paternidad o una maternidad «responsables», en contraposición con la otra cara del modelo, representada por las madres solteras, las esposas adúlteras y las mujeres abandonadas.

A lo largo del siglo XIX, las élites políticas –tanto liberales como conservadoras– discutieron las diferentes formas de legitimación del Estado moderno. A finales de la misma centuria, el hecho de «pensar» en la figura del ciudadano comenzó a implicar también una reflexión en la infancia como la etapa clave de la formación de los valores cívicos. Si bien en el Porfiriato no encontramos reportajes fotográficos que abordaran explícitamente estos temas, como en el caso de la prensa y las revistas norteamericanas correspondientes al mismo período, no puede minimizarse la importancia de algunas revistas ilustradas capitalinas especializadas en la temática de la niñez, pues impulsaron, a través de la fotografía, la participación de los infantes en el proceso de la construcción de una identidad política para el país a través de la educación e instrucción de valores cívicos.

La difusión masiva de fotografías de niños y niñas trabajadores, costureras, panaderos, limpiabotas y papeleros estaba estrechamente vinculada con la intensa movilización social que sacudió el campo tradicional de las representaciones infantiles e introdujo elementos de análisis procedentes de la realidad social, económica y política. Dichas imágenes permitieron la construcción de referencias visuales muy distintas al estereotipo de los niños «inocentes» correspondiente a las élites porfirianas, abriendo un doble proceso que se caracterizó por un incremento de la manipulación política de las imágenes infantiles y por la incorporación de la figura de la niñez al ámbito de la reflexión pública.

A esta diversidad se agregarían un poco más tarde las imágenes de los niños revolucionarios de los diversos bandos y facciones. Este tipo de representaciones no aportó elementos importantes para la reflexión sobre un concepto moderno de infancia, ya que en estos casos la imagen del niño se subordinó a la lógica política del momento, que lo mismo descalificaba la participación de los niños pertenecientes a las filas rebeldes, que trazaba la apología de los que militaban en las fuerzas federales.

La escritora Susan Sontag considera que una sociedad alcanza la modernidad en el momento en que una de sus principales actividades es la de producir y consumir imágenes: «Cuando las imágenes que poseen una fuerza extraordinaria para determinar nuestras demandas a la realidad, son a la vez sustitutas de la experiencia personal, se vuelven indispensables para la economía, para la estabilidad política y para la consecución de la felicidad privada».¹¹

Las fotografías de pequeños pacientes y escolares convertidos en objetos de estudio que ilustran el mundo de la medicina y la pedagogía, así como las

¹¹ Sontag, *op. cit.*, p. 156.

de los niños «inocentes» de las élites porfirianas, los pequeños delincuentes, los «ciudadanos en ciernes» y los niños trabajadores de la más diversa índole, responden, con distintos matices, al reforzamiento de la noción de individuo y a la construcción de un imaginario colectivo, en el que nuevos personajes como el médico escolar y el reportero gráfico contribuyeron a la creación de un inventario de la niñez moderna.

Este inventario de la infancia en México implicaba la elaboración de una larga lista de propiedades y características de dicha etapa que consolidó y apuntaló su importancia estratégica para el gobierno porfiriano, que, para principios del siglo XX, empezó a considerar los problemas de la niñez como un asunto de Estado.

Las imágenes y representaciones infantiles que se han analizado en esta investigación, fueron revelando diversos aspectos de esta etapa de una manera pública, por medio de libros de texto científicos ilustrados, o de medios de divulgación mucho más eficaces como los *magazines* y la prensa industrial y noticiosa, difundiendo algunas cuestiones relevantes, entre las que cabe destacar las siguientes: la necesidad de una pedagogía cívica para los «pequeños» ciudadanos; la novedad de un cuerpo infantil, sujeto a múltiples padecimientos y enfermedades y susceptible de una serie de reconocimientos fisiológicos y mediciones antropométricas; y el reconocimiento de la niñez como una etapa clave en el desarrollo del ser humano, capaz de fijar y condensar traumas psicológicos y anormalidades genéticas. Todas ellas representan aspectos fundamentales relacionados con este período de la vida de los seres humanos, y forman parte del perfil que Francois Furet ha trazado para la sociedad moderna, basada en la riqueza y en el concepto del futuro, sin determinaciones fijas ni contornos estables.¹²

En el año de 1920 se celebró con bombo y platillo en la ciudad de México el Primer Congreso Nacional del Niño. Dicho evento comprendió cinco grandes secciones temáticas: Eugenesia, Pediatría, Higiene, Enseñanza y Legislación Infantil, que sintetizan de una manera bastante convincente la consolidación de la existencia de una mirada en torno a los problemas infantiles en la que la niñez se percibía públicamente como uno de los derechos fundamentales del ser humano.¹³

Lejos de representar un logro exclusivo u original de la Revolución Mexicana, dicha síntesis, o al menos una parte significativa de ésta, sólo puede entenderse a partir de la revisión, la lectura y la interpretación de la intensa y compleja actividad desplegada por los médicos, pedagogos, escritores, periodistas, reporteros y fotógrafos del México porfiriano y su construcción de un concepto moderno de la niñez.

¹² Furet, 1995, pp. 4-6.

¹³ *Memoria del Primer Congreso Mexicano del Niño*, 1921.

SIGLAS Y REFERENCIAS

Siglas

AGN. Archivo General de la Nación

BN. Biblioteca Nacional

COLMEX. Colegio de México

CSS. Consejo Superior de Salubridad del Ayuntamiento de la ciudad de México

EN. Escuela Normal

ENM. Escuela Nacional de Medicina

HN. Hemeroteca Nacional

INAH. Instituto Nacional de Antropología e Historia

MRA. Musée de l'armée. Bruselas

NYPL. New York Public Library

NYAM. New York Academy of Medicine

SINAFO-FINAH. Sistema Nacional de Fototecas. Instituto Nacional de Antropología e Historia

UNAM. Universidad Nacional Autónoma de México

UIA. Universidad Iberoamericana

Referencias

Aceves, Gutierre, «Imágenes de la inocencia eterna», en: *ARTES de México. El arte ritual de la muerte niña*. No. 15, Conaculta, México, primavera, 1992.

Agostoni, Claudia. «El arte de curar: deberes y prácticas médicas porfirianas», en: Agostoni, Claudia y Elisa Speckman (Eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, UNAM, México, 2001.

- «Médicos científicos y médicos ilícitos en la ciudad de México durante el porfiriato», en: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. XIX, pp. 13-31, UNAM, México, 1999.
- Aguilar, Arturo. *La fotografía durante el Segundo Imperio. 1864-1867*. UNAM. Mexico, 1996.
- Alcubierre, Beatriz. *Representaciones y prácticas de la lectura: una historia del libro infantil en México (1840- 1915)*. Primer Seminario presentado en el Centro de Estudios del COLMEX. Octubre, 2000.
- Alcubierre, Beatriz y Tania Carreño, *Los niños villistas. Una mirada a la historia de la infancia en México. 1900-1914*. INHERM, México, 1996.
- Alcántara, Pedro de, *Teoría y práctica de la educación y la enseñanza. Curso completo y enciclopédico de pedagogía*. Tomo IV. Gras y Cía Editores, Madrid, 1881.
- Almanaque Bouret* . Instituto Mora (Ed. Facsimilar), México, 1897
- Amezcuca, Carlos, *Breves estudios sobre la circuncisión en los recién nacidos como medio profiláctico*. Tesis ENM, México, 1882.
- Ambler, Louise, y Melissa Banta (Eds.), *The Invention of Photography and it's Impact on Learning*. Harvard University Library, Cambridge, Massachusetts, 1989.
- Anderson, Michael, *Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914)*. Siglo XXI, México, 1991.
- Andreella, Fabrizio, «Corrientes y Tendencias. Genealogía del ojo moderno», en *La Jornada Semanal*, 26 de septiembre de 1999.
- Apert, E., *Manual de enfermedades de los niños*. Salvat, Barcelona, 1914.
- Aréchiga, Hugo y Juan Somolinos (Comp.), *Contribuciones mexicanas al conocimiento médico*. FCE, México, 1993.
- Aries, Phillipe, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Taurus, Madrid, 1987.
- Archard, David. *Children, rights and childhood*. Routledge, London and NY, 1993.
- Arnaut, Alberto. Historia de una profesión. *Los maestros de educación primaria en México. 1887-1994*. SEP. Biblioteca del Normalista, México, 1996.
- Ausset, E., *Lecons cliniques sur des maladies des enfants*. A. Maloine, Libraire-Editeur, Paris, 1898.

- Ávila y Frenk (Coord.). *Historia de la pediatría en México*. FCE, México, 1997.
- Azaola, Elena. *La institución correccional en México. Una mirada extraviada*. FCE, México, 1990.
- Badinter, Elizabeth. *¿Existe el amor maternal?. Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Paidós, Barcelona, 1991.
- Ballester, Rosa. «Factores biológicos y actitudes vigentes frente a la infancia en la sociedad española del Antiguo Régimen» (pp. 343-357), en: *Revista Asclepio*. Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica. Vol. XXXV, Año 1983.
- Banta Melissa y Curtis Hinsley, *From Site to Sight. Anthropology, Photography, and the Power of Imagery*, Peabody Museum Press, Cambridge, Massachusetts, 1986.
- Barceló, Raquel, *Cultura y vida cotidiana de las familias prominentes porfirianas de la ciudad de México y Yucatan*. Tesis de doctorado del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. México, 1999.
- Bardet, Jean-Pierre, *Storia dell'infanzia* (2 vol), Ed. Laterza, Turin, 1996.
- Barrera, Cruz. *Exámen clínico de los niños*. Tesis de la ENM. México, 1894.
- Barthes, Roland, *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Ed. Paidós, Argentina, 1986.
- *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Ed. Paidós, Argentina, 1994.
- Barran, José Pedro, *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1998.
- Bazant, Mílada, *Historia de la educación durante el porfiriato*. COLMEX, México, 1993.
- Becaria, César, *De los delitos y de las penas*. Bruguera, Barcelona, 1983.
- Benjamin, Walter, *Discursos interrumpidos*. Taurus, Madrid, 1973.
- Berger, John, y Jean Mohr. *Otra manera de contar*. Ed. Mestizo. Murcia, 1997.
- Berger, John. *Modos de ver*. Gustavo Gilly, Barcelona, 1975.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI, México, 1988.
- Bertillón, Alphonse, *La photographie judiciaire*. Gauthier-Villiers, Paris, 1890.

Referencias

- Blum, Ann S., *Family Limits: Fostering, Labor and Public Welfare, Mexico City, 1866-1910*. Latin American Studies Association, XXII International Congress, Miami, USA, Marzo, 2000.
- Blanco, R. *Tratado elemental de pedagogía*. Lib. Gabriel Lopez. Madrid, 1904.
- Boletín de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1900-1917*. Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, México.
- Boltansky, Luc, «La retórica de la figura», en: Bourdieu, Pierre (Comp.), *La fotografía. Un arte intermedio*, Nueva Imagen, México, 1989.
- Borges, Dain, «Puffy, Ugly, Slothful and Inert»: *Degeneration in Brazilian Social Thought, 1880 - 1940*, en: *Journal of Latinamerican studies*, vol.25 Part 2, May, 1993, XXIII:2 (May), pp 235-256, Cambridge University Press, 1993.
- Borrás, José María, (Ed.). *Historia de la infancia en la España contemporánea 1834- 1936*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Fundación Germán Sánchez, Madrid, 1996.
- Bouchot, E., *Manuale Pratique des maladies des nouveaux-nés et des enfants a la mamelle*. Lib. De l'Academie Royal de Médecine, Paris, 1845.
- *Hygiene de la première enfance*. Lib. J.B. Baillière et Fils, Paris, 1874.
- *Manual Práctico de enfermedades de los recién nacidos y los lactantes*. Saturnino Calleja, Madrid, 1889.
- Bourdieu Pierre (Comp.), *La Fotografía. Un arte intermedio*. Nueva Imagen, México, 1989.
- Bowler, Peter, *Evolution. The history of an idea.*, University of California Press, LA, 1984.
- Braun, Marta y Elizabeth Whitcombe, en: «Marey, Muybridge, and Londe. The Photography of Pathological Locomotion», *History of Photography*. Eds. Mike Weaver y Anne Hammond, vol.23, no.3, Oxford, otoño, 1999.
- Breve historia de la protección a la infancia en México*, Instituto Nacional de Protección a la Infancia (INPI), México, 1963.
- Broca, A., Le Gendre, Paul. *Traité de thérapeutique infantile medico-chirurgicale*. G. Steinheil, Ed. Paris, 1894.
- Brotá, Miguel, *Últimos avances de la ciencia en el mundo*. Imprenta Aguilar, Madrid, 1896.

- Bryson, Norman. *Vision and Painting: The Logic of the Gaze*. New Haven. Yale University Press, 1983.
- Buffington, Robert. *Criminal and Citizen in Modern Mexico*. University of Nebraska Press, Lincoln and London, 2000.
- Buford, Nichols, Angel Ballabriga y Norman Kretcheser (Eds.). *History of Pediatrics, 1850-1950*. Raven Press, New York, 1991.
- Buisson, R. (Dir). *Nouveau Dictionnaire de Pedagogie et Instruction Primaire*. Lib. Hachette et Cie. Paris, 1911.
- Bury, John, *La idea de progreso*. Alianza Editorial. Madrid, 1971.
- Buss, Allan, «Galton and the birth of differential psychology and eugenics: social, political and economic forces», en: *Journal of the History of the Behavioral Sciences* 12 (1976).
- Cadena, Longinos, *Teoría y práctica de la educación y la enseñanza*. Talleres de la Lib. religiosa, México, 1897.
- Calnek E., Edward, Woodroe Borah, et. al., *Estudios sobre el desarrollo urbano de México*. Secretaría de Educación Pública (SEP Setenta no. 143), México.
- Calvert, Karin. *Children in the house. The material culture of early childhood, 1600-1900*. University of Chicago, 1992.
- Calvo, Thomas. «Calor de hogar: los ranchos del siglo XVII en Guadalajara», en: Asunción Lavrin (Coord.) *Sexualidad y matrimonio en la América Hispánica. Siglos XVI-XVIII*. Grijalbo-Conaculta. México, 1991.
- «El exvoto: antecedentes y permanencias», en: Luque, Elin y Michele Beltrán (Cur.), *Dones y promesas: 500 años de arte ofrenda (exvotos mexicanos)*, Fundación Cultural Televisa, A. C./ Centro Cultural Arte Contemporáneo, A. C., México, 1996.
- Canguilhem Georges, *Lo normal y lo patológico*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
- Cantor G. y Shapin S., «Phrenology in Early Nineteenth-Century Edinburgh: an Historiographical Discussion», en: *Annals of Science*, 32, 1975, pp. 195-256.
- Cardoso, Ciro (Coord.). *México en el siglo XIX. 1821-1910. Historia económica y de la estructura social*. Nueva Imagen. México, 1983.
- Carlebach Michael, *The origins of Photojournalism in America*. Smithsonian Institution Press, Washington and London, 1992.

Referencias

- *American Photojournalism comes of age*. Smithsonian Institution Press, Washington and London, 1997.
- Carrillo, Rafael. «La mortalidad infantil de 0 a 1 año en la ciudad de México y sus principales causas climatológicas», en: *La Gaceta Médica*, México, 1907.
- Casanova, Rosa y Oliver Debroise. *Sobre la superficie bruñida de un espejo*. FCE. México, 1989.
- Cavallo Guglielmo y Roger Chartier (Coords.). *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid, 1998.
- Ceballos, Manuel. *El catolicismo social. Un tercero en discordia. «Rerum Novarum», la «cuestión social» y la movilización de los católicos mexicanos. 1891-1911*. COLMEX, México, 1991.
- Ciafardo, Eduardo, *Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890-1910)*. Biblioteca Política de Buenos Aires. Buenos Aires, 1991.
- Clarke, Graham. *The Photograph*. Oxford University Press, Oxford/New York, 1997.
- Cleverley, John, y Phillips, D.C., *Visions of childhood. Influential models from Locke to Spock*. Teachers College Press. New York and London, 1986.
- Claparede, Edouard, «Rousseau y la significación de la infancia», en: *Ideas Pedagógicas del siglo XIX*. Lorenzo Luzumaga (Ed.), Losada, Buenos Aires, 1954.
- Código Civil del D.F.* Imprenta del Gobierno en Palacio, México, 1872.
- Congreso Nacional de Educacion Primaria* (3 vol). Mexico, 1911.
- Congreso Nacional Pedagógico*. Sociedad de Fomento de las Artes. Lib. Gregorio Hernando. Madrid, 1882.
- Comby, Jules, *Traité des maladies de l'énfance*. Vigot Frères, Paris, 1899.
- Compayré, Gabriel, *Curso de pedagogía teórica y práctica*, Ed. Viuda de Bouret, México, 1903.
- , *L'évolution intellectuelle et morale de l'enfant*. Lib. Hachette et Cie. Paris, 1893.
- Cooter, Roger (Ed.), *In the name of the child. Health and Welfare 1880-1940*, Routledge, London and New York, 1992.
- Corbin, Alain, «Entre bastidores», en: *Historia de la vida privada. Sociedad Burguesa: aspectos concretos de la vida privada*. Vol. 8. Taurus, Madrid, 1991.

- Cosío Villegas, Daniel (Coord.) , *Historia Moderna de México*, Ed. Hermes, México, 1970.
- *Historia General de México* (2 vol). COLMEX, México, 1976.
- Crary, Jonathan, *Suspensions of Perception. Attention, Spectacle and Modern Culture*. The MIT Press. Cambridge, Massachusetts, London, 1999.
- *Techniques of the Observer. On vision and modernity in the nineteenth century*. MIT Press, London, 1998.
- «Modernizing Vision», en: *Vision and Visuality. Discussions in Contemporary Culture*. Hal Foster, Bay Press, Seattle, 1988.
- Cruchet, Rene, *La pratique des maladies de l' enfance*. Fac. Médecine Bordeaux, 1910.
- Cullerie, A. *Les enfants nerveux*. Payot et Cie, Paris, 1914.
- Cunningham, Hugh, *Children and Childhood in Western Society since 1500*. Longman, London and New York, 1995.
- «The history of childhood», en: *Images of Childhood*. C.Hwang, M.Lamb y L.Siegel (Eds.), Erlbaum Associates Publishers, New Jersey, 1996.
- Cunningham, Hugh y Pier Paolo Viazzo (Eds). *Child Labour in Historical Perspective, 1800-1985. Case Studies from Europe, Japan and Colombia*. UNICEF, 1996.
- Chartier, Roger, *Cultural History*, Cornell University Press, Ithaca, New York, 1988.
- *El mundo como representación*, Gedisa, Barcelona, 1996.
- Chevalier, Louis. *Labouring Classes and Dangerous Classes in Paris during the first half of the nineteenth century*. Howard Fertig, New York, 1973.
- Darrah William, *Cartes de Visite in Nineteenth Century Photography*. V.C. Darrah Publisher, Gettysburg, Pennsylvania, 1981.
- Darwin, Charles, «A biographical sketch of an infant», en : *Developmental medicine and child neurology*, v.13, no. 15, suppl. 24, London, 1970, pp. 1-8.
- Dávalos, Marcela. « El ocaso de las parteras», en: *Cuicuilco* no. 6 Enero-Abril, pp. 195-211, México, 1996.
- Davies, John. *Phrenology: Fad and Science, a Nineteenth-Century American Crusade*. Yale University Press, New Haven, 1955.

Referencias

- Davies, Keith A. «Tendencias demográficas urbanas durante el siglo XIX», en: Calnek E., Borah, et. al., pp. 131-174.
- De Campo, Angel. *La Rumba*. Porrúa. México, 1972.
- *Apuntes sobre Perico Vera y otros cartones de Azul*. SEP-Premia, La Matraca, Segunda Serie, no. 15, México, 1984.
- De Gortari, Hira y Regina Hernández, *La Ciudad de México y el DF: una historia compartida*. DDF/Instituto Mora, México, 1988.
- De Jesús Hernández, Manuel. *Los inicios de la fotografía en México: 1839-1850*. Ed. Hersa, México, 1985.
- De Mause, Loyd. *Historia de la infancia*. Alianza Editorial. Madrid, 1982.
- Del Castillo, Alberto. *Entre la moralización y el sensacionalismo. El surgimiento del reportaje policíaco en México. 1896-1914*. Tesis de Maestría en Historia. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México, 1993.
- «Entre la moralización y el sensacionalismo. Prensa, poder y criminalidad a finales del siglo XIX en la ciudad de México», en: Ricardo Pérez (Coord.) *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío*. Ciesas-Plaza y Valdés. México, 1997.
- «El surgimiento del reportaje policíaco en México. Los inicios de un nuevo lenguaje gráfico. 1888-1910», en : Revista *Cuicuilco* . Escuela Nacional de Antropología e Historia. no. 13, Mayo-Agosto. México, 1998.
- « Entre la criminalidad y el orden cívico: imágenes y representaciones de la niñez durante el porfiriato». Revista *Historia Mexicana*. Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Vol. XLVIII, octubre-diciembre, México, 1998.
- «La polémica en torno a la educación sexual en la ciudad de México durante la década de los treinta: conceptos y representaciones de la infancia», en: Revista *Estudios Sociológicos*. Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Vol. XVIII, no. 52, enero-abril. México, 2000.
- Del Pino, Víctor, *Higiene de la primera infancia*. Tesis ENM. México, 1911.
- Depew, David, and Bruce H. Weber, *Darwinism evolving. Systems dynamics and the genealogy of natural selection*. The Mit Press, Cambridge, Massachussets, London, 1995.
- Dermer, Rachel, «Joel-Peter Witkin and Dr. Stanley Burns. A Language of Body Parts», en: *History of Photography*, (Mike Weaver y Anne Hammond, (Eds.), vol.23, no.3, Oxford, Otoño, 1999.

- Díaz, Mario (Comp.). *Imagen e Historia*. Marcial Pons-Asociación de Historia Contemporánea. Madrid, 1996.
- Díaz Infante, Carlos, «Embriaguez y responsabilidad», en: *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, Segunda época, XX (enero-junio), 1901, pp. 531-571.
- Díaz Millán, Andrés, «La criminalidad y los medios de combatirla», en: *Anuario de Legislación y Jurisprudencia, Sección de Jurisprudencia y estudios de derecho*, Año VI, pp 30-53 y en *El Foro*, Año XVI, XXI (78-80), 20, 23 y 24 de octubre, 1889.
- Díaz Zermeño, Hector. «La Escuela Nacional Primaria en la ciudad de Mexico: 1876-1910», en: *Historia Mexicana* no. 113 Vol. XXIX, Jul/Sep 1979.
- Diamond, H.W., «On the Application of Photography to the Physiognomic and Mental Phenomena of Insanity», en: S.L.Gilman (Ed.) *The Face of Madness. Hugh Diamond and the Origin of Psychiatric Photography*, Bunner-Mazel, Secaucus, New Jersey, 1976.
- Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española* (1726). Greedos, ed. Facsimilar, Madrid, 1976.
- Didi-Huberman, «La fotografía científica y pseudocientífica», en: Lemagny, Jean Claude y Andre Rouille, *Historia de la fotografía*, Martínez Roca, Barcelona, 1988.
- Donovan, James M. «Justice Unblind: the Juries and the Criminal Classes in France 1825-1914», en: *Journal of Social History*, 1981 (Fall), pp. 88-107.
- Donzelot, Jacques. *La policía de las familias*. Pre-Textos. Valencia, 1990.
- Dublan, Manuel y José María Lozano. *Legislación mexicana o Colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia de la República. 1876 - 1910* (34 vol). Imprenta de Comercio. México, 1912.
- Dubois, Philippe. *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*. Paidós, Barcelona, 1986.
- Dubón de Archer, Delfina (Coord.). *Prontuario de Legislación sobre menores*. Sría del Trabajo y Previsión Social, México, 1981.
- Dufestel, L. *Higiene de las escuelas y guía práctica de su médico inspector*. Ed. Saturnino Calleja, Madrid, 1904.
- Eder, Rita, «La fotografía en México en el siglo XIX», en: *Historia del arte mexicano*. Tomo IX, SEP-INBA-Salvat, México, 1982.

- Edwards, Elizabeth, *Anthropology and photography 1860-1920*. Yale University Press, New Haven and London, 1992.
- Elder, Glen (Ed.), *Children in time and place*. Cambridge University Press, Cambridge, 1993.
- Elías, Norbert. *Los procesos de la civilización*. FCE. México, 1980.
- Ellis, Eduard, *Manuel pratique des maladies de l'enfance survi d'un formulaire de therapeutique infantile*. Grande Librairie medicale A. Maloine, Paris, 1910.
- Escalante, Fernando. *Ciudadanos imaginarios*. COLMEX. México, 1992.
- Estadísticas Oficiales del Porfiriato, 1877-1910*. Secretaría de Economía, México, 1956.
- Estrada, Ramón. *Algunas ligeras consideraciones sobre la falta de higiene infantil en México*. Tesis ENM. México, 1888.
- Fass Paula S. y Mary Ann Mason (Eds.), *Childhood in America*. New York University Press, New York and London, 2000.
- Figueroa Domenech, J., *Guía general descriptiva de la república mexicana*. Editor Ramón de S.N. Araluce. México-Barcelona, 1899.
- Florescano, Enrique. *Memoria mexicana*. Joaquín Mortiz, México, 1987.
- Flores y Troncoso, Francisco. *Historia de la medicina en México* (3 vol). IMSS. México, 1992.
- Fonssagrives, J.B. *Tratado de higiene de la infancia*. Lib. De El Cosmos, Madrid, 1885.
- Fontanella Lee, «150 años de Fotografía: contemplación y comprensión», en: Kurtz Gerardo e Isabel Ortega (Coords.), *150 años de fotografía en la Biblioteca Nacional*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1989.
- Foster, Hal, (Ed.) *Vision and Visuality. Discussions in Contemporary Culture* . SER 2. Bay Press, Seattle, 1988.
- Foucault, Michel, *El Nacimiento de la Clínica*. Siglo XXI, México, 1981.
- *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI. México, 1982.
- *Historia de la sexualidad . La voluntad de saber*. Siglo XXI. México, 1983.

- *Los anormales. Curso en el Collège de France.* FCE, México, 2000.
- Fox, Daniel y Christopher Lawrence. *Images and Power in Britain and America since 1840.* Greenwood Press, New York, 1988.
- Freund, Gisselle. *La Fotografía como documento social.* Gilly. Col. Punto y Línea. México, 1981.
- Frizot Michel (Eds.), *A new history of Photography.* Ed. Konemann, Koln, 1998.
- Furet, Francois, «La pasión revolucionaria» en: *La Jornada Semanal*, Nueva Época, no. 30, México, 1 de octubre de 1995.
- Galton, Francis, *Essays in Eugenics.* Eugenics Education Society, London, 1909.
- Gamboa, Federico, *Novelas.* Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), México, 1965.
- García Conde, José, *Educación de los niños bajo el concepto médico psicológico.* Imprenta y Librería de Andres Martín. Valladolid, 1906.
- Gassicourt, L. *Traité des maladies de l'enfance.* Octave Doin, Ed., Paris, 1880.
- Gil'adi, A., *Children of Islam. Concepts of childhood in Medieval Muslim Society.* Macmillan, London, 1992.
- Gillis, John. *Youth and history. Tradition and change in european age relations, 1770 to Present.* Academic Press. New York and London, 1974.
- Gilman, Sander L., (Ed.) *The Face of Madness: Hugh Diamond and the Origin of Psychiatric Photography.* Brunner-Mazel, Secaucus, New Jersey, 1976.
- *Seeing the insane.* University of Nebraska Press, Lincoln and London, 1982.
- *Disease and representation. Images of Illness from Madness to AIDS.* Cornell University Press, Ithaca and London, 1988.
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI.* Mucnick. Barcelona, 1981.
- «Señales, raíces de un paradigma indiciario», en: Aldo Gargani (Coord.). *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana.* Siglo XXI. México, 1983.
- Goldberg Vicki (Ed.), *Photography in print. Writings from 1816 to the present,* University of New Mexico Press, Albuquerque, 1981.

Referencias

- Gombrich, Ernst. *La imagen y el ojo: nuevos estudios sobre psicología de la representación*. Paidós, Barcelona, 1987.
- *Arte, percepción y realidad*. Paidós, Barcelona, 1983.
- Gonzalbo, Pilar. *Familia y orden colonial*. COLMEX. México, 1998.
- (Comp.), *Historia de la familia*, UAM-Instituto Mora, México, 1993.
- González Luis. *Todo es historia*. Cal y Arena, México, 1987.
- González Navarro, Moisés. «El porfiriato. Vida social», en: Daniel Cosío Villegas (Coord.). *Historia Moderna de México*. Vol. IV. Hermes. México, 1970.
- González, José de Jesús, *Los niños anormales psíquicos*. Lib. Viuda de Bouret, México, 1914.
- Graham, Richard (Ed.). *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*. University of Texas Press, Austin, 1990.
- Grancher, J.y Comby, J., *Maladies de l´enfance*. Masson et cie editeurs, Paris, 1904.
- Grubb Nancy (Ed.), *The power of Photography. How photographs changed our lives*. Abbeville Press, New York, 1991.
- Gubern, Roman, *Mensajes icónicos en la cultura de masas*. Lumen, Barcelona, 1974.
- *La mirada opulenta. Exploración de la iconósfera contemporánea*. Gustavo Gilli, Barcelona, 1994.
- Guerra, Francisco Xavier. México: *Del Antiguo Régimen a la Revolución* (2 vol). FCE. México, 1988.
- Guerrero, Julio. *La génesis del crimen en México*. Viuda de Bouret. México, 1901.
- Guex Francois, *Education et Instruction rapport présenté au Haut Conseil Federal sur le groupe de l´exposition universelle a Paris en 1900*. Payot et Co. Libraires Editeurs, Paris, 1903.
- Gutiérrez, Luis, *Documentos gráficos para la historia de México* (2 vol), Editora del Sureste, México, 1985.
- Hale, Charles. *La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX*. Vuelta. México, 1991.

- Hanawalt, Barbara, *Growing up in medieval London. The Experience of Childhood in History*. Oxford University Press, New York, 1993.
- Hardyment, Christina. *Dream Babies. Child care from Locke to Spock*. Jonathan Cape, Bedford Square London, 1983.
- Hecker y Trump, *Atlas manual de las enfermedades de la infancia*. Lib. Académica, Madrid, 1906.
- Heller, Agnes. *La Teoría de la Historia*. Fontanamara. Barcelona, 1982.
- Heller, Geneviève, *Tiens-toi droit! L'enfant á l'école au 19e siècle: espace, morale et santé. L'exemple vaudois*. Editions d'en bas, Lausanne, 1988.
- Hendrick, Harry. *Children, childhood and English Society 1880-1990*. Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- Hensch Heinz y Bridget Hensch, *The Photographic Experience 1839-1914*. The Pennsylvania State University Press, University Park, Pennsylvania, 1993.
- Herrera, Mariano. *Algunas consideraciones sobre pediatría*. Tesis de la ENM. México, 1881.
- Hernstein, Richard y Edwin Boring (Eds.). *A source book in the history of psychology*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts, 1965.
- Heuyer, Georges. *Enfants anormaux et delinquants juveniles*. G.Steinheil editeur. Paris 1914.
- Higonnet, Anne. *Pictures of Innocence. The history and crisis of ideal childhood*. Thames and Hudson, London, 1998.
- Hirsch, Marianne (Ed.). *The Familial Gaze*. University Press of New England. Hanover and London, 1999.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (Eds.). *The invention of Tradition*. Cambridge University Press, Cambridge, 1983.
- Huerta, Victoriano. *Memorias*. Ed. Vértice, México, 1957.
- Hutinel, V. *Les maladies des enfants*. Asselin et Houzesav. Lib. De la Faculté de Médecine, Paris, 1909.
- Hunt, Lynn, (Ed.), *The new cultural history*. University of California Press, London, 1989.
- *The Invention of Pornography. Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800*. Zone Books, New York, 1996.

- Hwang, Philip (Ed.). *Images of Childhood*. Lawrence Erlbaum Associates. New Jersey, 1996.
- Illick, Joseph. «Does the History of Childhood have a future?» (pp.158-174). *Visual Anthropology Review*. Vol. 12, N.1 Primavera,1996.
- INEGI-INAH. *Estadísticas Historicas de México*. (2 vol). México, 1986.
- Ireland, Robert M., «The Libertine Must Die: Sexual Dishonor and the Unwritten Law in the Nineteenth-Century United States», en: *Journal of Social History*, 1989, (Fall), pp. 27-44.
- Ivins, W. M. *Imagen impresa y conocimiento. La imagen pre-fotográfica*. Gilly, México, 1991.
- Jaccoud, H., *Dictionnaire de Medecine et de Chirurgie*. Bailliere et fils, Paris, 1874.
- Jenkins, Henry (Ed.), *The Children's Culture Reader*. New York University Press, New York and London
- Jiménez, Concepción. *La Escuela Nacional de Maestros. Sus orígenes*. SEP. Foro Cultural, México, 1987.
- Kaplan Daile, *Lewis Hine in Europe. The Lost Photographs*. Abbeville Press Publishers, New York, 1995.
- Karatani, Kojin. *Origins of modern japanese literature*. Duke University Press, Durham and London, 1993.
- Keller, Kevin. *Memory retrieval factors and advertising effectiveness*. Graduate School of business, Stanford University, 1990.
- Kemp Martin y Marina Wallace. *Spectacular Bodies. The Art and Science of the Human Body from Leonardo to Now*. Hayward Gallery/University of California Press, Berkeley/LA/London, 2000.
- Kessel, Frank y Alexander Siegel (Eds.). *The child and other cultural inventions*. Praeger Special Studies. New York, 1983.
- Key, Ellen. *El siglo de los niños*. Biblioteca Sociológica Internacional. Barcelona, 1906.
- Kincaid James, *Child-Loving. The erotic child and victorian culture*. Routledge-New York-London, 1994.
- *Erotic innocence. The Culture of Child Molesting*. Duke University Press, Durham and London, 1998.

Referencias

- Kirkpatrick, Edwin. *Los fundamentos del estudio del niño*. Daniel Jorro, Editor. Madrid, 1917.
- Kismaric Susan (Ed.), *American children. Photographs from the Collection of the Museum of Modern Art*. New York, 1980.
- Kosseleck, Reinhart. *Futuro Pasado. Para una semiótica de los tiempos históricos*. Paidós. Barcelona, 1993.
- Koven, Seth, «Dr. Barnardo's "artistic fictions": Photography, sexuality and the ragged child in Victorian London», en: *Radical History Review*, no. 69, Tamiment Library, NYU, Fall, 1997.
- Krauss Rolf, «Photographs as Early Scientific Book Illustrations», en: *History of Photography* vol. 2, number 4, October, 1978.
- Kuhn, Thomas, *La tensión esencial*, FCE, México, 1996.
- Lain Entralgo, Pedro, *Historia de la medicina*, Salvat, Barcelona, 1982.
- Lalvani, Suren, *Photography, Vision and the Production of Modern Bodies*, State University of New York Press, New York, 1996.
- Lambert, F., «L'histoire dans l'image», en *Image et Histoire. Actes du Colloque Paris-Censier, France*, 1988.
- Langle, Arturo. *El militarismo de Victoriano Huerta*. UNAM, México, 1976.
- Laqueur, Thomas. *Making SEX. Body and Gender from the Greeks to Freud*. Harvard University Press, Harvard, 1994.
- Lara, Flora (Presentadora), *Los niños. Exposición fotográfica*. INAH, México, 1984.
- Lara y Pardo, Luis. «La puericultura en México», en: *La Gaceta Médica*. México, 1903.
- Larroyo, Francisco. *Historia comparada de la educación en México*. Ed. Forma. México, 1947.
- Lavater, J.C. *Essays on Physiognomy*. (3 vols.). London, 1789.
- Lemperiere, Annick. «Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural», en: *Historia Mexicana*, Oct-Dic, COLMEX, México, 1995.
- Lemagny, Jean Claude y André Rouillé (Coords.). *Historia de la Fotografía*. Martínez Roca. Barcelona, 1988.

Referencias

- Levi Giovanni y Jean-Claude Schmitt (Coords.), *Historia de los jóvenes*. (2 vol.) Taurus, Madrid, 1997.
- Liceaga, Eduardo, Samuel Garcia y Jesus Monjaras. «Dictamen presentado a la Honorable Academia Nacional de Medicina de México, por la Comisión nombrada para el efecto, con el objeto de juzgar la Memoria titulada: "Salus Puerorum Suprema Lex", que se presentó al concurso del tema: "Reglamentación del Trabajo de los Niños", abierto por dicha Academia el 15 de julio de 1913» (pp. 278-347) en: *Gaceta Medica de Mexico*. Tomo 10. Mexico, 1915.
- Lizardi, Jorge, «Imaginar el 98: iconografía mexicana de la guerra hispano-cubano-estadounidense», en: *Historia Mexicana* no. 190, Octubre-Diciembre, COLMEX, México, 1998.
- Lock Margaret y Deborah Gordon (Eds.) *Biomedicine Examined*. Kluwer Academic Publishers, London, 1988.
- Lombardo, Irma. *De la opinión a la noticia*. Kiosko. México, 1992.
- Lombardo, Irma y Ma. Teresa Camarillo. *La prensa infantil de México (1839-1984)*. UNAM. México, 1984.
- Lombroso, Cesar. *L'uomo delinquente in rapporto all'antropologia alla giurisprudenza ed alle discipline carcerarie*. Fratelli bocca. Turín, 1896-1897.
- López, Lolay Armida Homar. *Educación Pre-escolar, su evolución en Europa, en América y especialmente en la República Argentina*. Lib. y Editorial «El Ateneo». Buenos Aires, 1939.
- Lyons, Albert y Joseph Petrucelli (Coords.), *Historia de la medicina*. Ed. Dogma, Barcelona, 1980.
- Maas, Ellen, *Foto-Album. Sus años dorados: 1858-1920*. Gustavo Gili, Barcelona, 1982.
- Macedo, Miguel. *La criminalidad en México: medios de combatirla*. Sría de Fomento. México, 1897.
- Macouzet, Roque, *Arte de criar y curar a los niños*. Giró (editor), Barcelona, 1914.
- «El pulque y la criminalidad», en: *La Ciencia Jurídica*, Tomo V, pp. 84-92; y en: *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, 2a. época, XX, 1901 (enero-junio), pp. 27-34.

- Marfan, A., *Traité de l'allaitement et de l'alimentation des enfants du premier age*. G. Steinheil, Éditeur, Paris, 1899.
- Marín, Álvaro. *Historia de la pedagogía en México y otros ensayos*. Marsag. México, 1996.
- Massé, Patricia. *Simulacro y elegancia en tarjeta de visita. Fotografías de Cruces y Campa*. FCE. México, 1998.
- Martínez, Alejandro. «La educación elemental en el porfiriato», en: *Historia Mexicana*, vol. XXII, no. 88, Abr-Jun 1973.
- Martínez, Federico. *Ligeros apuntes sobre higiene de la primera infancia*. Tesis de la ENM. México, 1899.
- Matabuena, Teresa. *Algunos usos y conceptos de la fotografía durante el porfiriato*. UIA. México, 1991.
- Memoria de los trabajos efectuados por el Consejo Superior de Salubridad*. Imprenta de A. Carranza e hijos, México, 1895-1912.
- Memoria del Primer Congreso Nacional del Niño*. Imprenta de «El Universal». México, 1921.
- Memorias de la Secretaria de Justicia e Instruccion Publica*. Mexico, 1878-1900.
- Memorias de la Escuela Nacional de Medicina*. México, 1909.
- Mendiola Alfonso y Guillermo Zermeño, «Hacia una metodología del discurso histórico», en: Galindo Jesús (Coord.). *Técnicas de Investigación en sociedad, cultura y comunicación*. Consejo Nacional para la Cultura y Las Artes, Addison Wesley Longman, México, 1998.
- Meyer, Eugenia (Coord.). *Imagen histórica de la fotografía en México*. Museo Nacional de Antropología e Historia. México, 1978.
- Mier, Raymundo, «El retrato y la metamorfosis de la memoria. La transformación de la historia en el origen de la fotografía», en: *Historia y Grafía* no. 4, UIA, México, 1995.
- Minguez, Constancio, *La vida del niño entre la familia y la escuela (Imágenes de familia, escuela e infancia, reflejadas en las novelas españolas publicadas entre 1875-1900)*. Edinford, Málaga, 1992.
- Mirzoeff, Nicholas. *An Introduction to Visual Culture*. Routledge, London and New York, 1999.

- Mirzoeff, Nicholas (Ed.). *The Visual Culture Reader*. Routledge, London and New York, 1998.
- McCauley, Anne. «Una imagen de la sociedad», en: Lemagny, Jean Claude y André Rouillé (Coords.). *Historia de la Fotografía*. Martínez Roca, Barcelona, 1988.
- Monroy, Rebeca. *De luz y plata. Apuntes sobre tecnología alternativa en la fotografía*. INAH. Col. Alquimia. México, 1997.
- Monsivais, Carlos. (Antología). *A ustedes les consta*. ERA. México, 1984.
- Montellano, Francisco. C.B. Waite, fotógrafo. *Una mirada diversa sobre el México de principios de siglo*. Grijalbo. México, 1994.
- Montessori, María. *Antropología Pedagógica*. Casa Editorial Araluce. Barcelona, 1900.
- Mora, José Luis. *México y sus revoluciones*. (3 vol). FCE. México, 1986.
- Morales, Luis Gerardo, *Ancestros y ciudadanos (El Museo Nacional de México, 1790-1925)*. Tesis de Doctorado, UIA, México, 1998.
- *Los orígenes de la museología mexicana*. UIA. México, 1993.
- Moreno, Enrique. *Sociología histórica de las instituciones de salud en México*. SEP. México, 1982.
- Mraz, John. *Nacho López y el fotoperiodismo mexicano en los años cincuenta*. Conaculta/INAH/Océano. México, 1999.
- Ned, Jonathan, *The invention of heterosexuality*, Plume, New York, 1996.
- Newhall Beaumont (Eds), *Photography: Essays and Images. Illustrated Readings in the History of Photography*. The Museum of Modern Art, New York, 1980.
- Nobecourt, P. *Precis de médecine infantile. Collection de précis médicaux*. Masson et cie editeurs. Paris, 1907.
- Nobecourt, P., Babonneix, L., *Traité de Médecine des enfants*. Masson et Cie editeurs., Paris, 1914.
- Nochlin Linda, *The Politics of Vision. Essays on Nineteenth-Century Art and Society*. Icon Editions, Westview Press, Oxford, 1989.
- Offelmann, Jules, *Traité pratique d'hygiène*. Lib. G. Steinheil, Paris, 1889.

- O'Connor, Erin, «Camera Medica. Towards a morbid History of Photography», en: *History of Photography*, vol. 23, no.3, M.Weaver y Anne Hammond, eds., Oxford, Otoño 1999.
- Panadés y Poblet, José, *La educación de la mujer según los más ilustres moralistas e higienistas de ambos sexos*. (2 vol), Seix y Compañía, Salvat, Barcelona, 1877.
- Panofsky, Erwin. *El significado de las artes visuales*. Infinito. Buenos Aires, 1970.
————— *Estudios sobre Iconología*. Alianza. Madrid, 1972.
- Patlagean, Evelyne, «La historia de lo imaginario», en: Roger Chartier y Jacques Revel (Coords.), *La Nueva Historia*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1984.
- Pavarini, Massimo, *Control y dominación*. Siglo XXI, México, 1983.
- Perez, Bernard, *L'enfant de trois a sept ans*. Félix Alcan, Éditeur, Paris, 1907
- Pérez Monfort, Ricardo (Coord.) *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío*. Ciesas-Plaza y Valdés. México, 1997.
- Pérez Tamayo, Ruy. *El concepto de enfermedad. Su evolución a través de la historia*. FCE/UNAM/CONACYT, México, 1988.
- Pérez Vejo, Tomás, «Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes», en: *Historia y grafía* no. 16, UIA, México, 2001
- Périer, E. *Consultations sur les maladies de l'enfance*. Rueff et cie editeurs, Paris, 1895.
- Pfaundler, M. y A. Schlossmann. *The diseases of children* (4vol.). J.B.Lippincot Company. Philadelphia and London, 1908.
- Pick, Daniel, *Faces of degeneration. A European disorder, c.1848/1918*. Cambridge University Press. Cambridge, 1996.
- Piccato, Pablo, «La construcción de una perspectiva científica: miradas porfirianas a la criminalidad», en: *Historia Mexicana*, XLVII: 1, 1997.
- Pineda, Celso. *El niño ciudadano. Lecturas acerca de la instrucción cívica*. Herrero, México, 1906.
- Pineda, Zoraida. *La educación de los párvulos*. Fernandez Editores, Mexico, 1970.
- Plascencia, Enrique. «Conmemoración de la hazaña época de los niños héroes: su origen, desarrollo y simbolismos», en: *Historia Mexicana*, Oct-Dic. COLMEX. México, 1995.

Referencias

- Pollock, Linda. *Los niños olvidados. Relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900*. FCE. México, 1983.
- Poole, Deborah, *Vision, Race and Modernity. A visual Economy of the Andean Image World*. Princeton University Press, Princeton, 1997.
- «Raza y retrato: hacia una antropología de la fotografía», en: *Revista Cuicuilco*, vol.6, no.16, Mayo-Agosto, 1999, pp. 225-253.
- Postman, Neil. *The disappearance of childhood*. Vintage Books, NY, 1994.
- Prontuario de Legislación sobre menores*. México, 1981.
- Presbrey, Frank. *The history and development of advertising*. Doubledrey, Albany, N.Y., 1929.
- Preyer, William. *El alma del niño. Observaciones acerca del desarrollo psíquico en los primeros años de vida*. Daniel Jorro, Editor, Madrid, 1900.
- Priego, Patricia y José Antonio Rodríguez. *La manera en que fuimos. Fotografía y Sociedad en Querétaro. 1840 - 1930*. México, 1989.
- Prieto, Guillermo. *Memorias de mis tiempos*. Patria. México, 1958.
- Prodger, Phillip, «Rejlander, Darwin, and the evolution of "Ginx's Baby"», en: *History of Photography*, vol.23, no.3, M.Weaver and Anne Hammond (Eds.), Oxford, Otoño, 1999.
- Pultz, John, *Photography and the body*. The Everyman Art Library, London, 1995.
- Querrien, Anne, *Trabajos elementales sobre la Escuela Primaria*. Ed. La Piqueta, Madrid, 1979.
- Quetelet, L.A. *A treatise on Man and the Development of His Faculties*. Trans. R. Enox. 1835. Edinburgh, 1842; reimpresso Westmeed, 1973.
- Quintanar, Agustín. *Ensayo de estadística de mortalidad infantil en México*. Tesis ENM. México, 1889.
- Remmo Hamel, B. «The Image of the Child: Dutch and Flemish Paintings», en: *The Journal of Psychohistory*. (pp. 71-89). Vol 24, No. 1, Verano 1996.
- Reyes, Aurelio de los. «El cine, la fotografía y los magazines ilustrados», en: Jorge Manrique (Coord.) *Historia del Arte Mexicano*. Tomo XII. SEP-SalvatT. México, 1994.
- Riché, Pierre y Danièle Alexandre-Bidon, *L' enfance au Moyen Age*. Seuil-Bibliothèque nationale de France, Paris, 1994.

Referencias

- Riis, Jacob A., *How the other half lives*. Dover Publications, New York, 1971.
- Ríos, Eduardo. *El niño mexicano en la pintura*. Fomento Cultural Banamex, AC. México, 1979.
- Rodríguez, Gina. *Niños trabajadores mexicanos. 1865-1925*. INAH-UNICEF. México, 1996.
- «Niños desnudos en el porfiriato», en: Revista *Luna Córnea* no. 9, México, 1996, pp. 45-50.
- Rodríguez, Jesús, *Enfermedades de los niños que producen mayor cifra de mortalidad en México*. Tesis ENM. Tip. El libro diario, México, 1904.
- Rodríguez, Esteban, «Una medicina para la infancia», en: Borrás, José María (Cord.), *Historia de la infancia en la España contemporánea 1834-1936*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Fundación Germán Sanchez, Madrid, 1996.
- Rojas, María. *La Fotografía en los inicios de la prensa de la ciudad de México. 1890-1900*. Tesis de Licenciatura. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1998.
- Rose, Nikolas, *The psychological complex, psychology, politics and society in England, 1869-1939*. Routledge and Kegan Paul, London, 1985.
- Rosenblum, Naomi. *A world History of Photography*. Abbeville Press, New York, 1984.
- Roumagnac, Carlos, *Los criminales en México: ensayo de psicología criminal*. El Fénix, México, 1904.
- , *La estadística criminal en México*, Imprenta de García Cubas, México, 1907.
- Rugerio, Mercedes, *Breves consideraciones sobre algunos puntos de higiene escolar*. Tesis ENM, México, 1903.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen. *El periodismo en México*. UNAM. México, 1975.
- Sáenz, Javier, Oscar Saldarriaga y Armando Ospina. *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. Ed. Colciencias- Foro Nacional por Colombia-Uniandes-Universidad de Antioquía-Clío (2 vol) Bogotá, 1999.
- Sánchez Santos, Trinidad. *Obras Selectas* (2 vol). Palafox, México, 1945.

- Secretaría de Salubridad y Asistencia. *La atención materno-infantil. Apuntes para su historia*. SSA. México, 1993.
- Salinas, Alberto. Moral Médica. *Tesis de la ENM*. Imprenta de la V. e hijos de Murguía, Portal del Águila de Oro, México, 1871.
- Seidler, Eduardo, «El desarrollo de la pediatría moderna» en: Laín Entralgo, Pedro, *Historia de la medicina*, pp. 125-167, Salvat, Barcelona, 1982.
- Sekula, Allan, «The Body and the Archive», en: *October*, no. 39 (Winter). MIT Press Journals, 1986.
- Sennet, Rodolfo, *Elementos de psicología infantil*, Cabaut y Cía Editores. Buenos Aires, 1911.
- Sergent, Ribadeau-Dumas, Babonneux. *Traité de pathologie médicale et de thérapeutique appliquée*. A. Marlowe et Fils editeurs, Paris, 1914 (2 vol.)
- Sierra, Justo, *Obras Completas*. TomoV, UNAM, Nueva Biblioteca Mexicana 53, México, 1991.
- Sierra, Luis G. De la, «La Delincuencia en la Infancia», en *El Foro*, Año XXII, XLII (21-24), 31 de enero, 1, 2 y 7 de febrero, México, 1894.
- Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la revolución mexicana*.(2 vol). FCE. México, 1978.
- Silva, Máximo. *Sencillos preceptos de higiene*. Sría de Fomento. México, 1897.
- Sisto, Génaro, *Conférences de Pathologie infantile*. Octave Doin et fils éditeurs, Paris, 1914.
- Somolinos, German. *Historia de la Medicina. Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina*. México, 1978.
- Sontag, Susan. *Sobre la fotografía*. Edhasa. Barcelona, 1981.
- Sougez, Marie-Loup. *Historia de la fotografía*. Cátedra. Cuadernos de Arte. Madrid, 1998.
- Smith, Lindsay. *The politics of focus. Women, children and nineteenth-century photography*. Manchester University Press. Manchester and New York, 1998.
- Smith Shawn Michelle. *American Archives. Gender, Race and Class in Visual Culture*. Princeton University Press. Princeton, New Jersey, 1999.

- Speckman, Elisa. *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México 1872-1910)*. Tesis de Doctorado. COLMEX, 1999.
- Steinorth Karl, *Lewis Hine. Passionate Journey. Photographs 1905-1937*. Edition Stemmler, Rochester, 1996.
- Stone, Lawrence. *El pasado y el presente*. FCE. México, 1986.
- Suriano, Juan. «Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria portena de comienzos del siglo», en: Diego Armus (Comp.). *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*. Ed. Sudamericana/Historia y Cultura. Buenos Aires, 1990.
- Tagg, John, *The burden of representation. Essays on Photographies and Histories*. University of Minnesota Press, Minneapolis, 1988.
- Tapia, Francisco. *Grito y silencio de las imprentas. Los trabajadores de las artes gráficas durante el porfiriato*. UAM-Xochimilco, México, 1990.
- Taylor, A., *El estudio del niño*. Appleton y Cía, Nueva York, 1917.
- Taylor, I., *La nueva criminología*. Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
- Thompson, Roger. «Popular Attitudes Towards Children In Middlesex County, Massachusetts, 1649-1699» (pp.145-158), en: *The Journal of Psychohistory*. Vol. 13, N.2, Otoño 1985.
- Tiedemman, Dietrich, *El desarrollo de las facultades espirituales del niño*. Ed. Nacional. México, 1951.
- Tola, Fernando (Ant.), *Gutiérrez Nájera y el amor por los niños*. Ed. El Caballito-SEP, México, 1986.
- Toussaint, Florence. *Escenario de la prensa en el porfiriato*. U. de Colima-Fundación Buendía. México, 1984.
- Triumpp, H. *La crianza del niño pequeño. Higiene infantil para uso de las familias*. Salvat, Barcelona, 1914.
- Turner, Bryan. *El cuerpo y la Sociedad. Exploraciones en Teoría Social*. FCE. México, 1989.
- Urueta, Jesús. «Delito y delincuentes», en: *Revista de Legislación y Jurisprudencia*. México, 1898.

- Vanderwood, Paul y Frank Samponaro, *Los rostros de la batalla. Furia en la frontera México-Estados Unidos. 1910-1917*. Grijalbo/Camera Lucida/Conaculta, México, 1993.
- Vann, Richard, «The Youth of Centuries of Childhood», en: *History and Theory* no. 21, 1982, pp. 279-297.
- Vázquez, Josefina. *Educación y nacionalismo*. COLMEX. México, 1970.
- Vélez, Daniel. *Consideraciones higiénicas relativas a la vista del niño en la escuela*. Tesis. ENM. México, 1889.
- Veil, Ferdinand. *La médecine infantile. Lecons, formules, observations recueillies dans la pratique des hospitaux de Paris*. A.Maloine editeur, Paris, 1899.
- Vigarello, Georges, *Histoire d'un pouvoir pedagogique*, Jean-Pierre Delarge, Editeur, Paris, 1978.
- Vilches, Lorenzo. *Teoría de la imagen periodística*. Paidós Comunicación, Barcelona, 1993.
- *La lectura de la imagen. Prensa, cine y televisión*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1991.
- Vogel, A. *Maladies de l'enfance*. H. Lawereyns, Lib., editeur. Paris, 1870.
- Vovelle, Michel. *Ideología y Mentalidades*. Madrid, 1991.
- Wagner Roy, *The Invention of Culture*. The University of Chicago Press, Chicago and London, 1981.
- Warkentin, Gabriela, *El siglo XIX y el nacimiento de la fotografía. Irrupción de una nueva forma de ver*. UIA, México, 1992.
- Warner Mary, *Photography and its critics. A cultural history 1839-1900*. Cambridge University Press, New York, 1997.
- Wartofsky, Max, «The child's construction of the world's construction of the child: from historical epistemology to historical psychology», en: *The child and other cultural inventions*. Frank Kessel and Alexander Siegel (Eds.), Prager Special studies, NY, 1983.
- Weaver Mike y Anne Hammond (Eds.), *History of Photography*. vol. 23, no.3, Autumn, 1999.
- Weill, George. *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*. UTEHA, México, 1976.

- Wexler, Laura, «Seeing Sentiment: Photography, Race and the Innocent Eye», en: Hirsch Marianne (Ed.), *The Familial Gaze*, University Press of New England, Hanover and London, 1999.
- Wilson, Adrian, «The infancy of the history of childhood: an appraisal of Philippe Ariés», en: *History and Theory* no. 19, 1980, pp 132-153.
- Wright Peter, «Babyhood : the social construction of infant care as a medical problem in England in the years around 1900», en: Lock Margaret y Deborah Gordon (Eds.), *Biomedecine Examined*, London, 1988.
- Zayas Enríquez, Rafael de, «El alcoholismo. Sus consecuencias. Disposiciones penales. Modos de combatirlo», en: *El Foro*, 1884, XXIII (37-39), 27-29 de Agosto.
- Zelizer Viviana, *Pricing the Priceless child. The Changing Social Value of Children*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1985.
- Zermeño, Guillermo. «En busca del lugar de la historia en la modernidad», en: Coloquio: Metodología para el estudio de las culturas contemporáneas. *Programa Culturas del Centro de Investigaciones Sociales*. Universidad Autónoma de Colima, Agosto, 1991.
- Zimmerman, Eduardo, *Racial Ideas and Social Reform: Argentina, 1890-1916*, en: *Hispanic American Historical Review* LXII:I (Feb), Duke University Press, pp. 23-46.

Hemerografía

- *Boletín de Instrucción Pública*. Órgano de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. 1900-1914.
- *Boletín mensual de estadística de la policía de la ciudad de México*. 1900-10.
- *La Escuela Mexicana*. Órgano de la Dirección General de Instrucción Primaria del Distrito y Territorios Federales. Mexico, 1904-1910.
- *La Enseñanza Normal*. 1904-1910.
- *Revista de la Instrucción Pública Mexicana*. Órgano de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. México, 1900-1904.
- *México Intelectual*. Revista Pedagógica. 1900-1914.
- *El Observador Médico*. 1880-1910.

Referencias

- *La Gaceta Médica de México*. 1877-1910.
- *El Pabellón Español*. 1887-90.
- *La Enseñanza Objetiva*. 1890-1891.
- *La Semana Ilustrada*. 1911-14.
- *La Educación Contemporánea*. 1904-10.
- *La Familia*. 1890-1891.
- *La Clase Media*. 1909-1910.
- *El Niño Mexicano*. 1895-1896.
- *El Escolar mexicano*, 1889-1990.
- *El País*. 1899-1910.
- *El Mundo Ilustrado*. 1894-1914.
- *El Imparcial*. 1896-1914.
- *Mexican Herald*. 1900-1910.
- *El correo de los niños*. 1872-1873.
- *La Enseñanza Primaria*. 1901-1910.
- *La Enseñanza Moderna*. 1890-1891.
- *El Camarada. Seminario Infantil Ilustrado*. 1889-1990.
- *Gaceta de Policía*. 1905-10.
- *El Fotógrafo mexicano*. 1901-1909.
- *Excelsior*. 1981.
- *Normal Instructor*. Dansville, Nueva York. 1908-1910.

Archivos, Fototecas, Bibliotecas y Centros de Investigación consultados

- México

Academia de Medicina. Centro Médico Nacional.

Archivo General de la Nación.

Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Medicina.
Archivo Histórico de la Escuela Normal . Fondo Reservado.
Archivo Histórico Ezequiel A. Chávez. Universidad Nacional Autónoma de México.
Archivo Histórico de la Ciudad de México.
Archivo Histórico Porfirio Díaz. Biblioteca «Francisco Xavier Clavijero». Universidad Iberoamericana.
Biblioteca Nacional. Fondo Reservado.
Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia.
Biblioteca de México.
Biblioteca «Daniel Cosío Villegas». El Colegio de México.
Biblioteca de la Universidad Pedagógica. Fondo Reservado.
Biblioteca de la Escuela Nacional de Medicina. Universidad Nacional Autónoma de México. Fondo Reservado.
Biblioteca y Hemeroteca «Lerdo de Tejada». Secretaría de Hacienda.
Biblioteca del Centro de la Imagen.
Centro Nacional de Investigación Documental. Centro Médico Nacional.
Fototeca y Hemeroteca del Archivo General de la Nación.
Fototeca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Pachuca, Hidalgo.

•Estados Unidos

Bobst Library. New York University.
New York Academy of Medicine Library.
New York Public Library.
Raymond Fogelman Library. New School for Social Research, NY.
Fine Arts Library. Harvard University.
Burnes Archive. Historic Vintage Photographs, NY.
Fine Arts Library. Columbia University, NY.